

se

ALISON G. BAILEY

Perfect



Lectulandia

«He estado insegura de muchas cosas en mi vida, excepto de una, y es que siempre lo he querido. Cada minuto de cada uno de los días que he estado en este mundo, mi corazón le ha pertenecido».

Nacieron con un minuto de diferencia, y son inseparables desde niños. Amanda y Noah son almas gemelas, pero necesitarán tiempo y enfrentarse a un terrible golpe para darse cuenta de que lo que importa es el presente.

Lectulandia

Alison G. Bailey

Perfect

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2018

Título original: *Present Perfect*

Alison G. Bailey, 2013

Traducción: Lara Agnelli

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



*A mi madre, Helen, y a la memoria de mi padre, Dreher.
Gracias por darme fortaleza de carácter, la capacidad de no perder la
esperanza y un don de valor incalculable: el sentido del humor*

PRÓLOGO

Si lo perfecto no existe, ¿para qué se inventó esa palabra?

«Amanda, estate quieta y sé buena como Emily».

«Amanda, deja que Emily te ayude a hacer los deberes. Ha vuelto a aparecer en el cuadro de honor».

«Caramba, ¿Emily y tú sois hermanas? Tu hermana es tan guapa».

«Amanda, ¿cuándo te crecerán las tetas como a Emily?».

Adoro a Emily. Siempre ha sido una buena hermana mayor. Me dejaba salir con ella y sus amigas... a veces. De hecho, en un par de ocasiones cargó con las culpas por algo que había hecho yo. Es tan bella por dentro como por fuera. No es culpa suya que naciera antes y me robara todo el protagonismo. No es culpa suya que sea perfecta en todo. Yo también quería serlo, pero no sabía cómo hacerlo.

Aun así, podía tolerar vivir a la sombra de la perfecta Emily porque, aunque ella me superaba en todo lo demás, había una cosa que yo tenía y ella no: Noah Stewart. Lo tenía a él.

Noah siempre había sido mi mejor amigo, mi compinche, mi protector, mi alma gemela, el amor de mi vida. Lo era todo para mí. Tal vez la vida no me había dado la belleza, la inteligencia ni el talento de mi hermana, pero tenía a Noah Stewart, la única cosa perfecta que podía considerar mía, y no la cambiaría por nada del mundo.

CAPÍTULO 1

He estado insegura de muchas cosas en la vida, excepto del amor que siempre he sentido por él. Mi corazón le ha pertenecido durante cada segundo de cada día que he pasado sobre la faz de la Tierra. Nunca he tenido ninguna duda al respecto. Mi amor por él ha ido cambiando de forma, pero siempre se ha mantenido constante.

Hay expertos en el tema del amor que te dirán cómo conseguirlo y cómo superar una ruptura. Nos hacen creer que el amor es complicado, pero lo complicado no es el amor; es toda la mierda con la que lo envolvemos. Si eres una persona inteligente, te darás cuenta de ello antes de que sea demasiado tarde y simplificarás las cosas.

AMANDA STEWART

NOAH STEWART

NOAH Y AMANDA STEWART

Nací el 23 de marzo de 1990 a las 22.57 en Charleston, Carolina del Sur, en el hospital Saint Francis. Noah nació el 23 de marzo de 1990 a las 22.58, justo al otro lado del pasillo. Aparte de ese minuto de diferencia a la hora de nacer, Noah y yo siempre hemos estado juntos. Compartimos todas nuestras primeras veces: los primeros dientes, la primera sonrisa y las primeras palabras. Empezamos a gatear al mismo tiempo; incluso empezamos a caminar a la vez.

Cuando la madre de Noah volvió al trabajo, mi madre se ofreció a cuidar de él, ya que ella no trabajaba fuera de casa. Mamá pensó que cuidar de dos bebés sería lo mismo que cuidar de uno. Normalmente, eso no es así. Dos bebés implican el doble de pañales, de comidas, de llantos y de dolores de cabeza, pero en nuestro caso fue distinto. Siempre y cuando estuviéramos juntos, Noah y yo éramos bebés felices.

Él y yo nos habíamos convertido en una extensión del otro. Mi madre dice que nos inventamos un lenguaje propio, como los gemelos. Para el que no nos conocía, los sonidos que hacíamos eran un galimatías, pero Noah y yo nos entendíamos a la perfección. Para Noah yo era un libro abierto. Siempre sabía cómo me sentía, lo que pensaba o de qué humor estaba, igual que yo con él.

HALLOWEEN, 1996

Aunque solo tenía seis años, sabía perfectamente que estaría espantosa con él. Las madres de todos mis amigos abrazaban con entusiasmo las ventajas de la vida moderna en Estados Unidos, como, por ejemplo, los disfraces de Halloween que

vendían ya hechos en los centros comerciales. Pero mi madre decidió que sería maravilloso que Emily y yo lleváramos disfraces caseros. Echo la culpa a la famosísima presentadora Martha Stewart de la locura transitoria de mi madre, la persona menos artística que conozco.

Emily quería ir disfrazada de princesa. Daba clases de *ballet* desde los cinco años, así que tenía todo lo necesario para hacerse un vestido de princesa que diera el pego.

Mamá cogió un par de tutús rosas y los pegó uno encima del otro para hacer la falda del vestido. Para la parte de arriba usó uno de sus maillots de color rosa chillón. Aplicó cola caliente sobre la tela y luego le echó puñados de purpurina por encima. Coronó la creación —nunca mejor dicho— con una tiara hecha de papel de aluminio y canicas multicolores como si fueran piedras preciosas. El disfraz de Emily no estaba tan mal. Si echas la suficiente purpurina sobre cualquier cosa, la gente se entretiene con el brillo y ya no se fija en la fealdad de lo que hay debajo.

A mí me habría gustado ir vestida de vaquera. El disfraz de vaquera era facilísimo de hacer. Lo único que se necesita son unos pantalones tejanos, una camisa de cuadros, un chaleco, unas botas y un sombrero. ¡Tachán! Ya tenemos una vaquera. No hace falta cola ni purpurina. Además, ya tenía todo lo que necesitaba, excepto la pieza más importante.

Mamá y yo estábamos en Target cuando lo vi. Era de fieltro rojo brillante, con el borde ribeteado de blanco, y tenía la palabra *vaquera* bordada en la parte de delante. Era lo más bonito que había visto en mi vida. El corazón empezó a latirme de manera desbocada.

Cogí el sombrero y corrí hacia mi madre radiante de alegría.

—Mira, mamá. ¿A que es el sombrero de vaquera más perfecto que has visto?

—Es un sombrero muy bonito, Amanda. Ve a dejarlo en su sitio. Hemos de seguir comprando —me dijo mientras seguía empujando el carro por el pasillo.

La sonrisa se me borró de la cara. Corrí tras ella, abrazando el sombrero contra mi pecho.

—Pero, mamá, lo necesito.

—¿Para qué, cariño?

—Eh..., pues para el disfraz de Halloween. —Respondí con una sonrisa irónica, poniendo los ojos en blanco.

—Este año el disfraz te lo haré yo, Amanda; ya lo sabes.

Perseguí a mi madre mientras ella seguía recorriendo el pasillo, prestando más atención a los objetos que iba depositando en el carro que a mí.

—Quiero ir de vaquera. Es el disfraz más fácil de hacer. Lo tengo todo menos el sombrero. Necesito este sombrero, mamá —supliqué.

Ella me miró por encima del hombro y me preguntó:

—¿Por qué quieres ir de vaquera?

—Porque las vaqueras molan —contesté.

«Como si no fuera lo más obvio del mundo».

—Noah va a ir de caballero molón. Yo quiero ser una vaquera molona, y lo seré si tengo este sombrero. Por favor, mamá.

Ella se detuvo y se acuclilló ante mí. Cuando estuvimos cara a cara, me dijo:

—Cariño, vas a ser la niña más molona de todas las que vayan a pedir caramelos este año.

—¿Me vas a comprar el sombrero? —La sonrisa empezó a regresar muy lentamente a mi cara mientras esperaba con gran expectación a que la palabra *Sí* saliera de sus labios.

—No. ¿A que no sabes de qué vas a ir disfrazada este Halloween? —Al sonreír, se le iluminaron los ojos, que eran de un azul grisáceo como un cielo de tormenta.

Se levantó y empezó a rebuscar en el carro. Cuando encontró lo que buscaba, se volvió hacia mí. En la mano llevaba la mayor bolsa de plumas amarillas que había visto nunca. Alcé la cara y la miré sin entender nada.

—¿Vas a ir disfrazada de Piolín! ¿A que será divertido?

Me quedé de piedra.

—No quiero ser Piolín. Quiero ser una vaquera molona. ¿Por qué no puedo ser una vaquera? —gimoteé.

—Porque ya tengo todo lo que necesito para hacer el disfraz de Piolín —respondió mi madre, metiendo de nuevo la bolsa de plumas en el carro.

—Podríamos devolver esas cosas a su sitio y comprar el sombrero de vaquera.

—Amanda, este año vas a ser Piolín, así que deja de discutir. Tienes que tratar de parecerte a tu hermana. Ella nunca me causa problemas. Ya serás una vaquera el año que viene. Venga, ve a dejar el sombrero en su sitio.

Con los hombros caídos y la cabeza gacha, desanduve el pasillo arrastrando los pies y dejé el perfecto sombrero de vaquera donde lo había encontrado.

—No quiero ser Piolín; es un disfraz ridículo. Quiero ser una vaquera. ¿Por qué no puedo elegir mi disfraz? —refunfuñé.

—Amanda, date prisa. Tenemos que irnos.

Mi madre estaba tan obsesionada con el disfraz de Piolín que empecé a preguntarme si me vería como a una cabezona con ictericia y con las mejillas y los labios hinchados.

Estaba de pie en el salón, vestida con un ceñido maillot amarillo pálido que mi madre me había hecho ponerme encima de una camiseta y unos pantalones cortos. Mamá entró cargada con un montón de cosas y las dejó en el suelo, a mi lado.

—Uf —exclamó—. Muy bien, vamos a ponernos manos a la obra —anunció frotándose las manos. No podía entender por qué estaba tan entusiasmada con ese estúpido disfraz de pájaro.

Mientras ella iba extendiendo los materiales a su alrededor, yo inspiré hondo.

—¿Mamá?

—¿Mmm?

—El maillot me aprieta mucho. No puedo respirar. —Respondí inhalando todo el oxígeno que me permitió esa prenda que me hacía parecer envasada al vacío.

—Tiene que irte un poco ajustado, Amanda. Si no, con el peso de las plumas, te hará bolsas por todos lados. No querrás ser un Piolín flácido, ¿no?

—No quiero ser Piolín y punto —murmuré.

—Ya está bien, Amanda. No sé por qué tienes que protestar tanto. Tu hermana no se queja de su disfraz.

—Porque ella va de princesa, tal como quería.

—Manos a la obra.

Mamá sacó unas cuantas cosas más de una bolsa de tela y luego se acercó a la pared para enchufar la pistola de la cola caliente. Cuando se volvió hacia mí, la pistola me estaba apuntando directamente.

Alcé mucho las cejas. Los ojos se me salieron de las órbitas y noté que una gota de sudor me caía por el cuello. Con voz temblorosa, pregunté:

—No irás a dispararme cola caliente, ¿no? Prometo no volver a decir nada malo de Piolín.

—Oh, Amanda, qué teatrera eres. Claro que no voy a dispararte cola caliente. Tengo que marcar los sitios donde van a ir las plumas mientras llevas puesto el maillot.

A continuación, cogió un gran rollo de cinta adhesiva, hizo trocitos, los enrolló y empezó a pegármelos por todo el cuerpo. Luego cogió montones de plumas amarillas y me las pegó en el cuerpo. Perdí el equilibrio un par de veces cuando se entusiasmó demasiado.

Cuando al final me ayudó a salir de aquel instrumento de tortura, vi cómo iba retirando las plumas, aplicaba la cola caliente y las volvía a pegar. Suspiré hondo y me marché, incapaz de seguir observando ni un segundo más.

La mañana de Halloween entré en el salón y me encontré a mamá agachada, recogiendo un montón de plumas que se habían caído del disfraz. Aquello se había convertido en un ritual diario que me hacía sonreír y me daba esperanzas. Si las plumas se despegaban, no habría pájaro. Tal vez, al fin, mi sueño de ir de vaquera se haría realidad.

Me aclaré la garganta.

—Mamá, ¿te parece bien que no lleve el disfraz de Piolín al cole? No quiero que se estropee antes de esta noche.

Ella dejó el montón de plumas sobre la mesita de centro, se levantó rápidamente y se volvió hacia mí, tratando de ocultar las plumas con su cuerpo. No quería admitir que Piolín tenía un serio problema: estaba mudando las plumas. Dudó un momento, pasándose la mano por la nuca y volviendo la cabeza un par de veces para mirar el

montón de plumas.

—Sí, de acuerdo. Así me dará tiempo de ponerlo a punto para esta noche. ¿Y si vas al colegio vestida de vaquera? Mencionaste algo al respecto, ¿verdad?

«Solo unas mil veces».

Cuando llegó el momento de ir a pedir caramelos por las casas, mamá había vuelto a pegar las plumas en el maillot. Mis sueños de vaquera habían vuelto a esfumarse.

El resto del disfraz de Piolín consistía en unas zapatillas de rizo pintadas de dorado y, como le habían sobrado unas cuantas plumas, mamá había decidido que Piolín debía llevar una diadema. Luego sacó un gran bote grasiento de maquillaje amarillo. Parecía muy antiguo, como si fuera de la década de los ochenta. Al parecer, en esa época estaba bien visto embadurnar a los niños con toxinas. El toque final de humillación fue un puñado de purpurina que me echó por encima de la cabeza, los brazos y el pecho. Parecía la hija secreta de la gallina Caponata y el extravagante Liberace.

Había llegado el momento. Traté de retrasarlo todo lo posible, esperando hasta que el sol se hubo ocultado por completo. La oscuridad iba a ser mi mejor aliada. La noche era cálida, por lo que los abrigo no hacían falta. Estaba dispuesta a arriesgarme a coger el sarampión por exceso de ropa para esconder la pesadilla de disfraz que llevaba, pero mamá no me lo permitió.

Emily y yo siempre íbamos a pedir caramelos juntas. Ella se ocupaba de darme la mano, de llamar al timbre y de pedir caramelos. Lo único que tenía que hacer yo era recibirlos. Pero ese año Emily había cumplido diez, y quiso ir con sus amigas. Mamá tomó una decisión que dejaba mucho que desear desde el punto de vista parental, o eso me pareció a mí. Permitted que Emily se fuera con sus amigas en vez de quedarse conmigo y perpetuar la sacrosanta tradición familiar. ¿Y yo? ¿Por qué no pensó en mí? ¿No se dio cuenta de que iba a sufrir un grave caso de déficit de caramelos si Emily no me acompañaba?

Cuando estábamos al inicio del caminito que llevaba a la puerta de la casa de los Dean, tragué saliva al ver que mi hermana se alejaba en dirección a otra casa. Mamá debió de notar que estaba asustada, porque me abrazó y me susurró al oído:

—Puedes hacerlo, Amanda. Ya eres una niña mayor. No hay nada que temer. Tu hermana tenía cinco años cuando empezó a pedir caramelos por las casas. Yo no me moveré de aquí. —Me soltó la mano y dio un paso atrás.

Yo permanecí clavada en el sitio, paralizada. Me sentía abandonada y odiaba sentirme así. Tenía miedo de que un monstruo abriera alguna de las puertas. Nunca había visto un monstruo en nuestro vecindario, pero siempre había una primera vez para todo.

Aunque quería mover mis pies de rizo dorado, estos no me obedecían. Noté mucho calor en las mejillas y mariposas en el estómago. Tenía demasiado miedo.

Sentí un cosquilleo en los ojos, que empezaban a llenarse de lágrimas, aunque tal vez fueran debidas a la sustancia venenosa que mi madre me había untado por toda la cara.

Respiré hondo tratando de animarme y, al bajar la mirada, vi un montoncito de plumas amarillas a mis pies. Seguí el rastro de las plumas y vi que llegaban hasta mi casa. Había tantas plumas en el suelo que parecía un camino de baldosas amarillas. Al volver a levantar la vista, no podía creer lo que estaba viendo. Andrea Morgan se dirigía hacia mí vestida de Dorothy. No le faltaba ni el perrito.

Me volví hacia a mi madre. Miré de nuevo la puerta de los Dean y luego otra vez a mi madre.

—Vamos, Amanda. Te estás comportando como un bebé —me dijo ella.

Noté que las lágrimas me caían por las mejillas. Debía tomar una decisión. Se me acababa el tiempo. Tenía que armarme de valor, llegar a la puerta y conseguir caramelos antes de quedarme completamente desplumada.

Volví a mirar la puerta de los Dean y vi a varios de mis amigos, que bajaban con bolsas repletas de cosas deliciosas. Cosas deliciosas que yo no podría disfrutar como no me armara de valor y me pusiera en marcha.

En ese momento lo vi, era mi caballero de armadura de plástico. Sus ojos de color azul pálido asomaban por la abertura del yelmo, igual que algunos mechones de pelo castaño oscuro.

Bajaba por el caminito, él solo, y se dirigía directamente hacia mí con una bolsa cargada de caramelos. Cuando llegó a mi altura, usó la manga para secarme las lágrimas.

—No llores.

—Me voy a quedar sin caramelos. Se me están cayendo todas las plumas. Me voy a quedar desnuda en medio de la calle. —Estaba llorando con tanto sentimiento que las palabras me salían como hipidos. Ambos echamos la vista atrás—. ¿Ves las plumas?

—Abre la bolsa.

Noah empezó entonces a llenar mi bolsa con puñados de caramelos que sacó de la suya.

—Noah, no tienes que darme todos tus caramelos.

—No te los doy todos. Te doy la mitad. —Me sonrió, y en ese momento supe que todo iba a salir bien.

Cuando acabó de hacer el traspaso de dulces, me cogió de la mano y tiró de mí en dirección a la casa de los Stevenson. Yo me solté con brusquedad y me detuve.

—¿Qué haces?

—Voy a acompañarte a pedir caramelos, para que veas que no tienes nada que temer.

Lo miré a los ojos, unos ojos que inspiraban confianza. Alargué la mano con timidez, y Noah me llevó hasta la siguiente casa. Me acompañó hasta la puerta y

llamó al timbre. El corazón se me desbocó, y las palmas de las manos empezaron a sudarme. La puerta se abrió lentamente y la señora Stevenson apareció vestida como un gato gordo, lo que me hizo reír. Noah me soltó la mano el tiempo suficiente para que yo abriera la bolsa mientras él se secaba la mano en el disfraz. La señora Stevenson me dio no uno, sino dos Chupa-Chups rellenos de manzana ácida por haber sido tan valiente esa noche.

Mamá nos siguió, sonriente, mientras visitábamos varias casas más. Con las bolsas llenas de caramelos, Noah y yo descendimos por el caminito de la última casa. Al llegar al final, me volví hacia él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias, Noah.

Él sonrió.

—Siempre cuidaré de ti y me aseguraré de que no te falten caramelos, Piolín.

Esa fue la primera vez que me llamó por el apodo que me acompañaría el resto de mi vida. Y, a pesar de que el disfraz de Piolín era espantoso, no me importó que Noah me llamara así. Al revés, me encantó.

CAPÍTULO 2

La impredecibilidad de la vida es un asco. Tan pronto estás en lo alto de tu caballo, con el viento revolviéndote el pelo, como caído en el suelo con la cara llena de grava.

Siempre me había encantado montar en bici. Desde la primera vez que me senté en mi triciclo rojo supe que montar en bicicleta era lo mío. A los ocho años me regalaron la primera bici de mayor. Era la más alucinante del mundo. La mayoría de mis amigas tenían bicis de color rosa, pero la mía era amarilla. Había superado por completo el trauma causado por el disfraz de Piolín. Tanto lo había superado que ahora el amarillo era mi color favorito. ¡Quién lo iba a decir!

Mi bicicleta era preciosa y distinta. Los flecos que adornaban el manillar estaban hechos de tiras blancas, amarillas y plateadas. La cesta era blanca y plateada. El asiento, alargado, era blanco con motas plateadas que parecían iluminarse cuando les daba el sol. Los radios de la rueda delantera estaban adornados con cuentas blancas y plateadas, y los de la rueda trasera tenían un artilugio que hacía ruido y la hacía sonar como si fuera una moto. Sí, yo era una tipa dura montada en su bici amarilla y plateada.

Hacía dos semanas que me habían quitado los ruedines. Noah y yo nos pasábamos los días deseando que llegara la tarde para acabar de hacer los deberes y poder ir a dar vueltas en nuestros vehículos. A mí solo me dejaban ir hasta la casa de los Porter, tres casas más allá de la mía, pero a Noah ya le dejaban dar la vuelta al barrio.

Él ya hacía más de un año que llevaba su BMX roja y negra y se le daba de miedo. No solo sabía hacer caballitos con la rueda delantera y la trasera, también sabía brincar con la bici como un conejo, ir con una mano y saltar un par de cubos de basura. Noah molaba muchísimo. Yo no molaba nada (como demostraba el hecho de que ya tenía ocho años y solo hacía dos semanas que me habían quitado los ruedines).

Hasta ese momento había tenido suficiente con llegar a casa de los Porter, pero, tras dos semanas, la tentación de ir más allá me estaba reconcomiendo. Le había pedido permiso a mi madre para ir hasta casa de Noah, pero ella siempre se negaba.

Sabía que para Noah era muy aburrido tener que estar todo el rato arriba y abajo del mismo trozo de calle. Él nunca se quejaba, pero yo no necesitaba oírlo para saber lo que estaba pensando.

—Piolín, no te preocupes, en serio. Puedo practicar trucos. Tu madre no tardará en dejarte venir hasta casa. Ya lo haces muy bien.

Lo de tardar o no tardar era muy relativo. A mí se me estaba haciendo eterno.

Me acerqué a él montada en la bici y le susurré:

—Hagámoslo.

—¿El qué? —preguntó él sin entenderme.

—Vayamos hasta tu casa.

—No creo que sea buena idea. Tu madre se enfadará; nos meteremos en un lío.

—No se enterará. Vamos hasta tu casa y volvemos enseguida. *Porfaaaaaa*, Noah, has dicho que montaba muy bien.

Él apartó un momento la vista y luego me miró a los ojos.

—Iremos a mi casa y volveremos enseguida —repitió—. Y nada más. —Yo asentí con entusiasmo. Habría estado de acuerdo con cualquier cosa que dijera—. Una vez; lo digo en serio. Prométemelo, Piolín.

—Te lo prometo —dije dibujando una cruz con el dedo sobre mi corazón.

Nos aseguramos de que mi madre no estuviera mirando por ninguna ventana y empezamos a pedalear. Al principio no noté la diferencia, pero pronto pasamos de largo la casa de los Porter y empecé a entusiasmarme. ¡Lo estaba haciendo de verdad!

El corazón empezó a latirme desbocado, repartiendo adrenalina por mis venas. Noah iba delante de mí, asegurándose de que no viniera nadie de frente. Doblamos la esquina. El viento me azotaba la cara. Era fantástico; como si estuviera volando.

Noah me esperó y, cuando estuvo a mi altura, me animó:

—¡Lo estás haciendo genial, Piolín! Ya casi estamos en mi casa.

Volvió a adelantarse, ocupando su posición. Estaba tan feliz de saber que Noah se sentía orgulloso de mí que pensé que era imposible serlo más. Pero entonces sucedió.

No sé qué hice, pero de repente el manillar empezó a temblar y perdí el control de la bici. Un segundo después, estaba tumbada en el suelo, boca abajo, con las piernas retorcidas alrededor de la bicicleta. Supongo que Noah miró hacia atrás y vio que no lo seguía, porque me llegó su grito:

—¡Piolín!

Pedaleando tan rápido como pudo, llegó a mi lado, bajó de la bici y la soltó, dejando que cayera al suelo. Me ardían las palmas de las manos y noté que me salía sangre de la pierna izquierda.

Oí el pánico en la voz de Noah.

—Aguanta, Piolín. Estoy aquí. ¿Puedes moverte?

Poco a poco, me apartó la bici de las piernas y la tiró a un lado. Se arrodilló junto a mí y me ayudó a sentarme. Empecé a sollozar mientras las lágrimas me caían por las mejillas. Las palmas de las manos me ardían. Las levanté, y Noah sopló para calmarme el dolor. Tenía la mejilla enrojecida, sucia y llena de grava. Él trató de limpiarla con el bajo de su camisa, pero lo peor se lo había llevado la rodilla izquierda. Estaba totalmente pelada y la piel me colgaba de un lado. Se veía la carne, brillante y supurante de sangre. Cuando la vi empecé a llorar con más fuerza. Noah me abrazó para calmarme y me susurró al oído:

—Lo siento mucho, Piolín. Debería haberme quedado contigo. Yo te cuidaré, te lo prometo. ¿Puedes andar?

Me ayudó a levantarme. Al apoyar el peso sobre la rodilla izquierda noté una punzada de dolor que hizo que la pierna no me sostuviera.

Lloraba con tanto sentimiento que casi no se me entendía.

—No puedo andar; me duele demasiado.

Noah me ayudó a salir del medio de la calle. Fui saltando a la pata coja, apoyada en él, hasta llegar al césped de un vecino, donde me senté.

—¿Estarás bien aquí sola mientras voy a buscar a tu madre?

Yo negué con la cabeza con desespero.

—No, no, no. No se lo digas a mamá, por favor, Noah. Me quitará la bici y me castigará eternamente.

Contuve el aliento mientras aguardaba con impaciencia a que él tomara una decisión. Cuando quise darme cuenta, Noah me había levantado del suelo sujetándome por la espalda y por debajo de las rodillas.

—Agárrate a mi cuello.

Hice lo que me pedía. Apoyé la cabeza en su hombro mientras me llevaba calle abajo.

—Peso demasiado, ¿verdad? —Aunque era mucho más pequeña que Noah, durante el último año había crecido bastante.

—Eres ligera como una pluma —respondió él sonriendo.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa. Tengo un botiquín.

Los padres de Noah estaban en el jardín trasero, por lo que pudimos entrar en su habitación sin que nadie se enterara. Me sentó sobre su cama y fue a buscar el botiquín.

Mientras estaba allí sentada esperando a Noah, me cruzaron por la mente las mil maneras en que mis padres me castigarían si se enteraban. El sonido de la puerta al abrirse me distrajo de mis pensamientos apocalípticos. Noah cerró de nuevo sin hacer ruido y se sentó en la cama delante de mí. Me miró la rodilla. Yo lo miré a los ojos y vi que se le habían empañado. Se inclinó hacia mí y me abrazó por los hombros mientras yo hacía lo mismo por la cintura.

—Gracias, Noah —susurré.

—¿Por qué? —me preguntó él, con la cara hundida en mi pelo.

—Por cuidar de mí.

Secándose los ojos, él se echó un poco hacia atrás en la cama y empezó a limpiarme la cara con una toallita antiséptica. Cuando el alcohol entró en contacto con mi piel, me encogí de dolor. Noah hacía una mueca cada vez que la toallita me tocaba.

—Te prometo que no voy a permitir que vuelva a pasarte nada malo, Piolín.

Yo le sonreí débilmente. Abrió el envase de otra toallita y me limpió las manos y la rodilla con cuidado para no hacerme daño.

Cuando hubo acabado, la cara y las manos no tenían mal aspecto. Casi todos los

arañazos habían desaparecido. Lo de la rodilla ya era más difícil de disimular. Noah le aplicó un producto antiséptico y lo cubrió con una tirita grande. Lo esperé en su habitación mientras iba a guardar el botiquín. Me pareció que tardaba mucho. Al final, la puerta se abrió y yo suspiré aliviada.

—¿Dónde has estado? Has tardado una hora por lo menos.

Él negó con la cabeza y sonrió.

—He tardado unos veinte minutos. He ido a buscar las bicis. Y luego, mientras estaba en la cocina cogiendo esto para ti, me he encontrado a mi madre. —Noah sostenía un plato con un enorme trozo de pastel de chocolate con un tenedor clavado. Me lo dio y siguió hablando—: Quería saber qué estaba haciendo.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté con la boca llena de pastel y del glaseado que lo cubría.

—Que estabas aquí. Y entonces me ha preguntado si te quedarías a cenar, porque mi padre está preparando hamburguesas.

—Tengo que llamar a mi madre para avisarla de que estoy aquí y preguntarle si me deja quedar. —Volví a sentir que los ojos se me llenaban de lágrimas. Tenía miedo de que mi madre notara que me había pasado algo en cuanto me oyera la voz.

—No hace falta. Mi madre me ha dicho que la llamaría ella.

Suspiré aliviada. Eso me daba un poco más de tiempo para que la rodilla no me doliera tanto y para que me bajara la inflamación de la cara y las manos.

Vi que Noah no me quitaba el ojo de encima mientras comía, y le ofrecí el tenedor.

—¿Quieres un poco?

—No, a ti te hace más falta que a mí.

Empujé el plato en su dirección.

—Toma un poco. —Insistí.

Cogiendo el tenedor, él cortó un buen trozo mientras yo sostenía el plato. Luego seguimos pasándonos el tenedor hasta que el pastel se acabó.

Noah dejó el plato en la mesa y se tumbó en la cama mirando al techo con las manos detrás de la nuca.

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor.

—Bien, ya me imaginaba que te sentaría bien.

—¿El qué?

—El pastel de chocolate.

—Pues es verdad. ¿Por qué crees que será? —le pregunté curiosa.

Noah sonrió.

—Porque el pastel de chocolate cura las penas y alegra la vida.

CAPÍTULO 3

El mundo puede cambiar en un instante cuando lo ves a través de los ojos de otra persona.

Estábamos en el partido final de la temporada de béisbol. Noah era la estrella del equipo local, los Tigers. Era el último año que jugaría. Al cabo de unos meses empezaríamos en el instituto. Noah era un gran jugador, por lo que era evidente que también allí formaría parte del equipo.

Mis conocimientos sobre béisbol eran prácticamente inexistentes. Llevaba casi toda la vida asistiendo a los partidos de Noah, por lo que uno pensaría que debería haber retenido información, ni que fuera por osmosis, pero los deportes no eran lo mío. Emily era la deportista de la familia. Jugaba al baloncesto desde los diez años y practicaba atletismo desde que entró en el instituto. Había ganado trofeos en ambos deportes. Menuda sorpresa, ¿no? El caso es que yo solo iba al campo para animar a mi mejor amigo.

Noah empezó a practicar deportes de pelota con cuatro años y se enamoró enseguida del béisbol. Aunque yo nunca entendí las reglas del juego, no se me ocurría mejor manera de pasar un sábado que viéndolo jugar. Siempre que jugaba al béisbol estaba feliz, entusiasmado. No me importaba tragarme un partido que no entendía solo por ver lo mucho que disfrutaba.

Un día invité al partido a Beth Sanders, una potencial nueva amiga. Su familia acababa de mudarse a la casa de al lado hacía tres semanas. De momento estaba en período de prueba como amiga, y las cosas no pintaban mal, pero todavía no le había presentado a Noah.

Tenía un aspecto exótico, con la piel muy bronceada, una larga melena negra como el azabache y los ojos de color verde esmeralda. Sus rasgos faciales eran muy marcados; tenía la nariz, los pómulos y la mandíbula muy definidos, a diferencia de los míos. Yo tenía la cara redonda y las mejillas regordetas; al menos, yo me veía así. Beth era más alta y más delgada que yo. Tenía unas piernas kilométricas. Me lo pasaba bien con ella. Estaba un poco loca y era muy bruta, pero al menos no parecía ir camino de convertirse en un putón.

—¡Vaya! Creo que esto me va a encantar. Este lugar está plagado de tíos buenos —comentó Beth mientras subíamos por las gradas cargadas de comida—. ¿Quién es ese de ahí?

Me volví hacia el campo.

—¿Quién?

—El bateador, Stewart.

—Es mi Noah.

—¿*Tu* Noah? Pensaba que solo tenías una hermana y que os llamabais Kelly de

apellido.

—No es mi hermano, es mi mejor amigo.

—¿Tu mejor amigo? —Beth hizo una mueca de confusión—. No puedes tener a un tío de mejor amigo.

—¿Por qué no?

—No es normal; es raro —insistió frunciendo los labios.

Me costaba mucho imaginarme qué podía tener de raro mi amistad con Noah. Entre nosotros, las cosas siempre habían fluido de manera muy natural.

Beth siguió con su palabrería.

—Y todavía es más raro si el tío en cuestión está tan bueno como ese.

—¿Qué dices? ¿De qué tío bueno hablas?

—¿No me digas que no te has fijado en lo buenísimo que está?

—Nunca me lo había planteado.

Beth resopló.

—No me lo creo. —Hizo una pausa—. ¿Eres lesbiana?

—¡No!

—Te lo pregunto porque solo una lesbiana no se daría cuenta de lo buenísimo que está Noah.

—Me parece que tú y yo no vamos a ser amigas. —Le solté muy seria.

Ella sonrió.

—Oh, venga ya. Míralo. ¡Qué locura! Tiene un cuerpo de escándalo.

—Tú sí que estás escandalosamente loca.

—Fíjate bien. Su cuerpo es un triángulo perfecto: hombros anchos, cintura estrecha y un culo increíble.

—Lo que me parece es que tú piensas con el culo.

Estaba empezando a perder la paciencia. No me hacía ninguna gracia que hablara así de Noah.

—Pues todavía no te he dicho nada sobre sus brazos y sus piernas. —Beth estaba casi jadeando.

Alcé una mano, con la intención de detener su diarrea verbal.

—¿De qué lo conoces? —me preguntó casi sin aliento.

—Nos criamos juntos. He pasado toda la vida con él. No hemos estado separados ni un solo día. Incluso vamos juntos de vacaciones.

—¿Dónde vive? —Beth se estaba volviendo demasiado preguntona respecto a Noah.

La miré con los ojos entornados, pero no respondí.

—¿Vive en nuestro barrio? —Yo permanecí en silencio—. ¡Oh, Dios mío! ¡Vive en nuestro barrio! ¿Por qué no nos has presentado? Has estado ocultándomelo; tienes que presentarnos.

Cuando empezó a hablar sobre Noah se aceleró tanto que casi no la entendía. Hablaba tan deprisa y con tanta excitación que estuve tentada de darle un puñetazo en

el cuello para que se callara.

—Sí, claro, un día de estos —repliqué sarcástica, poniendo los ojos en blanco.

No conocía lo suficiente a Beth como para dictar sentencia definitiva, pero me daba la sensación de que esa chica necesitaba algún tipo de medicación.

—Vamos, Amanda. Necesito comprobar si está tan bueno por delante como por detrás.

La miré enfadada, negando con la cabeza.

Durante el resto del encuentro, Beth estuvo comiéndose con los ojos no solo a Noah, sino a todos los chicos que le parecía que estaban buenos, vamos, a prácticamente todo el equipo. Incluso llegó a decir que el entrenador Sawyer estaba bueno, y eso que era un viejo: por lo menos tenía cuarenta años.

El partido estaba acabando. Le tocaba batear a Noah. Ambos equipos iban empatados; si Noah anotaba puntos con esa carrera, los Tigers serían campeones de la ciudad por primera vez en la historia.

La multitud guardó silencio. El *pícher* se preparó unos instantes y luego lanzó una bola directa hacia Noah. El sonido del bate al impactar contra la pelota resonó con tanta fuerza que pareció un cañonazo. Noah lo soltó y echó a correr más deprisa de lo que lo había visto correr nunca. Llegó a la primera base, a la segunda y luego a la tercera y se deslizó con los pies por delante hacia el plato. Cuando el árbitro dio por buena la jugada, mi Noah se convirtió en una leyenda de la liga local, como el jugador que logró que los Tigers consiguieran su primera victoria. La multitud se volvió loca; no dejaban de corear su nombre y de saltar.

Vi cómo los compañeros de Noah corrían hasta él, lo levantaban a hombros y coreaban: «¡STE-WART! ¡STEWART! ¡STE-WART!» mientras lo colocaban de cara a la multitud.

Beth contuvo el aliento.

—Oh, sí. Es igual de impresionante por delante que por detrás.

Le dirigí una mirada amenazadora.

Los cánticos se hicieron más intensos cuando el público se unió a los jugadores, que seguían coreando: «¡STEWART!». Noah me buscó entre las gradas hasta que sus ojos se encontraron con los míos. Tenía una enorme sonrisa en la cara, igual que yo. Se quitó la gorra y la agitó sin apartar los ojos de los míos en ningún momento. Para mí no existía nadie más que él en el campo y, por su expresión, parecía que para él no existía nadie más que yo en las gradas. Mientras lo miraba, una sensación de calor me recorrió de arriba abajo. La verdad era que sí, era agradable a la vista.

Estaba abrumada, muy orgullosa y feliz por él. Beth se equivocaba: la conexión que existía entre Noah y yo no tenía nada de raro.

Bajamos la escalera de la grada y fuimos al campo, buscando a Stewart. Lo rodeaba una gran multitud que le daba la mano o palmadas en la espalda. Yo me quedé a un lado, con Beth. Quería verlo disfrutar de su momento. Unos minutos más tarde, la multitud empezó a dispersarse. Noah me buscó hasta localizarme. Dio la

mano a varias personas más, pero sin apartar los ojos de mí.

Cuando llegó a mi lado, me abrazó por la cintura, me levantó del suelo y me hizo dar un par de vueltas, haciéndome gritar.

—¿Puedes creerlo, Piolín? ¡Somos campeones de liga! —exclamó, irradiando entusiasmo.

Sentí un escalofrío cuando me dejó caer deslizándome por su cuerpo. Mientras recobraba el equilibrio, tragué saliva.

—¡Lo sé! ¡Enhorabuena! ¡Lo has hecho! Estoy muy orgullosa de ti.

Noah se quitó la gorra y me la puso en la cabeza. Estaba empapada de su sudor, pero no me importó. Le dirigí una sonrisa radiante durante unos segundos, hasta que me sorprendió el sonido de alguien que se aclaraba la garganta.

—Oh, Noah, te presento a Beth. Acaba de mudarse al... —dejé la frase a medias.

No sé por qué no le dije que vivía en nuestro barrio; no es que quisiera mantenerlo en secreto. Además, Beth se encargaría de decírselo, estaba segura, pero de repente se me despertó un gran instinto de protección. No me hacía ninguna gracia cómo lo miraba o cómo hablaba de él. Beth iba a tener que buscarse su propio Noah. Este estaba ocupado: era mío.

CAPÍTULO 4

«Un amigo es esa persona que conoce la canción que suena en tu corazón y que puede cantártela cuando se te han olvidado las palabras». Anónimo. (Joder, ojalá lo hubiera escrito yo).

—¿Qué opinas? —preguntó Noah mientras nos sentábamos a la mesa de pícnic del parque del barrio. Esa mesa se había convertido en nuestro refugio secreto.

Se acercaba el final de las vacaciones de verano. Dentro de una semana ambos seríamos alumnos de primer curso del instituto. Quería disfrutar de cada minuto del tiempo que nos quedaba. Cuando empezaran las clases, ya no podríamos ir allí tan a menudo.

En Charleston, el calor y la humedad son brutales durante el verano, aunque esa noche corría una ligera brisa que hacía que el bochorno fuera más soportable. Los grillos cantaban en los árboles a nuestro alrededor y de vez en cuando se oía alguna salpicadura de agua, ya que cerca había un estanque donde se bañaban los patos.

Noah estaba sentado muy cerca de mí. Ambos llevábamos pantalones cortos, y la sensación de nuestros muslos al entrar en contacto fue algo nuevo y excitante. Justo antes del verano noté que Noah había empezado a mostrarse más cariñoso conmigo. Siempre había sido un chico muy dulce, pero últimamente me abrazaba más, me daba más la mano y se sentaba más cerca de mí. Me gustaba. Me gustaba mucho. Notaba cosquillas cada vez que lo tenía tan cerca.

Estábamos escuchando música, compartiendo sus auriculares. A los dos nos encantaba la música: alternativa, indie, punk, *rock*, etc. En esos momentos sonaba nuestro grupo favorito: Lifehouse.

—Son la caña —dije meciéndome de un lado a otro con los ojos cerrados, dejando que la música fluyera a través de mí—. Todo el CD es brillante. *Everything* es mi canción favorita.

—La mía también. Me recuerda a ti —reconoció él.

Le dirigí una mirada rápida antes de volver a bajar la cabeza y cerrar los ojos. No estaba segura de haber oído bien. Cuando la canción acabó, volví a abrirlos. Noah me estaba observando con una sonrisilla.

—¿De qué te ríes?

—No me río, sonrío. Me gusta contemplarte cuando escuchas música. Te pierdes en las notas.

Nuestras miradas se encontraron, y me mordí el labio inferior. Sentí que empezaba a ruborizarme. Le devolví el auricular con una sonrisa.

—¿Crees que saldrán de gira pronto?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Si pasan por aquí, tenemos que ir a verlos. Seguro que en concierto son increíbles.

De repente, Noah se levantó de la mesa de un salto y se plantó ante mí. Se metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones cortos de camuflaje, sacó dos entradas y las sostuvo ante mis ojos. Intentaba controlarse, pero la sonrisa de su cara se estaba volviendo más grande a cada segundo que pasaba.

—En el Centro de Artes Escénicas, dentro de tres semanas, tú y yo, Piolín — anunció emocionado.

Tardé unos instantes en asimilar lo que estaba oyendo. Sería el primer concierto para los dos. Estaba tan entusiasmada que no podía contenerme.

—¿Me tomas el pelo?!

—No.

Pegué un salto y me lancé sobre él, que tropezó y cayó de espaldas al suelo. Yo caí sobre él. Ambos estábamos riendo sin parar y pronto nos quedamos sin aliento.

—Noah Stewart, eres el *mejor* mejor amigo que una chica pueda tener.

—¿A que molo? —Me dirigió una sonrisa seductora y sentí que me fundía por dentro.

—Sí, mucho. —Respondí en voz baja.

Permanecimos así, tumbados, con las narices casi pegadas y mirándonos a los ojos. Los de Noah eran asombrosos. Eran azul pálido, y tan brillantes que parecía que tuvieran una lucecita interior.

Me habría gustado tener unos ojos como los suyos. Los míos eran de un color muy raro. Mi madre siempre decía que eran de color verdeazulado. ¿Qué color es ese? Estoy segura de que es el color que menos se usa de la caja de colores Crayola.

Supongo que debería haberme quitado de encima de Noah inmediatamente, pero no lo hice. A él no parecía molestarle que yo estuviera ahí, montada sobre él. Al tener las palmas de las manos apoyadas en su pecho, notaba lo tonificado que estaba. Jugaba al béisbol desde que éramos niños y le sentaba muy, *muy* bien. También noté que estaba excitado. Nunca había notado nada parecido clavándose en mi cuerpo. Curiosamente, no me asusté. Me pareció natural.

Bajé la vista hacia su boca. Cuando vi que sacaba la punta de la lengua y se la pasaba sobre el labio inferior, sentí mucho calor. Las mariposas que vivían en mi estómago estaban dando volteretas. Aunque al principio respirábamos de manera rápida y superficial, cada vez lo hacíamos de manera más lenta y profunda. No estaba segura de qué estaba sucediendo. Noah era mi mejor amigo. Siempre me alegraba cuando lo veía y quería pasar todo el rato posible con él, pero lo que estaba sintiendo era distinto; superaba a todo lo que había sentido con anterioridad.

Su mirada descendió hacia mis labios y volvió a mis ojos. Levantó la mano y me colocó un mechón de pelo que se había caído detrás de la oreja. Noté un cosquilleo en la mejilla y la oreja al contacto con la punta de sus dedos.

—Has sacado las entradas sin preguntármelo primero. Estás muy seguro de ti

mismo, ¿no crees? ¿Y si no hubiera querido ir? —bromeé, en voz tan baja que sonó como un susurro.

—Imposible. Eres mi chica; te conozco demasiado —replicó sonriendo. Me encantaba que me llamara *su chica*. Se aclaró la garganta y añadió—: Será mejor que nos levantemos.

—Ah, sí. Lo siento —me disculpé notando que me ruborizaba.

Me aparté de Noah y me quedé sentada a su lado. Él también permaneció un rato sentado antes de ponerse en pie. Supuse que necesitaba un poco de tiempo para calmarse, igual que yo.

Cuando se levantó, se volvió hacia mí, alargó las manos y me ayudó a hacer lo mismo. Cuando estuve de pie, me atrajo contra su pecho.

—Ha sido divertido. ¿Qué harás si algún día compro entradas para ver a Green Day? —preguntó con una sonrisa irónica.

La combinación de nuestros cuerpos unidos, el brillo de sus ojos azules y esa sonrisa canalla hizo que empezara a darme vueltas la cabeza y que mi cuerpo experimentara sensaciones desconocidas hasta ese momento.

No sabía si sería culpa de mis hormonas o de Beth, que se pasaba el día babeando detrás de Noah, pero el caso era que había empezado a mirarlo de manera diferente. No me gustaba cómo lo miraba Beth ni cómo hablaba sobre las partes de su cuerpo. Y todos esos sentimientos eran nuevos para mí. Lo único que tenía claro era que, cuando estaba con él, me sentía feliz, entusiasmada y segura. Y que cuando no estábamos juntos era como si me faltara un trozo.

Como habíamos compartido todas nuestras primeras veces, supongo que no fue nada raro que mi primer enamoramiento también fuera provocado por él. Aunque su cuerpo había respondido al sentarme sobre él, no le di más importancia. A los adolescentes les pasa constantemente. Eran las hormonas las que hacían que su pene reaccionara. Para Noah yo era su amiga, no su novia.

Además, yo sabía que no era la chica adecuada para él. No tenía nada especial. Era de estatura mediana como mi madre, no era alta como Emily. Mis rasgos no estaban mal; solían decirme que era mona. Probablemente porque tenía la cara redonda y las mejillas regordetas. En las reuniones familiares, mis parientes siempre querían pellizcarme los mofletes, cosa que nunca entendí. Pellizcar mofletes tal vez sea divertido para el que pellizca, pero no para el pellizcado. A mí me habría gustado tener la cara fina de Emily y sus altos pómulos. Mi tipo era ligeramente curvilíneo; no tenía un cuerpo atlético como el de mi hermana. Hacía unos meses que mis tetas habían decidido hacer acto de presencia. Habían estado desarrollándose de manera lenta y regular, hasta que, de repente, un día, ¡tachán! ¡Tenía tetas! No eran una exageración, pero tampoco eran pequeñas. Eran normales. Tenía el pelo de color castaño oscuro, largo hasta los hombros. En eso me parecía a Emily, pero, a diferencia de la mía, su melena era sedosa y brillante. Y mi piel era pálida, no como la de mi hermana, que parecía estar bronceada todo el año. Y luego estaba el tema del

color de mis ojos, ese asqueroso color verdeazulado que hacía que la gente me mirara como si fuera un bicho raro.

Noah se merecía estar con alguien perfecto porque él lo era. Yo, en cambio, era lo menos perfecto que existía en el mundo. Además, era mi mejor amigo y no quería que eso cambiara nunca.

Los recuerdos de la primera semana de instituto los tengo un poco borrosos en mi mente. Recuerdo que estaba un poco asustada por las nuevas materias y los nuevos profesores, pero cuando se calmaron los nervios de los primeros días, las cosas volvieron a la normalidad. Iba a dos clases con Noah y a tres con Beth, y nos reuníamos todos a la hora de comer. La vida en el instituto era apacible, hasta que apareció La Intrusa.

Fue casi al final de la hora de comer. Noah estaba sentado a mi lado revisando unas notas para la siguiente clase. Al otro lado de la mesa estaba Beth, que no paraba de hacer comentarios sobre todos los chicos guapos que pasaban junto a ella, cuando no estaba comiéndose a Noah con los ojos. Esa chica nunca tenía la boca cerrada, y los chicos eran su tema favorito.

En cada instituto hay una como ella. La nuestra acababa de entrar en la cafetería. La Intrusa era un cliché andante. Era alta y rubia, tenía los ojos azules, una figura exuberante y, para mi sorpresa, se dirigió directamente a nuestra mesa. No apartó la mirada de Noah en ningún momento mientras una sonrisa igual que la del gato de Cheshire crecía en sus labios exageradamente relucientes por el *gloss*. Ni por un momento dudé de que esa chica iba a traerme problemas. Supe desde el principio que seríamos enemigas a muerte.

Ella era muy consciente de cuáles eran sus puntos fuertes y los exhibía sin ninguna vergüenza. Llevaba una blusa muy ceñida, igual que los vaqueros, de cintura baja. Los tacones, en cambio, eran altos, igual que las tetas. Cuando caminaba le rebotaban todas las partes del cuerpo.

Una vez leí un artículo en la revista *Cosmo* que decía que a los chicos les gustaban las cosas que rebotaban. Y en La Intrusa todo rebotaba de manera exagerada. En cambio, a mí no me rebotaba nada. Algunas partes me temblaban un poco, pero nunca he encontrado un artículo en el que hablen de lo mucho que les gustan a los chicos las partes con temblor. Me volví hacia Noah y me pregunté qué preferiría, los rebotes o los temblores en las chicas.

Seguí observando a La Intrusa mientras su pelo, sus tetas y su culo rebotaban en su paseo por la cafetería. Cuanto más se acercaba a nuestra mesa, más se me retorció el nudo que tenía en el estómago. Notaba como si una tenaza me apretara los intestinos. Cuando se detuvo a nuestro lado, un escalofrío gélido me recorrió la espalda.

—¡Guay, os he encontrado! —exclamó.

—Hola, Brittani. Te he guardado sitio —dijo Beth, arrastrando la silla que tenía al lado para que La Intrusa se sentara en ella.

«Pero ¿qué demonios?! ¿Beth se ha vuelto loca o qué?».

La Intrusa —la llamaré *L. I.* para abreviar— se sentó junto a Beth, lo que la dejó justo enfrente de Noah. Se lo quedó mirando fijamente para atraer su atención. Al ver que no funcionaba, se aclaró la garganta ruidosamente para que él levantara la vista. Cuando Noah al fin lo hizo, se sorprendió al ver que había alguien que lo estaba mirando fijamente.

Ella alargó la mano en su dirección, con la palma hacia abajo, como si esperara que se la besara.

—Soy Brittani Monroe. —Se presentó como si estuviera haciendo un anuncio trascendental. Tenía un acento sureño tan cerrado y empalagoso que noté que me salían varias caries a medida que hablaba.

Noah, confundido, le cogió la punta de los dedos y los sacudió arriba y abajo.

—Eh..., hola, soy Noah Stewart.

Me miró con las cejas levantadas, como preguntándome si había hecho lo correcto. Yo le devolví la mirada con los labios fruncidos pero no dije nada.

Tamborileé con los dedos de la mano derecha sobre la mesa mientras me mordía la uña del pulgar. Esa tía era increíble. A mí no me había hecho ni caso y a Beth no había vuelto a mirarla desde que se había sentado.

—Es un placer enoorme conocerte, Noah. Me alegro de que Beth me invitara a comer con vosotros.

Noah seguía alternando miradas entre *L. I.* y yo.

Yo dejé de tamborilear y de morderme el pulgar para lanzarle a Beth mi mirada asesina de alerta máxima. La mirada asustada que me devolvió me indicó que había recibido mi mensaje.

—Eh..., Brittani, ella es mi amiga Amanda —me presentó con voz temblorosa.

L. I. reconoció al fin mi presencia con un lacónico «Eh» mientras continuaba con la vista clavada en Noah.

Luego cambió de postura y se echó hacia delante, apoyando las tetas en la mesa y dejando a la vista un canalillo más impresionante que el Gran Cañón.

—¿Qué estudias, Noah? —preguntó revolviéndose en la silla y apretando los brazos para juntar los pechos un poco más.

La vista de Noah acabó yendo a parar a donde ella quería. El Gran Cañón debía de tener poderes hipnóticos, porque una vez que llegó allí, Noah ya no consiguió apartarla.

Incapaz de soportar el espectáculo de ver a Noah hipnotizado por el panorama, le di un codazo en las costillas.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso? —protestó él, acariciándose la zona.

—Antes mencionaste que tenías que llegar a clase pronto. —Respondí con una sonrisa que era pura inocencia.

—Es verdad, tengo que ir tirando. —Noah cerró la libreta y se la guardó en la mochila.

L. I. ladeó la cabeza, le dirigió sus mejores morritos y lloriqueó.

—No quiero que te vayas todavía. Te echaré mucho de menos.

«Alucinante».

Noah balbuceó:

—Sí, eh..., ah, tal vez más tarde. —Se levantó—. Nos vemos en álgebra, Piolín. —Le sonreí—. Hasta luego, Beth y, eh...

—¡Brittani! —chilló ella, mordiéndose el labio inferior.

Alejándose de la mesa, Noah titubeó y al fin dijo:

—Eh, sí, eso, Brittani.

Las dos chicas se volvieron en la silla y contemplaron cómo Noah se alejaba. No se movieron hasta que hubo desaparecido por completo.

L. I. suspiró hondo mientras se volvía de nuevo hacia la mesa.

—Está buenísimo, pero una cosa exagerada, ¿a que sí?

Beth le dio la razón asintiendo con entusiasmo.

—Está para mojar pan.

Le dirigí otra mirada amenazadora de alerta máxima.

—¿Qué pasa, Amanda? No me digas que no te has dado cuenta de lo bueno que está.

—Es mi mejor amigo. No pienso en él de esa manera.

Mentí. Había empezado a pensar en él de esa manera. Últimamente, muy a menudo. De hecho, había comenzado a aparecer en mis sueños. Me estremecía cada vez que se acercaba a menos de tres metros o que oía su voz. Unos días antes lo vi segar el césped de su jardín. Se había quitado la camiseta y estaba sudoroso. Llevaba unos pantalones cortos que le colgaban, bajos, a la altura de las caderas. Por el latido desbocado de mi corazón y la sensación de mareo, pensé que estaba sufriendo un ataque al corazón.

L. I. cogió una servilleta y empezó a abanicarse.

—Esas cosas no se piensan. Se sienten, en todo el cuerpo.

—Sí, en todo el cuerpo —asintió Beth en tono soñador.

Permanecí sentada en silencio escuchando a aquel par cotorrear sobre los atributos de Noah. Una sensación de ardor me nació en el estómago y fue ascendiendo por el pecho. Cuanto más hablaban sobre mi Noah, más se me cerraba el nudo en el estómago.

—Está alucinantemente bueno. Está mucho más bueno que cualquiera de los demás chicos que he visto por aquí. Podría pasar por un universitario. Los chicos de la clase están llenos de granos; son larguiruchos y torpes, les sobran brazos y piernas por todas partes —se quejó L. I., alzando mucho los brazos—. Noah, en cambio, tiene un cuerpo tallado en roca. Los músculos de sus brazos son INCRE-Í-BLES.

«Me ha abrazado con esos brazos. Es verdad. Sus músculos son increíbles».

—Es que juega al béisbol. —Aportó Beth.

—Claro, así se entiende.

—El pelo castaño y ese tono de piel tan bronceado son una combinación de lo más sexi. —Beth se echó a reír—. Quiero acariciarle ese pelo. Se ve tan suave.

«Noté ese pelo contra mi mejilla cuando me abrazó. Era muy suave y olía a naranjas».

—Dios, Beth, ¿has visto ese culo?

—Uf, sí. Es perfecto.

—Delicioso. —L. I. apoyó la barbilla en la mano y se perdió en una ensoñación que sin duda incluía el culo de Noah—. Pienso reftar por todo su cuerpo.

—¿Como si fueras un hongo? —No pude evitar soltar mientras me metía las últimas bolitas de queso en la boca.

Ella me dirigió una sonrisa sarcástica.

—Ja, ja. Rftaré sobre su cuerpo antes de que acabe el semestre, te lo garantizo. A menos que tú te lo hayas pedido antes, Beth. Nunca persigo a los chicos de mis amigas.

—No, no me lo he pedido. —Beth me miró sin disimular el enfado.

—Bien.

—Y ¿yo qué? —pregunté.

—¿Tú qué? —L. I. me miró entornando los ojos y dirigiéndome una sonrisa irónica.

—Tal vez yo me lo haya pedido antes.

—Acabas de decir que no piensas en él de esa manera. Pero da igual; aunque lo hicieras, no cambiaría nada.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Beth y ella intercambiaron una mirada cómplice.

—Noah está fuera de tu alcance. Juega en otra liga, ¿no lo ves?

—Brittani, no —le rogó Beth.

—Ha sido ella la que me ha preguntado. —L. I. volvió a centrar su atención en mí—. No te conozco de nada, pero es obvio que no tienes nada de especial. No eres fea, pero tampoco eres atractiva. La verdad es que deberías arreglarte un poco más.

—Brittani, para. —Se notaba que Beth se estaba enfadando de verdad.

—Le estoy haciendo un favor. Mírala. Ese pelo castaño sin gracia, la piel blancuzca y esos ojos tan raros. Me ponen nerviosa. Todo lo tiene soso y aburrido. Tal vez si se hiciera unas mechas y se bronceara un poco estaría mejor, pero, vamos, necesitaría un milagro.

Estaba hablando de mí como si no estuviera delante.

—En la escala de tíos buenos, Noah es un diez. Tiene que salir con alguien que sea al menos un ocho o un nueve, si no puede ser un diez. Y, si te soy sincera, cosa que acostumbro a ser, tú no llegas ni al dos. Y estoy siendo generosa.

—Vale, se acabó. Ya basta. Vamos, Amanda. Tenemos clase de lengua.

Me quedé mirando cómo Beth y L. I. se levantaban y cogían sus cosas. No es que no quisiera moverme; es que no podía. Yo ya sabía que no era nada del otro mundo y que Noah se merecía algo mejor; lo que me dejó muerta fue comprobar que a esa chica que acababa de conocerme le hubiera dado tiempo de darse cuenta también. Los ojos se me humedecieron.

«No pienso llorar en medio de la cafetería».

Me levanté de un salto, recogí mis cosas y me marché a toda prisa. Fui a los lavabos y llegué justo antes de que las lágrimas se derramaran sin control.

CAPÍTULO 5

Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite. Queda ahí, grabado en cemento, y nunca se irá. Y hace poco me di cuenta de que he empezado a convertirme en mi madre, porque no puedo quitarme de la cabeza unos soñadores ojos azules, un suave pelo castaño y unos brazos increíblemente musculados.

Noah y yo estábamos en su casa pasando el rato en su habitación, escuchando música. Tras la conversación con Beth y con Brittani ese mismo día, me había costado mucho mirarlo sin pensar en su culo perfecto. Menos mal que estaba sentado a su escritorio y así no lo veía. Para mayor seguridad, opté por tumbarme en la cama con los pies apoyados en el cabecero y los ojos clavados en el techo.

Oí la silla de Noah rodando ruidosamente sobre el suelo de madera en mi dirección. El sonido se interrumpió y la música bajó de volumen. Cerré los ojos con fuerza y tragué saliva. Sentí un cosquilleo en el estómago al mismo tiempo que me subía la temperatura. La cabeza empezó a darme vueltas.

Seguí moviendo el pie en el aire al ritmo de la música, fingiendo estar muy concentrada en la canción. ¿Quería hablar conmigo? ¿Iba a tener que mirar a esos soñadores ojos azules... o a ese culo perfecto?

Malditas fueran Beth y Brittani. Tenía que quitarme esas ideas de la cabeza.

«Céntrate, Amanda. La tía Agnes en traje de baño, la tía Agnes en traje de baño, la tía Agnes en traje de baño, Noah en un traje de baño que le queda muy bajo, justo por encima de las caderas, y que apenas le cubre ese perfecto trasero... Mierda».

Oí que se aclaraba la garganta.

—Piolín —dijo, y el sonido de su voz hizo que el pulso se me acelerara.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la chica que se ha sentado con nosotros a la hora de la comida, Brittani Monroe?

—Sí.

—¿Qué opinas de ella?

—Es un putón con nombre de *stripper*.

El sonido de su risa me hizo sonreír.

—Eh, no te cortes. Di lo que piensas en realidad.

Bajé las piernas y me senté de cara a él, con los pies colgando sin llegar al suelo. Evitando el contacto visual, me eché hacia atrás y me apoyé en los brazos.

Con la vista baja le pregunté, tratando de sonar despreocupada:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me ha invitado a salir con ella.

Di un brinco y me quedé sentada, pero con la espalda muy tiesa.

—¿Te ha pedido una cita? —No pude evitar que me temblara la voz.

—Sí, supongo.

—¡Qué tontería! —Mi cara era una mueca de disgusto. Me salían los celos por todos los poros de la piel.

—¿Por qué te parece una tontería?

Alcé los ojos y vi que él trataba de disimular una sonrisa. Al parecer, estaba disfrutando de mi reacción. Capullo.

—Eh..., pues, para empezar, solo tenemos catorce años y no nos dejan salir con nadie hasta que tengamos dieciséis. Y en segundo lugar...

—A mí me dejan.

Me crucé de brazos y lo miré entornando los ojos.

—¿Estás de coña?

—Mis padres me han dado permiso.

Busqué desesperadamente otras razones para evitar que saliera con el zorrón-*stripper*, la Zorríper. Esa chica me inspiraba. Su lista de apodos crecía a toda velocidad.

—¿Cómo vas a llegar al lugar de la cita? Ni siquiera tienes carnet de conducir. Y diría que esa chica no cabe encima del manillar de tu bici. Porque, vamos, ¿tú has visto el culo que tiene?

—Pues sí, me he fijado en su culo —respondió él con una sonrisa irónica.

No me gustó su modo de expresarlo. *Ver* no era lo mismo que *fijarse*.

—Me ha invitado a ir a la bolera. Su padre nos acompañará.

—¿Así que piensas salir con ella?

—Supongo. ¿Por qué no? Es maja y no está mal. Es guapa.

«¿Guapa? Pufff, ¿ha estado fumando *crack*? Lo único que esa tía tiene es un gran culo, unas grandes tetas y las ganas de dejar que cualquier tío se los toque».

Bajé la vista y me aparté una mota de polvo inexistente de los vaqueros.

—Bueno, haz lo que quieras. Cada uno destroza su vida como le da la gana.

—Solo vamos a jugar a los bolos, Piolín —replicó, y se le notaba en la voz que se estaba divirtiendo.

Eché la cabeza atrás y hacia un lado, con la vista clavada en el techo.

—Sí, sí, se empieza jugando a los bolos, luego vais al cine, después os casáis, os compráis una casa y tenéis zorritas *strippers*. Pero si eso es lo que te hace feliz, ¿quién soy yo para entrometerme?

Pasaron varios segundos antes de que Noah dijera:

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dispara.

Él titubeó durante unos instantes.

—¿Has besado a algún chico?

—He besado a mi padre y a mi abuelo.

Él negó con la cabeza.

—Los parientes no cuentan. ¿Alguna vez te han dado un beso de verdad?

—Ya sabes que te voy a decir que no. —Respondí con un hilo de voz.

Pegué la barbilla al pecho, bajé la mirada y moví los pies adelante y atrás.

—Pues una fuente de confianza me ha dicho que Brittani ha besado a un chico. Bueno, en realidad, a más de uno.

—Pues no me extraña. —Permanecemos en silencio unos instantes hasta que se me encendió la bombilla—. ¡OH, NO! ¿Vas a salir con ella para pillar cacho?

Noah se puso en pie de un salto.

—¿Qué? «¿Pillar cacho?». ¿Un cacho de qué?

—Un cacho de Brittani, de qué va a ser. —Le dirigí una mirada asesina. Tenía los hombros y el cuello en tensión.

—¡No! Voy a salir con ella porque..., no lo sé. Porque me lo pidió. Además, ya sabes lo mucho que me gustan las patatas fritas de la bolera. Si no quieres que vaya, dímelo y no iré.

Había llegado el momento de la verdad. Tenía que tomar una decisión. Podía aferrarme a Noah un poco más y esperar a que mis sentimientos por él cambiaran o podía dejarlo marchar. Tal vez si lo veía con otra chica, recuperaría el sentido común, aunque esa chica fuera la Zorríper.

Sin mirarlo a los ojos, le dije:

—Ve. —Hice una pausa—. Es solo que no creo que sea la chica adecuada para ti.

—Oh, eso ya te lo aseguro yo.

Lo busqué con la mirada. Tenía mariposas en el estómago. Estaba monísimo allí sentado con sus vaqueros gastados, una camiseta y la gorra de béisbol de los Red Sox. La llevaba al revés y le asomaba un poco de pelo por la abertura, justo encima de la cinta regulable. Las chicas tenían razón: estaba buenísimo. Tenía muchas ganas de lanzarme sobre él y abrazarlo.

Noah se pasó la mano por la nuca.

—El caso es que..., eh..., todavía no he besado a nadie. No digo que vaya a pasar en la cita, pero ¿y si ella me besa y no lo hago bien? Si se corre la voz, ya puedo meterme en un monasterio, porque ninguna chica querrá salir conmigo nunca más.

Inspiré hondo mientras me imaginaba cómo sería que Noah me besara. Supongo que me perdí en mis pensamientos, porque lo siguiente que oí fue:

—Tierra llamando a Piolín.

—Lo siento, eh..., no te preocupes, lo harás bien.

Él se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, quedando más cerca de mí.

—¿Sabes qué me ayudaría mucho?

—¿El qué?

—Poder practicar —dijo inquieto.

Noah me sostuvo la mirada durante varios segundos, hasta que me di cuenta de lo que me estaba diciendo.

—¿Conmigo?

—Sí.

Negué con la cabeza.

—No, no me parece buena idea.

—Es una idea fabulosa. Podemos practicar los dos y así estaremos preparados y no pasaremos vergüenza delante de nadie. —Trató de convencerme con los ojos brillantes por esa idea tan absurda y ridícula.

—Yo no voy a tener que besar a nadie en un futuro cercano —admití, muerta de la vergüenza.

—Yo no estaría tan seguro.

Alcé la mirada y vi que su sonrisa se iba haciendo más grande. Bajó de la silla e hincó una rodilla en el suelo para suplicarme:

—Piensa en ello como formación para el futuro. Por favor, Piolín, te necesito.

Permanecí sentada sin moverme durante un rato que se me hizo eterno. ¿Realmente me apetecía hacerlo? En realidad, lo que quería era que no saliera con Britanni. Y, desde luego, no quería que la besara a ella, pero sí quería que me besara a mí. Y yo quería besarlo a él. Era mi mejor amigo y me necesitaba; lo haría por él. Además, si lo besaba, probablemente me quitaría la obsesión de encima y podría volver a mi vida de siempre.

Mirándolo fijamente a sus preciosos ojos, dije:

—Vale.

—¿En serio?

—Sí.

Noah se abalanzó sobre mí, derribándome sobre la cama. Empezó a hacerme cosquillas sin parar y me reí tanto que no podía respirar.

—Piolín, eres la *mejor* mejor amiga que se puede tener. Eres asombrosa, increíble, fantástica...

Yo seguí riéndome y tratando de respirar mientras él intensificaba las cosquillas.

—¡Para! Deja de hacerme cosquillas. Ya te he dicho que te ayudaré; no dejaré que hagas el ridículo.

Él no aflojó la tortura.

—¿Me lo prometes?

Con los ojos llenos de lágrimas, respondí:

—Sí.

—¡Dilo!

Cuando dejó de hacerme cosquillas, se me aclararon los ojos y vi que Noah estaba sobre mí. Cada vez que respirábamos, nuestros pechos se rozaban. Él se apoyaba en las manos, una a cada lado de mi cabeza, para no chafarme. Teníamos las piernas entrelazadas. Permanecimos así unos cuantos segundos mirándonos a los ojos, hasta que me acordé de que todavía no le había hecho la promesa.

—Lo prometo —susurró.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre.

Fruncí el ceño, sin entender a qué se refería.

—¿El qué?

—Tú y yo, uno encima del otro —respondió con un brillo canalla en la mirada mientras su boca empezaba a curvarse en una sonrisa.

Sus labios estaban tan cerca. Me pregunté a qué sabrían. Estaba segura de que sabrían a cereza. Noah tenía aspecto de saber a cereza. Sus labios empezaron a acercarse a mi cuello. Me estremecí. ¿Iba a besarme en el cuello? Tragué saliva con dificultad y me quedé paralizada al notar el roce de su nariz justo debajo de mi oreja.

—¡Guau! Hueles muy bien —susurró. El cálido aliento que me acarició la mejilla y el cuello me hizo estremecer.

—Me he comido un Chupa-Chups de manzana ácida antes de venir —repliqué, haciéndolo reír.

Tenía la respiración alterada, jadeante, y no había parpadeado en los últimos cinco minutos. Noah me tenía totalmente en trance.

Apartándose de mi cuello, me sonrió y me dijo en voz baja:

—Gracias por ayudarme, Piolín.

—De nada. —Estaba tan abrumada por lo que acababa de pasar que casi no se me oía.

Noah me buscó los ojos con la mirada y añadió:

—Ya sabes lo que dicen, ¿no? —Negué con la cabeza—. Que para alcanzar la perfección hay que practicar mucho. Tal vez tengamos que practicar un buen rato. Ya sabes que soy lento aprendiendo. —Meneó las cejas y me dirigió una sonrisa ladeada.

Inspiré hondo.

—¿Quieres empezar ahora? —le pregunté con la voz tan aguda que sonó como si hubiera pisado un muñeco de goma.

Él se inclinó un poco hacia mí antes de levantarse y apartarse de la cama.

—No puedo. Tengo que ir al dentista. Mi madre me recogerá enseguida.

Me incorporé ligeramente, apoyándome en los codos. Estaba algo aturdida.

—Ah, vale.

Noah me estaba ofreciendo las manos, así que se las tomé y dejé que me ayudara a levantarme. Me atrajo hacia su pecho y me sujetó las manos detrás de la espalda, con delicadeza.

Bajó la vista y, sonriendo, me ordenó en tono autoritario:

—Esta noche, a las siete en punto, en nuestro refugio secreto.

—De acuerdo, nos vemos allí —repliqué sin aliento.

Dando un par de pasos hacia atrás, Noah se quitó la gorra de los Red Sox, se pasó los dedos por el pelo, dio una vuelta a la gorra y volvió a ponérsela. En ningún momento apartamos la vista el uno del otro.

La nuez de Noah subió y bajó un par de veces, mientras tragaba saliva, antes de decir:

—Gracias otra vez por ayudarme, Piolín. Nos vemos esta noche.

—Vale..., sí..., esta noche..., nos vemos luego.

Lo observé salir de la habitación y solté un gran suspiro cuando su culo perfecto desapareció. Tenía que tranquilizarme y quitarme a Noah de la cabeza. No podía arriesgarme a perder a mi mejor amigo por culpa de un estúpido enamoramiento adolescente.

Cuando salí de casa de Noah, la adrenalina me corría tan rápidamente por las venas que no podía quedarme quieta. Monté en la bici y di una larga vuelta. Siempre que me preocupaba algo o que necesitaba aclararme las ideas, montar en bicicleta era mi terapia perfecta. Me encantaba la soledad, la libertad y la sensación de control que tenía siempre que iba a dar una vuelta en bici.

Al llegar a casa, me duché y me vestí a toda prisa. Me puse un vestido largo de color verde pálido y unas sandalias. Me recogí el pelo en una coleta alta y completé el conjunto con unos aros plateados. Nada especial, me dije.

Todavía seguía estando muy nerviosa. Habría sido absurdo cenar; podría haberlo devuelto todo. Mi estómago no paraba de dar volteretas.

Cuando entré en el parque, vi que Noah estaba en nuestra mesa de siempre, de espaldas a mí. Me oyó acercarme; imposible no hacerlo por la grava que cubría la zona de pícnic. Cuando se volvió y me vio, abrió unos ojos como platos y me pareció que decía «Guau» en voz muy baja. Le dirigí una sonrisa tímida. Él iba perfecto, con sus pantalones cortos anchos de color negro que le llegaban justo por encima de la rodilla, dejando al descubierto sus pantorrillas musculadas. Una camiseta blanca, marca Nike, le cubría el amplio pecho. Llevaba unas zapatillas blancas y negras, también Nike, y su gorra de los Red Sox vuelta del revés.

Cuando se apartó de la mesa, no di crédito a lo que veían mis ojos. Había preparado una cena para dos: el mantel era de cuadros rojos y blancos; había platos de papel, servilletas y latas de refresco. En el centro había una vela roja, como las que solían adornar las mesas de nuestra pizzería. En su iPod sonaba *You and Me*, de Lifehouse.

Noah tenía un brazo oculto a la espalda. Al acercarse, me mostró el ramo que llevaba en la mano. Eran las flores silvestres más preciosas que había visto nunca. Era la primera vez que alguien me regalaba flores.

—Son para ti —dijo sonriéndome.

Las cogí, me las llevé a la nariz e inhalé su dulce fragancia.

Noah se balanceó sobre los talones con las manos en los bolsillos. Estaba nervioso; era adorable.

—Estás muy guapa, Piolín.

Me ruboricé.

—Gracias, ¿qué es todo esto? —Me abrumaba que se hubiera tomado tantas molestias.

—Quería agradecerte que hayas aceptado ayudarme. Sé que es pedir mucho.

Sonreí a pesar de las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Me habría gustado tanto que eso fuera una cita real y no una amiga ayudando a un amigo. Me entristecí al darme cuenta de que eso no era más que un amable gesto de agradecimiento de Noah y de que al día siguiente sería otra chica la que disfrutaría de una auténtica cita con él.

Noah se acercó a mi lado y me dio un codazo, relajando el ambiente.

—Deja de estar ahí plantada como si fueras una niña —se burló de mí—. Es nuestra mesa de siempre. Siéntate.

—Gracias, Noah. Esto es... es... —Por primera vez en mi vida no sabía qué decir.

Nos sentamos uno frente al otro, mirándonos en silencio y escuchando la música. No estábamos incómodos; al contrario, estábamos a gusto. Era una sensación muy natural.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dije rompiendo el silencio.

—Puedes preguntarme cualquier cosa, Piolín.

—¿Crees que es raro que seas mi mejor amigo?

—¿Qué quieres decir con «raro»?

Me encogí de hombros.

—Beth dice que es raro.

Él alargó el brazo, me cogió la mano y entrelazó los dedos con los míos.

—A mí no me parece raro. Cuando estoy contigo, todo me parece perfecto. No me imagino a ninguna otra persona siendo mi mejor amiga, no quiero a nadie más.

Bajé la vista hacia nuestras manos unidas y el pulso se me aceleró. Debía estar recordándome constantemente que eso no era una cita, que yo no era su novia y que nunca lo sería.

Me aclaré la garganta y susurré:

—A mí me pasa lo mismo.

Una lágrima me cayó por la mejilla y suspiré con sentimiento. Traté de secarme la lágrima antes de que Noah se diera cuenta, pero no fui lo bastante rápida.

Se llevó mi mano a los labios y depositó un suave beso en la palma sin dejar de mirarme a los ojos.

—No llores, Piolín.

Por su tono de voz y su mirada pensé que quería decirme algo pero no sabía cómo hacerlo. Noah me conocía mejor que cualquier otra persona en el mundo y era capaz de saber lo que pensaba y lo que sentía. Sin duda se daba cuenta de que me estaba poniendo femenina y acaramelada por culpa de la cena, la música, las flores y él. Seguro que estaba buscando cómo decirme, sin hacerme daño, que todo aquello no era más que una manera de darme las gracias; no una cita de verdad.

El sonido de la bocina de un coche lo salvó a él del mal momento y a mí de la vergüenza. Levantando la mano que le quedaba libre en el aire, dijo:

—Creo que ha llegado la cena.

Comimos *pizza* y caramelitos de menta de postre. A Noah no se le escapaba detalle: había llegado la hora de practicar.

Ambos estábamos nerviosos. Él golpeó la mesa varias veces, como si estuviera tocando la batería. Parecía que trataba de tomar una decisión. Dejó de tamborilear con los dedos y me miró.

—Creo que lo mejor será que nos pongamos de pie —dijo al fin, y yo asentí.

Nos levantamos y él se acercó a mí. Se detuvo a un par de pasos de distancia. Estábamos cara a cara. Hizo girar los hombros adelante y atrás un par de veces, estiró el cuello a un lado y a otro y sacudió los brazos. Parecía que estuviera preparándose para una prueba de atletismo. Se echó hacia delante, frotándose las manos en los pantalones cortos mientras respiraba hondo. Luego se incorporó y anunció:

—Vale, vamos allá.

—No creo que sea buena idea anunciarlo de esa manera.

—Mañana no lo diré.

Levanté los dos pulgares en señal de aprobación.

—Perdona, pensaba que siempre empezabas así.

Noah se acercó más, dejando muy poco espacio entre los dos. Al mirarlo a los ojos me di cuenta de que el nerviosismo había dado paso a la excitación. Nos observamos fijamente. Mi corazón latía tan deprisa que estaba segura de que él podría oírlo. Sentí un hormigueo en el cuerpo que nacía en lo más hondo de mi vientre y se iba extendiendo en todas direcciones hasta consumirme por completo.

Noah me sujetó la cara entre las manos y me acarició delicadamente la mejilla con el pulgar, causándome un estremecimiento. Sonrió al notar cómo mi cuerpo respondía a su contacto. Yo respiraba entrecortadamente y tenía la piel ardiendo. Si no hubiera estado frente a un chico guapo, habría pensado que estaba incubando la gripe.

Sus ojos azules, clavados en los míos, me mantenían hipnotizada. Era como si estuviera tratando de memorizar todos mis rasgos. Permaneció observándome la boca antes de volver a mirarme a los ojos. Deslizó el pulgar con delicadeza hasta mis labios y me los acarició un par de veces para luego volver a la mejilla.

Ambos empezamos a jadear. Juro que podía oír la sangre bombeando por mis venas. Había partes de mi cuerpo que no sabía que existían que estaban vibrando.

Poco a poco, sus labios se fueron acercando a los míos. Las notas de nuestra canción, *Everything*, llenaban el aire. Cuando nuestros labios se unieron, noté como si estallaran dentro de mí fuegos artificiales.

Al principio, sus labios me tocaron con mucha suavidad. Cuando sentí que me succionaba ligeramente el labio inferior, estuve a punto de desmayarme. Me agarré de sus brazos para no perder el equilibrio. En ese momento noté la punta de su lengua entre los labios, esperando a que yo tomara una decisión. Los separé encantada y nuestras lenguas se encontraron, rozándose con delicadeza.

Había oído hablar de los besos con lengua y me habían parecido algo asqueroso. Pues..., sorpresa, no lo eran.

Noah sabía muy bien. No sabía a cereza, sino a caramelos de menta. Nuestras lenguas comenzaron a moverse más rápidamente, con más impaciencia. Nunca había sentido nada igual en toda mi vida.

Se me escapó un discreto gemido cuando aflojamos el ritmo. Noah se separó ligeramente, aunque nuestros labios seguían en contacto. Me pareció que susurraba «Eres perfecta», pero yo estaba tan desconcertada que tal vez lo imaginé.

Permanecimos inmóviles, con los ojos cerrados y las frentes unidas mientras recobrábamos el aliento. Noah me acarició los brazos de arriba abajo y, al llegar al final, entrelazó los dedos con los míos. Perdí la noción del tiempo, del espacio y de cualquier otra cosa.

Cuando finalmente volvimos a respirar con calma, abrimos los ojos pero no despegamos las frentes.

Noah me miró y susurró:

—Guau.

—Madre mía —dije yo con la voz ronca—. ¿Estás seguro de que no lo habías hecho antes?, porque no se te da nada mal. Tienes trucos escondidos. ¿De dónde los has sacado?

—De Wal-Mart —respondió él con una sonrisa irónica.

Yo se la devolví.

—¿Cuánto has tardado en prepararte esa respuesta?

—Nada. Se me acaba de ocurrir. No está mal, ¿no?

Después de recogerlo todo, Noah me acompañó a casa. Fuimos andando en silencio, pero no era un silencio incómodo. Al llegar delante de mi puerta, ambos titubeamos. Era raro, ninguno de los dos sabíamos cómo acabar la noche. Seguíamos siendo amigos, a pesar de que el beso que habíamos compartido era mucho más que amistoso. Mis sentimientos hacia él se intensificaban de manera vertiginosa. Tenía que superarlo; era mi mejor amigo y no iba a hacer nada que pudiera poner en peligro nuestra amistad. Debía recordarme constantemente que nunca podría pasar nada entre nosotros.

Además, que me hubiera dado un beso increíble no significaba que él me viera como nada más. Los adolescentes iban siempre tan salidos que besarían a cualquier chica que se les pusiera delante.

Finalmente, rompí el silencio.

—Bueno, pues buenas noches. Ha sido muy divertido practicar contigo. Brittani es una chica afortunada. —Hice una mueca y me arrepentí de haber pronunciado esas palabras.

—No la metas en esto; ahora no. —Noah paseó la mirada por mis ojos y mis

labios—. Gracias por esta noche.

Apartó la vista un instante y luego volvió a mirarme mientras me dirigía una sonrisa muy dulce.

—Buenas noches, Piolín.

—Buenas noches, Noah.

Lo observé alejarse caminando de espaldas y luego lo vi bajar los escalones de la entrada principal. Los ojos se me llenaron de lágrimas. De repente me sentí hueca por dentro. No quería que se marchara; no quería sentirme vacía, pero ese tipo de sentimientos podían estropearlo todo.

Noah se detuvo bruscamente al pie de la escalera.

—Piolín —me llamó con voz grave y áspera.

—¿Sí? —Traté de que no me temblara la voz.

—Esta noche ha sido asombro... —Hizo una pausa—. Tú eres asombrosa.

—Noah... —Dejó la frase a medias, luchando por no echarme a llorar.

—Ojalá te lo creyeras —dijo, y se marchó sin añadir nada más.

Lo observé mientras se alejaba con una sola idea en la cabeza: «Ojalá, porque así podría ser tu novia».

Tras el beso con Noah, llegó el siguiente lunes por la mañana. Estaba delante de mi taquilla, en el instituto. No había vuelto a verlo desde nuestra sesión de prácticas del viernes por la noche. Su cita con La Intrusa había sido el sábado por la noche. Me pasé todo el domingo haciendo un trabajo de clase, así que no tuvimos ocasión de comentar nada.

Tampoco es que me interesara mucho saber cómo les había ido. Mentira, me interesaba un poquito. Eso también es mentira: no había podido pensar en otra cosa en todo el fin de semana, pero me daba miedo imaginar lo que me diría, y por eso lo evité. Si no veía ni oía nada, podía convencerme de que no había sucedido en realidad.

Me sobresalté cuando se acercó a mí por detrás y me susurró al oído:

—Buenos días, Piolín.

—Buenos días.

—Te he echado de menos. Te he estado llamando todo el fin de semana. Ayer vi a tu madre; me dijo que estabas ocupada haciendo un trabajo. —Apoyó el hombro en las taquillas.

—De lengua.

En ese momento, uno de los colegas de Noah, Brad Johnson, se acercó, le palmeó la espalda y dijo:

—Eh, Stewart, ya me he enterado de que has pasado un buen finde. Acabo de salir de clase con Brit. No paraba de ponerte por las nubes, tío. Así se hace.

Mientras Brad se alejaba, Noah se volvió hacia mí y se encogió de hombros.

Otros dos compañeros de equipo, Jeremy y Spencer, se acercaron también. Spencer lo agarró por la nuca en plan de broma y dijo:

—Ya me he enterado de que tuviste una cita calentita este finde. ¿Quién lo iba a decir? El novato ya ha empezado a romper corazones.

Noah volvió a mirarme cuando los dos tipos se alejaron.

Le dirigí una mirada que era la viva imagen de la inocencia.

—Ah, ¿tu cita era este fin de semana?

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te hagas la tonta. No se te da bien, Piolín.

—Bueno, pues parece que tu primera cita fue un éxito, ¿no? —comenté con un puntito de ironía.

—Sin duda, mi primera cita fue perfecta.

Empecé a cambiar libros de sitio dentro de la taquilla para no tener que mirarlo. Era consciente de que me estaba comportando de un modo ridículo; sabía perfectamente que su primera cita había sido el sábado. Mientras golpeaba las paredes de la taquilla con los libros, notaba que él estaba sonriendo..., el muy capullo.

—Eh..., ¿has acabado ya de golpear esa inocente taquilla, Rocky?

—¡Felicidades! Me alegro de que tu primera cita fuera...

—Perfecta. —Se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Perfecta. —Repetí molesta—. Ah, ¿te comenté que voy a escribir en el periódico del instituto? Pues si quieres puedo escribir un artículo sobre citas perfectas. Podría entrevistarte a ti y a tu pareja perfecta, ya que vuestra cita fue tan perfecta. —Cuanto más se alargaba la frase, más levantaba el tono.

—¿Tienes la menor idea de lo adorable que estás ahora mismo? —Lo miré entornando los ojos—. Esos tipos estaban hablando de mi segunda cita.

—¿Ya has tenido una segunda cita?

—El sábado por la noche.

—¿El sábado por la noche? Pero yo pensaba que la del sábado era tu primera cita.

—Mi primera cita fue la del viernes.

Alcé las cejas, sin entender nada.

—Pero el viernes estuviste conmigo todo el rato.

Se inclinó hacia mí hasta que nuestras narices casi se rozaron y dijo en voz baja:

—No pensarías que iba a permitir que mi primera cita y mi primer beso fueran con Brittani, ¿no? He compartido todas mis primeras veces contigo. —Me miró fijamente mientras una sonrisa tímida se adueñaba de sus labios carnosos.

Sin perder el contacto visual en ningún momento, se apartó de la taquilla, se volvió y se alejó pasillo abajo sin despedirse, dejándome aturdida, confusa y sin aliento. Esas debían de ser las palabras más dulces y sexis que un chico le había dicho jamás a una chica.

CAPÍTULO 6

Él tenía la capacidad de darme la felicidad completa, pero también de destrozarme. La mayoría de la gente se lanzaría de cabeza ante la posibilidad de experimentar tanta felicidad, pero yo no. Cuanto más feliz eres, más dura es la caída, y siempre hay una caída, un choque o una colisión. Cuando vives una felicidad de esas que hacen temblar la Tierra, siempre acaba habiendo víctimas, es inevitable.

No, prefiero mantener un grado de felicidad bajo par. Sé lo que se siente al caer. Aunque solo fue el principio de la caída, me sentí morir.

No viviré una felicidad completa, pero al menos no quedará rota en un millón de pedazos que no sería capaz de volver a recomponer.

[Nota para mí misma: comer barritas Hershey tamaño gigante y beber Pepsi light a las 23.25 horas no es una buena idea. Espero que lo que acabo de escribir tenga sentido mañana, cuando se me haya pasado el chute de azúcar y cafeína (azucafeína). Tengo que buscar si azucafeína es una palabra aceptada en el diccionario, y, si no lo es, tengo que empezar a usarla mucho para que cale en la sociedad. Joder, estoy muy pasada de vueltas].

A nivel académico, el primer curso en el instituto me fue muy bien. Lo acabé con un notable alto de media. Como siempre, no logré alcanzar mi objetivo, pero gané una condecoración por mi participación. Ole por mí. Soy muy testaruda, y al empezar el nuevo curso me dije que tenía que conseguir el sobresaliente, como mi hermana Emily, que nunca sacaba notas más bajas. Decidí que ese año lo lograría.

Mis sentimientos hacia Noah crecían cada vez más. Notaba mariposas en el estómago cada vez que se aproximaba, que se alejaba, que se quedaba a mi lado. Cuanto más se acercaba, más locas se volvían. Me pasaba el día pensando en él: durante las clases, en mi habitación, en el coche, a la hora de la comida. En resumen, pensaba en él cada minuto de cada día. Mi temperatura corporal aumentaba y notaba cosquilleos al recordar algo que me había dicho o cuando me tocaba. Se me ponía la carne de gallina cada vez que me acordaba de nuestro primer beso, y me acordaba a menudo.

Mamá me pilló varias veces en un estado de colocón provocado por Noah. Una mañana, mientras desayunábamos, papá y ella sacaron el tema. Mamá incluso me dio un panfleto de esos de «Simplemente di no» tan populares en los años ochenta. Creo que los rescató de sus recuerdos personales de adolescencia.

Al principio pensé que estaba pasando por una fase, un enamoramiento inocente y transitorio. Quería a Noah desde siempre; para mí era algo tan natural como respirar. No le di importancia. Cuando empezamos a darnos la mano a menudo y a abrazarnos

más, pensé que era la progresión natural de nuestra amistad. Más tarde me di cuenta de cómo se alteraban mis sentimientos, y luego tuve que admitir que no parecía que fuera algo pasajero. Pensé que los dos éramos sacos de hormonas, que era un tema biológico y que con el tiempo se nos pasaría. Bueno, pues lo único que hizo el tiempo fue demostrar que era una auténtica idiota, porque lo que ocurrió fue justo lo contrario.

A medida que el curso avanzaba, Noah cada vez tenía más moscardones a su alrededor. Flirteaban con él de un modo tan descarado que yo sentía vergüenza ajena. Noah las trataba con amabilidad porque era amable con todo el mundo, pero ni una sola vez vi que respondiera a sus coqueteos.

La más insistente era Brittani. No dejaba pasar ni una oportunidad para tirarle los tejos, pero él siempre se la quitaba de encima. Un día que Noah y yo estábamos junto a las taquillas, Brittani se acercó, como siempre, y empezó a ligar con él, como siempre también. Pero esta vez me di cuenta de que Noah se sentía incómodo. Me dirigió una mirada triste y arrepentida antes de apartarse de ella a toda prisa. No me costó mucho imaginarme qué había pasado entre ambos, y que Noah no quería que me enterara, pero no le pedí explicaciones. Seguí viviendo en mi mundo de fantasía, donde nadie podía interponerse entre mi caballero andante y yo.

Hacía un día precioso, así que Beth y yo decidimos olvidarnos de la cafetería y pasar la hora de la comida en el patio.

—¿Vas a ir al baile? —me preguntó ella cuando ya estábamos acabando de comer.

—¿A qué baile?

—El baile LMELQP.

—¿Y eso qué significa?

—La Mujer Es La Que Paga. Son las chicas las que tienen que invitar a los chicos a que las acompañen.

—Pues ni de coooña. —Respondí.

—Tendrías que ir.

—¿Por qué? No sé bailar.

—Será superdivertido.

—Lo dudo mucho. Además, no tengo con quién ir.

Arrugué la bolsa vacía de patatas fritas y la lancé hacia la papelera, pero fallé de mucho. Fui a buscarla, volví a arrugarla, volví a lanzar y volví a fallar. ¿Cómo demonios lo hacía Emily para meter tantas canastas durante un partido con el aro tan alto? Yo no era capaz ni de meter una bolsa de patatas en una papelera gigante a un palmo de distancia. Lo intenté dos veces más antes de rendirme.

—A la mierda —dije, sentándome otra vez en el banco.

—Tienes que invitar a un chico, tonta.

—No vuelvas a hacer eso.

—¿El qué?

—Llamarme *tonta*. *Excéntrica* está bien, y *extravagante*, mejor aún, pero *tonta* no me gusta; no me gusta nada.

—Jo, qué rara eres cuando quieres.

—*Rara* también me vale.

Todavía nos quedaban unos minutos libres, así que me dediqué a mejorar mi color. Me eché hacia atrás en el banco, cerré los ojos y levanté la cara dejando que el sol me la calentara. No me había atrevido a hacerme mechas en el pelo, tal como había sugerido Bichani, pero me había puesto un poco morena ese verano y trataba de mantener el color.

Beth y yo estábamos sentadas en silencio. Últimamente se estaba comportando de un modo muy extraño, pero siendo Beth tampoco me sorprendió tanto. A veces ya lo hacía, sobre todo cuando tenía a un chico metido en la cabeza. La miré de reojo y vi que se estaba mordiendo las uñas.

—Estoy pensando en preguntárselo a Noah —susurró.

Al oírla, la única parte de mi cuerpo que pudo moverse fue mi boca:

—¿Qué Noah? ¿Preguntarle qué?

—Noah Stewart, preguntarle si quiere venir conmigo al baile.

Permanecí completamente inmóvil durante un minuto entero, intentando procesar lo que acababa de oír. Traté de disimular cualquier señal visible de mi creciente irritación, pero tenía la mandíbula apretada y me estaba clavando las uñas en los muslos. Los celos me quemaban por dentro. Me incorporé muy despacio y me volví hacia ella, poniendo mi mejor cara de póquer. No podía mostrar lo que estaba sintiendo en realidad. Debía mantener la calma mientras le explicaba lo increíblemente absurdo que era plantearse siquiera invitar a Noah.

—Es ridículo —dije.

—¿Por qué? —me preguntó, bajando la mano con la que había estado tapándose la boca.

—Pues porque lo es. Él no irá a ese estúpido baile contigo.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar, porque odia bailar y, en segundo, porque si fuera con alguien, iría conmigo. Sería el primer baile para los dos, y siempre nos estrenamos juntos en todo. Y, tercero, porque vosotros dos no podéis salir sin mí.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy el pegamento.

—¿Cómo? ¿El pegamento? —preguntó con una mueca de confusión.

—El pegamento. Noah y yo éramos amigos antes de conocerte. Luego tú te mudaste al barrio y te hiciste amiga mía. Fui yo quien te presentó a Noah y, gracias a eso, os hicisteis amigos.

Beth me miró como si acabara de salirme otra cabeza. Yo seguí hablando un poco

más despacio, esperando que así me entendiera.

—Yo te presenté a Noah; no seríais amigos de no ser por mí. Soy el pegamento, el nexo de unión entre los dos. Noah y yo podemos salir juntos. Tú y yo también podemos, pero Noah y tú no podéis salir si no es conmigo. —Me apoyé una mano en el pecho—. El pegamento, soy el pegamento.

Beth se me quedó mirando en silencio un buen rato y luego negó con la cabeza. Respiró hondo mientras se retorció las manos.

—Yalehepedido a Noah que me acompañe y me ha dicho que sí. —Soltó el aire ruidosamente.

—¿Perdona?

—Ya le he pedido a Noah que me acompañe y me ha dicho que sí.

—¿Y cuánto tiempo hace que Noah y tú lleváis preparando ese baile? —Levanté una ceja pero no alcé la voz.

—No mucho. —Dudó—. Un par de días... o semanas..., tal vez un mes.

—¡¡¿Un mes?!! —Me incliné hacia ella.

Beth no me miraba a la cara mientras iba titubeando:

—Es que necesitaba al menos un mes. Necesitaba comprar el vestido, los zapatos...

—¿Por qué ninguno de los dos me ha dicho nada? Deberíais informarme de estas cosas.

—No sabíamos cómo ibas a reaccionar. Te pones muy rara cuando se trata de Noah.

—Rara. Es la segunda vez que dices que nuestra amistad es rara —repliqué enfadada.

—Tal vez *rara* no sea la palabra adecuada. Posesiva; te pones muy posesiva.

—Eso NO es verdad.

—Te vuelves loca de celos cuando las demás chicas se le acercan.

—No me pongo celosa; es que no creo que sean lo bastante buenas para él.

—Amanda, ¿te gusta Noah?

—Qué pregunta tan idiota. Claro que me gusta; es mi mejor amigo.

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Te gusta como hombre?

—Noah es mi mejor amigo; es lo más importante del mundo para mí.

No pensaba contarle a Beth lo que sentía por Noah. Ni siquiera yo lo tenía claro. Sabía que no podía ser mío, pero tampoco quería que fuera de nadie más. Sé que era absurdo e injusto, pero era lo que sentía.

—Pues no lo pilló. —Hizo una pausa—. ¿Por qué no invitas a algún chico y vienes con nosotros? Será divertido. —Recogió la mochila y se levantó—. Tengo que pasar por la taquilla antes de entrar en clase. Al menos, piénsalo.

Me la quedé mirando mientras se alejaba y entraba en el edificio principal. No estaba enfadada con ella por querer salir con Noah; todas las chicas del instituto querían hacerlo. Era con Noah con quien estaba enfadada. Y dolida. No recordaba

haber estado nunca enfadada con él. No entendía por qué no me lo había contado. Nos los contábamos todo, ¿no? ¿Qué había cambiado?

Tal vez debía ir al baile. Así podría verlos juntos en una cita de verdad; tal vez eso me ayudaría. Pero no tenía ni idea de a quién invitar. No quería que nadie se llevara una impresión falsa. Solo necesitaba a un tipo que me acompañara a ese baile y punto; nada más. Únicamente faltaba una semana para el baile; a esas alturas me valía cualquiera.

Miré a mi alrededor, como esperando que mi cita se materializara por arte de magia. Tras ver que las posibilidades eran escasas, agaché la cara, como si fuera a encontrar la respuesta escrita en el cemento.

Preparándome para volver a clase, cogí la mochila y, al levantar de nuevo la cara, allí estaba mi respuesta, sentado frente a mí.

—Eh. —No obtuve respuesta—. ¡Eh!

Vincent miró por encima de sus dos hombros para asegurarse de que no me dirigía a otra persona.

—¿Hablas conmigo? —me preguntó.

Vincent Chamberlin era el chico más listo de nuestro curso, probablemente de todo el instituto. También era un empollón y terriblemente tímido, pero era majo e inofensivo.

—Claro, ¿con quién quieres que esté hablando?

—Pues con cualquiera menos yo.

—¿Tienes planes para el viernes por la noche?

—¿En serio? —Hizo una pausa y levantó la vista como si tuviera la agenda anotada en las nubes—. No.

—¿Quieres ir al baile ese?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Técnicamente.

—Bueno, eh..., deja que lo piense un momento; es la primera vez que me lo piden. —Apoyó la barbilla entre el pulgar y el índice, acariciándose la mandíbula mientras consideraba mi proposición—. Tú y yo nos conocemos desde la guardería, pero nunca me habías dirigido la palabra. Ni siquiera sabía que fueras consciente de mi existencia.

Puse los ojos en blanco; no pude evitarlo. Vincent iba a ponerme las cosas difíciles.

—¿Qué quieres que te diga? Soy tímida. ¿Sí o no?

—Sí, será un honor acompañarte al baile. ¿A qué hora te recojo?

—¿Sabes dónde vivo?

—No estoy seguro.

Me levanté.

—Nos encontraremos allí; no hace falta abarrotar tu mente con esa información innecesaria.

—¿No quieres que vayamos a cenar antes del baile?

—Me encantaría, pero me temo que estaré tan nerviosa que podría vomitarte encima. —Vincent hizo una mueca de asco. Inclinandome sobre él, le clavé la puntilla—: No querrás ir todo pringoso con mi vómito goteando, ¿verdad?

Él se apartó, negando con la cabeza muy deprisa.

—Nos vemos en el baile.

Masoquista es quien obtiene placer al ser castigado. Y un buen sinónimo de *masoquista* es Amanda Marie Kelly. Ni siquiera era una buena masoquista, porque no iba a obtener placer con lo que estaba a punto de hacer.

Durante el resto del día no pude pensar en nada que no fuera la inminente cita entre Noah y Beth. Quería y necesitaba saber por qué Noah me lo había ocultado. Cuando acabaran las clases, me enteraría.

Me había apuntado para colaborar en el periódico del instituto; me encantaba escribir. Pensaba graduarme en Periodismo, pero dudaba sobre qué especialidad seguir: televisión, prensa escrita o internet. Tal vez algún día escribiría un libro. Lo único que tenía claro era que quería escribir.

A Noah lo habían invitado a jugar en el primer equipo. No era muy habitual que un alumno de segundo curso jugara en el primer equipo del instituto, por eso me encargaron que escribiera un artículo sobre él. Lo hicieron porque sabían que éramos amigos, no por mis conocimientos de béisbol.

Pensé que sería buena idea hacerle la entrevista en el campo. Cada vez que saltaba a la cancha, sucedía algo mágico. Quería ver si era capaz de capturarlo en el artículo y la foto.

Tony Hoffman era el fotógrafo del periódico. Primero nos quitamos de encima el tema fotos. Tony le pidió a Noah que hiciera unas cuantas poses de béisbol y que se sentara en las gradas, bajo el cartel que mostraba el nombre del instituto y la mascota. Cuando hubo acabado, Tony se marchó y nos quedamos solos.

Le hice las preguntas de rigor, aunque ya conocía las respuestas. Eran preguntas del tipo: «¿A qué edad empezaste a jugar al béisbol? ¿Qué jugador te influyó más?». Luego pasé a los temas más profundos.

—Vale, una pregunta más y te dejo en paz. —Levanté la vista de mis notas y le sonreí—. ¿Qué te hizo enamorarte del béisbol?

—Mi padre; es muy aficionado. Tenía cuatro años cuando vimos juntos el primer partido en la tele. Yo estaba sentado a su lado, y en la mesita había un litro de refresco de naranja y dos bolsas grandes de patatas chips. —Sonrió—. No me acuerdo de quién jugaba; eso era lo de menos. Lo importante era que estaba con mi padre, compartiendo algo que a él le encantaba.

»Cuando jugaba en las categorías infantiles me lo pasaba bien, pero lo mejor siempre era el rato que pasaba con mi padre. No importaba lo ocupado que estuviera,

siempre iba a todos los entrenos y los partidos.

»Cuando cumplí seis años, me llevó a ver mi primer partido profesional en Fenway Park. Los Red Sox jugaban contra los Minnesota Twins. Ganaron los Sox por 9 a 1. Yo alucinaba con todo: los jugadores, el estadio, el campo, las gradas, los banquillos, la comida, el *parking*... —Se echó a reír—. Mi padre me regaló uno de los mejores días de mi vida.

»Y del juego, me gusta todo: el trabajo en equipo, notar el peso del bate en la mano, el sonido de la pelota al golpear el guante de cuero, el olor de la hierba y la comida de los chiringuitos. Me gusta mirar hacia las gradas y ver a los aficionados y a las personas más importantes de mi vida.

Nuestros ojos se encontraron, y el afecto que vi en los suyos mantuvo cautiva mi mirada durante unos segundos. Deseé sentarme en su regazo y abrazarlo eternamente. Por suerte, había traído una grabadora para registrar sus respuestas. Su voz destilaba tanto amor y respeto cuando hablaba de su padre que me había quedado embobada y me había olvidado de tomar notas.

Claramente emocionado, Noah se aclaró la garganta y dijo:

—Lo siento, Piolín, no quería soltarte ese rollo.

—No me has soltado ningún rollo; has estado perfecto. —No podía dejar de mirarlo.

—Bueno, ¿alguna pregunta más?

—No, ya estamos, gracias.

—De nada, no iba a perderme la oportunidad de pasar un rato con mi chica. —Me guiñó el ojo.

A esas alturas, ya no me atreví a preguntarle por qué había mantenido la cita en secreto. Me habría sentido mezquina, después de aquella respuesta suya tan bonita. Empecé a dar golpecitos nerviosos con el boli en la libreta.

—¿Qué te pasa, Piolín?

La voz de mi cabeza repetía: «Levántate y lárgate, Amanda, ¡ahora mismo! No le preguntes por el baile; ahora no. ¡¡¡NO SE LO PREGUNTES!!!».

—¿Por qué no me contaste que ibas a ir al baile con Beth?

Él suspiró profundamente y apoyó los codos en las rodillas. Se quitó la gorra de béisbol de la cabeza y se pasó las manos por el pelo. Antes de empezar a hablar, tragó saliva varias veces.

—¿Sabes qué? —lo interrumpí—, olvida que te lo he preguntado.

Recogí las cosas rápidamente y empecé a alejarme, pero él me agarró por la muñeca.

—No huyas de mí. Vuelve a sentarte —me ordenó con voz firme y áspera. Respiré hondo y me senté a su lado, pero no nos miramos—. Me sentía culpable. Sé que lo que diré es de nenazas, pero me decepcionó mucho que no me lo pidieras.

—No sabía que quisieras ir.

—Me importa una mierda ir a ese baile. Lo que quería era ir contigo y que tú

quisieras ir conmigo, pero no decías nada. Cuando Beth me invitó, le dije que sí, no sé por qué. Luego deseé no haber dicho nada, pero se la veía tan contenta que no me atreví a decirle que lo había pensado mejor.

—¿Por qué te sentías culpable?

—No lo sé. Sentía que te estaba engañando. —Hizo una pausa, como si lo que estaba a punto de decir le costara un gran esfuerzo. Mirándome, añadió—: Piolín, últimamente me despiertas muchos sentimientos..., pienso mucho en ti.

Permanecí sentada en silencio. La cabeza me daba vueltas. No estaba preparada para esa conversación. Noté que se me hacía un nudo en la garganta y que se me tensaban los hombros y la nuca; tenía que salir de allí. Dejé de oír las palabras de Noah por el zumbido que me ensordeció cuando el pulso se me disparó. Pero al notar una mano cálida que me tocaba, me tranquilicé. Volví la cara y vi ese par de ojos azules en los que podría perderme.

—Pienso en ti constantemente, Piolín —dijo entrelazando sus dedos con los míos.

—Es agradable que piensen en ti. —Aún hoy, esa sigue siendo una de las tonterías más grandes que he dicho.

Él me dirigió una sonrisa irónica.

—Cuando estás cerca, quiero tocarte, darte la mano o abrazarte. Quiero volver a besarte. —Siguió mirándome fijamente, porque no quería perderse mi reacción.

Yo inspiré hondo. Estaba a diez segundos de sufrir un ataque de ansiedad de los gordos. Noté que se me empezaban a formar gotas de sudor en la frente y el cuello. La garganta se me cerró un poco más y mis músculos se tensaron con más fuerza. No sabía qué decir, así que hice lo que suelo hacer en esos casos: salí huyendo.

—Eh..., Noah, tengo que irme.

Los preciosos ojos que hacía un segundo estaban llenos de afecto se llenaron de sorpresa, dolor y... cabreo.

—¿Te largas?

Sí, definitivamente estaba cabreado.

—Tengo que asegurarme de que Tony haya hecho bastantes fotos y, eh..., mira, lo siento. Nos vemos luego. Gracias otra vez por la entrevista.

Con una mano sujetaba la mochila. La otra la tenía agarrada Noah. La levanté con brusquedad para soltarme y me alejé a toda prisa.

CAPÍTULO 7

La honestidad no es siempre la mejor opción si, al usarla, hacemos daño a la persona que más queremos y la apartamos de nuestro lado.

Me quedé una hora en el aula de periodismo antes de volver a casa, con la idea de que Noah ya se hubiera marchado. Me sentía fatal rehuyéndolo después de que él se hubiera comportado de un modo tan maravilloso y dulce. Me había pillado con la guardia baja. No reacciono bien a bote pronto, sobre todo en temas importantes. Necesitaba un poco de tiempo para aclararme las ideas.

Brenda, una estudiante muy maja de último curso, me acompañó en coche. Entré en casa disfrutando del aroma de la salsa para espaguetis de mi madre, que le sale de cinco estrellas. Dejé la mochila sobre la encimera de la cocina y vi que estaba cubriendo un pastel con chocolate.

—Hola, mamá —la saludé mientras cogía una botella de agua de la nevera. Me acerqué a ella y apoyé la espalda en la encimera—. ¿Qué haces?

—Pues, ya ves, cariño, aquí, poniendo masilla en las paredes —respondió con una sonrisita irónica.

—La gente me pregunta a menudo de dónde saco esa vena listilla.

—Y tú les respondes que de la familia de tu padre, ¿no? Todo el mundo sabe que es un defecto congénito que tienen.

Vi que la mesa estaba puesta para seis personas. Desde que Emily se había ido a la universidad, solo quedábamos tres en casa.

—¿Por qué has puesto mesa para seis?

—Los Stewart vienen a cenar con nosotros esta noche.

—¿Por qué? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Porque tienen que comer, cariño.

Me pasó la espátula cubierta de chocolate y llevó el pastel a la mesa.

—¿Todos? —pregunté con la boca llena de cobertura de chocolate.

—Que yo sepa, sí, todos comen.

Mamá se movía por la cocina a una velocidad endiablada, preparando las cosas para la cena con los vecinos. Era una madre genial, sobre todo cuando preparaba más cobertura de la cuenta porque sabía lo mucho que me gustaba. Sin embargo, había veces en que tenía la sensación de que el universo y ella se confabulaban contra mí.

Mientras lamía la espátula hasta dejarla reluciente, los nervios se apoderaron de mi cuerpo ante la idea de volver a ver a Noah más tarde. Dejé la espátula en el fregadero, cogí mis cosas y me fui a mi habitación. Oí que mi madre decía «Cenaremos dentro de dos horas» justo antes de cerrar la puerta. No sabía cómo iba a sobrevivir a esa cena.

Tenía demasiada energía nerviosa acumulada, así que fui a dar una vuelta en bici

por el barrio, evitando pasar por la calle de Noah. Normalmente, montar en bicicleta me ayudaba a despejar la cabeza, pero en esos momentos tenía tantas ideas y sensaciones a la vez que no podía centrarme en ninguna.

Cuando regresé a casa, me duché y me puse el vestido sin mangas de rayas blancas y grises. Me dejé secar el pelo al aire y me senté a escribir el artículo sobre Noah que tenía que entregar a finales de semana, pero alguien llamó a la puerta.

—¿Sí?

La puerta se abrió una rendija. No tuve que alzar la cara para saber quién era; las mariposas que me daban vueltas en el estómago y la carne de gallina me dieron esa información.

Noah asomó la cabeza.

—Dice tu madre que la cena estará lista dentro de veinte minutos.

—Gracias.

Permaneció en el umbral un minuto antes de acabar de entrar en la habitación y cerrar la puerta. Se acercó a la mesa, apoyó las manos sobre el respaldo de la silla para mirar por encima de mi hombro y preguntó:

—¿En qué estás trabajando?

—En tu artículo. —Respondí echando la cabeza hacia atrás hasta encontrarme con su mirada.

—Hazme quedar bien.

—Como si pudieras quedar de otra manera.

«¿Y eso a santo de qué ha venido, Amanda Marie Kelly?».

Cuando lo tenía tan cerca, me sofocaba y no siempre era capaz de controlar lo que decía.

Sonriéndome, Noah cruzó la habitación y se sentó a los pies de la cama, apoyándose en los codos. Yo me volví en la silla para no perder el contacto visual. Era consciente de que él quería hablar, pero aún no sabía qué iba a decirle. Mis sentimientos me resultaban muy confusos. Lo necesitaba en mi vida. Sabía que no era lo bastante buena para él, pero no podía soportar que se fijara en otra chica. La atracción que sentía por él no hacía más que crecer y, después de lo que me había dicho esa tarde, no sabía cuánto tiempo más iba a poder aguantar antes de rendirme a mis sentimientos. No obstante, sabía que, si me rendía, nuestra amistad se vería afectada. Decidí esperar a ver si él sacaba el tema. Tendría que improvisar.

—Piolín, ¿de qué iba lo de antes?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta.

—No me hago la tonta.

—¿Por qué huiste de mí antes?

—Tenía que irme.

Estaba empezando a ponerme nerviosa y, cuando me pongo nerviosa, me entra ansiedad y tengo que moverme. Fui al tocador y lo revolví todo hasta encontrar el

cepillo. Hice correr las cerdas con fuerza entre mi pelo antes de recogerlo en un moño alto y sujetarlo con horquillas. A través del espejo veía que Noah no perdía detalle de mis movimientos.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque tenemos invitados a cenar.

Estaba tratando de mantener el ambiente distendido, pero la expresión de Noah me dijo que él no estaba de humor para bromas.

Se incorporó y negó con la cabeza. Soltó el aire, frustrado, y exclamó:

—Joder, Piolín, ¿podrías parar de hacerte la graciosa y hablar en serio un momento? —Me volví hacia él—. Lo haces cada vez que sale un tema serio.

—¿El qué?

—Sueltas un chiste y sales corriendo. —Aunque lo había dicho en voz baja, se notaba que estaba enfadado. Se pasó las dos manos por la cara un par de veces mientras esperaba mi respuesta.

—Lo siento —susurré.

—Por favor, habla conmigo.

—No estoy segura de qué quieres que te diga.

—Pues empezaré yo —repuso en un tono más calmado. Se levantó y se acercó a mí lentamente—. Eres la primera chica en la que me fijé y la última en la que me fijaré. Mi primer beso fue el mejor primer beso de la historia porque fue contigo. No puedo dejar de pensar en ti.

Di un paso atrás y choqué contra el tocador. Él estaba justo delante, y sus ojos azul claro me tenían prisionera. Apoyó las manos en el tocador a un lado y a otro de mis caderas y se inclinó sobre mí. Se me aceleró la respiración. Noté que me daba un beso muy suave en la sien y los escalofríos que me provocó fueron brutales. Bajó los labios hasta mi oreja, acariciándome la piel con la suavidad de una pluma. Notar su cálido aliento en el cuello hizo que me diera vueltas la cabeza; tuve que apoyarme más en el tocador para no caerme. Cuando sus labios me rozaron la oreja, oí que susurraba:

—Quiero que seas más que mi mejor amiga; quiero que seas mi novia. ¿Qué quieres tú, Piolín?

Sabía que eso iba a pasar; soy débil y no pude seguir resistiéndome. Llevaba meses soñando con él día y noche, con el estómago lleno de las mariposas que él ponía ahí. Estaba tan cerca, y sus labios dejaban un reguero de calor por donde pasaban. Sus palabras hacían que me derritiera, sus ojos tenían un tono de azul precioso y su aroma era fresco, como el de las naranjas dulces.

Rindiéndome, le susurré al oído:

—Te quiero a ti.

Noah se apartó un poco y ladeó la cabeza. A medida que sus labios se iban acercando, el corazón empezó a darme golpes en el pecho y la respiración se me alteró. Entre las piernas, una sensación nueva me estaba volviendo loca.

Su mirada me recorrió la cara arriba y abajo y acabó centrándose en mis ojos.

—Dios, qué hermosa eres —susurró.

Cerré los ojos sin pensar y noté que sus labios rozaban los míos. La cabeza me daba vueltas mientras mi cuerpo se entregaba a él. De repente, alguien llamó a la puerta con brusquedad. El sonido retumbó por la habitación, sorprendiéndonos. Noah saltó hacia atrás y se volvió hacia la puerta. Su movimiento fue tan brusco que me tambaleé un poco hacia delante. Mi padre gritó:

—¡A cenar!

Noah me dirigió una mirada aterrorizada por encima del hombro.

—No te preocupes, no entrará —lo tranquilicé.

Mi padre era experto en llamar sin entrar. Empezó a aplicar esa norma el día en que entró en casa y se encontró con que la profesora Tampón, también conocida como *mi madre*, estaba dando una charla sobre productos de higiene femenina a mi hermana Emily y a dos de sus amigas con ayuda de ilustraciones.

Me tranquilicé pasando las manos por el vestido, alisando las arrugas. Miré a Noah, que seguía con la mirada clavada en la puerta. Empecé en los anchos hombros y seguí bajando por la musculosa espalda hasta llegar a las caderas, donde había apoyado las manos. Los bíceps ponían a prueba la tela de la camisa. Sacudí la cabeza intentando no pensar en el cuerpo de Noah. Volví a contemplar de arriba abajo la fantástica visión que tenía delante y le pregunté:

—¿Vienes?

Con la barbilla escondida en el pecho, alzó el dedo índice para indicarme que necesitaba unos cuantos minutos antes de ir a la mesa. Supuse que lo mejor sería dejarlo solo, así que fui a cenar.

Cuando Noah llegó a la mesa, ya estábamos todos sentados, por lo que ocupó la única silla que quedaba libre, que, casualmente, estaba a mi lado. Papá y el señor Stewart hablaban de trabajo mientras mamá y la señora Stewart intercambiaban cotilleos sobre los vecinos. Yo aún me estaba recuperando del intenso momento que habíamos vivido en mi habitación. Tal vez si Noah no hubiera estado sentado a mi lado podría haberlo hecho, pero así era imposible, ya que no dejaba de buscar sutiles maneras de tocarme. Lo que había pasado en mi habitación había sido un error. Aunque no habíamos llegado lejos, daba igual. Tenía que mantenerme firme y no dejar que las cosas fueran más allá.

Noah apoyó un brazo en el respaldo de mi silla y alargó el otro para coger un poco de pan, acercándose tanto a mi cara que sus labios casi me rozaron la mejilla.

En voz muy baja, le dije:

—Sé lo que estás haciendo.

—Yo también; me encanta el pan de ajo.

—Te lo habría pasado si me lo hubieras pedido.

—Lo sé, pero así he podido echar un vistazo por el escote. —Le dirigí una mirada asesina—. Por cierto, me gusta el sujetador que has escogido para esta noche. Excelente elección.

Me llevé una mano al pecho tratando de cubrir el hueco al que se había asomado.

—Por favor, dime que llevas las bragas a juego —susurró, y luego se echó un poco hacia atrás, bajando la vista hacia esa zona. Cuando volví a mirarlo a los ojos, me dirigió una sonrisa burlona y un guiño antes de meterse un gran trozo de pan de ajo en la boca.

—Felicidades, Noah —le dijo mi padre.

En ese momento noté una mano en la rodilla y unos dedos que trataban de colarse bajo el vestido. Contuve el aliento y miré a Noah. Me habría enfadado mucho con él de no ser porque el contacto de su mano con la piel desnuda de mi rodilla era alucinante.

—Gracias, señor.

¿Cómo podía hablar con tanta tranquilidad y actuar ante nuestros padres como quien no quiere la cosa mientras me acariciaba la rodilla? No lo entendía.

—No es nada habitual que fichen a un alumno de segundo para el primer equipo. Estamos muy orgullosos de ti.

Para mi padre, Noah era como un hijo.

—Su madre y yo estamos muy orgullosos de él. Ya se sabe, de tal palo, tal astilla —añadió el señor Stewart.

Los dos padres se echaron a reír como si el comentario fuera de lo más gracioso. Noah sonrió mientras me acariciaba el muslo. Al querer darle una palmada, golpeé la mesa. El golpe hizo que se sacudiera.

—Amanda, ¿estás bien? —me preguntó mi madre.

—Sí, estoy bien. —A Noah se le escapó la risa por la nariz—. Quería matar una mosca.

Mi madre me dirigió una mirada molesta, pero mantuvo la voz alegre al replicarme:

—Eso es ridículo; en esta casa no hay moscas.

—Me habré confundido.

Noah volvió a apoyar la mano en mi rodilla y la apretó un poco, haciendo que inspirara ruidosamente. Las cuatro cabezas parentales se volvieron hacia mí.

—Eh..., mamá, ¿podrías pasarme el...?

La mano de Noah seguía su exploración de manera inexorable. Me apretaba la rodilla y luego me acariciaba la parte interna del muslo. Yo era incapaz de pensar, y mucho menos de formar una frase coherente.

—Eso, lo que hay en la botella..., la cosa esa que le echas a la ensalada... —dije con la voz cada vez más aguda.

—¿Te refieres al aliño para la ensalada? —me preguntó mamá, destilando más sarcasmo en sus palabras que una lluvia torrencial. Cuando asentí, añadió—: Tu

ensalada ya está aliñada.

—Necesito más; por favor, dame más.

Ella me miró como si no fuera hija suya antes de pasarme el aderezo.

—¿Cómo está Emily? —preguntó el señor Stewart mientras yo inundaba mi ensalada con el aliño.

En la cara de mi madre apareció una sonrisa orgullosa.

—De maravilla; le encanta la universidad.

—¡Qué bien! —comentó la señora Stewart.

—De hecho, se ha apuntado al grupo de debate. Es una joven extremadamente elocuente —replicó mi madre, clavándome la mirada. Si hubiera sabido lo que estaba pasando por debajo de la mesa, no habría sido tan dura conmigo.

Yo estaba tan alterada que se me cayó el tenedor.

—Yo te lo recojo, Piolín.

Noah retiró la mano de mi rodilla y aproveché el momento para dar un trago de agua para calmarme. Él echó la silla hacia atrás y se agachó para recuperar el cubierto.

—¡Nos la hemos pulido! —exclamó papá sosteniendo en alto la botella vacía de vino.

De repente noté el contacto de unos labios en el muslo, justo por encima de la rodilla, y escupí toda el agua que tenía en la boca justo cuando mi padre preguntaba si querían otra.

Noah se sentó y tres pares de ojos se clavaron en mí. Los Stewart me miraron con pena, aunque seguro que era pena por mis padres. Mi madre me miraba como si se estuviera arrepintiendo de no haberme apuntado a clases de etiqueta cuando era pequeña. Mi padre, en cambio, no me prestaba atención. Estaba ocupado tratando de que la última gota de vino de la botella le cayera en el vaso.

—Iré a buscar otra. Total, no voy a comer más —dije secándome el agua de la cara.

Me levanté a toda velocidad y dejé el plato en el fregadero antes de dirigirme al garaje, donde mis padres tenían otra nevera en la que guardaban su colección de vino.

Al abrir la nevera me di cuenta de que no tenía ni idea de si querían vino blanco o tinto. Cogí una de cada para ir sobre seguro. Al cerrar la puerta de la nevera, me encontré con Noah, que me dirigía una sonrisa de oreja a oreja. Di un paso atrás y él apoyó las manos en la nevera, aprisionándome. A ese chico le encantaba aprisionarme.

—¿De qué vas, con ese rollito de las caricias y los besos? Me has besado el muslo por debajo de la mesa, la mesa donde ceno con mi familia, ¡por Dios!

—No he podido resistirme. Estás muy buena. —Meneó las cejas varias veces y se acercó un poco más.

«Me cago en todo, otra vez los dichosos escalofríos».

—Déjame en paz lo que queda de noche —le pedí, tratando de sonar enfadada,

pero hasta yo me di cuenta de que estaba sonriendo. Era muy difícil enfadarse con Noah, sobre todo cuando lo que me hacía era tan delicioso.

—Vale, lo haré.

Dejó caer los brazos y dio un paso atrás para que yo pudiera salir.

—Gracias.

Al pasar junto a él, noté que me levantaba el vestido por detrás. Di un paso a un lado para que no pudiera alcanzarme.

—Joder, Noah, ¡para ya! No puedo defenderme con las dos manos ocupadas.

Él alzó los brazos en señal de rendición.

—Pensé que tenías una mota de polvo en el vestido. Trataba de ayudarte, nada más.

Lo fulminé con la mirada antes de volver a entrar en la casa.

Tampoco tomé postre, aunque el pastel de chocolate me vuelve loca. Me levanté de la mesa y me disculpé diciendo que tenía que acabar un trabajo, alejándome así de miradas paternales y de las manos y los labios demasiado juguetones de mi mejor amigo.

Me senté en la cama, recordando la sensación de sus manos y sus labios sobre la piel, y empezó a subirme la temperatura. ¿Qué coño me estaba pasando? Solo de pensar en él ya me ponía como una moto. Alguien llamó a la puerta, trayéndome de regreso a la realidad.

—¿Sí? —pregunté con la voz ronca.

La puerta se abrió lo suficiente como para dejar pasar un plato que parecía flotar en el aire con un trozo de pastel de chocolate encima. Sonreí y vi aparecer mis ojos azules favoritos.

—Te he traído el postre.

Noah entró y cerró la puerta ayudándose con el pie. Dejó el plato en la mesilla de noche y se sentó frente a mí en la cama. Levantó el tenedor, lleno de cobertura de chocolate, y me lo puso delante. Clavé la vista en mis dos cosas favoritas del mundo, aún sintiendo los efectos de la cena. Entreabrí los labios y solté un suspiro mientras nuestros ojos permanecían fijos en los del otro.

Él me ofreció el tenedor y me lo llevé a la boca, deslizándolo entre los dientes lentamente. La punta de su lengua asomó entre sus labios y se acarició el inferior con ella. No perdió detalle de mis labios mientras se cerraban en torno al tenedor. Lo oí tragar saliva cuando lo retiré, haciéndolo resbalar entre mis labios. Noah se inclinó hacia mí para recuperarlo y, al hacerlo, sus labios casi me rozaron la mejilla.

Acercándose, me susurró al oído:

—Tienes un poco de chocolate en la comisura de los labios.

Yo me quedé muy quieta. Con la mirada fija en él, aguardé mientras permanecía a un centímetro de mi boca. La temperatura de mi cuerpo se elevó hasta los cuarenta

grados. ¿Qué demonios estaba haciendo? Tenía que parar inmediatamente. Era débil y estúpida por permitir que las cosas llegaran tan lejos. Además, sus padres y los míos estaban en casa; en la otra punta, pero bajo el mismo techo. Empecé a imaginarme cómo sería no tener a Noah en mi vida y me angustié. ¿Con quién compartiría mis sueños y mis miedos? ¿Cómo iba a sentirme segura si él no estaba en mi vida? La angustia se transformó en pánico, oprimiéndome el pecho. Me faltaba el aire y empecé a marearme. Tuve que apartarme de él.

Él también se apartó sin perderme de vista. No quería mirarlo a los ojos, pero tenía que hacerlo para que entendiera que hablaba completamente en serio.

—No podemos seguir con esto; no puedo ser tu novia. —Él se me quedó mirando unos segundos más antes de volverse y sentarse mirando hacia fuera, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha.

—¿Por qué? —me preguntó con un hilo de voz.

—Tengo miedo de que pase algo y rompamos la relación. Si la jodemos y las cosas se tuercen mucho, no querrás volver a saber más de mí.

—Menuda tontería.

—No, no lo es. ¿Te acuerdas de Tyler Evans? Emily y él eran buenos amigos. No tanto como nosotros, pero casi. Decidieron cruzar esa línea y empezaron a salir. Duraron seis meses y las cosas acabaron muy mal. Ni siquiera siguieron siendo amigos. Emily y yo nos lo encontramos un día en el centro comercial y la trató fatal. No podría soportar que nos pasara lo mismo.

—Nosotros no somos ellos.

—Lo sé, pero Emily es perfecta en todo. Y si ni siquiera ella logró hacerlo funcionar, es evidente que yo tampoco podría. Necesito que formes parte de mi vida. Salir contigo sería exponerse demasiado. No pienso correr ese riesgo. Siento lo que ha pasado antes; no debería haber permitido que las cosas llegaran tan lejos.

—Pues yo no siento lo que ha pasado; lo único que siento es que no estemos juntos.

—No es que no quiera; pero no quiero complicar las cosas y cargarnos nuestra amistad. Además, tú te mereces a alguien mejor que yo, Noah.

«Te mereces lo mejor y, por mucho que quiera ser lo mejor para ti, sé que acabaré por decepcionarte. Tengo la sensación de que decepciono a todos los que me conocen, y tú eres la última persona en el mundo a la que querría decepcionar».

—Para mí no existe nadie mejor que tú —me dijo mirándome por encima del hombro.

—Pero esos sentimientos se desvanecerán y las cosas volverán a la normalidad. Nuestros cuerpos están sujetos a un montón de cambios; tenemos las hormonas revolucionadas. Solo debemos controlarnos y aguantar hasta que pase. —Estaba tratando de reprimir las lágrimas. Él se sentó y, cuando se volvió hacia mí, vi que le había hecho daño. No pude seguir conteniéndome y se me escaparon unas cuantas—. No puedo perderte, Noah.

—Nunca me perderás, Piolín. Siempre estaré aquí si me necesitas. —Me acarició la cara, desde la mandíbula hasta llegar a la barbilla.

Yo negué con la cabeza, apartándome un poco de él.

—Por favor, Noah, no puedo —susurré.

De un solo movimiento, bajó la mano, se levantó y se dirigió a la puerta. Ya tenía la mano en el pomo cuando le dije con un nudo en la garganta:

—Te veo mañana cuando vayamos a recogerte para ir al insti, ¿vale?

Él respondió sin mirarme:

—No hace falta que paséis a recogerme mañana. El entrenador ha convocado reunión del equipo antes de que empiecen las clases. Me llevará Travis.

Al ver que seguía sin darse la vuelta, me puse nerviosa. Con voz temblorosa, añadí:

—Te veo allí, pues.

—Tal vez. Nos vemos, Piolín.

Cuando oí el ruido de la puerta al cerrarse, me desmoroné por completo. El dolor que hasta ese momento tenía en el estómago se desplazó al resto de mi cuerpo. Me volví y enterré la cara en la almohada para disimular los sollozos. Temblaba de arriba abajo y estaba ardiendo. Nunca había sentido un dolor tan intenso. Al ver desaparecer a Noah se apoderó de mí una sensación de pérdida abrumadora. Me repetía que ya hablaría con él al día siguiente; que estaba enfadado pero que, tras una noche de reflexión, se daría cuenta de que tenía razón. ¿Por qué cambiar algo que nos había funcionado tan bien hasta ese momento? Aunque nuestra relación podría mejorar temporalmente si nos hacíamos novios, estaba convencida de que, a la larga, yo no sería lo bastante buena para él. Y necesitaba estar segura de que Noah estuviera en mi vida siempre.

CAPÍTULO 8

Los dos sentimientos más devastadores del mundo son el fracaso y la soledad.

El fracaso, hasta cierto punto, está bajo nuestro control. En teoría, si uno trabaja duro y da el cien por cien de sí mismo, logra su objetivo. Yo tengo la sensación de que trabajo duro, pero o me engaño a mí misma, o tengo el gen de la incompetencia muy desarrollado. Tal vez tuve un tataratataratarabuelo que era una nulidad absoluta.

La soledad es peor que el fracaso porque la controlan los demás. En mi vida solo hay una persona que influye en la percepción de si estoy sola o no. Y ser tan vulnerable ante una persona da mucho miedo.

Hacía tres días que no hablaba con Noah. Nunca habíamos pasado tanto tiempo sin hablar. Creo que no habíamos pasado ni un solo día sin hablar o sin vernos. Y no es que yo no lo intentara. Lo llamé varias veces, pero él no respondió; siempre acababa saltando el buzón de voz. Lo vi algún momento en clase, pero se mostraba muy distante; se podría decir que me ignoraba. Si pasábamos uno al lado del otro, me decía «Hola» y para de contar. Después de cada uno de esos encuentros tenía que ir al lavabo de las chicas y me pasaba un buen rato llorando. No era capaz de concentrarme en nada. Tras un día entero sin ningún tipo de contacto, estuve a punto de ir a su casa para obligarlo a hablar conmigo. Me dije que podría superar mis inseguridades; que sería capaz de cruzar la frontera y ser su novia. Pero el pánico volvió a adueñarse de mí. No sabía cómo impedir que el miedo dictara mis actos; no sabía cómo superarlo.

Todos los días, al acabar las clases, iba al aula de periodismo y contemplaba las fotos que le habíamos hecho para el artículo. Luego lo seguía por todas partes. Pasaba mucho rato frente a los vestuarios masculinos, lo que me hizo ganarme varias miradas extrañadas y unos cuantos números de teléfono. Él me vio varias veces, pero fingió que no se daba cuenta. No tener contacto diario con él hacía que me sintiera perdida, sin rumbo. Sin él no sabía quién era. Era consciente de que mis palabras de la otra noche le habían hecho daño, pero supongo que no me di cuenta de hasta qué punto. Había dicho que estaría disponible si lo necesitaba, pero no era verdad. Lo necesitaba mucho y él no me hacía ni caso.

El día del baile llegué a casa antes de lo habitual. Emily había venido a pasar el fin de semana. Me iba a ayudar a arreglarme para el baile, y me había dicho que no me entretuviera al salir de clase. Me dijo que necesitaba varias horas para dejarme a

punto; no supe cómo tomármelo. Normalmente, no tardaba mucho en arreglarme para ir a cualquier sitio. A esas alturas, lo que menos me apetecía en el mundo era ir al baile de las narices, pero había invitado a Vincent, y no me parecía bien llamarlo para anularlo.

Estaba tumbada en la cama de Emily mientras ella buscaba el vestido de fiesta perfecto para mí. Por suerte, mi hermana era una chica guapa que iba a un montón de bailes y que tenía una talla parecida a la mía. Yo seguía siendo un poco más bajita y con más curvas que ella, pero la diferencia no era tan notoria como cuando éramos pequeñas. Me importaba bien poco lo que llevara puesto esa noche. La oía refunfuñando dentro del vestidor. Al ver que no respondía, asomó la cabeza.

—Amanda, ¿me has oído? —me preguntó.

—¿Eh?

—¿Qué te parece ir de amarillo?

—Con tal de que no lleve plumas pegadas, me parece estupendo, Emily. — Respondí sin entusiasmo.

Ella se me quedó mirando unos instantes antes de echarse a reír.

—Es verdad, me había olvidado de Piolín. ¡Qué risa! Sabíamos en cada momento dónde estabas: solo teníamos que seguir el rastro de plumas amarillas.

Le dirigí una mirada asesina.

—¿Aún es demasiado pronto para gastar bromas? Perdón. Venga, dúchate, lávate bien el pelo y aféitate por todas partes.

Eché un vistazo a la hora en la mesilla de noche.

—Aún faltan dos horas y media para el baile —protesté gimoteando.

—Lo sé, has de darte prisa; no tenemos mucho tiempo. —Me cogió de las manos, tiró de mí para que me levantara y me empujó hacia la puerta.

Seguí al dedillo las instrucciones de mi hermana, a pesar de que no le veía el sentido a nada. Tenía el cerebro tan embotado que no era capaz de tomar ninguna decisión. En mi cabeza solo había sitio para Noah. Su imagen aparecía una y otra vez ante mis ojos. Me duché, me enjaboné y me depilé antes de volver a la habitación de Emily. El vestido que había elegido colgaba de la puerta del vestidor. Era el que ella había llevado a la gala en la que se presentaba a reina del instituto. Por supuesto, ganó. Era un vestido de tafetán amarillo pastel sin mangas.

El corpiño se ajustaba perfectamente a mis curvas. Me sentaba tan bien que parecía que tuviera más de todo. La falda me llegaba justo por la rodilla. Era acampanada, con mucho vuelo, y estaba adornada por flores en relieve distribuidas estratégicamente cerca del dobladillo. Me había dejado al lado unas sandalias plateadas con un tacón de casi diez centímetros. Los tacones no acababan de convencerme, pero no fui capaz de mostrar resistencia.

Emily me hizo poner el vestido antes de empezar con el peinado y el maquillaje. Estaba sentada en su tocador, con la ropa protegida por una enorme toalla para que no se manchara.

¡Cuánto trabajo por un baile al que ni siquiera quería ir!

—Creo que te quedaría muy bien un recogido. ¡Ah, y necesitas pendientes! Puedes llevar las lágrimas de diamante que me regalaron papá y mamá cuando cumplí los dieciséis —me ofreció Emily con entusiasmo.

—Lo que tú digas estará bien —repliqué en el mismo tono monótono.

—Para ser tu primer baile, no pareces muy entusiasmada. —Me encogí de hombros—. ¿A qué hora vendrá a buscarte Noah?

Se me hizo un nudo en el pecho. Solo le había dicho que iba a ir a un baile, pero no le había aclarado quién era mi acompañante.

—No me viene a recoger.

—¿Por qué no? —preguntó, observándome a través el espejo mientras me cepillaba el pelo.

—Porque no voy con él.

Mi hermana dejó de cepillarme el pelo y me miró sin entender.

—Lo siento; daba por hecho que...

—Pues ya ves.

—¿Por qué no vas con él?

—Porque no se lo pedí.

—¿Voy a tener que seguir arrancándotelo todo con sacacorchos o me vas a contar de una vez por qué no vas a tu primer baile con Noah?

—Pues porque no lo invité a ir. Además, él no está precisamente muy contento conmigo ahora mismo.

Bajé la vista hacia mi regazo para no tener que mirar a Emily a los ojos. Temía que si decía una palabra más me echaría a llorar.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se apoyó en el tocador para mirarme a la cara.

—¿Quieres contármelo?

No podía hablar. Estaba a punto de derrumbarme por completo. Si abría la boca para decir aunque fuera una sola palabra, no sería capaz de seguir conteniéndome, así que negué con la cabeza. Con la punta de los dedos, Emily me levantó la cara. Yo tenía ya los ojos llenos de lágrimas.

—Cuéntamelo, Manda. ¿Qué ha pasado?

—No sé qué decirte. Solo sé que lleva ya tres días sin hablarme. No responde al teléfono y me ignora en el instituto.

Me sequé una lágrima de la mejilla. Menos mal que aún no había empezado a maquillarme.

—Debe tener alguna razón para comportarse así; eso no es propio de Noah. Puedes contármelo, no se lo diré a nadie.

Dudé si contárselo o no. No es que no tuviera confianza con ella; sí la tenía, pero me daba vergüenza admitir que yo era la causante del problema. Era un desastre, una fracasada. Había roto mi amistad con Noah.

—Las cosas están cambiando y... no sé qué hacer... —Se me rompió la voz y se

me escaparon varias lágrimas.

Emily me dirigió una sonrisilla.

—Es duro cuando tu mejor amigo se convierte en un chico guapo, ¿eh? —No respondí, ni falta que hizo. Por mi expresión, Emily vio que había acertado—. ¿A Noah le gusta alguna chica? —Asentí—. Y a ti, ¿te gusta ella?

—No, no me gusta. Esa chica no es lo bastante buena para él.

Aparté la mirada. No estaba mintiendo..., no del todo. Lo que pasaba era que Emily no sabía que estaba hablando de mí misma.

—Y ¿por eso se ha enfadado contigo?

—Sí —susurré.

—Cariño, sé que es duro y que ahora te parece que las cosas no tienen solución, pero se arreglarán, ya lo verás. Noah y tú tenéis algo muy especial, desde siempre. Nada podrá interponerse entre vosotros mucho tiempo.

—Gracias.

—Vamos a acabar de arreglarte. Serás la chica más guapa del baile.

Me dio un abrazo y siguió peinándome.

El dichoso baile se había convertido en una pesadilla, y eso que todavía no había bajado del coche. Cuando llegamos al aparcamiento, sentí ganas de vomitar. Estaba nerviosa por todo: por mi aspecto, por tener que socializar con Vincent, por tener que ver a Noah y a Beth juntos y, bueno..., básicamente porque iba a ver a Noah. Durante el trayecto en coche, fui tirando constantemente de las flores de tafetán cosidas en el vestido. La guinda de mi helado de nervios la ponía el hecho de que iba en el coche con mis padres. Yo quería que me acompañara Emily, pero ellos insistieron. Dijeron que, ya que Vincent no venía a buscarme a casa, querían acompañarme para poder hacerme fotos. Tuve que aceptar: al fin y al cabo, era mi primer baile.

Papá aparcó y nos acompañó a mamá y a mí al gimnasio, donde se celebraba la fiesta. Mientras nos acercábamos, vi unos *flashes*. Eran los padres de Vincent, que le estaban sacando un montón de fotos. La verdad es que no estaba mal. Podría decirse que era mono, así, a lo empollón. Llevaba una chaqueta universitaria oscura, unos pantalones chinos y una camisa azul cielo con una corbata de cachemir. No exactamente lo que uno se encuentra en las portadas de la revista *GQ*, pero no estaba mal.

Al ver que me dirigía hacia él, abrió la boca y pestañeó varias veces, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. Sonreí. Sabía que probablemente no era verdad, pero por primera vez en mi vida me sentí guapa. Teniendo en cuenta la materia prima con la que contaba, Emily había hecho un gran trabajo. Vincent y yo permanecimos allí sufriendo mientras ambas parejas de padres nos hacían un millón de fotos, por lo menos. Al fin nos despedimos de ellos y nos dirigimos a la entrada.

A cada paso, el estómago me daba una vuelta de campana. Habían logrado que la

puerta del gimnasio pareciera bonita decorándola con rosas blancas y diminutas flores también blancas.

Al entrar, apenas distinguí nada hasta que los ojos se me acostumbraron a la iluminación, muy tenue. En las cuatro esquinas de la cancha de baloncesto habían colocado cuatro columnas, adornadas también con las mismas lucecitas blancas. Y había globos con los colores del instituto —blanco y azul marino— atados por todas partes. El DJ estaba colocado en el extremo más lejano. Y en la pared de enfrente habían montado una mesa donde se servía ponche y aperitivos.

Busqué a Beth y a Noah entre la multitud. Ninguno de los dos sabía que yo iba a estar allí. No tenía muy claro si me apetecía que me vieran o no. El gimnasio estaba abarrotado, así que sería fácil pasar desapercibida. Solo quería verlos un momento; necesitaba verlos juntos.

Vincent y yo nos apoyamos en la pared, escondidos detrás de un grupo de chicos y chicas demasiado tímidos para sacar al otro a bailar. Los ojos se me iban a la puerta constantemente para ver quién entraba.

—¿Quieres bailar conmigo? —me preguntó Vincent, nervioso.

—¿A ti te apetece?

—Buenos, estamos en un baile, ¿no?

—Vinnie, no permitas que las reglas de la sociedad dicten nuestros actos. Pensaba que eras un librepensador, tío. De hecho, esa fue la principal razón por la que te invité al baile.

Él se encogió de hombros y volvió a apoyarse en la pared.

Llevaba cuarenta minutos de pie, escaneando la sala, y no había visto ni rastro de Noah ni de Beth.

—Voy a buscar ponche. ¿Te apetece un vaso? —me preguntó Vincent con indiferencia.

—¿Cómo? Ah, no, gracias, no hace falta.

Al moverse, me tapó la vista durante un segundo. Cuando salió de delante, los vi: Noah y Beth acababan de entrar. No sé si fue porque no estaba acostumbrada a la altura de los tacones, pero cuando vi a Noah, las rodillas me temblaron y comencé a marearme. Tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

Estaba impresionante. Casi todos los chicos llevaban chaqueta universitaria, pantalones chinos y camisa de vestir, pero él se había puesto un traje negro que contrastaba maravillosamente con la camisa gris y la corbata, de un gris más intenso. Aunque había poca luz, sus ojos azules brillaban con más intensidad en comparación con los tonos oscuros de la ropa. La combinación de las prendas oscuras, los ojos claros y el pelo castaño era tan sexi y caliente que quemaba.

Cuando Beth y él se metieron entre la multitud, varias parejas fueron a su encuentro. Las chicas se agruparon y los chicos se quedaron a un lado. No podía

apartar la mirada de Noah. Tan embobada estaba que ni me di cuenta de que Vincent se había acercado, y me sobresalté cuando me habló.

—Amanda, eh..., Sarah Grice me ha invitado a bailar. Le he dicho que tenía que preguntártelo a ti.

—¿Me estás dejando plantada en mitad del baile? —Me sorprendió un poco, la verdad.

—No, claro que no. Mira, sé por qué me invitaste. Te oí hablar con Beth el otro día en el banco. —Me dolió que pensara que lo estaba utilizando—. No pasa nada, me alegro de haber venido contigo y no con una chica de verdad. —Fruncí las cejas molesta—. Ya sabes lo que quiero decir. Además, en el instituto todo el mundo sabe que Noah y tú...

—Noah y yo, ¿qué?

—No sé, es evidente que entre vosotros hay algo.

—Es mi mejor amigo; nos criamos juntos, no hay nada más.

Vincent empezó a jugar con un botón de su chaqueta.

—Mira, esta conversación me hace sentir muy incómodo, y no quiero que Sarah invite a otro. ¿Puedo ir a buscarla?

—Sí.

—Gracias, Amanda, eres una colega. —Me dio unos golpecitos en el hombro, se volvió y desapareció entre la multitud.

Volví a buscar a Noah y a Beth, que seguían en la misma posición, apartados el uno del otro. Las cosas iban bien. Yo estaba a cubierto, y Beth y Noah no bailaban. Con eso me daba por satisfecha, pero en ese momento oí su voz.

—Hola, Amanda, ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—Hola, Brittani. Es un acto académico. ¿Por qué no iba a asistir?

—Tenías que venir con pareja.

—He venido con pareja.

—¿Con quién?

—Con Vincent Chamberlin.

Ella miró a un lado y a otro.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está?

Titubeé unos instantes antes de responder:

—Ahora mismo está bailando con Sarah Grice.

—Oh, Dios mío, ¡eres patética! Ni siquiera puedes mantener la atención de un empollón.

Le dirigí una mirada enfadada. Con el rabillo del ojo vi que se sacaba algo del bolso y lo mantenía oculto con la otra mano para que yo no viera lo que era. Se llevó la mano a la boca y echó la cabeza hacia atrás. Estaba bebiendo de una petaca.

—¿Quieres un trago? —me ofreció al acabar.

—Eres como un personaje de una serie para adolescentes —repliqué negando con la cabeza—. Será mejor que vayas con cuidado: como te pillen, te expulsarán.

Siguiendo la dirección de mis ojos, vio que estaba mirando a Noah.

—Noah es perfecto. Nunca podrás tenerlo. —No le dije nada; aguardé a que se alejara reptando como lo que era, una serpiente—. Me das un poco de pena. Nunca sabrás lo que se siente al tenerlo pegado a tu cuerpo; al sentir sus labios y sus manos por todas partes. Le encantan estas —se señaló su enorme delantera—. No puede mantener las manos lejos de ellas, y mi culo lo apasiona...

—¿Adónde quieres llegar con esto? —La interrumpí bruscamente.

—Piensas que eres mejor que yo, ¿no?

—No es que lo piense.

—Ahora entiendo por qué Noah dice que nunca saldría contigo. Cree que eres una bruja estirada. De hecho, nos dijo a Beth y a mí que lleva tratando de librarse de ti desde el año pasado, pero que no sabía cómo hacerlo. Supongo que no quería herir tus sentimientos. Ahora que ya lo sabes, ¿por qué no lo dejas en paz? Beth y él hacen muy buena pareja; son perfectos el uno para el otro.

Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas. No sabía si era el alcohol, que la volvía más zorra de lo normal, o si siempre era así. Se había dado cuenta de mi punto débil y lo había machacado con fuerza. Pero no pensaba darle la satisfacción de verme llorar.

Abriéndome camino entre la multitud, crucé la pista de baile en dirección a la salida, oyendo su risa mientras me alejaba.

Una vez fuera, el aire de la noche me dio en la cara. Respiré hondo un par de veces tratando de calmarme. Necesitaba estar sola. De una esquina salía la escalera que llevaba a la planta superior del gimnasio. Estaba cubierta y tenía paredes a ambos lados, por lo que me proporcionaría un poco de intimidad hasta que llegaran mis padres a recogerme. Subí unos cuantos escalones y me senté. Cuando me convencí de que nadie me veía, me tapé la cara con las manos y dejé que las lágrimas fluyeran.

Me daba mucha rabia que Brittani tuviera la capacidad de amargarme tanto. Sabía que probablemente me había mentado, pero daba igual; conocía mis inseguridades y las usaba contra mí. Me sentía como si estuviera en caída libre y no tuviera dónde sujetarme. Quizá esa vez él se había hartado y no sabía cómo librarse de mí. Llevaba días ignorándome; ni siquiera respondía a mis llamadas. Lo único que yo quería era salvaguardar nuestra amistad para que siguiera siendo como siempre. Solo deseaba dar un pequeño paso atrás; no apartarlo de mi vida por completo.

Mis padres vendrían a buscarme dentro de media hora y no pensaba moverme de allí hasta entonces. Respiré hondo varias veces más, tratando de contener las lágrimas. Cuando al fin pareció que empezaba a tenerlas bajo control, oí pasos que se acercaban. Me pegué tanto como pude a la pared, para pasar desapercibida. No había luz en la escalera, así que no podían verme. Esperaba que pasaran de largo. La única luz de la zona provenía de la fachada del edificio de música. Los pasos se acercaron más y más hasta que se detuvieron. Contuve el aliento.

—¿Piolín?

Al levantar la cara vi que Noah se había asomado a la escalera y estaba mirando hacia arriba. Hacía tres días que no lo oía pronunciar mi nombre; hacía tres días que no lo veía. Tal vez Brittani tenía razón y era verdad que estaba harto de mí.

—Hola —dije, y ya solo esa sencilla palabra me costó de pronunciar.

—¿Estás bien? —Se acercó un poco más al pie de la escalera.

No podía permitir que me viera con las mejillas llenas de lágrimas, así que permanecí inmóvil en la oscuridad y respondí tratando de sonar despreocupada:

—Muy bien. ¿Qué estás haciendo aquí? —No logré evitar que me temblara la voz.

—Yo iba a preguntarte lo mismo. No sabía que ibas a venir.

—Ya, bueno, fue una decisión de última hora. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Te vi cruzar la pista de baile y te seguí. Además, parece que estás mudando las plumas otra vez, Piolín. —Sonriendo, me enseñó dos flores de tafetán que se me habían caído por el camino, sin duda las dos que había estado retorciendo en el coche —. ¿Puedo sentarme a tu lado?

Sentí una fuerte punzada en el estómago y una opresión en el pecho. Me sequé los ojos y me levanté, pero me quedé quieta en el sitio.

—No, me iré enseguida; mis padres están a punto de llegar.

—¿Por qué lloras, Piolín? —me preguntó con cariño y preocupación.

Algo tenía que responder, así que mentí:

—Porque mi acompañante me ha dejado plantada en medio de este estúpido baile y se ha ido a bailar con otra chica.

—Dime quién es y le patearé el culo. Cualquiera tío que te deje plantada es gilipollas.

—Bueno, ahora mismo parece que me salen por las orejas —dije, pero enseguida me arrepentí e hice una mueca. No quería discutir con Noah; solo quería recuperarlo.

No obstante, al parecer, a él le hizo gracia porque se echó a reír.

—¿Me harías un favor? —me preguntó.

—Depende.

Me ofreció la mano.

—Baila conmigo.

—No puedo volver ahí dentro, Noah. Mis padres están a punto de llegar y...

—No hace falta que sea dentro. —Hizo una pausa—. Por favor, Piolín.

No le veía bien la cara, pero me pareció que tenía la voz rota, como si se estuviera aguantando las lágrimas. Respiré hondo, eché los hombros hacia atrás y bajé la escalera.

Le di la mano y él me ayudó a descender los últimos escalones. Retrocedimos un par de pasos hasta llegar a la pequeña superficie iluminada por la farola. Noah me rodeó la cintura con su otro brazo y me atrajo hacia sí. Contuve el aliento al notar escalofríos por todo el cuerpo. Me soltó la mano y, apoyando la suya en mi mejilla,

me secó las lágrimas con el pulgar. Apoyó la frente en la mía y susurró:

—Estás preciosa. Me gusta cómo te queda el pelo recogido.

Bajé la vista, esperando que no notara que tenía los ojos rojos de haber llorado.

—No hay música —protesté en voz baja.

Él me soltó la cara y me rodeó la cintura con el otro brazo. Yo lo abracé por la nuca. Apoyando la mejilla en mi cabeza, quedó con los labios casi pegados a mi oreja. Empezamos a movernos lentamente a un lado y a otro mientras él cantaba *Everything*.

Cerré los ojos con fuerza, pero fue inútil; no podía dejar de llorar. Sabía que lo había echado de menos durante los últimos días, pero no me di cuenta de cuánto hasta que estuve entre sus brazos, sintiéndome segura. Empecé a temblar; ya no podía controlar los sollozos. Oculté la cara en su pecho. Noah dejó de cantar y, apretando el abrazo, me susurró al oído:

—Lo siento. Te he echado mucho de menos. He tratado de mantenerme apartado hasta que se me pasaran las ganas de tocarte, pero no han hecho más que crecer.

—Noah. —Fue lo único que fui capaz de decir entre sollozos.

—Siempre has sido mi chica y siempre lo serás. Nadie me separará de ti, Piolín. Eres mi corazón y mi alma y eso nunca va a cambiar, por mucho que te empeñes en decir lo contrario.

Los brazos de Noah eran el mejor sitio del mundo; no quería estar en ninguna otra parte. Quería quedarme allí para siempre, escuchando sus palabras. Estaba tan desesperadamente enamorada de él que no me importaba nada más. Casi no había sobrevivido a tres días sin verlo. Tal vez si fuéramos con mucho cuidado y muy pero que muy despacio, podríamos estar juntos. Podría hablar con Emily y preguntarle qué pasó entre ella y Tyler para no repetir sus errores. En ese momento decidí que iba a decirle que lo amaba y que quería estar con él.

Respiré hondo.

—Noah, yo...

Pero mis palabras se vieron interrumpidas por la voz de Beth, que lo llamaba. El hechizo en el que estábamos sumidos se rompió y ambos dimos un paso atrás.

—Te encontré —dijo Beth al volver la esquina—. Oh, hola, Amanda; no sabía que venías.

—Fue una decisión de última hora. —Noah y yo no apartamos la mirada el uno del otro en ningún momento.

Beth paseó la vista entre los dos.

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos?

—No me encontraba bien; necesitaba un poco de aire. Noah ha salido a ver cómo estaba. —Respondí.

—¿Ya te encuentras bien?

—No del todo, pero mis padres deben de estar a punto de llegar.

—Bien —Beth agarró a Noah por el brazo para llevárselo a rastras—, vamos.

Pero él tenía los pies bien plantados en el suelo y no se dejó arrastrar. Tenía la mirada clavada en la mía.

—¿Querías decirme algo, Piolín?

Lo miré a los ojos, esos preciosos ojos que brillaban de amor, sufrimiento y deseo, y supe que los míos brillaban de la misma manera. Creo firmemente en la teoría de que todo pasa por algo, y eso me ayudó a responderle.

—No, nada —susurré, y su rostro mostró una expresión de decepción y frustración.

Beth le tiró del brazo con más fuerza.

—Tenemos que volver. Aún no hemos bailado ni una vez.

Los miré sorprendida.

Antes de permitir que ella lo arrastrara, Noah me dirigió una sonrisa discreta.

—Buenas noches, Piolín —se despidió por encima del hombro mientras Beth se lo llevaba de mi lado.

—Buenas noches, Noah —dije en un tono tan bajo que no era más que un susurro—. Tú también eres mi corazón y mi alma.

CAPÍTULO 9

Las frases motivacionales son..., ¿cómo definir las? Ah, sí, ¡UNA CHORRADA!

Hay miles y miles de libros que tratan de convencerte de lo maravilloso que eres. Pero los autores no te conocen. ¿Cómo demonios pueden afirmar que eres bueno tal como eres? El mundo está lleno de gente que es un desastre total. (¡Saludos, amigos!).

Esos libros están llenos de recetas que sirven a todos por igual, y no todos necesitamos lo mismo. Además, no me fío de la gente que dice que ama a todo el mundo tal y como es. Eso tiene un regusto a secta. (Regusto es una palabra curiosa. Regusto... a gusto..., gusto... Vaya, genial, ahora me ha entrado hambre).

Los autores cumbayás dicen que puedes formular una cita motivacional que se ajuste a lo que necesitas y repetírtela a lo largo del día. Aunque fuera capaz de encontrar una cita adecuada, ¿por qué tendría que hacerme caso a mí misma? ¿Qué sé yo de la vida? Soy una fracasada. Si fuera capaz de convencerme de que puedo mejorar, no me compraría vuestros estúpidos libros.

(Me pregunto si aún quedarán ganchitos en la despensa).

Progresivamente, Noah y yo volvimos a vernos. Al principio era incómodo, porque ninguno de los dos sabía cómo actuar. Yo quería que recuperáramos nuestra amistad de siempre; él, en cambio, quería que avanzara y entrara en terreno desconocido. Estábamos atrapados en una especie de limbo extraño. Veía que las chicas coqueteaban con él constantemente. Al final empezó a aceptar salir con ellas. Eran citas puntuales, nada serio. Yo me esforzaba mucho en fingir que no me daba cuenta, centrándome en los estudios o en escribir.

Durante los dos últimos años, había dado clases extras durante el verano para avanzar en el programa; por eso ahora tenía algunas horas libres al final de cada jornada. A veces me iba a casa temprano, pero casi siempre iba a la sala de estudio o al aula de periodismo para acabar el artículo que estuviera escribiendo en aquel momento. No sé cómo me dejé convencer para apuntarme a un grupo de estudio con Stacey y Kim, con las que iba a clase de Gobierno americano. Nos reuníamos una vez a la semana en la sala de estudio.

Estaba sentada revisando los capítulos que entraban en la prueba de la semana siguiente cuando las hermanastras de Cenicienta entraron dando saltitos y se sentaron en sus sitios de siempre. Al principio, ninguna de las dos me dijo nada. Cuando levanté los ojos, vi que me estaban dirigiendo una mirada de pena. No las conocía mucho, pero no me daba la sensación de que fueran especialmente caritativas. El apodo de Stacey era *Princesa* y el de Kim, *Duquesa* y, por su modo de actuar, parecía

que habían acabado creyéndose que eran miembros de la realeza. Les encantaba contar chismes y meter cizaña.

Stacey ladeó ligeramente la cabeza y me dedicó una sonrisita antes de suspirar hondo.

—Las cosas mejorarán, ya lo verás.

Dirigió una mirada de complicidad a Kim, que asintió antes de volverse hacia mí. Esta última, que estaba sentada delante de mí, alargó la mano y me dio unas palmaditas en la mía.

—No nos conocemos mucho, pero queremos que sepas que no estás sola.

—Eso es, nuestros oídos están a tu disposición siempre que necesites desahogarte. Podemos intercambiarnos los teléfonos para que puedas llamarnos a cualquiera de las dos si nos necesitas —me ofreció Stacey, volviendo a ladear la cabeza y suspirando una vez más.

Tuve la sensación de haber entrado en un capítulo de *Expediente X*. Estaba desconcertada, pero habían despertado mi curiosidad. Las miré a una y a otra varias veces antes de preguntar:

—¿De qué estáis hablando?

Ellas volvieron a dirigirse una mirada de complicidad. Cuando se giraron hacia mí, ambas ladearon las cabezas en direcciones opuestas. Kim se inclinó un poco más sobre la mesa y susurró con fuerza:

—Nos hemos enterado de lo de Noah y Beth.

Cuando el timbre sonó, salí disparada del aula y recorrí el pasillo a toda velocidad hasta llegar a las taquillas. Agarraba las correas de la mochila con tanta fuerza que me estaba clavando las uñas en la palma de la mano. Me estaba subiendo la temperatura de la rabia que me daba sentir que me habían traicionado. Cuando llegué a la taquilla de Beth, ella estaba buscando algo dentro. Permanecí esperando, inmóvil, hasta que se volvió hacia mí. Cuando me vio, se sobresaltó.

—Joder, Amanda, qué susto me has dado.

—¿Noah y tú salís juntos? —le pregunté, aunque sonó más a acusación que a pregunta.

Beth miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oía. Se mordió el labio y jugueteó nerviosa con la correa del bolso.

—Eh..., sí..., algo así —respondió en voz baja.

—Y ¿cuándo coño ha pasado? —insistí con los dientes apretados.

—¿De verdad quieres hablar de eso aquí y ahora?

Miré a un lado y a otro. Casi no había nadie en el pasillo; estábamos prácticamente solas. Me crucé de brazos y me mantuve firme.

—Responde a mi pregunta. ¿Desde cuándo? —insistí, marcando mucho cada sílaba.

—Eh..., bueno..., vamos a ver. No lo tengo muy claro —titubeó ella, tratando de ganar tiempo.

—Ve al grano, Beth. —Me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Con los ojos entornados y la voz tensa, repetí—: ¿Cuándo?

—Hace algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo es «algún tiempo»?

Ella bajó la vista y empezó a darle vueltas al anillo que llevaba en la mano derecha, algo que siempre hacía cuando estaba nerviosa. Se resistió unos segundos más antes de responder:

—Hará cosa de un mes.

Me tensé mucho y me olvidé de respirar.

—¿Me habéis estado mintiendo los dos durante un mes? —Era una pregunta retórica; ya conocía la respuesta, pero necesitaba oírla de sus labios.

—No te hemos mentado, Amanda —respondió mirando a todas partes menos a mí.

—Me lo habéis ocultado. He estado con vosotros durante ese tiempo y no he notado nada distinto.

—Yo quería contártelo desde el principio, pero Noah se negó. —Entornó los ojos y apretó mucho los labios.

Con cada palabra que salía de su boca me iba tensando más y más. Mi voz sonaba mecánica, como la de un robot. Era como si todo mi cuerpo se estuviera cerrando, física, mental y emocionalmente, pero no podía parar de hacer preguntas, aunque sabía que las respuestas me iban a destrozar.

—¿Quieres saber cómo me he enterado? Me lo han contado Stacey y Kim. Lo sienten mucho por mí y quieren ser mis mejores amigas. Al parecer, todo el mundo estaba al corriente menos yo.

—Nos vieron en el cine hace un par de días. Debieron de imaginar que había algo —admitió Beth, sin mirarme a los ojos en ningún momento y dejando de dar vueltas al anillo solo para empezar a retorcer la correa de su bolso.

—Y ¿por qué crees que se imaginaron algo así?

—Porque íbamos de la mano.

Empecé a temblar de arriba abajo. No me quedaba mucho tiempo; pronto me derrumbaría. Todavía no había asumido que Beth y Noah estaban juntos; no estaba preparada para asimilar que tuvieran contacto físico.

—Hay cientos de chicos en este instituto. Podrías haber salido con cualquier otro. ¿Por qué tenía que ser Noah?

—Sabes que siempre me ha gustado. Es amable, divertido, popular...

—¡Y MÍO! —grité. Esa fue la primera grieta en mis ya frágiles cimientos.

—Cálmate. —Beth hizo una pausa antes de echar los hombros hacia atrás y levantar la cara. Mirándome al fin a los ojos, continuó—: Mira, Amanda, sé que Noah y tú teníais ese vínculo o como quieras llamarlo cuando erais niños, pero...

—Lo tenemos.

—¿Qué?

—Lo seguimos teniendo, no uses el pasado. —Insistí.

—Vale, bueno, eso es algo muy bonito mientras somos niños, pero ya no lo somos. Y, francamente, nunca he entendido el rollito que os traéis. Pero ¿qué esperabas?, ¿que no saliera con nadie, nunca? Noah es uno de los tíos más buenos del instituto. Todas las chicas quieren enrollarse con él. No quiero ser borde. Eres mi amiga y te quiero, pero ha llegado la hora de madurar.

Me daba mucha rabia, pero sabía que tenía razón. Me había convencido de que Noah siempre sería mío. Sabía que había salido con alguna chica, cosas puntuales. No me gustaba, pero lo toleraba porque no eran relaciones serias. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que podría tener una relación seria con nadie.

—Lo sé —susurré.

Beth inspiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Creo que me he enamorado de él, Amanda.

Esas palabras causaron la segunda grieta en mis cimientos. Aunque seguía mirándola fijamente, en realidad no la miraba; no estaba mirando nada. Tenía la mente embotada; tenía una sobrecarga de información. No podía asimilar nada más. Veía que movía los labios y oía un sonido lejano y amortiguado, pero no distinguía las palabras. Era como si estuviera debajo del agua. Beth continuó moviendo la boca sin parar, sin esperar respuesta por mi parte, hasta que al final me tocó el brazo para hacerme salir del trance.

—Ya puestos, será mejor que te lo cuente todo. Ya sabes, como el esparadrapo, mejor arrancarlo de golpe. Esta noche voy a dormir en su casa. —Al ver que la miraba sin comprender, me aclaró—: Sus padres no estarán; están fuera todo el fin de semana.

—Lo sé, van con mis padres; viajan juntos todos los años por estas fechas.

Beth miró a su alrededor, inquieta. Se inclinó hacia mí y me susurró:

—Me voy a acostar con él esta noche.

Esa fue la grieta número tres. Beth no parecía darse cuenta de cómo me afectaban sus palabras. Seguía hablando sin parar mientras yo permanecía ante ella inmóvil. Estaba siendo la experiencia más surrealista que había vivido nunca: Beth, Noah, sexo, amor... Esas palabras se repetían en bucle en mi mente.

—Me moría de ganas de contártelo. Quería pedirte ayuda. Me gustaría sorprenderlo preparándole la cena. —No entendía por qué continuaba hablando—. Y seguro que tú sabes cuáles son sus platos favoritos. Amanda..., ¿te encuentras bien? Tienes una mirada muy rara.

Si antes estaba herida y celosa, en algún momento entre «Me voy a acostar con él» y «Dime cuáles son sus platos favoritos» me cabreé. Pero bien cabreada, ¿eh? Con ganas de tirarle del pelo y de escupirle en la cara.

—No pienso ayudarte a meterte en la cama de Noah.

—Solo te he preguntado cuáles son sus platos favoritos.

—Llevas un mes saliendo con él. ¿No habéis ido nunca a comer juntos? —No pude disimular el sarcasmo.

Gracias a la adrenalina que empezó a fluir por mi cuerpo, recuperé la movilidad poco a poco. Durante ese rato había estado agarrando las correas de la mochila con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. El corazón me latía tan rápido que parecía que iba a salirse del pecho. Entorné los ojos y Beth notó que algo había cambiado en mi actitud.

—Sé que te duele que no te lo contáramos, pero no me digas que también te molesta que salgamos juntos. —Apartó la mirada, resopló y puso los ojos en blanco—. Ya te vale, de verdad. No quieres salir con él, pero tampoco quieres que lo hagan las demás. Te he preguntado mil veces si te gustaba Noah y siempre me has dicho que te gustaba como amigo. Pues, ¿sabes qué? A mí me gusta como algo más que como un amigo. Quiero que sea el primer hombre con el que me acueste, y lo será. Si querías que fuera tu novio, deberías haber actuado hace tiempo. La cagaste. Perdiste tu oportunidad con Noah, y ahora es mío. Estamos juntos, así que ¡supéralo!

—Y tengo que creérmelo porque tú me lo dices. Noah me lo cuenta todo y nunca me ha hablado de ti.

Noté un calor muy intenso en las mejillas. La barbilla me temblaba, igual que las manos, y las lágrimas se me agolpaban en los ojos. No iba a poder aguantar mucho más; me resultaba insoportable seguir allí, oyéndola hablar sobre Noah y ella.

Beth me dirigió una mirada de suficiencia.

—Oh, te aseguro que estamos juntos. Tendrías que ver cómo me ha dejado los labios...

Esas fueron las últimas palabras que oí antes de la sacudida final. Mis cimientos se zarandearon violentamente y me derrumbé. Me volví, dejándola con la palabra en la boca. Tenía que salir de allí antes de que las lágrimas me bañaran las mejillas.

Abrí la puerta con ímpetu y fui a buscar el coche directamente. El tiempo entre que dejé plantada a Beth y mi llegada a casa pasó a una velocidad tan acelerada que tuve la sensación de que todo lo había hecho en un solo movimiento continuo. No me detuve hasta que me tumbé en la cama.

Secándome las lágrimas con la manga, traté de calmarme para poder respirar. No me di cuenta de que me faltaba el aire hasta que me quedé quieta.

Debería haber seguido en movimiento porque, en cuanto me detuve, mi mente se aceleró.

Estaba perdiendo a Noah. Él no tenía bastante con nuestra amistad. No tenía bastante conmigo. Sabía que ese día tenía que llegar, pero no pensaba que sería tan pronto, ¡que sería hoy! Y, desde luego, no pensaba que sería con Beth. Estaba furiosa; sentí que me habían traicionado y dejado de lado. No le había respondido a Beth cuando me preguntó si estaba enfadada porque no me lo hubieran contado o porque estuvieran juntos. La verdad es que el enfado por su mentira se me pasó tres segundos

después de oírla decir que lo amaba.

No quería que estuvieran juntos; no estaba preparada. Sabía que no podía ser mío, pero tampoco quería que fuera de nadie más; aún no. Sabía que estaba actuando de un modo irracional, pero el pensamiento lógico no formaba parte de mi vida en esos momentos. No podía perderlo. Noah era lo único en el mundo que era totalmente mío.

CAPÍTULO 10

El sexo cambia las reglas del juego, aunque no seas tú quien lo practique.

Me incorporé de golpe y miré la hora. Solo eran las cinco de la tarde. La gente no se lo monta a las cinco de la tarde; esa es la hora de cenar. La gente espera hasta que ya está oscuro. Sabía que era una absurdidad, pero me ayudó a calmarme pensar que todavía estaba a tiempo de impedir la sesión de cena y sexo de Beth.

Me levanté a toda prisa y fui corriendo al baño. Me lavé la cara para borrar restos de lágrimas, me puse un poco de máscara y un poco de brillo labial y salí de casa escopeteada. Fui hasta la valla que separaba nuestro patio del de Noah y lo vi por la ventana. Estaba andando arriba y abajo mientras hablaba por teléfono. Tenía una expresión rara en el rostro, que no supe descifrar. Se pasó la mano libre por el pelo un par de veces mientras miraba por la ventana. Estaba tan concentrado en la llamada que ni siquiera me vio.

Salté la valla y corrí hasta la puerta trasera de la casa de los Stewart. Estaba abierta, como siempre, así que entré, como siempre. Noah estaba en el salón, hablando.

—Vale, lo haré, lo sé. —Parecía molesto con quien fuera que estuviera al otro lado de la línea. Me imaginé que sería Beth. En ese momento, me vio y me sonrió—. Tengo que dejarte. —Colgó sin despedirse—. Hola, Piolín —me saludó, tratando de sonar animado.

—Hola, hola —repliqué, imitando su tono de voz.

—¿Va todo bien?

—*Sip*. —Respondí, haciendo sonar mucho la «P». Estaba esperando a que él sacara el tema. Me acerqué al respaldo del sofá y me apoyé en él—. ¿Qué quieres hacer esta noche? Ya que nuestros padres están por ahí, el mundo es nuestro. Podemos estar juntos todo el rato. —Saqué el móvil del bolsillo y busqué entre los contactos—. ¿Pepperoni con extra de queso te va bien?

—¿Cómo? —preguntó, como si mi reacción lo sorprendiera.

—Para la *pizza*. ¿Pepperoni y extra de queso?

—Eh..., sí, va bien.

Marqué el número y esperé.

Noah se frotó la nuca varias veces antes de interrumpirme:

—Esto..., Piolín, yo es que... había hecho planes para esta noche.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de planes? —pregunté, la viva imagen de la inocencia, mientras guardaba el teléfono.

Hubo un silencio que se alargó tanto que me pareció que duraba un año y medio. Él estaba a poca distancia de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista clavada en el suelo.

—Tengo una especie de... cita —admitió en voz baja.

—¿Una cita? ¿Con quién?

Me miró a través de sus largas pestañas.

—Piolín, no hagas eso.

—¿El qué?

—Hacerte la tonta. No se te da bien. Además, acabo de hablar con Beth.

—No me digas... ¿Te refieres a tu novia, Beth? —Traté de no sonar sarcástica, pero no lo conseguí.

—Lo siento. Quería contártelo —dijo él, cortado.

—Pues cuéntamelo ahora.

Noah me invitó a sentarme en el sofá con un gesto de la mano. Yo negué con la cabeza. No quería sentarme ni relajarme. Quería estar de pie por si tenía que salir corriendo en cualquier momento, así que ambos permanecimos donde estábamos.

—No sé por dónde empezar.

—¿Qué tal si empiezas por las mentiras?

—Nunca te he mentado.

—Una mentira por omisión es igual de mala.

Él negó con la cabeza.

—Mira, sé que estás disgustada.

—¡Eres un genio! —grité levantando los brazos.

—¿Podrías callarte un momento y escucharme? No es para tanto.

—¿El qué no es para tanto?

—Lo de Beth y yo. Es... —Se pasó la mano por la cara, frustrado—. No importa lo que diga, voy a sonar como el mayor cabrón del mundo, ya lo sé, así que guárdate tus comentarios irónicos. —Hizo una pausa—. Lo de Beth es por comodidad.

Las cejas y el tono de voz se me dispararon al mismo tiempo.

—¿Comodidad?

—Sí. Nos conocemos desde hace tiempo. Sabía que ella quería algo conmigo.

Ya solo esas palabras hicieron que se me retorciera el estómago.

—Y ¿por qué yo no sabía nada de todo eso?

—Porque no quería que te enteraras.

—¿Por qué?

Él se echó a reír sin ganas y negó con la cabeza.

—Por la misma razón por la que nunca quiero que te enteres cuando salgo con otras chicas. Porque tengo la sensación de que te estoy poniendo los cuernos, lo que es absurdo, porque no salimos juntos —respondió soltando un gruñido de frustración.

Cerró los ojos y alzó la cara hacia el techo. Luego me miró, y el dolor y el deseo que vi en sus ojos me torturaron.

—Hablaré con Beth. —Suspiró hondo—. No la amo, lo sabes, ¿no? —dijo como rogándome que lo creyera.

—¿Qué le vas a decir?

—Pues le diré que no siento lo mismo que ella y que no pretendía engañarla. No busco una relación estable; si a ella le parece bien, podemos seguir como hasta ahora.

—¿Qué quiere decir «seguir como hasta ahora»?

Noah volvió a gruñir. Apoyó una mano en la pared y se llevó la otra a la cadera.

—Tengo mis necesidades —dijo en voz baja.

—¿Necesidades? ¿De qué tipo?

—De las que tenemos todos los chicos. —Se volvió hacia mí y, al ver que lo miraba confundida, añadió—: Necesito acostarme con chicas.

—¿Necesitas acostarte con chicas? —pregunté con condescendencia.

—Pues sí.

—¿Me estás diciendo que, si ella acepta tus condiciones, te la tirarás?

—Sí. —Noah estaba apretando los dientes con tanta fuerza que la mandíbula empezó a temblarle. El enfado hizo que cambiara de postura.

En ese momento perdí la capacidad de hablar. Por la mente me pasaban mil ideas, pero de mi boca solo salió una palabra:

—No.

—No, ¿qué?

—No te acuestes con Beth, no salgas con Beth.

Permanecimos frente a frente, contemplándonos; ninguno de los dos quería ser el primero en pestañear. Tuve la sensación de estar protagonizando un wéstern.

—Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta conversación. —Noah cada vez estaba más enfadado—. ¿A ti qué más te da? Ya hiciste tu elección; solo somos amigos. —Sus últimas palabras destilaban veneno.

—¿Solo amigos? No lo digas en ese tono —susurré.

—Los amigos no se piden permiso para salir con otras personas —insistió él en un tono frío, carente de emoción.

La garganta me ardía por el esfuerzo de contener los sollozos. Tragué saliva con dificultad un par de veces mientras las lágrimas volvían a acumularse en mis ojos. Se estaba alejando un poco más de mí. Noah no perdía detalle de mi reacción. No sé por qué seguí provocándolo; debería haberme marchado en ese momento.

—Piensas hacer algo más que tener una cita con ella. —Insistí.

Dándome la espalda, Noah se pasó las dos manos por la cara y por el pelo. Luego bajó los brazos y apretó los puños. De repente, dio un puñetazo en la pared y gritó:

—¡MALDITA SEA, JODER!

Me asusté y empecé a llorar. Él se volvió hacia mí y me clavó la mirada. Con los dientes apretados, comenzó a decir en voz muy baja:

—Sí, pienso follármela, tirármela, empotrarla, clavarme en ella hasta las pelotas...

—¡CÁLLATE! —Mis sollozos habían aumentado tanto de intensidad que casi no podía hablar—. ¡POR FAVOR, NO LO HAGAS, NOAH! ¡POR FAVOR!...

—¿POR QUÉ NO?

—¡PORQUE ERES MÍO! —exclamé entre sollozos.

Estaba todo tan borroso por culpa de las lágrimas que no vi que se acercaba a mí. De repente me encontré acorralada contra la pared, con la boca de Noah pegada a mi oreja.

—Entonces ¿por qué no me reclamas de una vez y acabas con esta tortura a la que nos estás sometiendo a los dos? ¿O es que no te importa que recorra con mis manos cada centímetro de su cuerpo, que le toque el culo y las tetas? ¿No te importa que luego la recorra entera con la lengua? ¿No te importará saber que, mientras tú estás tumbada en tu cama, yo estaré aquí, deslizándome en su interior, cuando los dos sabemos que deberías ser tú?

Empecé a notar convulsiones. El dolor que me provocaban sus palabras era demasiado intenso. Pieza a pieza, me desmoroné hasta quedar completamente rota. Él se separó un poco de mí y mi espalda resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo. No sé cuánto tiempo pasé así. Noah salió del salón sin decir nada más y no regresó.

Mientras permanecía allí, llorando a moco tendido, la rabia volvió a apoderarse de mí. Golpeé la pared con la espalda de pura frustración. ¿Por qué tenía que ser tan cobarde e insegura, joder? Lo estaba alejando de mí con mi actitud; cada vez estábamos más lejos, y al final él había explotado. No tenía ningún derecho a exigirle que dejara de vivir su vida. Debería haberme quedado en casa y permitirle que estuviera con quien le diera la gana.

Cuando estuve un poco más calmada, me levanté del suelo. Me dolía todo por la tensión y el disgusto, pero las piernas ya me sostenían. Con mano temblorosa, abrí la puerta y dudé un momento. Tal vez debería ir a buscarlo, pero era absurdo; no tenía nada más que decirle.

Dicen que el setenta por ciento del cuerpo es agua. Si eso es verdad, ese día expulsé el sesenta y nueve coma nueve por ciento en forma de lágrimas y mocos. No es un espectáculo bonito ni elegante.

Mi cabeza no hacía más que repetir la misma frase: «¿Qué coño acaba de pasar?».

Llevaba ya una hora tumbada en la cama y todavía no acababa de entender lo que había pasado en casa de Noah. Nunca lo había visto tan enfadado ni disgustado. Jamás me había hablado en ese tono, pero no podía culparlo por estar enfadado conmigo. Sabía que no tenía derecho a decirle con quién podía salir, pero es que no podía soportar la idea de que otra persona disfrutara de esa parte de él.

No pude evitar darle vueltas a la cabeza. ¿Qué estarían haciendo Beth y él en ese momento? ¿Le habría dicho Noah ya que no la amaba? Y ella, ¿se lo habría tomado bien o le habría dado una bofetada y habría salido corriendo de la casa? Me pregunté si ella estaría allí en ese momento, preparándole la cena. ¿Estaría frente a los fogones, removiendo algún plato asqueroso mientras él la observaba? ¿Se acercaría a ella, le

apoyaría las manos en las caderas y las desplazaría hacia delante lentamente hasta abrazarla por la cintura, acercándola hacia sí para que notara lo cachondo que se ponía al verla cocinando para él? Tenía que dejar de torturarme de esa manera.

Busqué los auriculares en la mesilla de noche, me los puse y los conecté al móvil. Los D-Bags empezaron a sonar en mi cabeza. La voz de Kellan siempre me calmaba. Cerré los ojos y traté de concentrarme en la letra.

Estaba adormilada cuando noté que la música dejaba de sonar y que la cama se hundía a mi lado como si alguien se hubiera sentado en ella. No me alarmé porque sabía quién era sin necesidad de mirar. Entreabrí los párpados y vi que Noah me estaba observando. Tenía los ojos llorosos y parecía muy triste. Permanecí quieta y cerré los míos.

—Sé que no estás durmiendo —susurró desanimado, y se aclaró la garganta.

Volví a abrir los ojos y miré su rostro, tan hermoso y tan triste.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Logré preguntar.

—No lo sé; no mucho.

—¿A qué has venido? —susurré.

Si había algo que Noah y yo no podíamos soportar era estar enfadados el uno con el otro. Solo nos habíamos enfadado un par de veces, pero nada parecido a lo de esa noche. Sabía que acabaríamos arreglando las cosas antes o después.

Me senté frente a él y lo miré a la cara. Permanecimos observándonos sin hablar varios segundos, hasta que yo rompí el silencio:

—¿Qué ha pasado con Beth? —pregunté con cautela.

—No va a venir; hemos terminado.

—¿Por qué?

—Le he dicho que había otra persona.

Suspiré profundamente, y a él no le quedó ninguna duda de lo aliviada que me sentía.

—Venga, es la hora del pastel —dijo, y una discreta sonrisa luchó por abrirse camino en su cara. Con la barbilla señaló hacia la mesilla de noche, donde había dejado un plato de papel con un enorme trozo de pastel de chocolate envuelto en papel film y un tenedor—. Vamos al parque.

No entendí por qué quería ir hasta nuestro refugio secreto. No había nadie en casa que pudiera interrumpirnos.

Se levantó y me ofreció la mano para ayudarme. Sin decir una palabra, me abrazó, apretándome contra su amplio pecho. Apoyé las manos en sus fuertes bíceps. Nuestras caras estaban muy cerca, casi rozándose. Nos mirábamos con una intensidad hipnótica, que me estaba haciendo sentir incómoda. Me sentía totalmente vulnerable, pero no podía pestañear ni apartar la mirada. Noah agachó la cabeza lentamente hasta que nuestras frentes se tocaron.

Con los ojos cerrados, me susurró con la voz ronca:

—Lo siento mucho. No debería haberte dicho esas cosas. Por favor, no te enfades

conmigo, Piolín.

Mis manos se deslizaron por sus bíceps, sobre sus hombros, hasta llegar a la nuca. Él se inclinó ligeramente y ambos enterramos la nariz en el cuello del otro. Lo abracé con fuerza y le susurré al oído:

—Lo siento, Noah. Perdóname. No sé cómo hacer que las cosas funcionen entre nosotros. Quiero cambiar, pero no sé cómo.

Lo deseaba desesperadamente. Quería ser distinta, por él, pero ¿cómo dejar de ser como uno es? ¿Cómo desprenderse de la única identidad que uno conoce?

Noah me abrazó con más fuerza y hundió la cara en mi cuello con los labios rozándome la piel.

Permanecimos así, abrazados, durante un buen rato. Ninguno de los dos quería separarse. Finalmente, él alzó la cabeza y dijo:

—Creo que es la hora del pastel.

Cogió el plato, me dio la mano y salimos de casa.

Cuando llegamos al parque, no nos sentamos en nuestro banco de siempre. En vez de eso, Noah me llevó a los columpios, donde nos sentamos uno al lado del otro. Observé en silencio cómo desenvolvía el pastel y me daba el tenedor. Lo clavé en la parte que tenía más cobertura de chocolate, por supuesto, me lo llevé a la boca y lo saqué lentamente, resistiéndome a dejarlo ir, mientras soltaba un débil gemido. Quería asegurarme de que no quedaba ni una gota de chocolate en el tenedor, pero la mirada fija de Noah me distrajo. Cuando al fin solté el cubierto, eché la cabeza hacia atrás y miré las estrellas.

—Tu madre compra un pastel de chocolate espectacular —dije ofreciéndole el tenedor para indicarle que era su turno.

Él inspiró hondo.

—Guau, tú sí que sabes comer pastel.

Permanecimos en silencio, pasándonos el tenedor hasta que nos lo acabamos. Mientras Noah iba a la papelera a tirar los restos, me dije que la cosa no había sido tan incómoda como me temía. Volveríamos a casa, nos levantaríamos por la mañana y todo iría bien; todo volvería a la normalidad.

Cuando se acercó, me levanté, pensando que ya regresábamos a casa, pero Noah se detuvo a medio metro de distancia. Estaba muy serio. Con un hilo de voz, me dijo:

—Tenemos que hablar, Piolín.

Mi estómago descendió hasta el centro de la Tierra, en caída libre. Estuve a punto de echar a correr otra vez hasta mi habitación y esconderme bajo las sábanas.

Volvimos a sentarnos en los columpios, pero Noah no se decidía a hablar. Tenía la horrible sensación de estar a punto de perder a la persona más importante de mi vida. El silencio me estaba asfixiando. La garganta se me cerró hasta que me costó respirar. Decidí hablar antes de desmayarme.

—¿Qué hacemos aquí sentados?

—No quería hablar en tu casa ni en nuestro refugio secreto.

—¿Por qué?

Él inspiró hondo.

—Desde que te fuiste de mi casa, cada vez que entro en el salón te veo ahí sentada, gritando y llorando.

—No te entiendo.

—No quiero que tengas que pasar por lo mismo cada vez que estés en tu habitación o en nuestra mesa. —Justo cuando creía que ya no iba a llorar más, sentí que los ojos volvían a llenarse de lágrimas—. Creo que deberíamos dejar de vernos durante un tiempo —añadió con la voz rota.

Sentí que me faltaba el aire y las sienes me empezaron a palpar. Sabía que la discusión de hacía un rato había sido la peor de nuestra vida, pero no me imaginaba que quisiera librarse de mí. Los ojos se me habían abierto como platos y cada vez me costaba más mantener las lágrimas a raya. Necesitaba más información; tal vez no lo había entendido bien. Tal vez quería decir justo lo contrario de lo que había oído. Porque, aunque siempre habíamos tenido una conexión muy fuerte, éramos de sexos opuestos, y hombres y mujeres siempre interpretan las cosas de manera distinta.

Por segunda vez ese día, mil respuestas cruzaron por mi mente en un nanosegundo, pero solo una pregunta logró salir de mi boca:

—¿Por qué?

Noah me miró fijamente, con los ojos llenos de lágrimas. Titubeó y se aclaró la garganta. Tenía la voz tan ronca que me costó entenderlo.

—Creo que ya sabes por qué.

—Yo también lo creo, pero me gustaría oírtelo decir, por si estoy equivocada.

Una expresión de miedo le cruzó el rostro antes de responderme:

—Piolín, no sé, todo esto es muy confuso.

—¿El qué?

Se señaló a él y me señaló a mí varias veces.

—Lo que hay entre nosotros; ha cambiado tanto...

—¿Para bien o para mal? —Seguía haciéndole preguntas cuyas respuestas ya conocía, en un intento desesperado de prolongar nuestro tiempo juntos. Sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo: estaba perdiendo a mi alma gemela porque tenía tal lío en la cabeza que no sabía cómo arreglarlo.

—Ni bien ni mal, es... confuso. Sé que siempre te has subestimado y que haces lo que crees que es mejor para mí. Odio que te valores tan poco y que no creas que debemos estar juntos. He tratado de estar cerca de ti como amigo. Lo he intentado con todas mis fuerzas. —A esas alturas, ya estábamos ambos llorando—. Pero no puedo más; me duele demasiado, porque estoy completa y desesperadamente enamorado de ti, Piolín.

«Dile lo mucho que lo amas, Amanda. Deja de joderlo todo de una vez y dilo. Él

te ama y te desea. Lo estás perdiendo, ¿qué coño te pasa? Muévete de una vez y di algo».

—Te he amado todos los días de mi vida. Ojalá me dejaras amarte —añadió.

Noah me apoyó la mano en la mejilla y me la acarició suavemente. Uniendo su frente a la mía, susurró:

—Siempre serás lo más importante de mi vida. Puedes contar conmigo siempre, pase lo que pase. Formas parte de mi pasado y no concibo un futuro sin ti. Pero necesito tiempo para descubrir cómo tenerte en mi vida sin que seas toda mi vida.

Cerré los ojos, tratando de calmarme, pero casi no podía hablar. Volví a abrirlos y lo miré. Le acaricé la mejilla antes de decir:

—Lo siento; lo siento mucho.

Mientras volvíamos a mi casa, nos dimos la mano con tanta fuerza como si estuviéramos a punto de caernos por un precipicio. Permanecimos abrazados en el porche durante un buen rato. No sería yo quien lo soltara primero.

Noah me susurró al oído:

—Tengo que irme ahora o no seré capaz de hacerlo, y debo hacerlo.

—Lo sé —dije sollozando.

Él dio un paso atrás. Teníamos la cara empapada por las lágrimas y el pecho oprimido de tanto llorar. Los ojos de Noah reflejaban tanto... amor, desesperación y dolor, el dolor de perder al amor de tu vida.

Se me quedó mirando en silencio unos segundos.

—Adiós, Piolín.

—Adiós, Noah.

Y siguió contemplándome mientras bajaba la escalera de espaldas, alargando la noche todo lo posible. Cuando llegó al final se detuvo, sin apartar la vista en ningún momento.

Mis labios apenas se movieron cuando susurré «Te quiero». Por un instante me pareció que me había oído, pero entonces dio media vuelta y se marchó.

Me odié con todas mis fuerzas. Lo que más temía en el mundo había sucedido: había perdido a Noah. Había tratado de mantener el control de la situación; había querido que nuestra amistad permaneciera igual que siempre, y no me di cuenta de que lo estaba perdiendo hasta que fue demasiado tarde. La felicidad de Noah era lo más importante para mí, y aunque en ese momento no era feliz, sabía que a la larga lo sería. No me lo podía creer. En unas cuantas horas el mundo se había desplomado a mi alrededor y yo estaba allí, de pie, inmóvil, viéndolo caer.

CAPÍTULO 11

Creo que soy un bicho raro. Tengo casi dieciocho años y solo he besado a un chico en una ocasión. El único con el que he tenido fantasías es Noah, aunque Zac Efron se cuela en alguna de vez en cuando. Sí, es guapo, muy guapo. Sus ojos son una pasada, y tiene el pelo tan brillante...

Zac y Amanda Efron. ¡¡¡OH, DIOS MÍO!!! ¡¡¡SUENA ALUCINANTE!!!

¿Qué quería yo escribir? Ah, sí, me preguntaba si soy un bicho raro porque todavía no me he acostado con ningún chico. Un montón de chicas de la clase ya lo han hecho. Me han invitado a salir varias veces, pero siempre pongo alguna excusa. No sé a qué estoy esperando; total, solo es sexo, no hay para tanto. Vale, estoy mintiendo: para mí es muy importante. Desde que fui consciente de lo que era el sexo, siempre me imaginé que Noah sería el primero, pero eso es absurdo, porque nuestra relación no va por ahí. Necesito afrontar la realidad y salir al menos una vez con otro chico.

Me pregunto si Zac Efron vendrá alguna vez por Carolina del Sur. Estoy escribiendo tonterías. Adiós, tengo a Zac en la cabeza; no puedo seguir.

Han pasado cuatro meses desde que Noah y yo *rompimos*. Nos veíamos en el instituto, pero no interactuábamos mucho. Dejamos de comer juntos y él empezó a comer con sus compañeros del equipo de béisbol. Estuvimos juntos en algunas reuniones de las dos familias y, no sé cómo, logré superarlo.

Beth no había vuelto a dirigirme la palabra desde la última conversación que mantuvimos en las taquillas, pero por lo que ponía en la carta de dieciocho hojas — por las dos caras— que me envió, nuestra relación parecía insalvable. Me entristecía que ya no fuéramos amigas, pero perder su amistad era mucho más soportable que no tener a Noah en mi vida. Técnicamente seguíamos siendo amigos, aunque no lo parecía.

Beth, Noah y yo habíamos sido inseparables en otra época, pero ahora cada uno de nosotros había tomado un camino distinto. El verano nos había puesto las cosas un poco más fáciles. Beth y su familia fueron a París a pasar las vacaciones. Estábamos a punto de empezar el último año de instituto y Noah y yo pasamos mucho tiempo visitando universidades (por separado, evidentemente). Además, él pasó el mes de julio en un campamento de béisbol.

Por primera vez en mi vida, me sentí totalmente sola. Tenía a mi familia, pero no era lo mismo. Cada vez que pasaba tiempo al lado de mi hermana, mi mediocridad florecía en todo su esplendor. Ir con ella al cine o a tomar algo no me importaba, pero ir a la playa ya era otra historia. A Emily el biquini le sentaba a la perfección, menuda

sorpresa, ¿eh? No me importaba ir sola a los sitios, pero si iba acompañada pensaba menos en Noah. Y, ya que no podía contar con Beth, empecé a salir más con Emily. Mi hermana me animaba a contarle lo que me ocurría, pero ¿qué iba a decirle? No podía decirle: «Eh, Emily, desde que tengo uso de razón, siempre he sentido que no estaba a tu altura en todos los aspectos de la vida: aspecto físico, personalidad, inteligencia. Y, por culpa de esas inseguridades, no puedo entregarme a la única persona que me importa, mi mejor amigo. Traté de mantener a raya nuestra relación, impidiendo que evolucionara hacia algo más que una amistad para no perderlo, pero acabé perdiéndolo de todos modos. Soy idiota. Ah, ¿he mencionado ya que buena parte de la culpa es tuya por ser tan perfecta?».

No odiaba a mi hermana por ser hermosa y perfecta; se merecía toda la atención que recibía. Solo deseaba haber nacido antes para haber vivido su vida. Tal vez así ahora estaría con Noah.

Permanecer lejos de él no disminuía mi deseo de verlo. Al revés, los sentimientos que me despertaba cada vez eran más intensos. Lo añoraba todo de él: su sonrisa, su voz, sus abrazos, su facilidad para hacerme reír. Los ratos que compartíamos en nuestro refugio secreto, hablando de todo un poco y de nada en particular. Me había esforzado mucho en mantenerlo todo igual y me había salido el tiro por la culata. ¡Qué irónico! En vez de conservar su amistad, había perdido a Noah definitivamente. En esos momentos habría necesitado a mi mejor amigo a mi lado, para que me ayudara a superar ese trance tan amargo, pero no podía contar con él. Me dijo que necesitaba tiempo y se lo estaba dando; se lo debía.

Finalmente, llegué a la conclusión de que tenía que pasar página. No quería que mi último año de instituto se evaporara ante mis ojos sin disfrutarlo. Debía extender las alas y abrirme a nuevas experiencias con gente distinta.

Brad Johnson se había mudado al barrio durante el primer curso y era un tipo muy apetecible. Tenía el pelo rubio ceniza y se lo cuidaba mucho. Lo llevaba muy corto por los lados y un poco más largo por arriba, con un estilo peinado-despeinado. Tenía los ojos de color azul zafiro; eran bonitos, aunque no eran preciosos como los de Noah. Medía por lo menos un metro ochenta, igual que Noah. Jugaba en el equipo de béisbol, así que tenía un cuerpo espléndido y sabía cómo vestirse. La ropa que llevaba siempre hacía destacar su torso tonificado y sus abdominales. No sabía si tenía una tableta de chocolate como Noah, pero lo que sí estaba claro era que su torso no era tan ancho. Tenía los brazos musculados, pero sin exagerar; eso sí, sus manos eran enormes. Me imaginé que esa era una buena cualidad a la hora de jugar a béisbol.

Brad y yo no éramos amigos, ni siquiera conocidos; no habíamos intercambiado más que algún saludo ocasional. Pero, aunque no lo conocía personalmente, su reputación dejaba mucho que desear. Se decía por ahí que era un niño rico y malcriado que mentía y hacía trampas para triunfar en la vida y con las mujeres.

Pero me dije que no debía hacer caso de los cotilleos. Al fin y al cabo, ya era una

estudiante madura de último curso y los cotilleos eran cosa de gente inmadura. Además, había sufrido años de rumores sobre Noah y yo que eran falsos. Igual que otros rumores, como los que decían que Brittani y Noah habían tenido algo, y sabía que no era verdad. Así que decidí mantener la mente abierta en relación con Brad y no dejar que las opiniones de los demás me influenciaran. Todo el mundo se merece una oportunidad.

Brad y yo coincidíamos en unas pocas asignaturas. Durante la segunda semana de clases, lo descubrí mirándome un par de veces. Luego empezó a pasarse por mi taquilla a menudo. Me decía «Hola», me sonreía y se marchaba. Tras dos semanas de esa actitud acosadora, decidí hacer algo.

Las clases habían terminado. Estaba en la taquilla y lo vi de reajo, observándome a unos tres metros de distancia. Me volví hacia él y sonreí.

—¿No te ha enseñado tu madre que es de mala educación observar a la gente? — le pregunté con ironía.

—No te estaba observando, te estaba admirando. —Se acercó a mí despacio, con una sonrisa canalla, y se detuvo a un palmo de distancia.

—Vaya, menuda frasecita. ¿Te funciona bien?

—No es ninguna frase estudiada. —Se trazó una cruz sobre el corazón—. Palabra de *boy scout*.

—¿*Boy scout*? A ver, rápido. ¿En qué patrulla estabas?

—En la 543. Mi padre era el guía.

Yo sonreí, negando con la cabeza.

—¿Por qué me estás acosando?

Él apoyó el hombro en las taquillas y me dirigió una sonrisa burlona. Se tomó su tiempo para enumerar las razones, y su sonrisa iba creciendo cada vez que añadía una a la lista:

—Porque eres guapa. Y lista. Y divertida. Y guapa.

—Has repetido *guapa*.

—Tu belleza merece la repetición.

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Bueno, al menos en lo de *divertida* te doy la razón.

Su sonrisa creció hasta iluminar el pasillo, y contuve el aliento. ¿Mi primera impresión? Era un poco gilipollas, pero un gilipollas muy sexi.

Se acercó un poco más y dijo con mucho aplomo:

—Los padres de Jeremy Pratt lo dejan dar una fiesta en su casa de la playa este fin de semana. —El azul de sus ojos se intensificó—. ¿A qué hora te recojo?

—Hace tres años que vamos juntos a clase. ¿Por qué me invitas a salir ahora, de repente? —No acababa de fiarme de él.

—¿La verdad? No te había invitado a salir antes porque pensaba que tenías algo

con Stewart.

—Noah es mi mejor amigo.

—Siento oírte decir eso.

—¿Por qué?

—Porque he desperdiciado tres años. Así que... ¿qué dices? ¿Me vas a hacer esperar más tiempo o tenemos una cita? —Y ahí estaba otra vez, en el momento justo, la sonrisa de un millón de vatios.

—¿Qué ha cambiado? Noah y yo seguimos siendo amigos.

—¿Ah, sí? Pues últimamente no se os ve muy amigos, la verdad. ¿Estás segura de que todavía es tu amigo? —No respondí porque, aunque odiaba admitirlo, no le faltaba razón—. Así que, preciosa, ¿a qué hora te recojo?

—Eres todo un conquistador. —Hice una pausa antes de responder—: A las ocho en punto. Puede ser divertido.

—Oh, te aseguro que será divertido. Vivo para complacer. —Se separó de la taquilla—. Venga, coge tus cosas, que te acompaño al coche.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un mandón?

Él se inclinó hacia mí. Si no hubiera sido tan guapo, me habría parecido que se acercaba demasiado.

—No soy mandón. Sé lo que quiero y no me gusta perder el tiempo. —Me guiñó el ojo.

En ese momento entendí lo que Noah había querido decirme aquel día acerca de que sentía que me estaba poniendo los cuernos cuando salía con otras chicas. Tenía la sensación de estar haciendo algo que no debía; era como si estuviera traicionando a Noah solo por hablar con Brad. Estuve a punto de coger mis cosas y salir corriendo, pero no lo hice. Era el momento de mantenerme firme; de abrir las alas y experimentar cosas nuevas. Saqué los libros y los puse en la mochila. Al volverme, Brad me la quitó de la mano y me acompañó al coche. Abrí la puerta del acompañante y le indiqué que la dejara allí. Luego me siguió al otro lado del vehículo. Abrí la puerta y colgué el bolso del asiento.

Al volverme, me encontré cara a cara con Brad, que se interponía entre la puerta y yo. Tenía el brazo apoyado en la misma. Estábamos tan cerca que noté su aliento en mis labios cuando me dijo en voz baja:

—Me alegro mucho de que quieras... —hizo una pausa, bajó la vista hasta mis labios y volvió a mirarme a los ojos. Yo tragué saliva— que te lleve a la fiesta.

Me aclaré la garganta y repliqué, nerviosa:

—Yo también.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —susurré.

Con la vista clavada en mi boca, él se succionó el labio inferior, recorriéndolo con sus perfectos y blancos dientes antes de añadir:

—El sábado va a ser el principio de un último curso espectacular.

Yo me quedé paralizada. No podía apartar la vista de sus ojos, azules como zafiros. Tenía el estómago lleno de mariposas; Brad me había dejado fuera de combate con su confianza. Tenía un aire de misterio y de peligro que despertaba mi curiosidad.

—Sí..., bueno..., gracias por, eh..., invitarme... y por... acompañarme —dije finalmente. Él sonrió mientras volvía a mirarme los labios un instante. Respiré hondo y añadí—: Tengo que irme.

—Eres una monada, ¿lo sabes?

Madre mía, ese tío estaba buenísimo. Tenía que largarme de allí; me estaba poniendo como una moto. Con una risita histérica, comenté:

—Sí, yo soy la mona de la familia. Mi hermana es la guapa. Eh..., ¿conoces a mi hermana? —pregunté en un tono de voz tan agudo que solo los perros debieron de oírlo. Él sonrió, negando con la cabeza—. Pues se llama Emily, Emily Kelly. Se llama igual que yo, claro, siendo hermanas... No quiero decir que las dos nos llamemos Emily. Las dos nos llamamos Kelly; compartimos apellido, por eso somos hermanas. Bueno, en realidad no es por eso. Hay mucha gente que se apellida Kelly y no son parientes míos. Es un apellido bastante habitual. Tenemos los mismos padres, por eso somos hermanas... —Me detuve al fin, haciendo caso a la voz de mi cabeza, que no paraba de gritar: «¡CÁLLATE DE UNA VEZ, AMANDA KELLY!».

—Sí, realmente monísima. —Me dirigió una sonrisa irónica.

Se separó un poco del coche, dejándome algo de espacio. Tras sentarme y buscar las llaves, me armé de valor y me volví hacia él. Brad seguía en el mismo sitio, con las manos en los bolsillos y una sonrisa de lo más besable.

«¿Una sonrisa *besable*? ¿Pero qué te pasa?, ¿te has vuelto loca?».

Finalmente metí la llave en el contacto y puse el coche en marcha. Salí del aparcamiento y, cuando me hube alejado un poco del instituto, me calmé lo suficiente como para pensar con claridad. No entendía cómo ese chico había logrado alterarme tanto en tan poco tiempo. Aunque el encuentro había sido apabullante, estaba orgullosa de mí misma por haberle dicho que lo acompañaría a la fiesta. Tenía que hacerlo; lo necesitaba. Había llegado el momento de remangarme y ver qué me ofrecía el mundo exterior.

CAPÍTULO 12

No importa lo mucho que lo intentes; a veces hay fuerzas que escapan a nuestro control y no nos dejan avanzar.

Esa noche estaba en mi habitación, tratando de estudiar, pero me estaba costando la vida concentrarme en los deberes de química. Mi mente saltaba de Brad a Noah y de Noah a Brad. Pasarme la noche pensando en Noah no era nada nuevo, ya estaba acostumbrada, pero pensar en Brad era totalmente distinto.

No comprendía qué tenía Brad que había logrado captar mi atención de una manera tan rápida e intensa. Llevaba tres años viéndolo por el instituto y nunca me había llamado la atención. No pensaba que yo fuera una de esas chicas que se ruborizaban y se volvían locas cada vez que un chico guapo les prestaba atención. Nuestro duelo dialéctico en las taquillas había sido divertido, pero cuando se acercó a mí más de la cuenta, me convertí en una idiota incapaz de acabar una frase.

Solo me di permiso para fantasear con Brad un rato antes de volver a pensar en Noah. Sabía que era una estupidez. Noah ya casi no formaba parte de mi vida; llevábamos cuatro meses distanciados, pero pensar en Brad me hacía sentir culpable.

Un golpecito en la ventana me sacó de mis pensamientos. Estaba tan absorta pensando en Brad y en Noah que no hice caso del ruido y volví a estudiar. Cuando volví a oírlo, me di cuenta de que no era mi imaginación. Me acerqué a la ventana, respiré hondo y la abrí. Unos ojos de un exquisito color azul claro me miraban desde la calle, acompañados por una sonrisa deslumbrante. Las mariposas se me volvieron a alborotar en el estómago y empezaron a sudarme las manos. Había pasado mucho tiempo desde que lo había visto tan de cerca, y la sensación era muy excitante.

—Hola, Piolín —saludó con la voz ronca.

Dios, cómo había echado de menos oír mi apodo en sus labios, esos labios increíblemente suaves y carnosos. Sacudí la cabeza para volver a la realidad.

—Hola —susurré.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

—Aquí no. En nuestro refugio.

Estuve a punto de saltar por la ventana de las ganas que tenía. Noah quería estar conmigo, a solas, en nuestro refugio secreto. Me daba igual de qué quisiera hablar. Además, debían de ser buenas noticias porque estaba sonriendo. Tal vez había cambiado de idea y creía que podíamos volver a estar juntos, pero en esos momentos lo único que me importaba era que Noah y yo íbamos a estar en nuestro refugio, a solas.

Fuimos en silencio durante todo el camino. Él parecía un poco incómodo. Para ser sincera, yo también estaba nerviosa. Era raro, pero suponía que era porque

llevábamos tiempo sin vernos. Cuando llegamos al parque, Noah me ofreció la mano para ayudarme a subir a la mesa. Él no se sentó a mi lado. En vez de eso, se apoyó en el borde, a mi lado, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos sobre el pecho.

Permanecemos así varios minutos hasta que él se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido? —En vez de mirarme a mí, miraba al suelo.

Clavé la vista en el mismo sitio que él y respondí:

—Bastante bien. ¿Y a ti?

—Bien. El entrenador piensa que tenemos posibilidades de ganar este año.

—¿En serio? Es fantástico. —En esos momentos, el béisbol me importaba una mierda.

—Sí, probablemente lleguemos a los *playoff*, o más. —Con el rabillo del ojo vi que me miraba y sonreía—. Y ¿qué tal te van las clases?

—Bien. ¿Y las tuyas?

—Bien.

No me podía creer que estuviéramos manteniendo esa conversación. Parecíamos dos desconocidos. ¿Qué iba a ser lo próximo?, ¿hablar del tiempo? Odiaba que nos hubiéramos convertido en dos extraños. Me estaba poniendo muy nerviosa. Al final, exploté.

—Noah, ¿para qué querías venir aquí? —le pregunté en voz baja, insegura.

Con la mirada aún clavada en el suelo, él susurró:

—Te echo de menos.

En ese momento me pareció que un coro de ángeles se ponía a cantar *Aleluya*. Tuve muchas ganas de pegar un salto, de lanzarme a su cuello y abrazarlo eternamente, pero no lo hice.

—Yo también te he echado de menos —repliqué conteniendo mi entusiasmo.

—Es muy duro mantener la distancia; pienso en ti todo el rato.

—Y ¿en qué piensas? —pregunté en un tono más insinuante del que pretendía.

Noah se separó de la mesa y se colocó frente a mí. Pasó varios segundos examinando mi cara, como si hiciera años que no la veía. Se aclaró la garganta y respondió:

—Pienso en lo solo que me siento sin ti; en lo aburridos que son los días sin ti. En lo mucho que añoro oír tu voz y tu risa. Y en lo mucho que echo de menos escuchar música y comer pastel contigo. —Nos dirigimos una sonrisa tímida. Luego, mirándome fijamente, añadió—: Echo de menos cuidar de ti. —Dudó un segundo—. Echo de menos a mi mejor amiga; quiero que vuelvas a estar en mi vida. —Sus palabras fueron como un pegamento que juntó los pedazos rotos de mi corazón.

Noah parecía tan perdido y solitario como yo. Me había quedado sin palabras. Llevaba esperando ese momento desde que discutimos. Odiaba estar separada de él; quería recuperar a mi mejor amigo, no quería sentirme sola.

Noah apoyó las manos en la mesa, atrapándome, y descansó la frente en la mía.

—¿Qué me dices, Piolín? ¿Quieres volver a ser mi mejor amiga? Solo amigos, te lo prometo.

Aunque él no lo sabía, por dentro yo estaba aplaudiendo, dando saltos y volteretas.

Suspiré.

—Nunca he dejado de serlo.

El rostro que tanto había deseado ver se iluminó con la sonrisa más sexi que había visto nunca.

Ladeó ligeramente la cabeza y me besó suavemente en la mejilla. Luego me dirigió una sonrisa radiante y me dijo:

—Hola, mejor amiga. Me alegro de que vuelvas a ocupar el lugar que te corresponde.

Yo estaba radiante de alegría. Me alegraba mucho de estar de vuelta.

Noah se sentó a mi lado en la mesa. La electricidad chisporroteaba entre ambos cada vez que los hombros o los brazos se rozaban. Me cogió la mano y la entrelazó con la suya; se las llevó a los labios y besó el dorso de la mía. Yo sonreía con tantas ganas que empezó a dolerme la cara. No estoy cien por cien segura, pero creo que me puse a reír como una boba. Sentí que me acariciaba la muñeca con el pulgar. Eso entraba dentro de lo normal entre los amigos. Los amigos se acariciaban la muñeca con el pulgar a veces, ¿no?

Suspiró hondo y dijo:

—Piolín, quería hablarte de algo.

—Dispara.

Se volvió ligeramente hacia mí, con expresión decidida y seria.

—¿Es verdad que Brad Johnson te ha invitado a ir a la fiesta de Jeremy?

—¿Cómo es que te has enterado tan pronto? Solo han pasado unas horas...

Nunca dejaré de sorprenderme la velocidad a la que viajan los cotilleos en el instituto. No me di cuenta de que alguien nos observaba mientras hablaba con Brad, aunque lo cierto era que, en aquel momento, estaba un poco alterada.

—No importa cómo me haya enterado; lo importante es que me he enterado a tiempo. No vas a salir con él, Piolín.

Me lo quedé mirando sin dar crédito a lo que oía y aparté la mano bruscamente.

—Un momento, ¿para eso querías volver a formar parte de mi vida de repente, para decirme con quién puedo salir y con quién no?

—¡No!

—Porque, para tu información, no he salido nunca con ningún chico, a no ser que cuentas la cita con Vincent Chamberlin, y no la cuento porque me dejó plantada en medio de la jodida cita para irse con Sarah Grice.

—Brad es un cabrón follapitufos y no vas a salir con él, ¡ni el sábado ni ningún otro día! —exclamó.

Mi mirada se endureció y empezó a aumentarme la temperatura a causa de la

rabia que sentía. Bajé de la mesa de un salto y me alejé. Me di la vuelta bruscamente y lo encaré, con las manos en las caderas.

—¿Quién coño te crees que eres? Me has ignorado casi por completo durante cuatro meses. ¿Sabes lo que he tenido que tragarme? He tenido que ver a Bichani olfateando a tu alrededor cada mañana en las taquillas. Y a Amy, a Paige y a Tiffany. Y ¿te he dicho algo? No, me he mordido la lengua. Ah, y no nos olvidemos de cuál fue la causa de que hayamos tenido cuatro meses de amistad sabática: ¡que pensabas tirarte a Beth! —exclamé. Por un momento pensé que estaba a punto de hiperventilar, pero no.

—Eso es distinto.

Noah estaba justo delante de mí, con los dientes tan apretados que se le abultaban las venas del cuello.

—¿Por qué?

—Porque sí. Mira, mi misión es cuidar de ti y protegerte.

—Noah, solo es una cita. Y faltan pocos días. Ya he aceptado su invitación. Me sentiría mal rechazándola ahora; sería de mala educación.

Él frunció las cejas.

—¿Has aceptado su invitación? ¿Adónde demonios crees que vas?, ¿a una jodida puesta de largo? —preguntó, rezumando sarcasmo.

—Sé exactamente adónde voy: ¡a la fiesta de Jeremy, el sábado por la noche, con Brad! —grité pasando por su lado.

—Ni siquiera entiendo por qué te ha invitado.

Las palabras de Noah me dolieron tanto que me detuve en seco y me volví para que viera el efecto que me había causado.

—Muchas gracias. —Me acerqué a él y le di un fuerte empujón en el pecho—. Te has pasado mucho con lo que me has dicho.

Me volví y me alejé de nuevo.

Él me persiguió, me agarró del brazo y me dio la vuelta para que lo mirara a la cara.

—Piolín, lo siento. No quería decir eso; ya sabes a lo que me refería.

Yo me liberé y di varios pasos hacia atrás. Estaba a punto de echarme a llorar, pero no pensaba hacerlo delante de él.

—No te preocupes; sé perfectamente a lo que te refieres. Un chico como Brad nunca saldría conmigo sin un motivo oculto.

—¡Joder! Ese capullo no se merece ni hablarte a la cara. —Se aproximó a mí y yo alcé una mano, indicándole que no se acercara más.

—No pasa nada. Yo me he estado haciendo esa misma pregunta sin parar desde que me invitó. Lo que pasa es que oírlo en boca de tu mejor amigo duele más.

—Ya te he dicho que no me refería a eso. —Tenía la mandíbula tan apretada que casi lo oía rechinar los dientes.

—Tengo que irme. —Cuando trató de impedirme el paso, me volví y tomé otra

ruta para salir del parque lo más rápidamente posible—. Noah, déjame.

—¿Adónde vas?! —me gritó.

—¡A casa!

—¡No vas a volver sola a casa en plena noche!

—¡No ni poco! —Continué andando sin volverme hacia él ni una vez.

Noah me siguió unos pasos por detrás durante todo el camino. A medida que nos acercábamos a mi casa, cada vez caminaba más deprisa. Subí los escalones del porche corriendo. Busqué la llave y me peleé con ella hasta acertar en la cerradura. Notaba los ojos de Noah clavados en mí desde el pie de la escalera.

Aclarándose la garganta, dijo:

—¿No vas a despedirte?

Con la vista fija en la puerta, logré decir:

—Buenas noches, Noah.

—Buenas noches, Piolín. —Noté la angustia en su voz.

Cuando empecé a darle la vuelta a la llave, vi los brazos de Noah a un lado y a otro, con las palmas apoyadas en el marco.

Tenía los labios tan cerca de mi oreja que, cuando hablé, noté escalofríos en todo el cuerpo. Sentí muchas ganas de echar la cabeza hacia atrás y dejar que me abrazara toda la noche.

—Por favor, no te enfades conmigo. Solo quiero protegerte —susurró rozándome la oreja con los labios.

—No estoy enfadada, tengo miedo. —Respondí con un nudo en la garganta.

—¿De qué?

—De que no seamos capaces de recuperar lo que teníamos antes. Has vuelto a mi vida hace una hora y ya estamos a punto de cruzar esa línea. Acabo de recuperarte; no quiero volver a perderte.

—Te he prometido que seríamos solo amigos, y cumpliré mi promesa. Pero las cosas nunca podrán ser como eran antes, Piolín. Ojalá cruzaras esa línea conmigo.

Me estaba mareando y me temblaban las rodillas. Sin darme cuenta, me eché hacia atrás y me apoyé en su pecho para no caerme. Él me rodeó la cintura con los brazos y, mientras me daba un beso muy suave detrás de la oreja, susurró:

—Hasta mañana.

Me besó en la coronilla, bajó los brazos y dio un paso atrás. Oí sus pasos mientras se alejaba.

Permanecí en el porche, dándole vueltas a todo lo que había pasado. Reviví sus brazos en mi cintura, su aliento en la oreja, su pecho en mi espalda. Al recordar la discusión que habíamos tenido, empezó a dolerme la cabeza. Acababa de pasar cuatro meses sin él. No pensaba hacer nada que pudiera poner en peligro nuestra amistad y que pudiera hacer que lo perdiera otra vez, por mucho que lo deseara a él. Salir con Brad sería bueno para los dos.

Qué giros tan bruscos da la vida. Ese mismo día pensaba que había dado los

primeros pasos de una nueva existencia. Y acababa de volver a la casilla de salida.

El viernes por la tarde llegó al fin. Los últimos días habían sido raros, por llamarlos de alguna manera. No había vuelto a hablar con Noah desde la otra noche, pero me lo encontraba por todas partes. Cuando Brad y yo salíamos de clase juntos, ahí estaba Noah, esperándonos en la puerta. Cuando Brad y yo charlábamos en las taquillas, aparecía Noah. Si Brad y yo comíamos juntos, ahí estaba Noah, unas cuantas mesas más allá. Nunca dejaba de observarnos. Quería ignorarlo y enfadarme con él, pero no podía. Me gustaba que me observara. Era agradable sentir que alguien se preocupaba por ti.

Estaba a punto de entrar en el coche para irme del instituto cuando oí unos gritos que provenían de los vestuarios de los chicos. No distinguí quién gritaba ni qué decían, pero sabía que el equipo de béisbol tenía entreno esa tarde. Brad me había avisado de que el entreno empezaba justo después de las clases y que por eso no podría acompañarme. No presté más atención a los gritos hasta que oí:

—¡STEWART, SUÉLTALO!

Dejé la mochila en el coche y salí corriendo hacia el vestuario. Al doblar la esquina vi que Noah estaba clavando a Brad contra la pared de ladrillo. Tenía los dientes apretados; parecía que le fueran a estallar las venas del cuello y que le fuera a reventar la camiseta por la tensión de los bíceps. Otros dos jugadores trataban de apartarlo de Brad, pero no podían.

Noah lo agarraba por la camiseta. Lo zarandeó y volvió a empotrarlo contra la pared. Con la cara casi pegada a la de Brad, le gritó entre dientes:

—Vas a anular esa jodida cita y la vas a dejar en paz.

No habría sabido decir si Brad estaba asustado, enfadado o las dos cosas, pero no se estaba defendiendo.

Miró a Noah a los ojos y, con un hilo de voz, replicó:

—Lo que haga Amanda no es asunto tuyo, Stewart. Es adulta; puede salir con quien quiera, y me quiere a mí —añadió con una sonrisa burlona. El chico los tenía bien puestos, eso era innegable.

Noah volvió a clavarlo en la pared y dijo:

—Ella siempre es asunto mío, gilipollas. Como la toques, te partiré esa cara de niño bonito.

Uno de los otros jugadores, Spencer, intervino:

—Stewart, déjalo. Si te pilla el entrenador, te echará del equipo.

Noah se quedó inmóvil, observando a Brad con una mueca amenazadora. Tras varios instantes de tensión, lo soltó y se echó hacia atrás. Al volverse, me vio. Nuestros ojos se encontraron. No podía creerme lo que acababa de ver. Noah no dijo nada. Se volvió hacia el vestuario y desapareció, seguido de los demás jugadores.

Me acerqué a Brad, que estaba apoyado en la pared, inclinado, con las manos en

las rodillas. Le apoyé la mano en el hombro y le pregunté:

—¿Estás bien?

Él me miró y asintió con la cabeza.

—Brad, lo siento mucho. Hablaré con él. No entiendo por qué se ha puesto así.

Él se incorporó.

—¿Estás segura de que no hay nada entre vosotros?

—Noah es muy protector —mentí.

Un poco, al menos.

Noah siempre había sido muy protector, pero eso pasaba de la raya. Eran celos, era sentimiento de posesión. Lo sabía porque era lo mismo que sentía yo cada vez que una chica se acercaba a Noah.

—Hablaré con él. —Le prometí a Brad.

Él se separó de la pared y se volvió en mi dirección. Dio tres pasos que lo dejaron justo frente a mí y agachó la cabeza para que nuestros ojos quedaran a la misma altura. Estábamos tan cerca que nuestros labios casi se rozaban.

—Sí, habla con él, porque pienso tocarte; mucho, si tú me dejas.

Acabó de recorrer la distancia que nos separaba y me rozó los labios. Cuando se apartó, contuve el aliento. Se estaba succionando el labio inferior, y luego lo soltó muy lentamente, pellizcándolo entre los dientes. Era el mismo gesto que me había dejado loca perdida el día que me invitó a la fiesta.

Dio un par de pasos hacia atrás, sin romper el contacto visual, antes de volverse y alejarse. Hasta que la puerta del vestuario se cerró, no solté el aire que había estado conteniendo en los pulmones desde que me había tocado. Traté de recuperar la compostura. Había estado a punto de desmayarme. Madre mía, ese chico era un dios del sexo andante.

CAPÍTULO 13

No se puede superar la ruptura con alguien acostándote con otra persona, porque lo único que consigues es darte más cuenta de con quién quieres estar.

Brad y yo íbamos de camino a la fiesta en Folly Beach, también conocida como el Extremo de Norteamérica. Noah y yo crecimos jugando en esa playa. La teníamos solo a veinte minutos de casa, así que en verano pasábamos allí todo el tiempo que podíamos. Era una playa muy chula, donde convivían lo antiguo y lo moderno. Center Street está llena de bares pequeños, de colores brillantes, de restaurantes y de tiendas para turistas. Las casas son tan variadas como sus habitantes. Por un lado, están los casoplones de los ricachones y, por el otro, las cabañas de playa para los *hippies* de toda la vida.

Los Pratt vivían en uno de los pretenciosos casoplones en primera línea de mar, por supuesto. Aparcamos cerca de la casa y entramos. Inmediatamente me sentí fuera de lugar. Había gente por todas partes: parejas montándose en los sofás del salón, parejas montándose mientras bailaban y parejas montándose en la escalera. Era como estar en una versión de *Calígula* dirigida por John Hughes. Parecía que todos mis compañeros de curso estaban ahí. La música estaba exageradamente alta; el bajo me resonaba por todo el cuerpo. El salón se veía salpicado de vasos de plástico rojos, lo que significaba que el alcohol había empezado a fluir.

Mientras avanzábamos entre el laberinto de cuerpos, Brad me mantenía pegada al suyo, con la mano sobre mi trasero. Me había puesto unos vaqueros desteñidos y rotos y una camiseta de tirantes de color lila pálido que no llegaba a cubrirme del todo la cintura. Brad deslizó los dedos bajo la camiseta y me rozó la piel, provocándome un ligero escalofrío. Siempre estaba guapo, pero esa noche estaba especialmente sexi. Llevaba unos *shorts* de camuflaje color canela y una camisa de vestir azul zafiro con las mangas dobladas hasta los codos. El color de la camisa hacía juego con sus ojos, y el de los pantalones hacía juego con su olor; olía a canela. Normalmente los adolescentes no huelen muy bien. Hasta ese momento, el único chico que conocía que olía bien era Noah, que tenía un agradable aroma cítrico, como de naranja.

Varias personas detuvieron a Brad para hablar con él. Él los saludaba con prisas y volvía a centrar toda su atención en mí. Al llegar a la cocina, vimos que las encimeras estaban llenas de licores. Había vino, tequila, vodka y ron, y también varias cocteleras. Al fondo distinguí unas puertas correderas que daban a una enorme terraza donde habían colocado un par de barriles de cerveza. Y para comer había *snacks*... y nada más. Muy variados, eso sí: había patatas fritas de varios tipos, nachos...

En la cocina nos encontramos con el anfitrión: Jeremy.

—¡Hola, colega! Me alegro de verte, tío. Ahora empezará la fiesta de verdad. —

Jeremy saludó a Brad chocándole los cinco. Estaba claro que el anfitrión ya había probado las bebidas.

—Pratt, ¿conoces a Amanda?

—Ah, sí, sí; eres la chica de Stewart. —Noté que la mano de Brad se tensaba a mi espalda—. Me alegro de verte por aquí. —Al ver dónde apoyaba Brad la mano, se inclinó sobre él y le dijo en un susurro demasiado alto—: Ten cuidado, tío. Cómo te vea Stewart tocando a su chica, se va a liar. Cómo se puso ayer; nunca lo había visto tan cabreado.

—No es su chica. —Brad me miró antes de dirigirme una sonrisa tensa al anfitrión. A mí se me formó un nudo en el estómago.

—¿Dónde está Noah? —le pregunté a Jeremy.

Él alzó las manos y las sacudió por encima de la cabeza, mientras decía arrastrando las palabras:

—Por ahí, en alguna parte. —Perdió el equilibrio y chocó contra la encimera. Dándole una palmada a Brad en la espalda, añadió—: Estáis en vuestra casa; comed, bebed, haced lo que os dé la gana.

Mientras Jeremy se alejaba, miré a mi alrededor para ver si localizaba a Noah antes de decirle a Brad:

—No ha sido buena idea venir; aún no he podido hablar con Noah.

Él se inclinó hacia mí y me rozó la oreja con los labios.

—Estar contigo siempre es buena idea. Esto está abarrotado, no creo que nos lo encontremos. Relájate, yo cuidaré de ti. —Me besó muy delicadamente debajo de la oreja—. ¿Qué te apetece? Hablo de bebidas ahora mismo; luego ya me ocuparé de otras cosas más agradables. —Me guiñó el ojo.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—¿En serio?

Brad me dirigió una sonrisa de actor de Hollywood.

—Preciosa, no tienes ni idea de lo en serio que hablo.

No estaba acostumbrada a beber. Había probado el vino alguna vez, pero de ahí no había pasado. Además, Brad me afectaba demasiado, así que pensé que lo mejor sería mantener la cabeza despejada.

Lo miré y sonreí con timidez.

—Un refresco *light*, gracias.

—Un refresco *light*. Vale, ahora vuelvo.

Me dio un beso en la mejilla antes de irse. Sí, ese chico era para desmayarse de gusto.

Poco después, volvió con dos vasos llenos de refresco. Me sorprendió que él no bebiera nada más potente. La curiosidad pudo conmigo, así que se lo pregunté.

—Tal vez más tarde —me respondió—. Quiero tener la cabeza clara para conocerte mejor. —Me tomó del codo y me llevó hacia la terraza—. Vamos afuera, hay menos gente.

Hacía una noche preciosa. El cielo estaba tan claro que las estrellas parecían lucecitas de Navidad. Hasta se veía el faro de la isla de Morris en la distancia. Soplaban una suave brisa procedente del océano, y el sonido de las olas chocando contra las rocas era relajante. Nos acercamos a la barandilla de la terraza con vistas al mar. Mientras disfrutaba de la brisa y el espectáculo, Brad me observaba a mí. Noté que me ruborizaba; me estaba haciendo sentir un poco incómoda.

Me volví hacia él y le pregunté, tratando de sonar juguetona:

—¿Qué manía tienes con observar, ¿no?

—Ya te dije que no te observo, te admiro. ¿Por qué te molesta tanto que los chicos te miren?

Esta vez sí que me puse como un tomate.

—En primer lugar, nunca he tenido a más de un chico mirándome. Y, en segundo, no soy del tipo de chicas que los chicos observan, al menos por nada bueno.

Él se inclinó hacia mí hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura. En voz baja, replicó:

—No tienes ni idea de lo buena que estás, ¿no?

—¿Estás seguro de que solo hay frescos en ese vaso?

Brad negó con la cabeza y sonrió.

—Eres increíble; estoy tan contento de que me dijeras que sí.

Me dio un beso delicado. Automáticamente, cerré los ojos mientras una corriente de electricidad me recorría el cuerpo. Él me mordisqueó el labio inferior y luego le pasó la lengua por encima. Sus labios eran suaves y sabían a fresco. Nuestras bocas se encontraron en una caricia lenta, intencionada y sexi como una cosa mala. Se notaba que no tenía prisa por acabar el beso, y yo tampoco.

De repente, se apartó de mí. Oí gente gritando y abrí los ojos. Estaba tan desorientada por el beso que al principio no entendí lo que estaba pasando. Cuando me recuperé, vi que Noah estaba arrastrando a Brad escaleras abajo, hacia la playa. Varias personas los estaban siguiendo. Cuando llegué a la arena, oí el sonido de un puño golpeando carne.

—¡TE ADVERTÍ QUE NO LA TOCARAS! —exclamó Noah, dándole un puñetazo a Brad en el costado.

A diferencia del día anterior, esta vez Brad se defendió. Le dio un empujón y luego le alcanzó la mandíbula de un puñetazo. Noah se tambaleó hacia atrás, dio varios pasos y negó con la cabeza para despejarla. Después se abalanzó sobre Brad, tirándolo al suelo. Lo atacó sin descanso dándole un puñetazo tras otro.

Yo me acerqué corriendo y gritando, con los ojos llenos de lágrimas:

—¡NOAH, PARA, LO VAS A MATAR!

Finalmente, Jeremy y dos más se acercaron y apartaron a Noah.

Me acerqué a Brad, me arrodillé a su lado y traté de ayudarlo a incorporarse.

—Dios mío, ¿estás bien? Tenemos que llevarte a urgencias.

Él negó con la cabeza y susurró respirando con dificultad:

—No, estoy bien. Dame un segundo.

Levanté la cara hacia Noah, rogándole con la mirada que se calmara. Tenía la respiración alterada y el pecho le subía y le bajaba rápidamente. Tenía los dientes muy apretados, igual que los puños, pero al menos ya no trataba de acercarse a Brad. Me estaba fulminando con la mirada. El día anterior me había parecido que estaba furioso, pero no era nada comparado con la rabia que desprendía en ese momento. Nunca me había mirado con tanta furia.

Con una sonrisa irónica, me preguntó:

—¿Es esto lo que quieres? ¿Estar con un hijo de puta que solo pretende bajarte las bragas?

No supe qué responder. Estaba muerta de vergüenza, y la culpa era de Noah. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas. No entendía lo que estaba pasando. Sabía que él odiaba la idea de que saliera con Brad, pero solo era una cita. Noah actuaba como si estuviera a punto de casarme con él y de condenarme a una vida de infelicidad. Sin decir nada más, se volvió y se abrió camino a empujones escaleras arriba y hasta la casa.

Tratando de recuperar el tono festivo de la reunión, Jeremy exclamó:

—¡Venga! ¡Es una fiesta! ¡Aquí ya no hay nada más que ver! ¡Todo el mundo a pasarlo bien!

La multitud se dispersó y volvió a la casa.

Yo ayudé a Brad a levantarse.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, muy bien —refunfuñó.

Me rodeó los hombros con un brazo mientras yo hacía lo mismo con su cintura. Él se apoyó en mí para subir la escalera y luego tuve que ayudarlo a reclinarse en una de las tumbonas de la terraza. Todo eso era culpa mía, me sentía terriblemente culpable. Me senté a su lado, sin parar de disculparme. En ese momento, no sabía qué decir o qué hacer.

Le dirigí una mirada compasiva y le pregunté:

—¿Puedo traerte algo? ¿Puedo hacer algo por ti?

Su cara se iluminó con una sonrisa sexi a rabiar.

—Se me ocurren unas cuantas cosas que me gustaría que hicieras por mí. Pero espera un poco a que se me pase el dolor.

Sacudí la cabeza.

—¿Es que nunca dejas de ligar?

—No cuando estoy delante de alguien que vale la pena. —Me guiñó el ojo.

—Tal vez debería hacer caso de lo que se dice de ti.

—No voy a mentirte: me he imaginado estando contigo en distintas posturas, y en todas ellas tú tenías las piernas alrededor de mi cintura, pero quiero algo más.

Sentí un escalofrío, seguido de otro, seguido de otro. Tras lo que me pareció una eternidad, le pregunté nerviosa:

—¿Qué más quieres?

—Lo quiero todo de ti —respondió con aquella sonrisa sexi, marca de la casa, de las que se derriten en tu boca.

¿Qué me pasaba con ese chico? No paraba de soltar impertinencias, pero cuantas más soltaba, más me derretía. ¡Estaba hecha una niñata!

Brad y yo permanecemos en la terraza durante una hora aproximadamente. Charlamos sobre el instituto, los planes para el verano y sobre las universidades en las que esperábamos entrar. También flirteamos un montón. Bueno, casi todos los tejos los tiró él, claro. Al fin y al cabo, tenía más práctica. Yo no acababa de estar cómoda a su lado, pero cada vez lo estaba un poco más. Su personalidad me tenía en la cuerda floja: se mostraba agresivo a ratos, pero otras veces era pura dulzura. Eso sí, era encantador, y me lo estaba pasando muy bien con él.

Llevábamos ya un buen rato en la fiesta y tenía ganas de ir al lavabo.

—¿Me perdonas un segundo? Tengo que ir al baño —dije con timidez.

—Claro, pero no tardes. Todavía necesito que me impongas tus manos sanadoras en las heridas. Por cierto, hay otras partes de mi cuerpo que han empezado a protestar: también quieren que las toques —dijo dirigiéndome una sonrisa canalla y alzando las cejas.

Le devolví la sonrisa.

—Estás encantado de haberte conocido, ¿no?

Él reflexionó unos momentos antes de responder:

—Sí, la verdad es que sí. Y tú también lo estarás, pronto.

—¿Puedes decirme dónde está el lavabo?

Él se echó a reír.

—Hay uno abajo y dos arriba.

—Gracias, ahora vuelvo.

Entré en la casa por las puertas correderas que daban al enorme salón. Había más o menos la misma gente que antes, pero no hacían tanto ruido. Miré a mi alrededor buscando a Noah para evitarlo. Lo mejor era mantener las distancias de momento. No había vuelto a verlo desde la pelea, pero no podía quitarme su mirada de la cabeza.

Le pregunté a una pareja si lo habían visto y me dijeron que se había marchado después de la pelea. Me alegré; era lo mejor que podía hacer. Tenía que tranquilizarse; yo podía cuidarme sola.

Vi a Jeremy en la improvisada pista de baile, frotándose animadamente nada más y nada menos que con Beth. Debía de haber llegado mientras yo estaba en la terraza con Brad.

Beth y yo aún no nos hablábamos y, por su modo de mirarme, pensé que íbamos a seguir así, pero me equivoqué.

—¿Qué?, ¿has venido a quitarme a Jeremy también, Amanda?

—No. Y nunca te he quitado a nadie, Beth.

—¡No ni poco!

—Señoras, nada de peleas. Ya ha habido bastantes peleas esta noche —protestó Jeremy, arrastrando las palabras.

—¿Puedes decirme dónde está el lavabo?

—No uses el de abajo. Hay mucha cola —me advirtió Jeremy—. Ve a alguno de los de arriba.

Me volví a buscar la escalera mientras Beth y Jeremy comenzaban a sobarse de nuevo como si no hubiera un mañana. Al llegar arriba me di cuenta de que no sabía qué puerta era la del baño, así que no me quedó más remedio que ir abriéndolas todas. Tampoco debía de haber tantas. No podía ser difícil encontrar uno de los dos lavabos.

La primera puerta que abrí era un armario; la siguiente, un despacho. Tal vez no iba a ser tan fácil como pensaba. Por suerte, vi que alguien salía de una puerta situada al final del pasillo. ¡Bingo! El baño. Me dirigí hacia allí cuando oí un ruido que provenía de detrás de la puerta que tenía a mi lado. Fue un golpe seco, como si hubieran empotrado a alguien contra la madera, seguido de un gemido femenino:

—Oh, sí, sí, fóllame duro.

Me quedé paralizada; las piernas no me respondían. Sabía que debía largarme de allí, pero era incapaz. Tras un par de golpes más seguidos de gemidos, la chica protestó:

—Bésame en la boca. ¿Por qué no me besas en la boca? Quiero que lo hagas. —El chico protestó entre gruñidos, y ella dijo—: Ah, tampoco puedo hablar. Pues acaba de follarme de una vez. —Tras unos cuantos gemidos más, se hizo el silencio.

Al darme cuenta de que habían acabado, me dirigí al baño lo más rápidamente posible, esperando que no hubiera nadie. Por suerte, estaba vacío. Hice lo que tenía que hacer, me lavé las manos y me revisé el maquillaje en el espejo. Sabía que estaba entreteniéndome a propósito para dar tiempo a los empotradores a desaparecer de allí. Me parecía increíble que alguien tuviera la cara dura de montárselo en la casa de otra familia durante una fiesta. No es que fuera una mojugata, pero me parecía cutre. Había gente subiendo y bajando constantemente; cualquiera podía oírlos.

Abrí la puerta con cuidado para asegurarme de que no había moros en la costa. Cuando llevaba tres pasos dados, lo oí. La puerta de la habitación del sexo se estaba abriendo. Me quedé helada. Debería haber salido corriendo en cuanto oí la puerta, pero no lo hice. Reconozco que sentía curiosidad por saber quiénes eran los empotradores. La puerta se abrió lentamente. Fueran quienes fuesen, querían asegurarse de que nadie los veía salir de la habitación. El chico salió primero.

«Amanda Marie Kelly, ¿por qué demonios no saliste corriendo al ver que la puerta se abría?».

Noah salió al pasillo con la cabeza agachada. Supongo que notó que no estaba solo, porque inmediatamente levantó la cara hacia mí. Se quedó pálido como un

muerto. Yo me quedé bloqueada; el cuerpo no me respondía. No podía pensar, hablar ni moverme. Cuando creía que las cosas no podían empeorar, ella salió detrás y me miró por encima del hombro de Noah.

—Anda, hola, Amanda. ¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Brittani con una sonrisa de suficiencia y satisfacción. Sentí unas ganas enormes de borrarla de un puñetazo.

Yo permanecí en silencio. ¿Cómo podía ser que no la hubiera visto en la fiesta hasta ese momento? Era fácil verla, sobre todo era fácil ver su culo gordo. Rodeó la cintura de Noah con los brazos y él se apresuró a apartarse. Brittani pareció enfadarse, pero se recuperó rápidamente.

Con una voz edulcorada, se dirigió a Noah:

—Cariño, has estado increíble, como siempre. Nadie me folla como tú. Y cómo me chupas el...

—Cállate, Brittani —la interrumpió Noah. Su voz mostraba que estaba enfadado, pero su mirada era triste. Cuando ella le acarició el pelo, él se la quitó de encima con brusquedad.

Brittani se plantó las manos en las caderas, resopló y protestó con voz de pito:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Con los dientes apretados, Noah le soltó:

—Vete de aquí.

Ella se volvió hacia mí con su sonrisa de gato de Cheshire plantificada en la cara. Dios, cómo odiaba aquella jodida cara. Luego se dirigió a Noah, ronroneando:

—Estaré abajo cuando estés listo para el segundo asalto, nene. —Y, con una última sonrisa de comemierda dirigida a mí, se marchó.

Noah y yo no habíamos perdido el contacto visual en ningún momento. De repente, recuperé la sensibilidad en el cuerpo y me entraron ganas de vomitar. Volví corriendo al lavabo y permanecí unos segundos sobre la taza antes de vaciar todo lo que tenía en el estómago. Hacía nueve horas desde la última vez que había comido, así que no tenía gran cosa que echar. Las arcadas hicieron que me convulsionara de arriba abajo. Me dolía horriblemente la cabeza, y el dolor en el pecho era tan intenso que sentí que se me estaba rompiendo el corazón.

Cuando me convencí de que ya no me quedaba nada más que echar, me senté en el suelo con la espalda apoyada en la bañera y empecé a llorar desconsoladamente, sin poder evitarlo. Alguien llamó débilmente a la puerta. Guardé silencio, pero insistieron. Luego oí a Noah:

—Piolín, ¿te encuentras bien? ¿Puedo pasar, por favor?

¿Me estaba tomando el pelo? En menos de tres minutos había pasado de estar herida a estar destrozada, enfadada y ahora furiosa. Tratando de controlar los sollozos, grité:

—¡NO, NO Y NO! —La puerta se abrió lentamente. Había entrado con tanta urgencia que me había olvidado de cerrar con pestillo. No me podía creer que

estuviera entrando—. ¡ALÉJATE DE MÍ, NOAH, JODER, DÉJAME EN PAZ!

Me puse de pie con dificultad mientras la puerta acababa de abrirse y me vi reflejada en el espejo. Estaba espantosa. Tenía los ojos inyectados en sangre, y la cara emborronada por las lágrimas.

Él entró y cerró la puerta.

—Sé que no quieres oír esto ahora —dijo con un hilo de voz—, pero lo siento. Lo siento mucho.

—¿Qué es lo que sientes? Tú y yo no somos nada —repliqué tratando de mostrarme indiferente.

—Lo que has visto no significa nada. Solo ha sido un polvo.

—Vaya, estás hecho un romántico.

Él se frotó la cara con las dos manos.

—Estaba furioso contigo por haberlo elegido a él.

—No serás capaz de culparme a mí por lo que acabas de hacer con ella... ¿Cómo has podido? ¿Con ella? —Traté de salir de allí, pero él lo impidió agarrándome del brazo.

—No lo sé. Cuando te vi arrodillada junto a aquel follapitufos..., perdí la cabeza.

—Así que te has tirado a Brittani para vengarte de mí.

—No, no pretendía vengarme de ti. Solo quería ahogar el dolor.

Continuábamos mirándonos a los ojos, y yo no podía dejar de llorar.

Me solté y di un paso atrás.

—¿Por qué tenía que ser con ella? No has visto la cara que ha puesto cuando ha salido de la habitación y me ha visto allí plantada. Estaba tan satisfecha. Me miraba como si ella fuera la dueña de algo que yo nunca iba a poder tener. —Cada vez sollozaba con más fuerza.

—Me tienes. Soy todo tuyo; siempre lo he sido, pero tú no me quieres.

Sus palabras fueron como una bofetada. Noah tenía que saber que eso no era verdad. ¿Por qué no me entendía? Nunca había sido cuestión de no quererlo. Se trataba de que no quería perderlo. Ya se lo había explicado. Empezaba a faltarme el aire; tenía que salir de allí. Le di un empujón y esta vez me dejé marchar.

Ya en el pasillo, eché a correr. Bajé corriendo la escalera, crucé el salón y la terraza, donde Brad seguía esperándome. No tenía ni idea del rato que había pasado. Podrían haber sido minutos u horas. Cuando llegué a la arena, me quité las sandalias y corrí por la playa. No tenía ni idea de adónde iba. Solo sabía que necesitaba salir de allí.

Corrí tan rápido y tan lejos como me permitieron las piernas, antes de caer rendida en la arena. Respiraba tan deprisa que empecé a marearme. Oí que alguien gritaba mi nombre a lo lejos. Me daba igual quién fuera; me daba igual todo, excepto olvidar lo que había pasado. Cuando la voz se acercó, no levanté la cabeza, ya sabía quién era.

Brad llegó a mi lado y se dejó caer en la arena, respirando agitadamente. Yo me llevé las rodillas al pecho y me las abracé. Miré hacia el océano, esperando que las olas me calmaran y me ayudaran a olvidarme de lo sucedido.

Cuando Brad recuperó el aliento, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

No lo miré.

—Nada. —Respondí sin expresión.

Permanecimos sentados en silencio unos minutos.

—Siento que hayas tenido que ver eso.

Me volví hacia él lentamente.

—¿Cómo sabes lo que he visto?

—A Brit le gusta presumir. —Se encogió de hombros.

Volví la vista hacia el mar.

—Quiero olvidarme de esta última hora —murmuré. Y, mirando a Brad, añadí—: Ayúdame a olvidar.

Él se inclinó hacia mí y me acarició la mejilla con delicadeza antes de besarme. Luego se levantó y me ofreció la mano para ayudarme a levantarme. Durante el camino de vuelta a la casa, me abrazó por los hombros. Al llegar a la escalera, dudé. No sabía si Noah seguiría dentro, pero lo que sí sabía era que no quería verlo.

Brad notó mi inseguridad y dijo:

—Todo va a salir bien. No dejaré que se acerque a ti, te lo prometo. —Me sujetó la barbilla y me levantó la cara para mirarme a los ojos—. ¿Confías en mí? —me preguntó con los ojos brillantes y una expresión sincera.

—Sí. —Respondí casi sin aliento por la intensidad de su mirada.

Él trató de aligerar el ambiente haciéndome sonreír.

—Bien, quédate aquí, vuelvo dentro de un minuto. Va a dar comienzo la «Operación Olvi Darnos Detodo» —anunció poniendo acento neoyorquino.

Me guiñó el ojo y subió los escalones a la carrera.

Cuando volvió, llevaba una manta bajo el brazo y una bolsa de plástico llena de trozos de lima, un salero, dos vasos de chupito y una botella de tequila.

Con el codo, me indicó que cogiera la manta.

—Anda, ayúdame. —Yo se la quité de debajo del brazo—. Ven, sígueme.

Nos alejamos unos metros playa abajo. Todavía llegaba un poco de luz de la casa. Además, la luna brillaba con fuerza, así que veíamos lo que hacíamos, pero quedábamos bastante protegidos de las miradas de los curiosos.

—¿Me equivoco o nunca has tomado chupitos?

—No se equivoca usted, caballero. —Extendí la manta y miré todo lo que cargaba—. Parece complicado; llevas un montón de cosas.

—Bueno, por suerte para ti, preciosa, estás con un experto chupitero —dijo haciéndome sonreír.

Nos sentamos uno frente al otro, con las piernas cruzadas. Brad colocó todos los

ingredientes sobre la manta. Cogió un trozo de lima y lo sostuvo en alto. Con sus ojos azules clavados en mí, se lamió el dorso de esa mano y la espolvoreó con sal. Luego señaló la botella de tequila con la barbilla y me pidió que le sirviera un vaso.

Sonriendo, hice lo que me pedía. Él me quitó el vaso de la mano y me dijo, muy solemne:

—Presta atención, después te haré un examen.

Me eché a reír. Brad realmente estaba logrando animarme.

En un movimiento rápido y fluido, sorbió la lima, lamió la sal y se bebió el tequila. Negó con la cabeza y gruñó.

—¡Oh, nena, qué rico! —exclamó, haciéndome reír.

A continuación, me observó con atención mientras yo me preparaba mi primer chupito. Tenía ya la lima y la sal a punto.

Me sirvió un vaso de tequila y me lo ofreció, dándome instrucciones:

—Lo mejor es que vayas lo más rápido posible. Y recuerda: CLT.

Lo miré sin entender nada.

—¿CLT?

Él me dirigió una sonrisa traviesa.

—Chupa. Lame. Traga. —Noté que me ponía roja como un tomate. Inclinandose hacia mí, añadió en voz baja—: El CLT puede aplicarse en otras situaciones. —Me dirigió una mirada canalla y me guiñó el ojo.

Me senté más derecha, echando los hombros hacia atrás y repetí lo de «CLT» en mi cabeza. Chupé la lima, lamí la sal y me tragué el tequila lo más rápido que pude. En cuanto el tequila me alcanzó la garganta, me atraganté y empecé a toser.

Brad se acercó a mí y me dio palmaditas hasta que me calmé. Mientras me frotaba la espalda, admitió:

—Probablemente debería haber mencionado que los dos primeros son un poco duros.

—Gracias por decírmelo ahora. —Repuse, ahogándome.

Brad tenía razón. Una vez superado el segundo, los siguientes entraron suaves como la seda.

Seguimos con la «Operación Olvi Darnos Detodo» hasta que acabamos con casi todas nuestras reservas. Había perdido la noción del tiempo, pero era una sensación maravillosa. No me preocupaba nada en este mundo. Ni siquiera me dolía pensar en el innombrable.

—Vaya, la botella está casi *vasssisssa*, *vaciiiiza*, vacía —dije arrastrando las palabras.

—¿Cómo te encuentras?

Ladeando la cabeza, respondí:

—Borracha y relajada.

Nos echamos a reír los dos.

—Eres un encanto... y una experta en chupitos.

—He tenido un buen maestro —repliqué con los ojos entornados.

Llegados a ese punto, el alcohol corría ya libremente por mis venas, haciéndome sentir muy valiente. Nunca había coqueteado de esa manera con un chico; esperaba que Brad no se riera en mi cara.

No lo hizo. Se acercó más a mí, me acarició la nariz de arriba abajo con la suya y susurró:

—Me gustaría enseñarte más cosas.

Inclinándose sobre mí, me mordisqueó la oreja. Me hizo cosquillas y me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Me eché a reír. ¿Qué demonios me estaba pasando? Me aparté un poco porque notaba que el cuello me ardía donde él lo había besado.

Mirándolo de reojo, pregunté:

—¿Como cuáles?

Brad se apoyó en el brazo y volvió a besarme detrás de la oreja.

—Ven aquí —susurró.

Me sujetó por la cintura y me atrajo hacia sí para que me sentara sobre su regazo. El movimiento fue tan rápido que me cogió por sorpresa y él aprovechó para trazar una línea con la lengua a lo largo de mi cuello. Yo ladeé la cabeza para darle un acceso libre de obstáculos. Me gusta ayudar a mis semejantes cuando puedo. Era una sensación increíble. Estaba ardiendo, pero tenía escalofríos al mismo tiempo. Me recorrió las caderas con las manos hasta llegar a las nalgas. Agarrándome por ahí, me acercó a su pecho. Notar que sus grandes manos me sujetaban y me estrujaban las nalgas hizo que me cosquilleara todo el cuerpo.

—¡Eeeeh! —Miré por encima del hombro y vi los dedos de Brad clavándose en mis nalgas. No sé por qué me pareció muy divertido, y me eché a reír—. ¡Me estás tocando el culo! —Noté que él sonreía con la cara enterrada en mi cuello—. Nadie me había tocado el culo.

—¿Ah, no? —murmuró él, sorprendido, sin dejar de besarme el cuello.

—No expresamente.

Me besó en los labios. Me succionó y me mordisqueó ligeramente el labio inferior. Mi cuerpo se derretía entre sus manos. Me apretó el culo con más fuerza, haciéndome gemir, y susurró con los labios pegados a los míos:

—No lo entiendo; tienes un culito monísimo.

Noté que me humedecía entre las piernas. Él me deslizó la lengua en la boca y la exploró a conciencia antes de retirarse y volver a trazar una línea en mi cuello. Su aliento cálido me hacía arder la piel mientras sus manos se deslizaban bajo mi camiseta.

Con la voz ronca, me dijo:

—Hay muchas más partes de tu cuerpo que quiero tocar expresamente. —Me lamió detrás de la oreja y murmuró—: Eres tan dulce..., quiero lamer cada

centímetro de tu cuerpo.

Pensé que iba a explotar. Sus palabras me estaban despertando sensaciones que no sabía que existían. Me estaba volviendo loca.

Hasta ese momento me había estado sujetando a él por el cuello. Subí un poco las manos y las hundí en su suave pelo rubio. Cuando enredé los dedos en él y tiré ligeramente, Brad gruñó. Los dos respirábamos con dificultad, jadeando, y no podíamos frenar.

Tras un nuevo gruñido, Brad susurró:

—Por si no te había quedado lo bastante claro, me gustas, me gustas mucho.

—A mí también me gustas —repliqué, riendo.

No sé si era Brad, el tequila o la combinación de ambos, pero me sentía muy feliz. Me apretó contra sus caderas.

—¿Notas cómo me pones?

—Mmmm —gemí.

—Vayamos a un sitio menos arenoso.

—Vale. —Me eché a reír de nuevo.

La cabeza me daba tantas vueltas que no sabía exactamente a qué acababa de acceder. Lo único que sabía era que tenía mucho calor y un cosquilleo de excitación.

Bajé del regazo de Brad y él luchó por ponerse de pie. Tardó unos momentos en recuperar el equilibrio y luego me ofreció las manos. Cuando se las di, tiró de mí, sacándome de la manta.

Empecé a recoger las cosas, pero él me dijo que lo dejara todo ahí.

—No deberíamos dejarlo todo hecho unos zorros —protesté.

A él le hizo mucha gracia y se echó a reír. Cuando tiró de mis brazos y choqué contra su pecho, me uní a sus risas.

—Ya recogeremos luego. Ahora mismo hay otras cosas que reclaman mi atención.

Me besó rápidamente en la boca, me dio la mano y me arrastró hacia la casa.

La fiesta estaba mucho más tranquila. Brad me sujetaba la mano con fuerza mientras me guiaba por el salón en dirección a la escalera. Cuando había subido un par de escalones, alguien me agarró de la otra mano, haciendo que me detuviera en seco. Choqué contra la barandilla. Estaba tan borracha que tardé unos segundos en darme cuenta de quién era.

—¡¡NOAH!! —Debía de estar como una cuba, porque me alegré sinceramente de verlo.

Me solté de Brad y caí sobre él, agarrándome de su cuello. Noah pareció muy sorprendido al verme tan cariñosa.

—¡Mira, Brad! ¡Es Noah, mi Noah! Es tan dulce y sexi. Es *dulcexi*. Me lamió el muslo bajo la mesa del comedor de mis padres. ¿Te acuerdas de cuando me lamiste el muslo, Noah? —le pregunté con voz chillona.

Él me apoyó las manos en los hombros para ayudarme a mantener el equilibrio y

dijo en voz baja:

—Venga, te acompaño a casa.

Levanté la vista hacia su preciosa cara y repliqué:

—Pero es que Brad estaba a punto de hacerme cosas *expresamente*. No sé muy bien qué, pero me estaba divirtiendo mucho. Eh, ¿te unes a nosotros?

Miré a Brad, que tenía los puños apretados, igual que los dientes, y estaba fulminando a Noah con la mirada.

Noah me abrazó por la cintura y me alejó de allí. Brad nos siguió.

Me agarró del codo y tiró de mí.

Con voz amenazadora, casi un gruñido, Brad le preguntó:

—¿Es que no le has hecho bastante daño por una noche? Se lo está pasando bien conmigo, así que quítale las jodidas manos de encima.

Sonreí a Brad y luego le dije a Noah:

—Es verdad, me lo estoy pasando bien. En realidad, no es un follapitufos.

Noah tiró de mi otro brazo, librándome del agarre de Brad y arrastrándome hacia la puerta. Antes de llegar, Brad volvió a agarrarme del otro brazo. Empezaba a cansarme de que me zarandearan arriba y abajo. Por no hablar de que me estaba mareando cada vez más. Sin decir una palabra, Noah me soltó, se dirigió hacia Brad y le dio un puñetazo en el estómago. Mi otra mano quedó libre cuando Brad cayó al suelo, sujetándose el estómago con las dos manos.

Noah se agachó y me cargó sobre su hombro.

Mientras nos dirigíamos a la puerta, me agarré de la cintura de los pantalones de Noah, levanté la cabeza y grité:

—¡ADIÓS, BRAD! ¡GRACIAS! ¡SI QUIERES, OTRO DÍA PUEDES LAMERME EL MUSLO! ¡ADIÓS!

Cuando salimos por la puerta, él seguía hecho un ovillo en el suelo.

CAPÍTULO 14

Conoces de verdad el carácter de una persona cuando ves que no se aprovecha de la situación.

Debí de quedarme dormida en el coche porque, poco después, estaba en la habitación de Noah, sentada en su cama. Él estaba junto al armario, de espaldas a mí. La cabeza me daba vueltas y la habitación también, lo que me hizo caer de espaldas en la cama.

—Noah, tu habitación es como un parque de atracciones.

Oí una risilla encima de mi cabeza. Abrí un ojo lentamente y vi a Noah frente a mí, con un bóxer de cuadros blancos y verdes en la mano y una camiseta blanca. Ya no estaba enfadado; parecía sentirse triste y culpable.

Esboqué una mueca de confusión.

—¿Llevas calzoncillos de cuadros escoceses?

Noté el roce de la tela de la camiseta y del bóxer cuando los dejó a mi lado en la cama.

Con la voz ronca, me dijo:

—Ponte esto; voy a buscarte agua y aspirinas.

—¿Qué voy a hacer con mis padres? No puedo volver a casa así.

—Nuestros padres están pasando el fin de semana en Myrtle Beach, ¿no te acuerdas?

Oí que cruzaba la habitación, pero se detuvo cuando empecé a quejarme:

—Noah, no puedo sentarme. ¡Ayúdame!

Levanté los brazos hacia el techo y noté la calidez de sus manos cuando me agarró y tiró de mí hasta que quedé sentada. Me incliné a un lado y a otro mientras la cabeza me daba vueltas.

Traté de desabrocharme los vaqueros, pero las manos no me obedecían. Habría jurado que solo tenía un botón en los pantalones cuando salí de casa, pero al parecer había tenido bebés, porque ahora veía cuatro.

Le dirigí una mirada desvalida, batiendo las pestañas un par de veces.

—Parece que tengo dificultades para encontrar el *bontón* auténtico y la *crema-liera*. —Me eché a reír.

Noah se arrodilló frente a mí, sonrió y susurró:

—Yo te ayudaré.

Me quitó las chanclas y las dejó a un lado. Me desabrochó los vaqueros y bajó la cremallera. Sentí un escalofrío cuando sus dedos me rozaron la piel.

Me miró a los ojos, tragó saliva y dijo:

—Iré a buscar el agua y las aspirinas mientras te cambias.

Se levantó, se volvió y se dirigió hacia la puerta.

Traté de sentarme en la cama, pero al echarme hacia delante, la habitación

empezó a dar vueltas rápidamente. Volví a dejarme caer de espaldas.

—Noah, no puedo levantarme; te necesito.

Volvió a acercarse.

—Piolín, ¿te encuentras bien?

—Sí, pero te necesito. No me abandones —susurré.

Se arrodilló frente a mí de nuevo y dijo:

—Nunca te abandonaré. Apóyate en mis hombros mientras te incorporas.

Noah me ayudó. Le apoyé las manos en los hombros y me levanté. Cuando al fin logré sentarme, mis pechos quedaron a la altura de su cara. Sentí un cosquilleo cuando su mejilla me rozó el torso mientras se levantaba. La cabeza siguió dándome vueltas, pero si no me soltaba de sus hombros, podía permanecer de pie.

Noah me sujetó por las caderas, metió los dedos por la cintura de los pantalones y los bajó a la altura de los muslos. Incliné la cabeza y vi que trataba de no fijarse en mis piernas desnudas ni en las braguitas de encaje morado. Notaba su aliento frente a la parte delantera de las mismas. Permanecimos inmóviles unos segundos y luego lo oí inspirar hondo. Me ayudó a sentarme otra vez y después acabó de bajarme los vaqueros. Se lo veía tan incómodo que resultaba muy mono.

Alargué los brazos y metí una pierna en el bóxer y luego la otra. Volví a levantarme apoyándome en sus hombros y él me lo subió hasta la cintura. Noah carraspeó y dijo en voz baja:

—Seguro que podrás acabar tú sola. Voy a por el agua y las aspirinas.

El tequila me había vuelto atrevida y olvidadiza, y me había puesto muy cachonda. Lo que había pasado hacía unas horas ya no me dolía tanto. Quería saber cómo sería notar las manos de Noah en mi cuerpo. Quería saber cómo era ser como Brittani.

Mientras Noah permanecía arrodillado a mis pies, me quité la camiseta y la tiré al suelo. Él se quedó mirándome, paralizado.

Sonriendo, le pregunté:

—¿Qué miras? No te imaginabas que llevaba lencería de encaje, ¿eh? —Me succioné el labio inferior y lo solté lentamente antes de añadir—: Tengo un conjunto negro, uno rojo, uno blanco, uno rosa, uno amarillo y, como puedes ver, uno de color lila. Las braguitas son a juego. —Sonreí.

«Joder, ¿qué me está pasando? No me reconozco». Ya no era la sencilla y sosa Amanda Kelly. Me había convertido en una especie de putón tequilero: en una *Putequila*. «¿Qué hago hablándole a Noah de mi lencería? Oh, Dios, le estoy hablando a Noah de mis bragas. Bueno, no, no soy yo, es la señorita Putequila».

Sin apartar la mirada de mi sujetador, Noah cogió la camiseta y me la dio. Soltó el aire entrecortadamente y me ordenó:

—Ponte esto. ¡Rápido!

La cogí y me la puse. Noah estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la vista apartada. Apagué mi cerebro y dejé que la señorita Putequila se pusiera al

mando. Levanté una pierna y le acaricié la cadera a Noah con la pantorrilla.

Mirándolo con los ojos entornados, le pregunté:

—¿Quieres ver lo hábil que soy?

—¿De qué estás hablando? —Se notaba que seguía abrumado por mi soliloquio sobre lencería.

—Mira y aprende, colega.

Manteniendo el contacto visual, Noah se echó hacia atrás, preparándose para el espectáculo.

Me llevé un brazo a la espalda y me peleé con el cierre hasta que lo abrí. Luego fui a buscar el sujetador por dentro de la manga y saqué uno de los tirantes. Repetí el movimiento con la otra mano, y esta vez saqué el sujetador completo, lo sostuve sobre la cabeza y exclamé:

—¡Tachán!

Noah sacudió la cabeza y se echó a reír, más relajado.

—Estás loca.

—Pero soy muy hábil. —Le guiñé el ojo.

—Sí, muy hábil. —Me sonrió.

El silencio de la habitación se hizo muy evidente en los segundos siguientes, en los que permanecemos mirándonos fijamente. Me recliné en la cama, me apoyé en los codos y ladeé la cabeza, dejando que el pelo me cayera a su aire sobre el hombro.

No sabía si quería ponerlo celoso o hacerlo sentir culpable por lo de Brittani cuando le pregunté:

—¿Quieres saber lo que me ha hecho Brad? —No esperé a que me respondiera—. Me acarició la espalda por debajo de la camiseta, me agarró de las caderas y, luego, del culo.

Noah se enfureció. Lo vi primero en sus ojos; luego en su modo de apretar la mandíbula y los puños y en su respiración alterada. Volví a acariciarle la cadera con la pierna. Él me agarró por las rodillas y tiró de mí hacia el borde de la cama hasta que quedé casi pegada a su pecho. Contuve el aliento. Me agarré del colchón mientras él me sujetaba por detrás de las rodillas. Nuestras narices casi se tocaban, y nuestros pechos subían y bajaban al ritmo de nuestra respiración entrecortada.

Con la vista clavada en sus hipnóticos ojos azules, le pregunté:

—¿Quieres tocarme?

—Joder, claro que quiero —susurró echando la cabeza hacia atrás y suspirando.

—Pues hazlo —lo provoqué.

Él se acercó un poco más. Me acarició las caderas y deslizó las manos bajo la camiseta. Sentir sus dedos sobre mi piel hizo que me aumentara la temperatura entre las piernas.

Con los labios casi rozando los suyos, susurré:

—Tócame, Noah.

Él me miró durante varios segundos con una mezcla de deseo y conflicto interno.

Sus manos descendieron por mi espalda hasta salir de la camiseta. Se apartó de mí y se sentó sobre los talones.

—Joder, joder, joder... —murmuró.

No entendía lo que acababa de pasar. Me sentí avergonzada y confusa. Era evidente que había hecho algo mal. Noah no me deseaba.

Armándome de valor, le pregunté:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no te gusto?

—Eso no es verdad. Lo que sucede es que has bebido y no quiero que pase nada entre nosotros mientras estás borracha.

Estaba a punto de llorar; Noah no me deseaba. La humillación era casi insoportable. Bajé la vista y susurré:

—Quiero irme a casa.

Él me secó las lágrimas y me dijo en voz baja:

—No llores, Piolín, háblame.

No podía mirarlo a la cara.

—Brittani también estaba borracha, y tú sí que... —Dejé la frase a medias—. Por favor, quiero irme a casa.

Dios, era tan patética. Si así era como me ponía cuando me emborrachaba, no pensaba volver a emborracharme nunca más. Él me abrazó y apoyó mi cabeza en su pecho.

—Lo siento. Siento todo lo que ha pasado esta noche. Me odio por haberte hecho daño. —Apoyó su frente en la mía—. Me daba igual si Brittani estaba borracha o no. Brittani no me importa, y ella lo sabe. Yo tampoco le importo a ella. Nos estábamos usando mutuamente. Pero tú no eres solo un cuerpo cálido en el que perderse cuando uno quiere olvidarse del resto; lo eres todo para mí. —Me besó la frente con delicadeza y susurró—: No te vayas; quédate conmigo esta noche.

Asentí. Quería quedarme.

Cuando Noah se fue a buscar el agua y las aspirinas, me tumbé en la cama y me quedé mirando al techo. Estaba agotada y la cabeza empezaba a darme martillazos. Me arrastré hacia arriba, me tumbé de lado y me tapé con la sábana.

Oí que la puerta se abría y se cerraba silenciosamente. Noah se acercó a mi lado de la cama. Me incorporé y me tomé la aspirina que me dio. Él había aprovechado para cambiarse; llevaba pantalones de pijama y una camiseta. Dejé el vaso en la mesilla de noche y apoyé la cabeza en la almohada. Se apagó la luz y noté que la cama se hundía por el peso de Noah acostándose a mi lado. Me atrajo contra su pecho y me abrazó con fuerza por la cintura. Sentí su cálido aliento en la nuca y me relajé.

Tenía muchas ganas de que ese día acabara de una vez, así que me sorprendí a mí misma abriendo mi boca una vez más.

—Noah, ¿puedo preguntarte algo?

—Puedes preguntarme lo que quieras, Piolín —me susurró en el cuello.

—¿Aunque sea sobre Brittani?

Noté que su pecho se extendía y se encogía mientras respiraba hondo y soltaba el aire.

—Sí.

—¿Por qué no querías besarla ni oírla hablar?

El silencio se hizo más notorio. Noah me abrazó con fuerza y susurró:

—Porque no eras tú.

Eso era justo lo que necesitaba oír en ese momento para dormirme con una sonrisa de felicidad en la cara.

CAPÍTULO 15

La fuerza invisible es la dueña de mi cerebro y, por tanto, también de mi cuerpo. He sido su rehén desde que tengo memoria. Desde que tengo uso de razón siempre ha estado ahí. Yo no tengo ni idea de cómo huir de ella.

Si pudiera verla, tocarla, razonar con ella, tal vez podría vencerla; pero solo la siento y la oigo. Sus mensajes siempre han estado presentes en mi vida. ¿De dónde salió? ¿Por qué me eligió a mí? Se coló en mi vida tan sigilosamente que no me di cuenta de que estaba acabando conmigo. (Y de que a mi amiga solían llamarla ida de olla).

Cuando me desperté, tardé unos minutos en darme cuenta de dónde demonios estaba. Me pareció que una motosierra me estaba cortando la cabeza en dos. Me dolía hasta el pelo. No podía ni levantar el cuello de la almohada. Lentamente empecé a recordar momentos de la noche anterior.

Recordé que había ido a la fiesta; que Noah y Brad se habían peleado; que me había emborrachado de mala manera; que Brad me había toqueteado todo lo que había querido; que Noah me trajo a su casa y que yo traté de hacérmelo con él. Tenía la sensación de que había pasado algo horrible, pero no sabía qué. Seguí dándole vueltas a la cabeza, tratando de poner orden en los recuerdos. Brad me besó y los chicos se pelearon. Recuerdo haber subido al piso de arriba. Mi cabeza comenzó a aclararse un poco y al fin las piezas encajaron: ¡JODER! ¡Había pillado a Noah montándose con Brittani!

Sentí un escalofrío. Me ardía la garganta, y un regusto amargo me llenó la boca. Cubriéndomela con una mano, me levanté de la cama de Noah, con cuidado de no despertarlo. Corrí hasta el baño y llegué justo a tiempo. Me sorprendió comprobar la cantidad de... lo que fuera que salió de mi cuerpo. Parecía la puta niña de *El exorcista*.

Me tumbé en el suelo del baño, con la mejilla apoyada en las baldosas, que estaban frescas. Era una sensación muy agradable; podría haberme quedado así todo el día. Estaba segura de que había despertado a Noah. Era consciente de que en cualquier momento llamaría para saber si me encontraba bien. No soportaba la idea de verlo. Sabía que los culpables de que estuviera desayunando sopa ácida eran los chupitos de tequila que había bebido con Brad, pero la imagen de Noah saliendo de aquella habitación con ella pegada a su espalda no había ayudado.

Tenía que levantarme. Si permanecía más tiempo allí, me dormiría otra vez. Me apoyé en la bañera para incorporarme y al tercer intento lo conseguí y me acerqué al lavamanos. Me enjuagué la boca varias veces. Tenía tanta sed que podría haberme

bebido un océano de agua dulce. Me lavé la cara y me pasé las manos por el pelo con mucho cuidado. Quería volver a la habitación a buscar mi ropa. Quería largarme de allí cuanto antes. No podía enfrentarme a Noah en ese momento. Estaba avergonzada y me sentía humillada.

No se oía ruido en su habitación, así que o seguía durmiendo o estaba duchándose en el baño de sus padres. La imagen de Noah, desnudo y mojado, me pasó por la mente. ¡Tenía que salir de allí ya!

Abrí la puerta de su dormitorio sigilosamente. Estaba durmiendo, gracias a Dios. Al entrar en el cuarto, el fuerte latido de mi corazón me ensordeció. Mi camiseta y los vaqueros seguían al pie de la cama, donde los dejamos el día anterior. Despacio, me acerqué, me agaché y los recogí. Miré a mi alrededor buscando el resto de mis cosas. Las chanclas estaban en el lado de la cama de Noah. Decidí dejarlas ahí; ya las recuperaría más tarde. Tenía que darme prisa.

Al echar un último vistazo a mi alrededor, me recorrió una oleada de pánico. El cosquilleo me nació en el pecho y se extendió por todas las extremidades. El corazón y los pulmones me iban a toda velocidad y tenía los ojos abiertos como platos. Los cerré un momento, tratando de calmarme. Tal vez no lo estaba viendo bien. Abrí los párpados lentamente y, al volver a mirar, nada había cambiado. Me encogí. Sí, lo había visto bien: mi sujetador de encaje lila estaba colgando de la lámpara que había sobre la cómoda de Noah. Estaba ahí, burlándose de mí.

Me acerqué de puntillas y me quedé mirándolo, buscando la mejor manera de liberarlo, porque se había quedado enredado en la lámpara. Uno de los tirantes había caído por dentro de la pantalla, había quedado rodeando la base y se había enganchado del interruptor.

¿Cómo demonios había pasado? Pensé en dejarlo ahí, pero la situación ya era lo bastante humillante como para tener que suplicar después que me devolvieran la ropa interior.

Liberé el tirante del interruptor sin problemas y tiré de él hacia arriba. Cuando pensaba que iba a conseguirlo, di un último tirón. El encaje se enganchó en algo y la lámpara se cayó. La cogí antes de que llegara al suelo, pero igualmente hizo ruido. Conteniendo el aliento, miré por encima del hombro para ver si Noah se había despertado. Era imposible que siguiera durmiendo con el escándalo que estaba armando. Lo observé unos segundos. Respiraba acompasadamente y no se movía.

Seguía tratando de liberar el sujetador cuando una voz ronca y profunda me sobresaltó:

—Déjalo ahí, me gusta ver tu ropa interior de encaje en mi habitación. —Inspiré hondo—. ¿Cómo se encuentra mi Piolín esta mañana?

Sabía que se estaba riendo de mí. Sabía que yo estaba avergonzada por el tequila y por andar medio desnuda por su cuarto, y lo estaba disfrutando. Qué cabrón. No me volví hacia él; no quería darle la satisfacción de verme humillada, pero me vi en el espejo. Había manchado su camiseta de vómito. Me di cuenta de que él también me

estaba viendo la cara en el espejo.

Traté de hablar, pero las palabras se me encallaban en la garganta. Haciendo un gran esfuerzo por sonar animada, respondí:

—Genial. Me voy a casa a darme una ducha y a lavarme el pelo. —Mi voz sonó como la de un fumador compulsivo, de los de cuatro paquetes al día.

Noah se levantó, vino hasta mí y me apoyó las manos en las caderas. Nos miramos a través del espejo. Joder, qué bueno estaba con ese pijama que le colgaba de las caderas y esa camiseta gris, gastada, que le cubría su impresionante torso.

Acercó la boca a mi oreja y me susurró con voz ronca:

—No te vayas; puedes ducharte aquí. —Dio un paso atrás, se quitó la camiseta y la lanzó sobre la cama. Ahí estaba ese torso maravilloso que quería recorrer de arriba abajo. Cuando volvió a hablar, me despertó del trance—: Voy a darme una ducha rápida y luego prepararé tostadas. Te ayudarán a asentar el estómago. —Me dio un beso en la coronilla. Después miró mi camiseta manchada y dijo—: Puedes quedártela.

Bajé la vista y me ruboricé. Él me sonrió y me dio una palmada en el culo antes de salir de la habitación.

¡Me dio una palmada en el culo y me gustó!

Era oficial: tenía que salir de allí cuanto antes.

Esperé hasta que abrió el grifo de la ducha y me escapé. Sabía que iba a tener que hablar con él, pero en ese momento no podía. La cabeza me daba vueltas y estaba mareada. No podía pensar con claridad. Por no mencionar que estaba asquerosa y que necesitaba una ducha. Me puse los vaqueros a toda prisa encima del bóxer, me calcé las chanclas y corrí hacia la puerta.

Me dio el tiempo justo de ducharme. Al acabar, oí a Noah, que gritaba:

—¡PIOLÍN! —Parecía furioso.

Salí de la ducha rápidamente y me tapé con una toalla grande. Mientras me secaba el pelo con otra toalla, la puerta del baño se abrió de golpe. Al volverme, vi que Noah me estaba dirigiendo una mirada asesina, apoyado con una mano en el quicio de la puerta y agarrando el pomo con fuerza con la otra.

Inclinándose hacia delante, me ordenó, gruñendo:

—¡Tú y yo vamos a hablar ahora mismo!

—Podré vestirme antes al menos, ¿no?

—No, te doy diez segundos para que salgas de aquí. —Se volvió bruscamente y se alejó a grandes zancadas, dejando la puerta abierta.

Me sequé el pelo lo mejor que pude y me lo dejé suelto. Un montón de mariposas se habían apoderado de mi estómago. Recorrí el pasillo y me dirigí hacia el salón con la cabeza gacha. No tenía ni idea de qué nos íbamos a decir. Al llegar al salón, levanté la vista, pero no había ni rastro de Noah. Me sentí aliviada. Tal vez había

cambiado de idea y se había marchado para calmarse antes de hablar conmigo. Sin embargo, en ese momento oí que se aclaraba la garganta. Estaba en la cocina, apoyado en la encimera, cruzado de brazos. Llevaba unos pantalones de baloncesto de color azul marino y una camiseta sin mangas color naranja. Iba descalzo y tenía el pelo húmedo. Incluso así, enfadado, era el chico más guapo que había visto nunca. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no abalanzarme sobre él y rodearlo con mis brazos... y mis piernas.

Entré en la cocina y me quedé al otro lado de la isla central. Pensé que mantener cierta distancia sería buena idea.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada. Luego su expresión se suavizó un poco. Me envolví con más fuerza en la toalla. Noah me recorrió con la vista de arriba abajo mientras se pasaba la punta de la lengua por el labio inferior. Se me aceleró el pulso y volví a sentir esa sensación de sofoco que se apoderaba de mí cada vez que estaba cerca de él. Cuando no pude sostenerle más la mirada, la aparté y me mordí el pulgar, nerviosa. Cuando volví a mirarlo, su expresión volvía a ser muy seria.

—Habla —me ordenó con decisión.

—¿Sobre qué? —Le dirigí una mirada inocente mientras seguía mordiéndome la uña.

Él soltó un gruñido muy sentido mientras sacudía la cabeza.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te hagas la tonta? No se te da bien.

Dejé de torturarme el pulgar.

—Esta vez no me estoy haciendo la tonta. No tengo ni idea de qué quieres que diga.

—Muy bien, pues a ver, para empezar, ¿por qué te has ido así de mi casa?

—Porque estaba hecha un asco y tenía que ducharme.

—Podrías haberte duchado en mi casa.

—No quería hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque mi champú estaba aquí y me gusta mi champú.

La respiración de Noah cada vez estaba más alterada. Los músculos de sus brazos se tensaban cuando abría y cerraba las manos. Estaba perdiendo la paciencia.

—Ya te vale.

Descruzó los brazos, dio un paso adelante, se apoyó en la isla central y se inclinó hacia mí. Me estaba mirando con una expresión que solo le había visto otra vez. Era la misma cara que había puesto al verme echar a correr hacia Brad. En voz baja y calmada, me preguntó:

—¿Por qué te has marchado corriendo esta mañana? Y no me vengas con mierdas.

Manteniendo el contacto visual, respondí:

—Me estaba costando recordar lo que pasó anoche. Sé que tenemos que hablar, pero necesitaba tener la cabeza clara. —Hice una pausa—. No recuerdo nada de lo

que sucedió después de beberme los chupitos de tequila.

—¿No te acuerdas de nada de lo que pasó estando borracha?

Negué con la cabeza.

—Nada de nada.

—¿No recuerdas que te saqué de la fiesta a rastras y te llevé a mi casa? —Volví a negar con la cabeza—. ¿No te acuerdas de que te desnudé? ¿Ni te acuerdas de mis manos deslizándose bajo tu camiseta, acariciándote la espalda? ¿No recuerdas cuando me preguntaste si quería tocarte ni cuando me pediste que te tocara? —Respiré hondo y negué con la cabeza—. ¿Ninguna de esas cosas te suena de nada? —insistió con la voz ronca.

Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo explotaron, y ni siquiera me había rozado. El vello se me erizó en brazos y piernas. Abrí la boca para respirar antes de desmayarme. Una oleada de calor me recorrió el cuerpo empezando en la cabeza, y otra en la punta de los pies. Las dos se encontraron entre mis piernas. Estaba mareada y no tenía nada que ver con el tequila.

Permanecí inmóvil. No podía apartar la mirada. Sabía que debía decir algo; que él no se iría a su casa hasta que habláramos, pero no podía pensar en palabras lo bastante largas como para formar una frase coherente. Lo único que salió de mi boca fue «No».

—¡Eso es una tontería, y lo sabes! —Noah clavó la vista en un punto fijo de la encimera. Soltó el aire con fuerza y gruñó antes de seguir hablando. Me dirigió una mirada desanimada al añadir—: Anoche, cuando te vi en el pasillo..., tu mirada me destrozó. Parecías tan herida y decepcionada. Pensaba que te había perdido para siempre. Cuando vi que él te besaba, perdí la cabeza. Y luego, cuando tú corriste hacia él..., nunca me había sentido tan fuera de control. Quería dejar de sentir tanto dolor, olvidarme de todo, así que cogí un *pack* de cervezas y el primer chochito que se me puso a tiro y me la follé.

—Noah... —susurré.

Lo entendía. Ambos habíamos hecho lo mismo la noche anterior.

—Siempre le digo que no hable, porque así puedo imaginarme que estoy contigo. Es patético; lo sé. No quiero seguir fingiendo, Piolín. Estoy haciendo un gran esfuerzo por tratarte como a una amiga. Es durísimo y, después de lo de anoche..., de cómo te comportaste... Ya sé que habías bebido, pero pensé que las cosas habían cambiado entre nosotros.

—«¿Siempre?» —repliqué, dolida.

Noah acababa de abrirme su corazón. ¿Por qué tuve que centrarme en esa palabra? ¿Qué me había hecho pensar que lo del día anterior había sido cosa de una sola noche, un error puntual? Al parecer, los rumores eran ciertos. Las mariposas dejaron de revolotear, ya que su lugar lo había ocupado una roca que se instaló en mi estómago.

—Alguna que otra vez —susurró Noah, agachando la cabeza.

—Tu primera vez... ¿fue con ella?

Las lágrimas que había logrado contener hasta ese momento empezaron a caer. Mi mente no paraba de dar vueltas a un montón de cosas. Odiaba que ella hubiera sido la primera. Odiaba que él hubiera compartido esa parte de sí mismo con otra persona que no fuera yo. Pero lo habría hecho conmigo y habríamos sido el primero el uno para el otro si yo no me hubiera empeñado en poner distancia entre los dos. Mi cabeza estaba tan jodida que, si Freud me hubiera visto, habría levantado los brazos con impotencia y se habría jubilado.

Noah me miró con los párpados entornados; no hacía falta que dijera nada. Los ojos me escocían por las lágrimas. Estaba agotada, sin fuerzas.

Sin mirarlo, me disculpé:

—Siento no poder estar contigo de esa manera. —Y me tragué un sollozo que pugnaba por escapar.

Levanté la vista y me encontré con los ojos de color azul claro de Noah. Él rodeó la isla de la cocina y se dirigió hacia mí con decisión. Me tomó la cara entre las manos y me echó la cabeza hacia atrás, obligándome a sostenerle la mirada. Su cálido aliento me acarició los labios, haciéndome estremecer. Con la nariz, me rozó la mejilla y siguió ascendiendo hasta llegar a la sien.

—Deja de apartarme de ti.

Me besó en la cara, me recorrió la mandíbula y fue a parar al cuello.

Cerré los ojos y dejé que las sensaciones me invadieran. Sería tan fácil perderme en él, pero no podía.

—Noah, me prometiste que seríamos solo amigos —susurré mientras él seguía besándome el cuello.

—Eso fue antes de anoche.

Mientras sus labios recorrían mi hombro desnudo, recobré las fuerzas, tragué saliva y lo aparté de mí. Él dejó caer las manos y agachó la cabeza.

—No puedo hacerlo, Noah. ¿No lo entiendes? Por favor, deja de empujarme —le supliqué.

Él enderezó la espalda, se volvió y salió de la casa, sin decir nada más y sin mirar atrás.

Tardé toda la tarde en recuperarme un poco de los acontecimientos de la noche anterior y de esa mañana. Tras una buena siesta y una comida ligera, me vestí y volví a sentirme como algo parecido a la Amanda de antes de la fiesta. Tenía que hablar con Noah; tenía que recuperar nuestra antigua amistad. Acababa de recuperarla, no quería volver a perderla otra vez.

Llamé a la puerta trasera de los Stewart en vez de entrar directamente como solía hacer. Permanecí junto a la puerta para que, cuando la abriera, lo único que viera fuera mi mano sosteniendo un plato con un gran trozo de pastel de chocolate. Cuando

abrió, vi que sonreía.

Cogió el plato.

—Gracias, me apetecía algo dulce —dijo, y cerró la puerta antes de que pudiera entrar. Estaba jugando conmigo, lo que era buena señal.

Cuando entré en su casa, vi que estaba en la cocina, apoyado en la encimera, comiéndose el pastel. Me dirigí hacia él. Con la boca llena, me preguntó:

—¿Querías un trozo?

—Si vas a echarme a llorar, no. —Respondí fulminándolo con la mirada.

Él me ofreció el tenedor. Lo acepté y lo clavé en el trozo de pastel donde había más cobertura. Noah siempre me lo reservaba porque sabía lo mucho que me gustaba. Le devolví el tenedor y me impulsé para sentarme sobre el mármol, al lado de donde él estaba apoyado. Seguimos pasándonos el tenedor hasta que el pastel se acabó. Luego él dejó el plato en la encimera.

Se pasó las manos por la cara y el pelo. Soltó el aliento y me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Piolín?

—Te necesito en mi vida.

—Yo también te necesito en la mía.

—Seamos amigos.

—Siempre.

Sabía que para que las cosas funcionaran entre nosotros, tenía que ser sincera; que Noah permaneciera en mi vida dependía de mí.

Me aclaré la garganta mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Noah, aparte de mi padre, eres el mejor hombre que conozco. No soporto la idea de no formar parte de tu vida.

—Piolín...

Empezó a volverse hacia mí, pero se lo impedí. Eso ya iba a ser lo bastante difícil sin tener que mirarlo a los ojos. Noah volvió a apoyarse en la encimera y bajó la cabeza, suspirando.

—Te mereces a alguien mejor que yo. Si empezamos a salir juntos, algún día la cagaré y entonces te perderé y no me quedará nada, no tendré ninguna parte de ti. — Se me hizo un nudo en la garganta y se me empezaron a llenar los ojos de lágrimas —. Me aterra la idea de perderte. Estos cuatro meses que hemos pasado separados han sido los más solitarios de mi vida.

Noah se cruzó de brazos y vi cómo se le tensaban los músculos. Tenía que contárselo todo; necesitaba que me entendiera.

—Me sorprende no haber roto nuestra relación todavía. Bueno, es posible que lo esté haciendo ahora. Quiero lo mejor para ti, y yo no soy la mejor. Ojalá lo fuera. No tienes ni idea de lo mucho que me gustaría cruzar esa línea contigo, pero hay algo que me lo impide. No es culpa de nadie, es que soy así. He tratado de mirarme con buenos ojos, te juro que lo he intentado. Por favor, sigue siendo mi amigo. Todo será más seguro si permanecemos como amigos. Eres el único amigo que tengo y el único

amigo al que necesito. Debemos superar esto.

Con la voz ronca y temblorosa, replicó:

—No sé de dónde has sacado la idea de que no eres lo bastante buena para mí. Eres preciosa, inteligente, divertida y amable. Eres perfecta para mí; siempre lo has sido. Ojalá te lo creyeras.

—Ojalá —susurré.

Noah carraspeó.

—¿Qué significa Brad para ti?

—Nada. —Respondí sin dudar—. Me invitó a la fiesta y nos divertimos..., hasta que tú le diste un puñetazo en el estómago, claro.

Nos echamos a reír los dos, aligerando el ambiente.

Noah se volvió hacia mí y me miró con tanta preocupación y tristeza que me sentí abrumada.

—No es lo bastante bueno para ti, ni de lejos. —Me apoyó la mano en la mejilla y me la acarició con el pulgar—. Si te hace daño, lo mataré, lo juro ante Dios.

—Gracias por preocuparte por mí —dije en voz baja.

Luego nos echamos hacia delante y unimos nuestras frentes.

—No es solo preocupación, Piolín.

Se me escapó un sollozo mientras las lágrimas me caían por las mejillas. Lo abracé por el cuello y él me abrazó por la cintura. Permanecimos así; ninguno de los dos tenía prisa por separarse. Ambos sabíamos que, cuando nos separáramos, las cosas entre nosotros cambiarían. Ya no estaríamos solos los dos. La vida nos llevaría en distintas direcciones, hacia nuevas experiencias, nuevos retos, nuevas personas. Mientras seguíamos abrazándonos, recé en silencio, pidiendo ser algún día lo bastante buena. Pedí que la vida volviera a llevarme hasta sus brazos y que, cuando ese día llegara, sus brazos siguieran vacíos, esperando a que yo los llenara a la perfección.

CAPÍTULO 16

Siempre hay que hacer caso de lo que te dice el instinto. Tal vez no sepas por qué algo o alguien te despierta determinados sentimientos, pero esa sensación en el estómago que te hace dudar está ahí por algo.

Por desgracia, tendemos a guiarnos por la cabeza o por el corazón; ignoramos lo que nos dicen las tripas. Pues sigue así y atente a las consecuencias.

Habían pasado varios meses desde que Noah y yo acordamos no cruzar la raya y seguir siendo solo amigos. Habíamos conseguido salvaguardar nuestra amistad, al menos en parte. Pasábamos tiempo juntos cuando podíamos, lo que no era muy a menudo, ya que estábamos muy ocupados. El último año de instituto llegaba a su fin y nos estábamos preparando para entrar en la universidad.

Noah había empezado a salir con una chica llamada Brooke; llevaban juntos dos meses. Era muy alta, guapa, delgada, tenía el pelo rubio y los ojos azules. También era una chica lista y, al parecer, entendía la relación entre Noah y yo. No parecía sentirse amenazada ni se mostraba celosa cuando yo estaba delante. Y la verdad es que eso me tocaba bastante las narices, porque lo interpreté como su manera de decirme a mí y de decirle al mundo que no era lo bastante buena para Noah. No es que me cayera mal, pero me provocaba una sensación extraña que no sabía definir. Tenía la sospecha de que Brooke no era tan reluciente por dentro como parecía serlo por fuera.

Por suerte, no estábamos en contacto muy a menudo, ya que ella no iba a nuestro instituto. Era la prima de uno de los compañeros de equipo de Noah. Se conocieron al final de un partido y se fijó en él desde el primer momento. Después de nuestra charla, él sentía la necesidad de seguir adelante con su vida, así que decidió hacerlo junto a Brooke. Me mataba verlos juntos. Al parecer, Brooke sufría algún tipo de trastorno que le impedía mantener el equilibrio sola cuando Noah estaba cerca. Cada vez que los veía juntos, estaba colgando de él. Noah nunca me pasaba su relación con Brooke por la cara; apenas me hablaba de ella.

Brad y yo seguimos quedando. Técnicamente no salíamos juntos, pero me había encariñado de él. No puedes pasar tanto rato como pasábamos juntos, haciendo las cosas que hacíamos juntos, sin encariñarte de la otra persona. Sin embargo, para mí no era más que una distracción; una distracción que estaba como un queso, pero una distracción. Era divertido y me ayudaba a olvidarme de Noah y de Brooke. Aunque me gustaba, sabía que nunca sentiría por él lo que sentía por Noah. No creo que nunca vuelva a sentir algo así por nadie.

Brad y yo estábamos en su casa una tarde, estudiando. Él nunca sacaba el tema de su familia, y yo tenía la sensación de que pasaba mucho tiempo solo. Vivía con su madre en una casa enorme. Sus padres se habían divorciado cuando él tenía diez años, y su hermano mayor, Peyton, estaba en la universidad estudiando Derecho.

Los padres de Brad eran abogados. Las pocas veces que había ido a su casa, nunca había visto a su madre por allí. Siempre tenía un caso muy importante que ocupaba su tiempo. Y más de una vez Brad me había llamado para salir el fin de semana porque los planes con su padre se habían cancelado en el último minuto.

Traté de sacar a la conversación temas serios varias veces, pero él siempre hacía una broma y cambiaba de tema. Nuestra relación era alegre y despreocupada, nada serio.

Llevábamos estudiando una hora más o menos cuando Brad se inclinó hacia mí y comenzó a acariciarme el cuello, dejando un reguero de besos a su paso que me hizo estremecer.

Con la boca pegada a mi cuello, dijo:

—Ya he ejercitado bastante la mente por hoy; ahora quiero ejercitar el resto de mi cuerpo.

Cogió el libro que yo tenía en el regazo y lo lanzó sobre la mesilla. Cerré los ojos y ladeé la cabeza. Aunque no habíamos llegado muy lejos, mi cuerpo siempre respondía a sus caricias.

Conteniendo el aliento, le dije:

—Deberíamos seguir estudiando. Hemos de prepararnos para el gran examen.

Él me agarró por la cintura y me sentó sobre su regazo.

—Será mejor que te prepares para otra cosa grande que tengo aquí para ti.

Me eché a reír mientras él me llenaba el cuello de mordisquitos y me abrazaba por la cintura.

—Tienes que ser la alumna de último curso más modosa del instituto. —Apartó sus labios de mi cuello y me dirigió una sonrisa irónica. Se inclinó hacia mí y me mordisqueó el labio inferior entre frase y frase—. Admítelo: lo deseas, estás ansiosa, cachonda perdida, tienes una sed de mí que no puedes saciar.

—Vale, vale, te encuentro encantador, pero solo un poquito —dije muerta de risa hasta que una sensación de calor me impidió seguir hablando.

Los ojos azules de Brad brillaban de un modo distinto, más intenso. Me miró los labios antes de volver a mirarme a los ojos. La habitación se cargó de electricidad. De repente, hacía mucho calor.

Sujetándome con una mano por el cuello, me acercó a él. Nuestros labios se rozaron y empezaron a moverse. Me metió la lengua en la boca para acariciar la mía. Me perdí en sus movimientos y en las sensaciones que me despertaba.

De repente, la puerta de la calle se abrió y la madre de Brad entró en la casa a toda prisa.

La señora Johnson era una mujer impresionante, con el mismo tono de pelo rubio ceniza y los mismos ojos color zafiro que Brad. Había coincidido con ella pocas veces, pero era de ese tipo de mujer que atraía todas las miradas cuando entraba en una habitación.

Bajé rápidamente del regazo de Brad, me peiné con los dedos y me re Coloqué la ropa antes de que su madre sospechara lo que habíamos estado haciendo.

Él parecía molesto. Pasándose una mano por el pelo, le preguntó:

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

Sin levantar la vista, su madre siguió revisando el correo mientras hablaba a toda velocidad.

—En la oficina me estaban bombardeando a llamadas. Estoy preparando un caso muy importante y no podía hacer nada con tantas interrupciones. Vosotros seguid a lo vuestro; voy a encerrarme en el despacho.

Dejó la correspondencia en la mesita del recibidor y se alejó, hablando por encima del hombro.

—Bradley, recuerda que no quiero que se me moleste bajo ningún concepto. Como si no estuviera aquí —añadió desapareciendo del todo.

—Eso será fácil de imaginar —murmuró él.

Luego se levantó y me ofreció la mano.

—Ven.

—¿Adónde vamos?

—A mi habitación —respondió, deslumbrándome con su sonrisa—, quiero estar a solas contigo.

Yo no estaba muy convencida porque las cosas entre nosotros acababan de ponerse un poco demasiado intensas para mi gusto. No es que no confiara en Brad, es que no me fiaba de mí misma. Mentiría si dijera que no había fantaseado con la idea de acostarme con él. Además, ese chico tenía la virtud de empujarme a hacer cosas que normalmente no haría. Había llegado más lejos con él que con cualquier otro. Me hacía sonreír y reír a carcajadas. Siempre era muy cariñoso conmigo y me encantaba magrearme con él, pero no me sentía cómoda estando su madre en casa.

Brad me dio la mano y me arrastró hacia su dormitorio, en el piso de arriba. Al llegar, abrió la puerta y se apartó, dejándome pasar primero. Era una habitación típica de un alumno de instituto aficionado al béisbol. Había un montón de trofeos en las estanterías y medallas colgando de las paredes. El ordenador portátil estaba en la mesa. También tenía un gran televisor, un armario y una cama.

Se acercó a mí por detrás, me abrazó por la cintura y me dio un beso en la mejilla.

—¿Sabes qué? —me preguntó juguetón.

—¿Qué?

—Hay una chica en mi habitación.

—No creo que sea algo tan raro.

—Nunca había entrado ninguna chica en mi habitación, a no ser que cuentes a mi

madre o a la señorita Sally, y te aseguro que las dos dejaron de ser chicas hace mucho tiempo.

—¿Quién es la señorita Sally?

—La asistenta. Viene varios días a la semana, pero hoy tiene fiesta. —Me guiñó el ojo.

Entorné los ojos y le pregunté con desconfianza:

—¿Quieres que me crea que soy la primera chica que ha entrado aquí?

—La primera y la única.

—Y ¿a qué se debe el honor?

—A que eres especial para mí —respondió con una sonrisa muy dulce.

Su mirada era franca y cálida. Se notaba que sus palabras eran sinceras. En ese momento no había en él ni rastro del casanova de instituto que todos pensaban que era. Era un chico muy majo que me hacía feliz y que pensaba que yo era especial.

—Ponte cómoda. Voy a revisar el correo un segundo.

Me quité los zapatos, me senté en la cama y me apoyé en el cabecero. Recorrí la habitación con la mirada antes de detenerme en Brad. Incluso mientras revisaba el correo electrónico estaba bueno. Cuando acabó, se volvió en la silla giratoria y se quedó mirándome.

—Bueno, y ¿qué quieres hacer ahora?

Él se dejó caer de la silla resbalando hasta el suelo y avanzó a gatas hasta llegar a la cama.

—Oh, hay unas cuantas cosas que quiero hacer ahora. —Meneó las cejas. El casanova había regresado.

Me eché a reír.

—Vale, vale, me lo he buscado. Te lo he puesto en bandeja.

—Oh, preciosa. Te estoy imaginando servida en una bandeja, solo para mí. Me estás matando. —Le di una palmada en el brazo y me eché a reír—. Escuchemos música —propuso, dándome un beso en la punta de la nariz antes de bajar de un salto de la cama y dirigirse a su impresionante equipo de sonido.

Me sorprendió oír la voz de Tracy Chapman saliendo de los altavoces. Me había imaginado que a Brad le gustaría más el pop. Al menos, era lo que escuchaba siempre en el coche. Su elección musical me sorprendió gratamente.

—Me encanta este CD.

—Sí, es increíble.

Sacudí la cabeza y lo miré.

—Me has impresionado.

Él se echó a reír y se sentó a su escritorio.

—¿Por qué?, ¿porque escucho música con alma y significado? No soy solo una cara bonita y un cuerpo increíble, preciosa.

—Ya lo sé —repliqué sonriendo.

Escuchamos música en silencio durante un rato. Traté de sacar algún tema serio.

No sabía si era porque quería conocerlo más profundamente o por evitar que las cosas se calentaran tanto como en el salón.

—¿Qué quieres ser de mayor? —le pregunté.

Brad echó la silla hacia atrás y miró hacia arriba, como si estuviera reflexionando sobre el tema.

—Bombero y payaso. No, espera, no quiero ser payaso. Dan mucho miedo. Tal vez...

—Te lo he preguntado en serio. ¿Por qué siempre haces eso?

—¿El qué? —repuso haciendo girar la silla de lado a lado.

—Siempre que trato de hablar de algo serio haces una broma y cambiamos de tema.

—Ya maduraré cuando sea adulto. ¿Por qué empezar antes de tiempo?

Nos quedamos mirando en silencio. No habría sabido explicarlo, pero ese día me notaba distinta. Necesitaba una conexión que fuera más allá de lo físico. Supongo que eso era lo que solían llamar «avanzar en una relación».

De pronto, el ambiente de la habitación cambió, igual que había cambiado hacía un rato en la planta baja. Mi corazón se desbocó al ver cómo Brad recorría mi cuerpo lentamente con la mirada. Sus ojos hicieron que despertaran las mariposas de mi estómago. Cuando se pasó la lengua por el labio inferior, contuve el aliento. Me aclaré la garganta antes de proseguir con el interrogatorio:

—Responde a mi pregunta.

—Supongo que seré abogado —dijo sin entusiasmo.

—No parece que te haga mucha ilusión.

—Mis padres son abogados. Mi abuelo por parte de padre era abogado. Mi hermano será abogado. Llevo toda la vida oyendo que yo también seré abogado. —La desesperanza teñía sus palabras y su tono de voz. Parecía que nadie tuviera en cuenta sus deseos de cara al futuro.

Cortó la conversación en seco, volviéndose hacia el portátil.

Yo cerré los ojos y me apoyé en el cabecero, concentrándome en la música. Noté que me estaba mirando. Abrí los ojos cuando oí que se levantaba de la silla. Se dirigió a la cómoda y empezó a vaciarse los bolsillos del pantalón.

Me sentí mal por haberle hecho esas preguntas. Cuando vi que se ponía triste, debería haberle preguntado si quería hablar de ello. Y, en vez de eso, lo había dejado estar; no me había comportado como una buena amiga. Lo observé aprovechando que estaba de espaldas a mí.

—No parece que te haga ilusión ser abogado. ¿Qué te gustaría ser? —dije, preocupada por él.

Brad se volvió, levantó los brazos y, con las palmas de las manos mirando hacia fuera, respondió:

—¡Bailarán! —En un instante, el Brad divertido había vuelto.

Me eché a reír a carcajadas.

—¡Estás loco!

—Cómo lo sabes, preciosa, loco por el baile. —Se acercó a mí haciendo rotar las caderas—. ¡Tengo la música en el cuerpo y necesito sacarla!

Se levantó la camiseta muy lentamente, como si estuviera haciendo un *striptease* profesional, y la lanzó a un lado. Guau, tenía un cuerpo de infarto. El torso estaba tonificado y sin vello. No tenía los abdominales y la uve tan marcados como los de Noah, pero ahí estaban, y resultaban muy agradables a la vista.

No podía parar, me estaba riendo tanto que me dolía el costado. No podía pensar con claridad. Él siguió bailando y avanzando en mi dirección hasta plantarse a los pies de la cama. Se inclinó y, agarrándome por los tobillos, tiró de mí y me tumbó sobre el colchón. Gateó sobre mi cuerpo y se detuvo cuando estuvimos a la misma altura. Se sostenía apoyándose en las manos, que tenía a un lado y a otro de mi cabeza. Descendió un poco, como si estuviera haciendo flexiones, y me preguntó muy serio:

—¿Por qué te estás riendo de mi sueño?

—No me estoy riendo de tu sueño; es un sueño muy bonito, pero nunca te había imaginado en plan *Lord of the Dance*. —Respondí, tratando de contener la risa. Su intensa mirada azul hizo que me subiera la temperatura.

—Oh, sí. Las lentejuelas, las manos muy abiertas, las mallas..., son las cosas que dan sentido a mi vida.

—Siento haberme burlado de tu sueño —repliqué con una sonrisa irónica.

—Estoy muy dolido y ofendido, pero se me ocurren veinticinco maneras de que puedas compensármelo. —Hizo una mueca, como si acabara de pensar en algo más—. Veinticinco y media. —Me guiñó el ojo.

Levanté la vista al techo y seguí sonriendo. Era muy divertido, además de muy mono y sexi... y estaba medio desnudo.

Brad descendió un poco más y me acarició la nariz con la suya. Acercó los labios a los míos sin tocarlos, provocándome. Quería que fuera yo la que recorriera el último trozo que nos separaba. Alcé la cabeza y capturé sus labios con los míos. Rompimos el contacto durante un segundo cuando él cambió de postura, tumbándose a mi lado y apoyándose en un codo.

Mientras nuestros labios volvían a encontrarse, le acaricé el musculoso abdomen y seguí subiendo por el torso hasta enredar los dedos en su pelo. Él gimió varias veces. Sujetándolo por la nuca, lo atraje más hacia mí mientras nuestras lenguas se turnaban, entrando y saliendo. Era como si estuviéramos desesperados por probar al otro y nos faltara tiempo para hacerlo. Por eso no me parecía muy buena idea estar a solas con él en su dormitorio. Cada vez que Brad me tocaba, mi cerebro dejaba de funcionar, y eso me asustaba porque las sensaciones me abrumaban y perdía el control de mis actos.

La música dejó de sonar y fue sustituida por jadeos y gemidos.

—Me gustas mucho, Amanda —me dijo entre beso y beso.

—A mí también me gustas mucho —repliqué yo entre gemidos.

Ambos jadeábamos entre beso y beso, tratando de conseguir todo el oxígeno que nos permitía nuestra respiración alterada. Brad me acarició la mejilla y rompió el contacto, mordiéndome el labio inferior mientras se apartaba.

Me contempló desde arriba.

—Eres especial para mí —susurró con los ojos desbordantes de sinceridad.

El calor se extendía por todo mi cuerpo. Le devolví la mirada y le acaricié la fuerte mandíbula.

—Eres mucho menos superficial de lo que finges ser —susurré a mi vez.

Él se inclinó hacia mí y me rozó los labios con un beso suave, quemándome con el fuego de su mirada.

—Dios, cómo te deseo —murmuró con la boca pegada a la mía.

—Me tienes, para mí eres un amigo muy cercano.

Él se echó a reír.

—Joder, eres adorable. —Me miró en silencio unos instantes antes de decir—: Quiero estar todavía más cerca de ti.

Empezó a recorrerme la mandíbula, plantando besos a su paso, mientras me decía:

—Amanda, eres preciosa, y tan dulce... —Se desplazó hacia mi cuello y siguió besándome—. Eres tan sexi. —Me besó bajo la oreja—. Voy a explotar si no puedo entrar en ti pronto.

Me mordisqueó la oreja y regresó a mis labios, impidiéndome decir nada. Daba igual; no podía hablar, ni siquiera pensar. Lo único que podía hacer en esos momentos era sentir y reaccionar. Mi cuerpo palpitaba de arriba abajo.

Bajó la mano hasta mi pecho. Mientras lo masajeaba, acarició el pezón con el pulgar. Tenía los pezones muy duros. Brad volvió a mordisquearme la mandíbula. Tenía que decir algo para que se detuviera; eso se estaba descontrolando demasiado, pero de mi boca ya no salían palabras, solo gemidos; no quería que se detuviera.

Con voz muy grave, pidió:

—Quítate la blusa y el sujetador. Necesito probar esas tetas gloriosas.

Era como si mi cuerpo hubiera sido abducido por extraterrestres. Yo no parecía tener ningún tipo de control sobre mis actos. Aunque la cabeza y el instinto trataban de avisarme, mi cuerpo los ignoraba mientras sucumbía a las sensaciones. Todo era increíble; Brad era increíble. Mientras me desabrochaba la blusa, me observaba con avidez.

Cuando mi pecho quedó al descubierto, me acarició pasando una mano por el centro. Arqueeé la espalda, y él acabó de quitarme la blusa y la tiró al suelo. Luego me acarició los pechos, los hombros y la espalda y me desabrochó el sujetador. Nunca había estado desnuda ante un chico hasta ese momento. Incluso durante las sesiones de magreo que habíamos compartido, siempre había logrado mantenerme vestida.

Brad bajó los tirantes y se libró también del sujetador. Me miraba desde arriba

como si quisiera devorar cada centímetro de mí. El pecho le subía y le bajaba a toda prisa; tenía la respiración muy alterada.

—¡Joder, qué preciosa eres! —dijo justo antes de abalanzarse sobre uno de mis pezones.

Lo agarré del pelo mientras él lo rodeaba con los labios, succionándolo con fuerza al mismo tiempo que estimulaba la punta con la lengua. Una corriente eléctrica me recorrió de arriba abajo. Arqueé la espalda de nuevo y le presioné la nuca para acercarlo más a mí. A esas alturas, estaba tan húmeda que debía de estar empapando los vaqueros.

Sentí que la mano de Brad se deslizaba por mi vientre y se detenía al llegar al botón de los pantalones. Deseaba que me los quitara y siguiera con lo que estaba haciendo. Me gustaba mucho y me sentía muy atraída por él. Me desabrochó el botón y bajó la cremallera lentamente. Involuntariamente, le cubrí la mano con la mía. Él se detuvo y me dirigió una mirada abrasadora. Sonriendo, aparté la mano.

Brad siguió mordisqueándome, succionándome y lamiéndome el cuerpo entero. Cerré los ojos para absorber mejor las sensaciones que me provocaban sus manos y su boca. Cuando estaba a punto de perderme por completo en su tacto y en su sabor, el recuerdo de que su madre estaba en el despacho me pasó por la mente.

—Deberíamos parar. Es que... es que no estamos solos —dije con la voz ronca.

—No pasa nada. Nadie nos molestará.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo, dándole la autorización que necesitaba.

No me podía creer lo que estaba pasando. Mi mente me repetía que tenía que pedirle que parara, pero las palabras no me salían de la boca. Al cerrar los ojos noté que me estaban cayendo lágrimas en dirección a las sienes. Noah me había invadido la mente. No hacía más que pensar en lo mucho que me gustaría que fuera él quien estuviera conmigo. Debería ser él quien estuviera conmigo. Pero no lo era, y nunca lo sería. Sentí aire fresco sobre la piel cuando Brad me quitó los vaqueros. Ya solo me quedaban las braguitas puestas.

Él estaba sentado sobre los talones, entre mis piernas. Me deslizó dos dedos bajo la tela de las braguitas y me las bajó. Luego me lamió en un movimiento continuo de abajo arriba hasta llegar a mis pezones. Se metió uno de ellos en la boca mientras me pellizcaba el otro. Se apartó ligeramente antes de abalanzarse sobre mí, devorándome los labios mientras frotaba su sexo contra el mío. Estaba durísimo. Mis manos buscaron el botón de sus vaqueros y trataron de desabrocharlo, pero no pude. Brad se levantó y se quitó los vaqueros y el bóxer de un solo movimiento, mientras yo me incorporaba un poco para no perderme detalle. Era la primera vez que veía a un chico completamente desnudo. Era fascinante. Me dirigió una amplia sonrisa al darse cuenta de cómo se me habían abierto los ojos ante la visión que tenía delante. Trasteó en el cajón de la mesilla de noche y se hizo con un condón antes de volver a tumbarse sobre mí. Todo pasó muy deprisa.

Escondió la cara en el hueco de mi cuello y lentamente empujó para entrar en mi

interior. Al principio me resultó raro, pero me acostumbré enseguida. Sin embargo, luego me embistió con fuerza y un dolor agudo me recorrió el cuerpo, haciéndome gritar. Tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Brad no hizo caso de mis muestras de dolor, y comenzó a moverse cada vez más deprisa. El dolor empezó a desaparecer y el placer ocupó su lugar.

Le rodeé el cuello con las manos mientras él me hacía rebotar en la cama. El vientre se me empezó a calentar; el cuerpo se me tensó y noté una presión cada vez más fuerte dentro de mí. Tenía el cuerpo cada vez más y más tenso; la presión era cada vez más grande, igual que el calor. Entonces, una contracción gigante se apoderó de mi cuerpo. Apreté los dedos de los pies, los pezones se me endurecieron aún más. Por dentro, mi vientre latía y me convulsionaba. Estaba empapada. Sus embestidas eran cada vez más rápidas y cada vez penetraba más adentro de mí. Las piernas me temblaban, y una oleada tras otra de contracciones me sacudía mientras gritaba el nombre de Brad. Oí un gruñido ahogado y luego su cuerpo se tensó antes de desmoronarse sobre mí. Permanecimos así durante varios minutos, tratando de recobrar la respiración. Luego Brad levantó la cabeza y me miró, pero no dijo nada. Me sonrió antes de salir de encima de mí. Hice una mueca al notar que se retiraba. Lo observé mientras se quitaba el preservativo y lo tiraba a la papelera.

Me sobresalté al oír un ruido en el recibidor. Miré a Brad y le pregunté en voz baja:

—Has cerrado la puerta, ¿verdad?

—Sí, sí, tranquila.

Se puso los vaqueros y la camiseta antes de dirigirse hacia la puerta. Apoyó la mano en el pomo y lo movió para asegurarse de que estaba cerrada. Yo estaba inclinada hacia el suelo tratando de localizar mi ropa cuando la puerta se abrió de golpe.

Levanté la cabeza bruscamente y me pareció que la sangre me abandonaba todos los órganos vitales. Ante mí estaban los dos amigos de Brad, Jeremy y Spencer. Cogí la colcha y me tapé.

Jeremy dio un paso hacia mí y le dijo a Brad:

—Joder, tío. No me lo puedo creer, ya has vuelto a ganar.

Brad y Spencer se echaron a reír.

Estaba tan sorprendida que no entendía lo que estaba sucediendo. Vi cómo Spencer se metía la mano en el bolsillo del pantalón, sacaba un fajo de billetes y se los daba a Brad.

Miré a Brad.

—¿Qué pasa? —le pregunté, con la voz tan débil y temblorosa que me costó reconocerla.

Él avanzó hacia mí, aguantándose la risa.

—Nada, es solo una apuesta sin importancia entre unos cuantos del equipo.

—Y es la tercera vez seguida que este capullo gana —añadió Jeremy.

Brad se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Soy un *crack*.

—Ya, pues te ha ido de poco, porque casi no llegamos a tiempo de verlo con nuestros propios ojos. Tu madre había cerrado la puerta. Menos mal que sabíamos dónde estaba la llave de emergencia.

Empecé a temblar descontroladamente mientras las lágrimas me caían por las mejillas. Estaban hablando tan tranquilos, como si yo no estuviera allí; como si fuera un objeto, no una persona.

—Lo siento; no esperaba que volviera tan pronto —se disculpó Brad.

—¿Y bien?, en la escala de desvirgamientos..., ¿cuántos puntos le das a la dulce Amanda? —preguntó Spencer.

Los tres amigos eran testigos de mi disgusto, pero no parecían afectados en lo más mínimo.

El rostro de Brad se iluminó con una sonrisa radiante.

—La dulce Amanda ha sido *sextástica*. Le doy un 9,75.

—¡Bravo! —exclamaron Jeremy y Spencer al unísono, y los tres empezaron a aplaudir a la vez.

La expresión en el rostro de Brad me pareció asquerosa. Me miraba como si acabara de hacerme un favor, como si yo debiera estarle agradecida por la alta puntuación que me había dado en su repulsiva escala.

—Te dejamos sola para que puedas vestirme y marcharte —me dijo.

Jeremy y Spencer salieron, seguidos de Brad. Ya en la puerta, se volvió a mirarme. Yo estaba temblando y tenía la cara llena de lágrimas, pero no sollozaba. Me sentía como si estuviera viviendo una especie de viaje astral. Mi cuerpo sabía lo que le estaba pasando, pero mi mente no estaba lista para asimilarlo.

—¿Por qué? —le pregunté—. Me gustabas; pensaba que éramos amigos. —Mi voz era muy débil; casi inaudible.

—Solo es sexo, Amanda. No tiene importancia —respondió sin emoción.

—Para mí la tenía. —Insistí con más aplomo—. No lo entiendo. ¿Dónde ha quedado el chico cariñoso con el que he pasado tanto tiempo?

Me pareció ver un destello de arrepentimiento en sus ojos, pero enseguida desapareció.

—Los chicos y yo queremos ir a comer algo, así que, si pudieras darte prisa, te lo agradecería —dijo, y cerró la puerta ignorando mi pregunta.

Lo único que sentía en ese momento era el estómago revuelto. Aparté la colcha para bajar de la cama. Al mirar hacia abajo, vi que tenía los muslos cubiertos de sangre y me mareé. No pensé en limpiarme; solo pensaba en salir de allí cuanto antes. Me vestí y me calcé. Era una idiota, ¿cómo había permitido que pasara? Debería haber sabido que Brad ocultaba algo. Noah me había advertido. Y, mientras subía la escalera, tenía una sensación rara, la misma sensación de alerta que cuando me senté en la cama, pero lo achaqué a nervios porque su madre estaba en casa y no hice caso.

«Dios, su madre sigue en la casa».

Nunca me habría imaginado que alguien pudiera hacer algo tan cruel. Todo el tiempo que habíamos pasado juntos no era más que la preparación de esa broma macabra.

Al pensar en lo mucho que necesitaba a Noah en ese momento, me eché a llorar. Necesitaba que me abrazara y me protegiera.

Me volví bruscamente hacia la puerta y el estómago me dio un vuelco. Cogí la papelera y me quedé muy quieta. Tal vez podría aguantar hasta llegar a casa. El estómago se me asentó un poco, pero al dejar la papelera en el suelo, vi el condón usado en el fondo y lo cubrí con el contenido de mi estómago.

Bajé la escalera lo más discretamente que pude. Los chicos estaban en la cocina, charlando y riendo. Sentía como si mi cuerpo fuera a desmoronarse en cualquier momento. Recogí mis cosas, y estaba a punto de marcharme cuando oí la voz de Brad, pero no me volví a mirarlo.

—No soy de los que van presumiendo por ahí, así que no te preocupes, Stewart no se enterará.

Abracé con más fuerza la mochila, salí de la casa y entré en el coche.

No sé cuánto tiempo pasé dando vueltas en coche, aturdida. No quería volver a casa; no quería ver a nadie. Mi primera vez se había convertido en una macabra apuesta, de la que Brad y sus amigos debían de estar riéndose en ese momento. ¿Cómo podía haberla malgastado de esa manera? Debería haber estado con alguien que me quisiera. Y ¿por qué no les había dicho nada a esos tres cabrones? ¿Por qué me había ido de allí sin decir ni una palabra? ¿Por qué no había hecho caso a mi instinto? Debería haberlo parado todo antes de que se me escapara de las manos. Ni siquiera quería a Brad. Si Noah se enteraba de lo que había pasado, no podría volver a mirarlo a la cara. Se sentiría disgustado y decepcionado. Era incapaz de pensar en nada; me sentía hueca por dentro, solo quería desaparecer.

CAPÍTULO 17

Cuando tenía diez años, deseaba ser adulta. No veía el momento de poder tomar mis propias decisiones, de ir a donde quisiera, vivir donde quisiera, vestirme como quisiera y comer lo que quisiera, cuando quisiera. Soñaba con poder desayunar, comer y cenar pastel y helado cada día si me apetecía.

Hay que tener cuidado con lo que deseamos.

Convertirse en un adulto significa que las situaciones y las personas cambian; los problemas son más graves y las cosas que nos hieren duelen más.

Además, es imposible comer pastel y helado a todas horas durante muchos días. La grasa te pone en riesgo de contraer diabetes, por no hablar del peligro de sufrir un ataque al corazón. Y, lo peor de todo: se te pone el culo enorme. Sí, ser adulto es una mierda.

El instituto llegó a su fin y me gradué con honores. No fui la primera de mi promoción, como Emily, sino la sexta. Como siempre, me quedé a las puertas de estar entre los mejores, pero no me extrañó. Vincent fue el primero; se lo merecía.

El último curso había sido una mezcla de altibajos extremos. Aprendí dos cosas importantes. Una, que Brad era un vil follapitufos, pero que cumplía su palabra. Noah nunca se enteró de lo que había pasado. Y dos, que se me daba muy bien compartimentar. El episodio Brad me afectó unos cuantos días. Durante ese tiempo, estuve a solas tanto como pude. Pero luego metí lo que había sucedido en un compartimento oscuro, lo dejé ahí y seguí adelante.

Para celebrar las graduaciones del barrio, mis padres montaron una fiesta en el parque de al lado de casa. Los hermanos pequeños corrían y jugaban; los padres y las madres se felicitaban por los logros de sus hijos.

Sentados en nuestro refugio secreto, mirando hacia el estanque, pensaba en todos los recuerdos que me traía ese lugar, tanto buenos como malos.

Recordé a mi padre, empujándonos en los columpios a Emily y a mí, y esperándome al pie del tobogán porque sabía que me daba miedo caerme. Pero, por supuesto, casi todos los recuerdos tenían que ver con Noah. Recordé cómo nos divertíamos jugando o dando de comer a los patos cuando mi madre nos llevaba allí de pequeños. Recuerdo lo adulta que me sentí la primera vez que nos dejaron ir al parque solos. Fue la primera vez que Noah y yo nos dimos la mano. Nuestra primera cita y el primer beso también sucedieron allí. Y allí se me rompió el corazón por primera vez y se me curó también. Con el paso de los años, se convirtió en el lugar donde nos reuníamos para estar a solas, compartir sueños, hablar de nuestros problemas, escuchar al otro y, más de una vez, comer pastel.

—Tierra llamando a Piolín. —Noah me agitó una mano delante de la cara, trayéndome de vuelta al presente.

—Perdona.

Se acercó un poco más a mí y ambos permanecemos mirando el estanque en silencio hasta que me preguntó:

—¿Qué es lo que tienes dando vueltas en esa preciosa cabeza?

—No gran cosa. Solo recordaba los ratos que hemos compartido aquí.

—No te estarás poniendo blandita y sentimental, ¿no?

—A lo mejor; solo un poco. —Le sonreí.

—Va a ser muy duro no tenerte cerca —dijo sin poder disimular la tristeza.

—Lo que va a ser duro es no tenerte a ti cerca. ¿Vendrás a visitarme? La USC no está muy lejos, solo a una hora y media.

Solo había una universidad en Carolina del Sur donde se podía estudiar Periodismo: la USC. Desde que recibí la carta informándome de que me habían aceptado, no había día que no le pidiera a Noah que fuera a visitarme.

—Nada podrá interponerse en mi camino para ir a visitar a mi chica. Estaré allí tan a menudo que te hartarás de verme.

—Imposible.

Me tomó la mano y me plantó un beso en el dorso. Seguimos así, disfrutando en silencio de nuestro escondite hasta que un grito rasgó el aire:

—¡Noah!

Él me soltó la mano y se levantó mientras Brooke se acercaba. Aún no había acabado de decidir si me caía bien o mal. Conmigo siempre se había mostrado educada, de un modo bastante falso. Quería que Noah siguiera adelante con su vida y que encontrara a alguien, pero eso no significaba que tuviera que gustarme esa persona. Francamente, Brooke podría haber sido Papá Noel, el ratoncito Pérez y el conejo de Pascua a la vez, y aun así no me habría gustado que saliera con mi Noah. Trataba de no mostrar mi lado mezquino cuando ella estaba cerca, porque al parecer a Noah le gustaba y, si él era feliz, yo también.

—Hola, cariño. Te he estado buscando —saludó, rodeando el cuello de Noah con sus escuálidos brazos y besándolo en los labios.

El beso fue exageradamente largo o a mí me lo pareció. Al fin y al cabo, estábamos en un lugar público con niños impresionables a nuestro alrededor. Carraspeé para recordarles que seguía allí.

Brooke soltó el cuello de Noah y no perdí detalle de sus brazos, que bajaron hasta rodearle la cintura.

—Lo siento, Amanda. Me encanta besar a mi chico. No pararía nunca. —Aparté la mirada para que no me viera poner los ojos en blanco—. Enhorabuena por la graduación.

Brooke también se graduaba ese año. Noah y ella se quedaban en la ciudad, ya que se habían matriculado en la Universidad de Charleston. Noah pensaba hacer el

doctorado en Medicina Deportiva en la Medical School of South Carolina. No sabía qué pensaba estudiar Brooke, y lo cierto es que me importaba una mierda.

—Gracias, igualmente.

Cuando estaba con ella solía hablar con monosílabos, ya que en realidad lo único que tenía en la cabeza era: «¡Aparta las manos de mi Noah!», y no creía que le apeteciera oírlo, así que me lo callaba.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Noah a Brooke.

Ella lo miró con veneración y meneó las cejas.

—Siempre tengo hambre cuando estoy contigo, No-No.

—¡Oh, Dios mío! ¡No-No es tu mote! —Se me escapó sin poder evitarlo, y me eché a reír con tantas ganas que di un saltito hacia atrás—. Esta sí que es buena. —No podía parar. Todo lo que salía de mi boca estaba cargado de sarcasmo.

Ella me miró entornando los ojos y apretando los labios.

—Pues yo creo que es un nombre muy mono, y a Noah le encanta que se lo diga, sobre todo si va seguido de un gemido.

Noah se aclaró la garganta con fuerza, como si acabara de tragarse un bicho. Se frotó la nuca y me dirigió una sonrisilla. Brooke se echó a reír y se colgó de su brazo.

—¿He dado la impresión de que no me parecía mono? Vaya, lo siento. Sí, creo que es tan mono como un bebé follapitufos..., perdón, quería decir un bebé pitufo.

«Este sería un momento perfecto para CALLARTE, Amanda».

Un silencio incómodo se alargó entre nosotros. Alguien tenía que irse de allí. Noah me miró y abrazó a Brooke por los hombros.

—Bueno, pues vamos a buscarte algo de comer. Hasta luego, Piolín.

Mientras se alejaban, Brooke se volvió.

—Hasta luego, Piolín —me dijo con sarcasmo. Menuda bruja.

A varios metros de distancia, se detuvieron. Noah le susurró algo al oído a Brooke y volvió hacia mí a la carrera. No habría sabido decir si estaba enfadado o si se estaba riendo de mí. Cuando llegó a mi lado, se inclinó en mi dirección y me dijo:

—Esta noche voy a tener que castigarte severamente.

La endiabladamente adorable sonrisa que me dirigió me provocó escalofríos. Dio unos cuantos pasos de espaldas antes de volver corriendo hasta Brooke. Ella me dirigió una mirada engreída que quería decir: «¡Es mío!».

Vi cómo cada uno de ellos metía la mano dentro del bolsillo trasero de los vaqueros del otro y abrí mucho los ojos. No me lo podía creer. Estaban prácticamente fornicando delante de todo el mundo. Noté un fuego que me quemaba el pecho y el estómago. Volví a contemplar el estanque para quitarme de la mente esa última imagen. Bajé la vista y comencé a dar patadas a la grava con el talón. Entonces noté que alguien se me acercaba por la espalda. Era Emily, que traía dos platos llenos de comida. Me di la vuelta en el banco. Ella se sentó frente a mí y me puso un plato delante.

—Gracias.

—¿Qué haces aquí escondida? —me preguntó.

—No estoy escondida.

Jugueteé con una patata frita antes de metérmela en la boca.

—Brooke parece maja.

—Sí, lo parece.

—¿No te gusta?

—Ni me gusta ni me disgusta; me despierta indiferencia —proclamé.

—Hummm...

—¿Qué?

—Nada, es que es muy raro que algo relacionado con Noah te despierte esta indiferencia. Normalmente todo es blanco o negro. No hay zonas grises en lo que se refiere a él.

—Brooke es gris oscuro. ¿Contenta?

—Extática. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué esa no eres tú? —Emily señaló a Noah y a Brooke con la barbilla.

Los miramos mientras se sentaban a comer juntos varias mesas más allá. Brooke se reía y besaba a Noah entre bocado y bocado.

—Porque nosotros somos amigos. —Respondí de manera automática mientras seguía sin quitarles el ojo de encima.

Emily se rio por la nariz.

—¿A qué ha venido eso?

—No sé lo que hay entre Noah y tú, pero es algo más que amistad.

—Emily, por favor, no...

—¿Acaso no es obvio?

—¿De qué estás hablando?

—Amanda, cualquier persona con ojos en la cara se daría cuenta de lo mucho que os queréis.

—Por supuesto que nos queremos. Los amigos se quieren, por si no lo sabías.

—¿Por qué no quieres salir con Noah?

—¿Por qué me preguntas todo esto?

—Porque he visto cómo lo mirabas cuando estabais charlando hace un rato. Y he visto cómo mirabas a Brooke cuando se acercaba a vosotros.

—¿Sabes una cosa? Es un poco raro que me observes tanto.

Emily negó con la cabeza.

—Típico de Amanda.

—¿Qué quiere decir eso? —Estaba empezando a tocarme las narices.

—Cada vez que algo te hace sentir incómoda, cambias de tema haciendo una broma.

—Bueno, la risa nunca sobra en el mundo.

Cada vez estaba más enfadada. Notaba todo el cuerpo en tensión.

—¿Por qué Noah y tú no sois pareja, Amanda?

—Pues, obviamente, porque no soy su tipo. Además, si saliéramos juntos, metería la pata a la primera de cambio, y no quiero arriesgarme a perderlo. Ya está, ya lo sabes. Siempre me he sentido una mierda, una fracasada, desde que tengo uso de razón.

Me la quedé mirando. Cuando acabé de pronunciar la última palabra ya había empezado a arrepentirme. Las muestras de afecto en público de Noah y Brooke me habían puesto de muy mal humor, y Emily no paraba de empujarme. Al final, acabé diciendo más de lo que quería.

Ella inspiró hondo.

—Sé que no ha sido fácil para ti crecer siendo mi hermana. Siempre te han comparado conmigo y eso debe de joder mucho. Amanda, eres preciosa, inteligente, amable, una chica con mucho talento. Eres perfecta tal y como eres. —Mirando hacia Noah, añadió—: Y eres más que perfecta para Noah; ojalá te lo creyeras.

—Sí, a mí también me gustaría, pero es que no sé ser de otra manera. Noah está con Brooke y es feliz, eso es lo único importante. Lo que pasa es que hoy estaba especialmente melancólica porque este sitio me trae un montón de recuerdos. Siento haberte hablado así.

Emily me cubrió la mano con la suya.

—Estoy aquí para escucharte, Manda. Puedes hablar conmigo siempre que me necesites.

—Lo sé; gracias.

Sabía que Emily trataba de ayudarme, pero tanto Noah como yo habíamos seguido adelante con nuestras vidas. Ahora él estaba con Brooke y yo empezaría a estudiar en la universidad dentro de un par de meses. Ambos teníamos clara nuestra relación. No era perfecta, pero es que no existe nada que lo sea.

Pasé el resto de la noche charlando con amigos y parientes, tratando de ignorar a Noah y a Brooke, lo que no era fácil por culpa de los continuos gritos y las carcajadas de ella, que me taladraban los oídos. De vez en cuando la curiosidad era más fuerte que yo y echaba un vistazo. O bien se estaban besando o abrazando. Brooke siempre estaba sentada en su regazo. Siempre. Como si Noah fuera Papá Noel, joder. No podía más. Estaba harta de la fiesta, de los recuerdos y de ver el espectáculo en vivo de Romeo y Julieta. Me despedí de los amigos, pero antes de poder escapar tuve que soportar otro grito de Brooke, de esos que hielan la sangre. Esta vez estaba junto a la barbacoa. La gente se había colocado alrededor del fuego para asar nubes de malvavisco. Noah estaba detrás de ella. Le había rodeado la cintura con los brazos y le estaba besando el cuello. Sí, definitivamente había llegado el momento de largarme de allí.

Llevaba un par de horas en casa, tumbada en el sofá, cambiando de canal. No podía pensar en nada que no fuera Noah y Brooke juntos. Ni siquiera había podido estar con él el tiempo suficiente para darle su regalo.

Tras una maratón de capítulos de *Salvados por la campana*, apagué la tele y subí a mi habitación. Cuando estaba a punto de llegar, una alarma me avisó de que acababa de recibir un mensaje. Cogí el móvil para ver de quién era y no pude evitar sonreír al ver que era una foto mía y de Noah. Estábamos en un fotomatón, haciendo caras. En esa en concreto estábamos poniendo cara de pez.

En nuestro refugio secreto. Ahora. Ven sola. Te quiero solo para mí. ;)

Me encantaba, pero al mismo tiempo odiaba que me enviara mensajes juguetones como ese. Me recordaban todo lo que no podía tener con él. Rápidamente, tecleé:

No eres mi jefe. Iré cuando quiera. Hasta dentro de un segundo. ;)

Sonriendo, le di a «Enviar». Estaba nerviosa; tenía muchas ganas de ver a Noah a solas y de darle su regalo.

Fui corriendo hasta el parque pero, cuando estaba a punto de llegar, aflojé el ritmo. Ya sabía que era una patética desesperada que se pasaba la noche sola viendo capítulos de series antiguas, pero no hacía falta ir pregonándolo. Me acerqué a nuestra mesa; Noah estaba contemplando el estanque. Me detuve un instante recordando la noche en que fui a ayudarlo a practicar su primer beso. Recordar la cena para dos que había preparado me hizo sonreír. ¡Menuda boba sentimental estaba hecha!

Sin volverse hacia mí, me preguntó:

—¿Vas a sentarte a mi lado de una vez o vas a pasarte la noche observándome la espalda?

La verdad es que no me habría importado pasarme la noche mirándole la espalda; tenía una espalda preciosa.

—Deja de protestar. —Rodeé la mesa y me senté a su lado.

Puse el regalo encima de la mesa, alejado de él para que no lo viera. Noah entrelazó nuestros dedos. Me acerqué un poco más a él y le apoyé la cabeza en el hombro.

—¿Adónde has ido antes? ¿Por qué te has escapado?

—No me he escapado. La fiesta ya iba de bajada; estaba cansada y me he ido a casa.

—Te has ido sin despedirte de mí; pensaba que te habías enfadado conmigo.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? —pregunté, curiosa por oír la respuesta.

—No lo sé; solo sé que, cuando he visto que no estabas, me he quedado muy triste. —Me apretó la mano.

—Bueno, me ha parecido que estabas ocupado. —No tuve que volverme hacia él para saber que estaba sonriendo—. Por cierto, os habéis pasado un poco, ¿no? ¡Madre mía, llévatela a un hotel!

—Ya lo he hecho.

No me podía creer que me hubiera dicho eso. Levanté la cabeza de su hombro, aparté la mano y me separé un poco.

—No me gastes esas bromas. —Me mordí el labio inferior y me lo quedé mirando.

—¿Estás celosa? —me provocó.

Ya había tenido mi momento de confianzas con Emily y no pensaba repetirlo con Noah.

—El mote que te ha puesto Brooke es muy tonto. —Sonreí.

Él me devolvió la sonrisa.

—Lo sé, y tú estás monísima cuando te pones celosa.

—Es ridículo. Primero sentí vergüenza ajena, luego me diste pena y luego me fui a vomitar un rato. —Insistí sin dejar de mirarlo a los ojos.

Él se llevó una mano al corazón.

—Oh, nena, acabas de pasar de ser monísima a tremendamente sexi.

—Cabrón.

—Me encanta que me digas guarradas. Insúltame más.

—Gilipollas.

Él gimió.

—Oh, sí, así, dame más.

—Eres ridículo.

—Y tú eres preciosa.

Aparté la mirada y negué con la cabeza sonriendo.

—Y ahora que ya hemos aclarado las cosas, ha llegado la hora de los regalos. —Dio una palmada y se frotó las manos—. Yo primero.

Me ofreció una cajita de terciopelo azul marino en forma de corazón atada con un lazo blanco. Lo miré atónita. Me parecía un regalo precioso, y eso solo era el envoltorio. Pensé que se había equivocado. Parecía el clásico regalo que se le hace a una novia.

—Eh..., creo que te has confundido y me has traído el regalo de Brooke.

—He traído el regalo adecuado para la chica adecuada. Acéptalo. —Lo hice y volví a mirarlo a los ojos—. Ábrelo, Piolín, no muerde —me animó con una sonrisa muy dulce.

Deshice el lazo y levanté la tapa de la cajita con bisagras muy lentamente. Al ver lo que contenía, se me llenaron los ojos de lágrimas. Era una pluma de oro, el

colgante más bonito y delicado que había visto nunca. Volví a mirarlo mientras las lágrimas empezaban a recorrerme las mejillas. Me había quedado sin palabras.

—Si no te gusta, puedo devolverlo —me dijo sonriendo.

—Es la cosa más bonita que he visto en mi vida. No te atrevas a tocarlo, a menos que sea para ponérmelo.

Me incliné hacia delante y me eché el pelo a un lado.

Mientras me abrochaba la cadena, Noah me susurró al oído:

—Para mí, siempre serás la primera. Enhorabuena, Piolín.

Cerré los ojos. Estaba tan abrumada por la emoción que tardé unos segundos en poder volverme hacia él. Finalmente logré decir con un hilo de voz:

—Gracias, Noah. No me lo quitaré nunca.

Me lo quedé mirando un poco más antes de darle su regalo. Él rompió el papel como si fuera un niño pequeño.

—Espero que te guste —dije ansiosa.

Mi regalo también era un colgante con una cadena. Tenía forma de placa identificativa de perro, pero estaba hecho con la madera de uno de los asientos originales del estadio de Fenway Park.

Su cara se iluminó cuando se dio cuenta de lo que era.

—Es de Fenway, ¿a que sí? —me preguntó maravillado.

Cuando asentí, su sonrisa se hizo aún más grande.

—Lo pone en la parte de atrás. —Respondí, radiante de felicidad.

Noah le dio la vuelta para leer las palabras. Estaba encantado. Se puso la cadena al cuello, me abrazó y apoyó mi cabeza en su pecho.

—Me encanta. Gracias, Piolín. No me puedo creer que te acordaras de que Fenway era mi estadio favorito. —Me abrazó más fuerte—. Es el mejor regalo que me han hecho nunca —añadió, besándome la coronilla.

Permanecimos allí un buen rato, abrazándonos en silencio, y por primera vez en mucho tiempo, todo fue perfecto.

CAPÍTULO 18

En algún sitio leí que no hay dolor más grande que sufrir la pérdida de un ser querido. Yo, sin embargo, creo que hay un dolor aún peor: el de no poder despedirte. No poder decirle lo importante que ha sido en tu vida. No poder decirle lo mucho que agradeces todo lo que ha hecho por ti. No poder decirle lo mucho que lo quieres y que lo echarás de menos.

Cuando no puedes despedirte, no puedes dar las gracias. Todo el mundo se merece que le den las gracias y que le digan adiós.

Llamé a la puerta con delicadeza.

—Noah, soy yo —dije.

Me respondió con la voz ronca:

—Pasa.

Entré y cerré tras de mí. Noah estaba tumbado en su cama, tapándose los ojos con las manos. Bajó los brazos, se incorporó y me miró con un dolor y una desolación tan grandes que se me doblaron las rodillas de la impresión.

Nos miramos a los ojos en silencio durante unos momentos y luego me dijo:

—Le dio un ataque al corazón en el trabajo. Murió antes de que llegara la ambulancia. —Intentó calmarse un poco antes de continuar, pero se trababa a cada palabra por culpa de los sollozos—. Lo vi esta mañana y estaba bien. Íbamos a ir a Fenway el mes que viene, Piolín.

Yo tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca había sufrido tanto por el dolor de otra persona. Quería quitarle el dolor, pero no sabía cómo. En silencio, crucé la habitación, me deshice de los zapatos, subí a la cama y me senté a su lado. Noah se refugió en mi pecho. Lo estreché con brazos y piernas mientras él lloraba y gritaba de dolor.

—Tu padre fue un gran hombre y estaba muy orgulloso de ti —le susurré.

Poco a poco, nuestros sollozos se fueron aplacando, pero permanecimos en la misma postura. Poco después, alguien llamó a la puerta.

—Noah, soy Brooke, ¿puedo pasar?

Sin esperar respuesta, la puerta se abrió y ella entró en la habitación. Al vernos abrazados en la cama, no pudo disimular su enfado. Noah seguía entre mis brazos, con los ojos cerrados. Mirándome fijamente, Brooke me preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

Noah se frotó la cara.

—Brooke, no tengo ganas de ver a nadie ahora mismo. Lo siento; te llamaré mañana.

Ella me miró entornando mucho los ojos. Tenía el cuerpo cada vez más rígido y los labios muy apretados. Su rostro se contrajo en una mueca de enfado. Estaba dolida, y era normal; ella era su novia, la que debería estar consolándolo. Empecé a apartarme de Noah para que ella pudiera ocupar mi lugar, pero él se aferró a mi brazo y no me soltó.

Me volví hacia Brooke, suplicándole con la mirada que entendiera que estaba roto de dolor. Probablemente él no era consciente de lo mal que había sonado lo que le había dicho. Sin decir nada más, Brooke se marchó.

—Tal vez debería irme y dejar que ella te consolara.

Noah me tumbó en la cama, me abrazó con fuerza por la cintura y apoyó la cabeza en mi pecho.

—No me dejes —murmuró—. Te necesito a ti, solo a ti. No quiero estar con nadie más. Solo contigo, Piolín.

Empezó a temblar y noté que se me humedecía la camiseta con sus lágrimas.

Lo abracé con más fuerza y susurré:

—Estoy aquí. No voy a irme a ningún sitio.

No salimos de la cama de Noah en toda la noche, y así, abrazados, nos dormimos.

A la mañana siguiente, Noah y su madre tenían que ir a la funeraria a ocuparse de los detalles. Me pidió que los acompañara y lo hice. No me moví de su lado en todo el día, y él mantuvo contacto físico conmigo en todo momento. O me daba la mano, o se sentaba a mi lado o me abrazaba por los hombros o por la cintura. Era como si el hecho de tocarme lo calmara y le proporcionara paz.

No vi a Brooke en todo el día; no sabía si por voluntad propia o de Noah. Me parecía raro que no estuviera. Sabía que la escena de la noche anterior había sido incómoda y que estaba dolida, pero el padre de Noah acababa de morir y él estaba destrozado. Todavía no me había formado una opinión firme sobre Brooke, pero no creía que fuera tan rencorosa como para enfadarse con Noah en un momento como ese.

La casa de los Stewart era un hervidero de actividad. La gente entraba y salía constantemente, trayendo comida y ofreciendo sus condolencias a la madre de Noah. Mi familia trataba de ayudar en todo lo que podía, ya que para nosotros los Stewart eran parte de la familia. Mi padre y el señor Stewart eran como hermanos, y su muerte le afectó mucho. Los dos tenían la misma edad, y el señor Stewart parecía estar tan en forma como mi padre. Iban a correr juntos varias veces a la semana e incluso jugaban algún partido de baloncesto. Descubrir que podía darte un infarto aunque estuvieras tan en forma asustó mucho a mi padre.

Por la tarde, puse una lavadora. Poco después, mientras iba por el pasillo en dirección al armario de la ropa limpia para guardar las sábanas y las toallas, pasé por delante del despacho del señor Stewart. Me detuve recordando que, cuando éramos

niños, él siempre guardaba alguna chuchería allí. El padre de Noah nos sobornaba con caramelos Skittles para que saliéramos a jugar al patio y lo dejáramos trabajar.

Oí que Noah estaba hablando por teléfono.

—No, ahora no puedo. —Hizo una pausa para que quien fuera que estuviera al otro lado de la línea hablara—. Joder, Brooke, mi padre acaba de morir y mi madre está deshecha. La necesito a mi lado. —Otra pausa—. Ya te lo he dicho mil veces: es mi mejor amiga. —La siguiente pausa fue mucho más larga que las anteriores—. Sí, ya me imagino lo que parecía, pero no se va a ir a ningún sitio. Ella es muy importante en mi vida, así que, si quieres que sigamos juntos, tendrás que acostumbrarte. —Una pausa breve—. Tú misma, tengo que dejarte. Te veo mañana en el funeral.

Noah colgó sin decir adiós. Salió del despacho y me encontró escuchando.

—Supongo que lo has oído. —Me apoyó una mano en el hombro. Al ver que yo seguía la dirección de su mano con la mirada, me preguntó—: ¿Te parece raro?

—¿El qué?

—El hecho de que no pueda pasar más de dos segundos sin tocarte.

—Es raro en el buen sentido. —Le sonreí.

—Si te molesta, paro. —Negué con la cabeza—. Es que tengo la sensación de que, si te suelto demasiado tiempo, te perderé.

—Estaré aquí todo el tiempo que necesites. Y no hace falta que me sueltes, si eso te hace sentir mejor, pero no quiero causarte problemas con Brooke. No le hizo ninguna gracia encontrarme en tu habitación.

—Se le pasará... algún día. —A Noah se le escapó una sonrisilla—. Brooke está furiosa, ¿te lo puedes creer? Mi padre acaba de morir y ella está furiosa porque te necesito a mi lado.

—Solo quiere ayudarte, Noah.

—Tiene que entender que lo que yo necesito ahora mismo eres tú. Nadie puede ocupar el lugar que tú tienes en mi vida, Piolín.

Me sonrojé, no pude evitarlo. Sentir que me necesitaba era muy agradable.

Aquella noche me estaba costando mucho dormirme. Los dos últimos días habían sido tan frenéticos que no había tenido ni tiempo de escribir en mi diario. Por mi cabeza pasaban tantas ideas y emociones que sentí la necesidad de anotarlas. Normalmente, después de hacerlo veía las cosas más claras y podía dormir, pero en ese momento un mensaje de móvil me sobresaltó:

Mira por la ventana.

Me levanté, me acerqué a la ventana y la abrí. Noah estaba al pie; con los ojos vidriosos y rojos, supuse que de tanto llorar.

En voz baja, le pregunté:

—Eh, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Estás bien? —añadí, aunque sabía que era una pregunta tonta.

—No, no estoy bien. ¿Puedo entrar?

—Claro. Da la vuelta y te abro la puerta.

—No hace falta.

Noah escaló hasta llegar a mi ventana. Me pareció que estaba un poco inseguro, así que lo ayudé a entrar. Una vez dentro, me llegó el olor a alcohol. Ya me había parecido que su voz sonaba rara, pero no podía culparlo por emborracharse después de lo que había pasado. Camino de mi cama, tropezó, así que lo seguí y lo ayudé a sentarse. Cuando me miró, se me rompió el corazón. Parecía tan solo y perdido.

Noah me abrazó por las caderas, acercándose a él. Mi cama era bastante alta, así que al estar de pie delante de Noah sentado, mi pecho le quedaba a la altura de los ojos. Sin decir nada, lo abracé por el cuello para atraerlo hacia mí y le acaricié el pelo. Aunque el olor del alcohol era inconfundible, su sedoso pelo seguía teniendo su aroma fresco, cítrico.

—Ojalá pudiera quitarte el dolor —le susurré con la cara hundida en su pelo. Él me abrazó más fuerte.

Permanecimos así un buen rato, hasta que empecé a notar que Noah deslizaba los dedos por debajo de mi camiseta y que me daba besos en el pecho. Era tarde y ya iba en pijama. Los pantalones eran largos y la camiseta de tirantes. En cuanto él enterró la cara entre mis pechos, noté que se me endurecían como piedras. Estaba muerta de vergüenza. En vez de consolar a mi amigo, me estaba excitando.

Traté de echarme hacia atrás, pero él me agarró con más fuerza y no me lo permitió. Alzó la cara y me miró entre sus largas y oscuras pestañas. Tenía los ojos apagados por el dolor. Esa mirada me mataba; quería hacerla desaparecer.

Ambos teníamos la respiración cada vez más alterada. Sin romper el contacto visual, Noah empezó a besarme los pechos por encima de la camiseta. La sensación era increíble, incluso por encima de la tela. Un escalofrío seguido de otro y de otro me encendieron la piel.

Movió los labios hacia abajo, hasta encontrar la pequeña porción de piel que quedaba al aire justo encima de la cadera. Le agarré el pelo con fuerza y contuve el aliento al notar que su lengua me rodeaba el ombligo antes de hundirse en él profundamente. Sus manos fueron a buscar mis nalgas mientras sus labios se desplazaban por mi torso, succionando y lamiendo mi piel ardiente. Estaba borracho, sufriendo mucho, y tenía novia. Cuando yo me emborraché fue Noah quien se encargó de evitar que cometiéramos ese error. Tenía que hacer lo mismo por él; tenía que parar. Aquello se nos estaba escapando de las manos.

—Noah —dije sin aliento y en un tono de voz tan bajo que no estaba segura de que me hubiera oído.

—Tu piel es tan suave..., tan dulce —murmuró con la boca pegada a mi torso.

—No podemos hacer esto —susurré.

Le solté el pelo. Le deslicé las manos por sus brazos musculosos y fui a parar a las suyas, que estaban pegadas a mis nalgas como con pegamento. Traté de separarlas, pero él se resistió. Me recorrió la mandíbula con los labios y siguió mordisqueándome hasta llegar detrás de mi oreja.

—Te necesito —susurró—. Para mí no hay nadie más que tú. Cada vez que estoy con ella, pienso en ti. Necesito estar dentro de ti; me muero de ganas, por favor, no me pidas que me vaya.

No sé de dónde saqué las fuerzas para no rendirme. Lo deseaba tanto como él me deseaba a mí.

—Noah, has bebido y estás triste. No puedes pensar con claridad. Además, tienes novia. Tú no eres así, tú no eres de los que engañan a su pareja.

Me soltó el trasero y me rodeó la cintura con los brazos mientras yo hacía lo mismo con su cuello. Nos abrazamos con tanta fuerza que apenas podíamos respirar. Él empezó a temblar ligeramente y noté lágrimas en el cuello.

—No me dejes, por favor —me suplicó.

—No voy a ir a ningún sitio; solo iré a donde tú vayas.

—Gracias —susurró.

—Quédate a dormir aquí. Tu madre está con tus tías, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

Le quité los zapatos y lo ayudé a vaciar los bolsillos de los vaqueros. Estaba lo bastante sereno como para quitárselos solo. Retiré las sábanas de mi cama y se metió, vestido con bóxer y camiseta.

—Voy a buscar un vaso de agua y una aspirina —dije, tapándolo.

Noah me sujetó la mano y me miró con los ojos brillantes.

—No podría soportar esto sin ti. Te quiero tanto, Piolín.

Tragué con dificultad al oírlo decir que me quería. Era la segunda vez que me lo decía, y yo aún no se lo había dicho nunca. Pero, al parecer, a Noah no le importaba que no se lo dijera; solo quería que supiera el lugar que yo ocupaba en su corazón. Esperaba que él supiera lo mucho que lo quería, aunque no fuera capaz de decírselo.

—No vas a tener que soportar nada sin mí. —Le sonreí con timidez.

Su cara mostró el alivio que le causaron mis palabras. Le di un beso en la frente antes de ir a buscar el agua y la aspirina. Cuando volví a la habitación, estaba profundamente dormido. Sabía que no había podido pegar ojo las dos noches anteriores, así que no lo molesté. Lo estuve observando un buen rato. Se lo veía tan tranquilo y relajado. Decirle adiós a su padre al día siguiente iba a ser lo más duro a lo que había tenido que enfrentarse en su vida. Al menos, podría descansar unas horas antes de ese momento.

De camino hacia la puerta, apagué la lamparita de la cómoda. Antes de salir, me volví una vez más hacia él. La luz de la luna que brillaba por la ventana iluminaba su rostro.

—Yo también te quiero, Noah —dije antes de cerrar la puerta y de acostarme en la habitación de invitados.

CAPÍTULO 19

Como dicen algunos, puedes hacerme daño con palos y piedras, pero no con tus palabras, o lo que es lo mismo, a palabras necias, oídos sordos. No obstante, si soy sincera, la verdad es que las palabras tienen un poder enorme.

Aunque no nos importe lo que piense de nosotros el mundo en general, siempre hay una persona que puede destrozarnos o devolvernos a la vida con una sola palabra.

El funeral fue tan desgarrador como me había imaginado, pero Noah fue un gran apoyo para su madre. Luego, la señora Stewart invitó a la familia y a los amigos más cercanos a su casa. Noah estuvo a su lado en todo momento, ayudándola en el trago de recibir y agradecer las condolencias. Brooke estaba al otro lado de Noah, sujetándolo del brazo siempre que podía. Yo me mantuve a una cierta distancia; la situación ya era lo bastante tensa. De vez en cuando, Noah me buscaba con la vista. Cuando Brooke se dio cuenta, empezó a lanzarme miradas hostiles cada vez que Noah miraba hacia el otro lado. Tras unos cuarenta minutos de miradas asesinas, decidí salir a tomar el aire. Cuando Noah me vio, le indiqué con la cabeza dónde podría encontrarme si me necesitaba.

Salí al patio y me dirigí al huertecillo que había en un extremo. El señor Stewart lo había plantado hacía poco más de un mes. Algunos brotes comenzaban a asomar de la tierra. Aunque ya había empezado el verano, se estaba más fresco fuera que dentro de la casa abarrotada. La cantidad de gente que había acudido al funeral era una muestra de lo querido que era el señor Stewart. Era un buen hombre, y Noah había salido a él. Recordé todas las vacaciones que habíamos pasado juntos y se me llenaron los ojos de lágrimas. El sonido de pasos a mi espalda me sacó de mis recuerdos. Me pasé los dedos bajo los ojos para secarme las lágrimas.

—¿Podemos hablar?

Me volví y quedé cara a cara con Brooke, que me miraba con la misma expresión que la otra noche.

—He salido un momento a tomar el aire. Vuelvo enseguida —dije notando cómo se me tensaban todos los músculos.

No sabía de qué querría hablarme Brooke, pero yo no quería hablar con ella, y menos en ese lugar y en ese momento.

—Me daré prisa. —Brooke estaba decidida a soltar lo que venía a decir.

—De acuerdo. —Respondí, no muy convencida.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó en tono acusador.

—No te sigo.

—¿Qué estás haciendo con Noah?

—¿Qué tal si me dices lo que quieres decirme y dejas de jugar a las veinte preguntas?

No tenía ningún interés en hablar con ella. Empezaba a ponerme nerviosa; eso no iba a ser bonito.

—Me doy cuenta de que no nos conocemos en absoluto. Noah no parece interesado en compartir conmigo los detalles de su relación contigo. Le pregunté a mi primo y me dijo que creía que habíais salido juntos.

Abrí la boca para corregirla, pero me di cuenta de que eso solo serviría para alargar la conversación, y quería quitarme a Brooke de encima cuanto antes. Ella siguió hablando.

—La otra noche, cuando os pillé, no dije nada. Obviamente no era el momento ni el lugar.

—Espera, ¿por qué dices «cuando nos pillaste»? Haces que parezca que estábamos haciendo algo malo.

—Estabas rodeando a mi novio con brazos y piernas.

—Estaba consolando a mi mejor amigo.

—Pues daba la impresión de que estabas haciendo algo más que consolarlo. —Hizo una pausa y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos oía—. Mira, no quiero discutir contigo y, como quiero ser breve, iré al grano. Lo que Noah y tú tenéis va más allá de una amistad, por mucho que él se empeñe en negarlo. Veo cómo te mira y cómo siempre recurre a ti cuando necesita a alguien, pero debería ser yo quien lo ayudara. Debería haber sido yo la que hubiera estado en su cama la otra noche, abrazándolo. Te pido que nos dejes pasar tiempo a solas, sin tenerte siempre en medio. Noah no puede avanzar en su relación conmigo si tú sigues estando siempre pegada a sus talones. Su primera reacción siempre es buscarte. No sé por qué no salís juntos y no me interesa vuestra historia. —Hizo otra pausa e inspiró hondo—. Si aprecias a Noah y quieres que sea feliz, apártate de él. Deja que vea que no eres tú la persona a la que debe recurrir cuando necesite ayuda. Soy yo la que está con él, no tú.

No estaba segura de cómo tomarme sus palabras. Estaba sorprendida y molesta a partes iguales. La miré a los ojos tratando de mantener una expresión neutra.

—Tus deseos se harán realidad dentro de un par de meses, cuando me vaya a la universidad.

—Me gustaría que te apartaras ahora mismo.

—¿Pretendes que abandone a Noah cuando acaba de perder a su padre? Eso lo destrozaría; me odiaría.

—¿Lo destrozaría? ¿No estás siendo un poco melodramática?

—Menudo momento has elegido para pensar en ti misma. Eres una zorra de primera división.

La vena del cuello me latía con fuerza. Apreté los puños sin darme cuenta, pero

ella ignoró mis palabras.

—*Odiar* es una palabra un poco fuerte, pero creo que es justo lo que Noah necesita para romper su vínculo contigo. Estoy segura de que será algo temporal y de que, con el tiempo, volverá a hablar contigo, pero para entonces nuestra relación ya estará más consolidada.

No me considero una persona violenta, pero en ese momento tuve muchas ganas de darle una bofetada en pleno patio de los Stewart.

—¿Por qué iba a hacer algo así por ti? —le pregunté.

—No lo harías por mí; lo harías por Noah. Sé que lo amas, lo llevas escrito en la cara, pero ambas sabemos que no eres la mujer adecuada para él. No seas egoísta, Amanda. Deja que siga adelante con su vida y que sea feliz. Ahora estoy yo aquí para ocuparme de su felicidad. No te necesita en su vida para eso.

Me había quedado clavada en el suelo. Quería largarme de allí cuanto antes, pero las piernas no me obedecían. Quería discutir con ella, decirle que se equivocaba en todo y que estaba loca si pensaba que iba a abandonar a Noah. No pude decirle nada porque en el fondo sabía que tenía razón. No sobre que ella fuera la mujer adecuada para Noah, pero sí en todo lo demás. Ni se me había pasado por la cabeza salir con nadie después del incidente con Brad. No sabía a qué estaba esperando; tal vez fuera porque no podía avanzar en mi vida mientras Noah siguiera a mi lado.

Estaba harta de Brooke y de su numerito de novia celosa/preocupada. Había llegado el momento de poner fin a la conversación.

—Pensaré en ello —le dije, y eché a andar hacia la casa, pero sus palabras volvieron a detenerme.

—Da igual el momento que elijas: esta semana, la que viene o cuando sea, le va a doler lo mismo. Si lo haces ahora, al menos tendrá los dos meses de verano para recuperarse antes de entrar en la universidad. Y así podrá centrarse en los estudios sin distracciones. Tal vez no sea yo la más egoísta de las dos. —Me dirigió una última mirada de hielo antes de que me fuera.

Había pasado una semana desde mi charla con Brooke. Bueno, su charla conmigo; yo básicamente me había limitado a escuchar. Era oficial: odiaba a Brooke; ya no había zonas grises entre nosotras. Sin embargo, sabía que tenía razón. Es casi imposible no querer estar con alguien a quien amas, si lo tienes constantemente delante de los ojos.

La noche anterior al funeral del señor Stewart demostró que ni Noah ni yo teníamos mucho control sobre nuestros sentimientos. Su felicidad era primordial para mí. No sabía si Brooke sería la mujer que lo haría feliz, pero al menos se merecían tener la oportunidad de intentarlo. Sabía que Noah se enfurecería conmigo, pero estaba segura de que un período de separación haría que ambos superáramos la atracción que sentíamos el uno por el otro. Luego podríamos volver a recuperar nuestro papel en la vida del otro, como amigos y solo amigos.

Mientras nos dirigíamos a nuestro refugio secreto, sentía que caminaba sobre arenas movedizas. Odiaba lo que estaba a punto de hacer. Me repetía constantemente que lo hacía por Noah. Durante esa semana había pasado a su lado todo el tiempo posible, porque sabía que se acercaba la despedida. Había repasado mentalmente mil veces lo que iba a decirle, pero de camino al parque mi mente se bloqueó; me quedé en blanco.

Cuando llegamos a la mesa, él me ofreció la mano para ayudarme a subir, pero rechacé su ayuda, negando con la cabeza. Noah se apoyó en la mesa y yo me quedé de pie, delante de él.

Me miró confundido y preocupado.

—¿Qué te pasa? Has estado muy callada toda la semana.

No pude contener más las lágrimas que se me habían ido formando por el camino. Tuve la sensación de estar eternamente de pie, en silencio, con las palabras atascadas en la garganta. La persona que lo era todo para mí acababa de perder a su padre y yo estaba a punto de abandonarlo, rompiendo la promesa que le había hecho. Noah malinterpretó mis lágrimas. Pensó que la tensión de la semana finalmente me pasaba factura. Al fin y al cabo, el señor Stewart era como un segundo padre para mí.

Me abrazó con fuerza. Yo le rodeé el cuello con los brazos y apreté. Sabía que era la última vez que sentiría sus fuertes brazos a mi alrededor; que acariciaría su pelo y disfrutaría de su maravilloso aroma cítrico. Mientras me abrazaba, traté de controlar los sollozos. Tenía que ser muy rápida o me echaría atrás.

Reculé, pero él siguió sujetándome por la cintura.

—Noah, tengo que decirte algo.

—Vale.

Di varios pasos hacia atrás. No sabía si sería capaz de llegar hasta el final. Temblaba como una hoja, por dentro y por fuera.

—Prométeme que me escucharás antes de decir nada.

—¿Qué pasa, Piolín?

—Prométemelo.

—Vale, te lo prometo.

Respiré hondo y empecé a hablar.

—Eres la persona más importante de mi vida. Tu felicidad es mi prioridad absoluta. Nunca lo dudes porque siempre será así.

—Me estás asustando. —La voz de Noah empezó a quebrarse por la emoción. Sus preciosos ojos azules se llenaron de tristeza y de lágrimas.

Sabía que había llegado el momento de la verdad. Mi vida nunca volvería a ser igual, y estaba muerta de miedo.

—Necesito poner distancia entre nosotros durante un tiempo. Verte con Brooke es más duro de lo que había imaginado. —Tragué saliva. Aún no me creía que lo estuviera haciendo de verdad.

—La dejaré —replicó con tanta firmeza que me descolocó.

—Deberías buscar consuelo en Brooke, no en mí. Ella es tu novia. —Sentí un nudo en el estómago mientras pronunciaba esas palabras—. Ella es lo que te conviene.

—Eres una mentirosa, no la soportas.

Noté que los sollozos se me instalaban en el pecho y no me dejaban respirar, pero seguí adelante. Tenía que ser fuerte.

—Debes dejar de tenerme tanto cariño.

Las piernas me temblaban tanto que casi no me sostenía de pie. El dolor en el pecho era como un puñal que se retorció con cada palabra que decía.

—¿Debo dejar de tenerte cariño? —Noah se apartó de la mesa y dio un paso hacia mí.

—Ya no somos unos niños; estoy a punto de irme a la universidad...

—No hagas esto, por favor, te lo ruego. No te tocaré, ni siquiera un abrazo. No puedo perderte a ti también. —Se acercó un poco más—. Te quiero.

Mi cuerpo entero clamaba por abrazarme a él y decirle lo mucho que lo amaba, pero no pude hacerlo. Noah no me iba a poner las cosas fáciles. Tenía que decirle algo que le llegara a lo más hondo.

—Pues no deberías. Te he dicho mil veces que no podía estar contigo, pero tú no paras de insistir. ¡No puedo estar contigo, Noah! No siento lo mismo que tú.

Sus ojos lucían tan expresivos que vi el momento preciso en que el dolor dio paso al enfado.

—Ah, o sea que esto es culpa mía, ¿no? Siempre decías que no podíamos ser pareja porque no querías cagarla, porque si la cagabas no soportarías perder nuestra amistad. ¡Pero ahora es culpa mía!

—No es culpa de nadie —dije con un hilo de voz.

—¿Ah, no? Pues no estoy de acuerdo. ¡Es culpa tuya! —Desprendía furia por todo el cuerpo—. Te importo una mierda y te importa una mierda mi felicidad. Lo único que te importa es poder guardar las cosas en sus cajitas para tenerlo todo bajo control.

Su mirada volvió a cambiar; esta vez pasó de la rabia al odio. Estaba empezando a odiarme.

Di un paso atrás y traté de apartar la vista, pero él me sujetó la barbilla para impedirlo.

—Ni se te ocurra rehuirme la mirada. Esta vez no te vas a escapar. —Permanecí en silencio, dejando que expresara todo lo que tenía guardado dentro—. He tratado de mantenerme a distancia, de no tocarte, sabes que he tratado con todas mis fuerzas de no enamorarme de ti, ¡joder!

Se acercó un poco más sin dejar de mirarme fijamente. Estábamos tan cerca que nuestros pechos se rozaban cada vez que inspirábamos hondo.

—Sé que me deseas —añadió en voz baja y ronca—. La última vez que estuvimos juntos estabas tan húmeda que lo noté aunque llevaras el pijama. Estabas

lista para que me deslizará dentro de ti hasta el fondo. Lo único que hice fue besarte la barriga y estuviste a punto de correrte entre mis brazos, ¿me equivoco?

Me sobresalté cuando gritó exigiendo una respuesta:

—¿ME EQUIVOCO?!

Cuando negué, dio un paso atrás. Sacudió la cabeza y se echó a reír sin ganas.

—Siempre has dicho que me merecía a alguien mejor que tú, pero creo que en realidad eras tú la que querías a alguien mejor que yo, porque yo no soy perfecto y para ti todo tiene que ser jodidamente perfecto.

—No es verdad. Tú eres perfecto, pero yo no. Te mereces a alguien perfecto.

—Y ¿crees que Brooke es perfecta para mí?

—No lo sé; solo sé que yo no lo soy.

—¡Cállate de una vez, joder! Estoy tan harto de oírte decir eso. No te imaginas lo mucho que odio que pienses eso de ti. Sé que crees que Emily es perfecta y que siempre te han comparado con ella. Cuando me rechazaste, lo acepté porque pensé que eras sincera. Pero creí que, si seguía diciéndote lo increíble que eres y lo mucho que te quiero, al final te lo creerías y dejarías de hacer el idiota. No eres un desastre, Piolín. Lo que eres es una cobarde porque acabas de perder la oportunidad de estar con alguien que quería pasar el resto de su vida amándote.

—Por favor, no me odies. Cuando te calmes y veas las cosas más claras, te darás cuenta de que es lo mejor —dije, temblando tanto que apenas me salía la voz.

Noah permaneció un instante en silencio, con las manos en las caderas y la vista clavada en el suelo. Luego, en un tono de voz bajo y muy tenso, dijo:

—¡Aléjate de mí, joder!

—Noah...

Me miró y ahogué un grito. Su mirada era la de un hombre destrozado y yo era la causante de su dolor.

Fulminándome con los ojos, repitió muy lentamente:

—¡A-lé-ja-te de mí, jo-der!

Mientras me iba, sentí que la vida se me escurría como el agua por las cañerías. No había llegado muy lejos cuando oí golpes y gruñidos. Me volví y lo que vi acabó de matar el último pedazo de mi corazón. Noah estaba dando puñetazos y patadas a nuestra mesa, y luego la volcó y la tiró al suelo, gritando:

—¡HIJA DE LA GRAN...! ¡EGOÍSTA..., MALDITA SEA!

Empecé a temblar descontroladamente y tuve que apoyarme en un árbol cercano. Me cubrí la boca con una mano temblorosa. Tenía ganas de vomitar. Sin embargo, no me atreví a apartar la vista. Merecía ser testigo de todo el dolor que le había provocado al chico que sería siempre el dueño de mi corazón. Lo que tanto miedo me daba acababa de hacerse realidad, pero no como me lo había imaginado en mis pesadillas. Era mucho peor, y no había vuelta atrás. Me odiaba y no podía echárselo en cara: yo también me odiaba.

CAPÍTULO 20

Nos vamos poniendo límites constantemente. Nos marcamos una línea imaginaria y estamos convencidos de que nunca la cruzaremos..., hasta que lo hacemos.

Una madre o un padre no dudarían en matar a alguien que estuviera a punto de matar a su hijo.

Y, al hacerlo, desplazan su límite.

Una chica consumida por el dolor y el vacío de la soledad es capaz de hacer cualquier cosa, sin importar lo degradante que sea, por anestesiar su dolor.

Y, al hacerlo, desplaza su límite.

Esos límites se desplazan constantemente, hasta que llega un día en el que se da cuenta de que no tiene límites.

Mi cuerpo, mi mente y mi alma dejaron de funcionar cuando vi a Noah volcar nuestra mesa y dar puntapiés a las patas hasta romperlas. Ver cómo se dejaba caer al suelo de rodillas fue durísimo, y cuando cogió una de las patas rotas y la lanzó al aire con toda su rabia, no pude más y volví la cabeza. Me odiaba a mí misma. ¿Cómo podía haberle hecho eso? Al mirarlo por última vez, vi que sus hombros se sacudían porque estaba sollozando y me sentí morir.

Eso debería haber sido algo temporal, pero no me parecía que fuera a serlo. No era como la *ruptura* del año anterior. Esta parecía que iba a ser permanente. Se había hartado de mis excusas, de mis inseguridades y de todas las veces que parecía que iba a rendirme a mis deseos solo para echarme atrás en el último momento. Esa noche la gota había colmado el vaso. Había conseguido mi objetivo, con creces. No es que hubiera roto nuestra amistad, la había hecho añicos. Tenía que convencerme de que estaba haciendo lo mejor para él, o no podría seguir viviendo en mi piel.

Me volví y salí del parque. No tenía ni idea de adónde iba. Tenía el cuerpo entumecido y la mente en blanco. Al cabo de un rato, seguía sin saber hacia dónde iba ni el tiempo que llevaba andando.

Cuando al fin me detuve y alcé los ojos, tardé varios minutos en darme cuenta de dónde estaba. Vi que mi mano se dirigía al timbre y llamaba. Cuando la puerta se abrió, la luz del interior me deslumbró, haciéndome entornar los ojos. Él me miraba, sorprendido. No estoy segura, pero creo que sonrió al reconocermelo.

—Amanda, ¿qué estás haciendo aquí?

No supe qué decirle. No sabía qué impulso me había llevado hasta allí; ciertamente, no había sido una decisión racional.

No había vuelto a hablar con Brad desde el día en que me humilló. Por su expresión noté que llevaba un rato allí parada, en silencio.

—¿Estás solo? —le pregunté con un hilo de voz.

Él miró por encima del hombro y se volvió hacia mí. Alzó una ceja y, sonriendo, respondió:

—No, pero puedo estarlo. Dame un segundo.

Se echó hacia atrás para dejarme pasar. Mis piernas no titubearon. Sabía dónde estaba y con quién estaba. Ese chico se había encargado de humillarme meses antes. Probablemente mi subconsciente sabía que Brad era lo que me merecía. Desde luego, no me merecía nada mejor que ese capullo.

Oí música que salía de la sala de juegos que había al final del pasillo. Brad me metió en la cocina.

—Espera aquí mientras me libro de..., eh..., la compañía.

Salió de la cocina y desapareció pasillo abajo. La música dejó de sonar y me llegó el sonido de voces apagadas.

En un extremo de la cocina había un rincón con una mesa para desayunar. Me quedé en la esquina, tratando de pasar lo más desapercibida posible. Mi cuerpo eligió ese momento para recuperar la sensibilidad. Cuanto más se acercaban, más claras me llegaban las voces. Y, cuanto más recobraba la sensibilidad, más me costaba respirar, puesto que se me había formado un nudo en el pecho. Tenía los dedos de las manos muy fríos, pero me sudaban las palmas. Noté que una gota de sudor me resbalaba por la frente. Estaba ardiendo. Y, por desgracia, mi cuerpo no era lo único que estaba despertando. No podía detener el flujo de imágenes de Noah sufriendo que me aparecían ante mis ojos. No era el momento ni el lugar adecuado para tener un colapso nervioso. Tenía que volver a atontarme. Necesitaba escapar de tanto dolor.

Cuando pensaba que la noche ya no podía empeorar más, oí la voz almibarada que siempre me ponía los pelos de punta:

—¿Adónde vamos? Pensaba que querías que me inclinara sobre la mesa de billar y...

—Esta noche no, Brit. Acaba de salirme algo importante. —Brad parecía ansioso por librarse de ella.

—Si me dejas, yo haré que te salga algo importante —comentó ella, y se rio de su propio chiste.

Sus voces aumentaron tanto de intensidad que pensé que iban a entrar en la cocina. Me sequé el sudor de la frente con la manga y traté de calmarme respirando más lentamente.

—Brittani, el taxi llegará en cualquier momento. Sal y espéralo fuera.

—Solo quiero coger una botella de agua.

Brittani entró tambaleándose y se dirigió a la nevera, dándome la espalda. Sacó una botella de agua, se apoyó en la encimera, echó la cabeza hacia atrás y bebió con ganas. Si cualquiera de las dos se hubiera movido un centímetro, me habría descubierto.

La cocina tenía dos puertas: una daba al recibidor y la otra al comedor. El

comedor daba al salón y, desde el salón, se accedía también a la puerta principal. Si decidía salir por ahí, no me vería. Se dirigió hacia Brad o, lo que es lo mismo, hacia el comedor, y yo solté el aire que había estado conteniendo. Pero en ese momento oí:

—Me he dejado el bolso.

Brittani se volvió en redondo y me vio. Tardó unos instantes en enfocar la vista y darse cuenta de que era yo la que estaba ante ella.

—¿Qué coño hace ella aquí? ¿Es ella el asunto importante que te acaba de salir? —saltó.

Brad se limitó a encogerse de hombros y le dirigió una sonrisa canalla.

—Brit, vamos, el taxi acaba de llegar.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes y se los dio de mala manera. No pude evitar pensar que esa escena era una premonición de lo que sería el futuro profesional de Brittani.

Ella cogió el dinero y dio unos cuantos pasos en mi dirección, fulminándome con la mirada.

—No lo entiendo —dijo señalándome con el dedo índice y trazando una línea en zigzag en el aire—, Noah siempre quería metértela, y ahora es Brad el que no puede esperar para hacerlo.

Se tambaleó hacia atrás y se echó a reír. Miró a Brad y le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Tiene una vagina mágica o algo así?

—Vamos, Brit, es hora de que te vayas. —Brad se acercó a ella y la sujetó por el codo.

—Necesito mi bolso —replicó ella, soltándose.

—Ya lo tienes. —Brad señaló el bolso que le colgaba del hombro. Volvió a sujetarla del brazo con más fuerza y tiró de ella hacia el taxi que aguardaba.

Sabía que debería haberme ido de allí, pero no lo hice. Me quedé en aquella cocina, esperando a que regresara el cabronazo de Brad. ¿En qué momento me había vuelto tan patética? No hacía más que repetirme que tenía que irme a algún lugar donde nadie me encontrara.

Brad volvió a la cocina y se plantó ante mí con su habitual expresión chulesca.

—¿Tu madre no está en casa?

—*Nop*. Tiene novio nuevo, así que los pocos segundos que no dedica a sus casos los pasa con él. Me temo que este año tampoco le van a dar el premio a la Madre del Año.

Hizo una pausa y me miró de arriba abajo, como un depredador examinando a su presa.

—¿Estás bien?

Respiré hondo y asentí en silencio. Se acercó más a mí. Estaba tan cerca que podía oler su aroma a canela.

—¿Para qué has venido, Amanda? —me preguntó en un tono sensual.

Le dirigí una mirada desvalida.

—No tenía ningún otro sitio adonde ir. ¿Puedo quedarme un rato, por favor?

—Claro. ¿Quieres tomar algo? —Su mirada me decía que estaba impaciente por abalanzarse sobre mí.

—Una copa me vendría muy bien, gracias.

—¿Qué te apetece, aparte de notar mi cara entre tus piernas?

Quise darle una bofetada para borrarle esa expresión de suficiencia de la cara. Me miraba como si supiera exactamente por qué me había presentado en su casa, cuando la verdad era que ni siquiera yo sabía qué me había llevado hasta allí. Si me hubiera dicho algo así hace unos meses, me habría reído porque habría sabido que estaba bromeando, pero ahora todo lo que salía de su boca iba cubierto de babas.

«Amanda, ten un poco de dignidad y lárgate de aquí».

—Cualquier cosa que sea fuerte. —Respondí.

—Creo que tengo algo fuerte y duro para darte por aquí.

Con la mano, me indicó que pasara delante de él. Sabía que guardaban el alcohol en la sala de juegos. Al entrar, vi que el mueble bar estaba lleno de botellas que acababan de ser usadas. Había suficiente alcohol para una fiesta. Debía de habérselo tomado todo Brittani, porque Brad parecía estar totalmente sobrio.

—¿Qué quieres que te prepare? —me preguntó, colocándose detrás del mueble bar.

—Lo que quieras, elige tú.

—Esas palabras son peligrosas, preciosa.

—¡No me llames así! —repliqué furiosa.

Me senté en uno de los taburetes y observé cómo Brad cogía una coctelera limpia y la iba llenando con el contenido de varias botellas. De vez en cuando, me miraba. Echó cubitos de hielo en un vaso, luego vertió una generosa cantidad del combinado encima y me lo ofreció. Acto seguido se sirvió otra copa para él y se acercó a mí.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Long Island Iced Tea —respondió mirando por encima de la copa—. ¿Nos sentamos en el sofá?

—No, aquí estamos bien. —Hice una pausa—. Siento haberte estropeado la velada. —Añadí con todo mi sarcasmo.

Él negó con la cabeza.

—No te preocupes. Brit solo es un tres y medio.

Menudo capullo arrogante.

—Eres asqueroso.

Él sonrió, se acercó a mí y me dijo al oído:

—Pero te molo.

Puse los ojos en blanco y di un trago.

—Amanda, ¿vas a decirme de una vez para qué has venido? Parece que vengas del entierro de tu mejor amigo. Y, hablando de amigos, ¿tengo que preocuparme por si Stewart viene mañana a romperme la cara?

—No, no tendrás que volver a preocuparte por Stewart nunca más.

Hice girar el taburete hacia el mueble bar y me serví otra copa. Me había bebido la primera en tiempo récord. Quería emborracharme cuanto antes, necesitaba dejar de sentir.

—Oh, ¿problemas con don Perfecto?

—No hables de él. —Brad no era lo bastante bueno ni siquiera para tener su nombre en los labios.

Vacíé la segunda copa al mismo ritmo que la primera. Empezaba a notar los efectos del alcohol, pero mi mente seguía demasiado lúcida, y no paraba de decirme cosas como esta: «Soy una persona horrible y no me merezco que me pase nada bueno en la vida. Lo único que me merezco es estar con alguien tan asqueroso como este ser humano que tengo delante».

—Frena un poco; no quiero que me dejes un regalito en la papelera como la otra vez.

Me eché a reír.

—Ese día estaba tan ocupada sufriendo un colapso nervioso que me olvidé de disfrutar imaginándome la cara que pondrías cuando te encontraras la papelera vomitada. Dime, ¿las demás chicas también vomitan después de que te las folles? Porque, si la respuesta es «Sí», eso no te deja en muy buen lugar, colega. —Me serví otra copa.

Odiaba a Brad por lo que me había hecho, pero de algún modo seguía sintiéndome atraída por él, borracha y serena.

«Soy idiota y patética».

Llevaba unos vaqueros gastados de talle bajo que le colgaban de las caderas. La tela estaba rota por varios sitios: a la altura del muslo en ambas piernas y por debajo de la rodilla derecha. La camiseta le sentaba como un guante y le marcaba los detalles del torso, bien definido. Debía de haber estado yendo al gimnasio, porque tenía más músculos y estaban más marcados. Las mangas le apretaban un poco en los bíceps, resaltando lo fuertes que los tenía. La camiseta era de color coral y hacía destacar su piel bronceada y su pelo dorado. A muchos chicos no les habría sentado bien ese color, pero a Brad le quedaba genial. Nos miramos fijamente mientras vaciaba la tercera copa. El dolor que sentía cuando había llegado se había calmado. El Long Island Iced Tea era un elixir milagroso. Cuando estaba a punto de servirme el cuarto, Brad lo impidió, agarrándome del brazo.

—Creo que tienes que parar un poco.

—Vaya, estás hecho un auténtico *boy scout*. —Me moví a un lado y a otro sobre el taburete, mirando a mi alrededor. Brad no apartaba la mirada de mí—. ¿Y bien?... , conque Brittani, ¿eh? ¿Qué ha pasado? ¿Una temporada de vacas flacas?

—¿Qué quieres decir? —Se notaba que me encontraba divertida.

Me incliné hacia él y le dije al oído sin bajar la voz:

—Es un zorrón. Además, has dicho que solo es un tres y medio. —Me eché hacia

atrás, riéndome—. Seguro que hasta tú te mereces algo más que eso. Aunque no, claro, tú no entras en esa competición porque no eres virgen. No, no, lo que tú eres es un follapitufos. ¿De qué estábamos hablando? Eh, y ¿por qué me has dejado entrar si Bichani y tú estabais a punto de jugar al... *billar*? ¿Ahora se llama así?

—Te echaba de menos —replicó Brad, con su sonrisa de un millón de vatios marca de la casa.

Francamente, Brad era más sexi que un montón de tortitas cubiertas de sirope, y quería hincar mi tenedor en él.

«Brad es un baboso, pero es lo que me merezco después de lo que le he hecho a Noah».

—Bueno, hasta un tres y medio es mejor que el recuerdo de un nueve setenta y cinco. Y eso es todo lo que vas a sacar de mí, follapitufos. —Le planté la mano delante de los ojos y chasquéé los dedos para demostrarle que hablaba en serio.

—Pero si soy un auténtico encanto. Estoy seguro de que puedo convencerte para que te sientes un rato sobre mi cara.

—Me pones la carne de gallina.

—Déjame comprobarlo. Quiero lamer tu piel de arriba abajo.

—¿De verdad crees que a las chicas nos gusta oír esas cosas?

Ignorándome por completo, me preguntó una vez más:

—Amanda, ¿para qué has venido?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Ilumíname, pues —repliqué con una sonrisa burlona.

—Tú y yo no somos tan distintos en el fondo. Yo te usé para ganar una apuesta, pero tú también me has utilizado.

—¿Ah, sí? ¿Cómo te he utilizado?

—¿En quién pensabas cada vez que te lo montabas conmigo y a quién has venido a olvidar esta noche?

Me lo quedé mirando, tratando de mantener una expresión neutra. No quería darle la satisfacción de reconocer que tenía razón.

—Me usaste como sustituto de don Perfecto. Yo te usé para ganar pasta, y tú has vuelto buscando más. Cuando te folle esta noche, no ganaré ni un céntimo. ¿Y tú? Cuando cierres los ojos mientras me clavo en ti, ¿qué cara verás en tu mente? —Hizo una pausa—. Así que, dime, ¿quién es más asqueroso de los dos?

Brad se inclinó hacia mí y dejó el vaso sobre el mueble bar. Estaba tan cerca que notaba el calor que desprendía su cuerpo. Bajó la vista hacia mí y me apartó el pelo de la cara, colocándomelo detrás de la oreja. Luego me resiguió la línea de la mandíbula con los dedos y continuó descendiendo por mi cuello hasta llegar casi hasta el pecho. Clavé la mirada en sus ojos azules como el zafiro y quedé hipnotizada.

El roce de sus dedos me provocaba escalofríos. ¿Cómo podía sentirme tan atraída

por alguien a quien despreciaba, el responsable de uno de los peores días de mi vida?

«Porque tiene razón: no eres mejor que él, Amanda».

No podía dejar de mirarlo. Solo quería olvidarme de todo, olvidar el dolor abrumador que sentía y el que había provocado.

—Así que, ahora que hemos dejado las cosas claras, ¿para qué has venido, Amanda?

—Quiero que me hagas olvidar —susurré.

Estábamos tan cerca que nuestros labios se rozaban con cada palabra que pronunciaba.

—No era tan difícil de admitir, ¿no? De hecho, estaré encantado de llamarte Piolín si eso te ayuda. —Al oír mi apodo de sus labios estuve a punto de vomitar.

Antes de que pudiera decir nada más, lo agarré por la nuca y le devoré la boca. Me aferré a su camiseta, rogándole en silencio que se la quitara. Él lo hizo y luego no perdió ni un segundo y coló las manos por debajo de mi falda hasta llegar a mis caderas. Mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas, él hundió los dedos en mi carne. Me levantó, me llevó hasta la mesa de billar, me sentó y me tumbó de espaldas sobre el tapete. Oí el sonido de una cremallera y luego el del aluminio que se rompía. Brad me agarró por detrás de las rodillas y tiró de mí hasta que quedé sentada justo en el borde de la mesa. Me recorrió las piernas con las manos; las tenía frías. Casi sin darme cuenta, me había arrancado las bragas y estaba embistiéndome.

Estaba atontada por el alcohol, pero me mantenía concentrada en lo que estaba haciendo. No pensaba en el pasado ni en el futuro. Lo único que importaba era el presente. Y eso era un gran alivio. No sentía ni culpa, ni desamor ni soledad. Había logrado quitarme todo eso de la cabeza con unas cuantas copas y un tipo dispuesto. Ya me ocuparía de la vergüenza más tarde.

Pasé el verano tratando de olvidar a Noah con Brad. El sexo con él era como una droga. Me permitía evadirme de la realidad. Me proporcionaba alivio momentáneo y con él conseguía escapar del dolor que me atenazaba todas las mañanas. Huir de la realidad resultó ser muy adictivo y, además, como pasa con las demás drogas, cuando viene el bajón, el dolor y la soledad regresan, acompañados por la decepción y la baja autoestima.

Estar con Brad me permitía liberarme de la necesidad de ser perfecta. Me daba igual lo que él pensara o esperara de mí. Me daba igual lo que me hiciera. Era irrelevante en mi vida. Habría obtenido el mismo resultado con cualquier otro. A Brad lo conocía y estaba a mano: era cómodo.

Cuando no estaba con él, trataba de mantenerme ocupada, pero Noah siempre se colaba en mis pensamientos. Pasaba los días lo mejor que podía. Lo que no podría haber soportado era ver a Noah. Si lo hubiera visto, habría tenido que meterme en la cama y no salir hasta el día siguiente. Hice todo lo que estaba en mi mano para que

no pasara, pero algunos días no podía resistir la tentación de mirar por la ventana, esperando verlo aunque fuera un segundo.

Una semana antes de marcharme a la universidad, me quedé pasmada en la ventana de la cocina, la que estaba sobre el fregadero, desde la que tenía una visión muy clara del patio trasero de los Stewart. Solo quedaba una semana, así que pensé que no pasaría nada por dejar de luchar contra el impulso de mirar un ratito. Cuando llegara a la facultad, Noah ya estaría fuera de mi alcance y podría quitármelo de la cabeza.

Mamá ya había pasado una vez por la cocina y me había visto allí, pegada al cristal. Cuando quince minutos más tarde volvió a pasar, seguía en el mismo sitio y en la misma postura. La curiosidad fue más fuerte que ella. Se colocó a mi lado y siguió la dirección de mi mirada.

—¿Te importaría aclararme qué hay en el patio que es tan interesante?

—Nada, supongo que me he embobado. Tengo muchas cosas en la cabeza: la universidad, la mudanza... —mentí.

Lo que me tenía pegada a la ventana eran Noah y Brooke, que estaban jugando en la piscina de los Stewart. No era la primera vez que los veía, pero lo que era distinto ese día era la sonrisa en el rostro de Noah. La sonrisa que tanto amaba y añoraba había vuelto a aparecer. Era feliz junto a Brooke. Al verlo sentí un dolor muy grande en el estómago que fue extendiéndose por todo el cuerpo. Se me había roto el corazón una vez más al comprender que era yo quien le había arrebatado la sonrisa y ella quien se la había devuelto.

Mamá me pasó el brazo por los hombros y apoyó la mejilla en mi cabeza.

—¿Aún sale con Brooke? ¿Es por eso por lo que no lo hemos visto por casa este verano?

Asentí.

—No hay sitio para Brooke y para mí en su vida. —Los ojos se me estaban llenando de lágrimas—. Ella lo hace feliz; mira cómo sonrío.

Tragué saliva para librarme del nudo que tenía en la garganta, pero no logré que la voz dejara de temblarme.

Mamá me abrazó con fuerza y dijo:

—Las apariencias pueden ser engañosas. No siempre puedes juzgar lo que siente una persona por su aspecto externo. La gente se esfuerza en poner buena cara cuando alguien les rompe el corazón, pero eso no significa que lo hayan superado. El vínculo que existe entre Noah y tú es muy especial; ningún extraño podrá romperlo.

—Gracias, mamá.

Al fin logré apartar la vista de la ventana. Abracé a mi madre y subí a mi habitación. Cogí el teléfono e hice lo que había estado haciendo todo el verano, especialmente cada vez que veía a Noah: le envié un mensaje a mi camello.

¿Solo en casa? ¿Quieres compañía?

Me respondió inmediatamente.

Depende. ¿Qué llevas puesto? Olvídalo, no importa; te lo voy a arrancar en cuanto llegues. ¡Ven! ;)

Al leer su mensaje se me hizo un nudo en el estómago. Brad era un auténtico follapitufos, pero daba igual. Sabía que al cabo de veinte minutos mi mente estaría en otro sitio y podría huir del dolor.

CAPÍTULO 21

Hoy no tengo nada que anotar en mi diario. ¡Joder! Estoy a punto de entrar en una prestigiosa facultad de Periodismo. ¿Cómo puede ser que no tenga nada que decir? Yo siempre tengo una opinión lista para cualquier cosa; una opinión, una idea estúpida, lo que sea..., pero hoy no.

Y ¿qué pasa si esto sigue cuando llegue a la facultad? Seré el hazmerreír. Los demás estudiantes me mirarán, me señalarán con el dedo y se reirán de mí. Una periodista que se queda sin palabras es... ¡MIERDA! Ni siquiera puedo acabar esa frase. Tendré que volver a casa. Me criticarán a mis espaldas y el único trabajo que conseguiré será el de medidora de sujetadores para ancianas. Nadie quiere hacer ese trabajo. Pero así es el karma, y me temo que así va a seguir toda la semana.

Tardé aproximadamente un mes y medio en aclimatarme, pero la vida en la universidad me sentó bien. Lo más duro fue acostumbrarme a estar lejos de casa. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo bien que vivía allí. En la facultad tenía que hacer la colada y limpiar el baño cuando me tocaba. En ese momento, empecé a valorar más a mi madre.

Mi compañera de habitación, Lisa, era una chica de pueblo, de Misuri, de esas que no se andan con tonterías. Era muy guapa; tenía una melena cobriza y ondulada que le llegaba por los hombros, unos ojos verdes grandes y brillantes y curvas donde tocaba. Era inteligente y divertida, una gran compañera de cuarto. Era muy agradable volver a tener una amiga, pues la consideraba mi amiga, aunque hacía muy poco que nos conocíamos.

Mi horario de clases era muy completo, sobre todo para una alumna de primer curso. Me había matriculado de cinco asignaturas, una de las cuales era obligatoria para mi especialidad. El campus era muy grande y las distancias entre instalaciones eran enormes, pero ya me orientaba sin problemas. Entre una cosa y otra, las jornadas se hacían muy largas. Había días en que estaba tan cansada que lo único que cenaba era un par de cucharadas de cobertura de chocolate que guardaba en la neverita de la habitación. Otros días no cenaba nada. El lado bueno de estar tan ocupada era que no había ganado ni un gramo, al contrario de lo que les pasaba a muchos estudiantes de primer curso con el cambio de dieta. Al revés, me había adelgazado un poco.

Aún no había vuelto a casa de visita. Sabía que, si volvía demasiado pronto, recaería, y de momento estaba consiguiendo olvidarme de Noah. Estar tan ocupada me ayudaba a no pensar en él. Durante los fines de semana me dedicaba a ir a fiestas y a conocer gente, pero las noches eran muy duras. Pasaba mucho rato estudiando en la habitación, sin embargo, a la que me descuidaba, Noah se metía en mi cabeza.

Habían pasado cinco meses desde la última vez que había hablado con él. Al pensar en él aún sentía dolor y soledad; me sentía mucho más sola ahora que el día en que destruí nuestra amistad. Si dejaba que la tristeza se apoderara de mí, empezaría a llorar y me pasaría la mitad de la noche llorando, escondida en el lavabo para que Lisa no me viera y no empezara a hacerme preguntas.

Una noche, mientras estaba estudiando para un examen de psicología, Lisa se dio cuenta de que llevaba veinte minutos sin pasar página. Se levantó de la cama, cogió dos vasos y una botella de vino que había metido en la habitación de contrabando y me dijo:

—Muy bien, cadete espacial, es hora de beber. —Lisa se dejó caer en la otra silla, frente a mí.

Levanté la cara, sorprendida de verla ahí. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no la vi hasta que me plantó un vaso de vino delante.

Se echó hacia atrás en la silla, apoyó los pies en la mesa y me preguntó:

—¿Vas a contarme de una vez en quién estabas pensando, perdida en el espacio?

—Estaba concentrada. —Respondí antes de beber.

—Claro, estabas concentrada. ¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién?

Ella negó con la cabeza.

—El tipo por el que lloras cuando te encierras en el baño por las noches.

Sus palabras me pillaron desprevenida.

—No sabía que me oías. Me metía ahí para no molestarte; lo siento.

—Pues suéltalo todo.

—No es nadie, de verdad. —Me avergoncé al oírme decir esas palabras. Noah nunca sería «nadie» para mí, ni siquiera si no volvía a verlo nunca más—. Quiero decir que era alguien muy importante, pero que ya no está en mi vida.

—Pues no me lo creo. Llevamos aquí más de un mes y te oigo llorar al menos una vez a la semana y..., bueno..., ¿a qué viene eso de ir acostándote con todo el mundo?

Me atraganté con el vino al oírla decir eso.

—¿Perdona?

—Es que no me imaginaba que fueras un panecillo de Frankfurt.

—¿Un qué?

—Un panecillo de Frankfurt. Te abres de par en par cada vez que ves una salchicha.

—¡No es verdad! —No es que me hubiera enfadado con ella, pero me sorprendía dar esa impresión. Me pregunté si el resto de los alumnos pensarían lo mismo que ella.

—Tú y yo hemos ido a cuatro fiestas desde que estamos aquí y, que yo sepa, te has enrollado ya con tres tíos. O estás tratando de olvidar a alguien, o quieres vengarte de alguien o eres un panecillo de Frankfurt. Si a eso le añado las llantinas nocturnas, deduzco que tratas de olvidar a alguien.

Di un buen trago al vino mientras decidía si compartir o no con ella todo lo que Noah significaba para mí. Nunca me ha resultado fácil abrirme a la gente; solo lo hacía con Noah. Tal vez si hablaba con Lisa me desahogaría un poco y me dolería menos.

—Se llama Noah. Crecimos siendo inseparables; era mi mejor amigo, pero ya no lo es. —Di otro trago. Sí, definitivamente abrirme a ella me sentaba bien.

Lisa irguió la espalda en la silla y me apuntó con el dedo.

—Escúchame bien, zorrón. No he abierto esta botella de vino de cinco dólares solo para que me cuentes la versión abreviada de tu amor de instituto. ¡Quiero detalles, y los quiero ya!

Esa noche permanecimos charlando y bebiendo hasta las tantas. Le conté casi todos los detalles de mi vida con Noah y me quité un peso enorme de encima. Lisa era la caña; sabía escuchar sin juzgar.

Lisa estaba en segundo curso, así que ya conocía a muchos de los alumnos. El fin de semana antes de que empezaran las clases me invitó a una fiesta que daba uno de sus amigos. Acepté porque pensé que sería una buena manera de conocernos mejor. Además, necesitaba un recambio para Brad. Echaba de menos el consuelo que me proporcionaba, aunque fuera temporal.

Las fiestas universitarias eran bastante abrumadoras. No conocía a nadie aparte de Lisa. Pero unas cuantas copas me ayudaban a soltarme, por lo que beber se convirtió en un ritual semanal. No me afectaba en los estudios, así que no suponía ningún problema. Después de beber, no me costaba acercarme a los tíos. No me valía cualquiera; tenían que ser chicos que me gustaran razonablemente y con los que me sintiera segura.

Conocí a Matt en la primera fiesta a la que fui. Era mono. Moreno, con los ojos castaños, alto, con buen cuerpo. No tenía la musculatura de Noah o de Brad, pero no me importaba. Era divertido o, al menos, él pensaba que lo era. Nos conocimos, nos emborrachamos y nos enrollamos. Por la mañana no hubo ningún momento incómodo porque me marché de su habitación antes de que se despertara. Matt se estaba graduando en Artes Escénicas, así que durante la semana casi nunca coincidíamos.

El fin de semana siguiente conocí a Jacob. También era mono, y también nos enrollamos, pero a la mañana siguiente él parecía pensar que habíamos iniciado una relación, así que, chao, chao, Jacob.

Luego llegó Thomas. Daba un poco de miedo, por lo que me limité a montármelo con él una noche en una fiesta. Después volví a Matt. Las cosas con él eran sencillas, tolerables; de momento me valía con eso.

Matt y yo empezamos a pasar más tiempo juntos. Supongo que podría decirse que estábamos saliendo. Me gustaba bastante, pero nunca podría amar a nadie aparte de a Noah. Él era el amor de mi vida, mi alma gemela. Nadie podría reemplazarlo.

A Lisa no le gustaban los chicos que elegía. Decir que odiaba a Matt sería quedarse corto. Al menos una vez a la semana trataba de hacerme romper con él.

—¿Adónde vas? —me preguntó.

Dudé un momento antes de ponerme la chaqueta.

—Matt va a pasar a recogerme. Iremos a tomar algo; ¿quieres venir?

Sabía exactamente cuál sería su reacción. Pondría los ojos en blanco y trataría de hacerme cambiar de idea.

—Ni loca. No pienso salir con ese capullo para tener que aguantar sus *capulleces*. Si comiera algo, acabaría vomitándolo cuando abriera la boca.

—No entiendo por qué odias tanto a Matt. Me dijiste que no lo conocías de antes, y siempre se ha portado bien contigo.

—Me importa una mierda cómo me trate a mí, lo que no me gusta es cómo te trata a ti.

—Me trata bien.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Matt me había hablado mal delante de Lisa un par de veces, pero es que estaba muy estresado por las clases y por el montaje teatral que estaban preparando.

—Amanda, te trata como el culo. Te habla mal, te llama para quedar y luego no se presenta, liga con otras chicas delante de ti. No quiero ni imaginarme lo que hará a tus espaldas.

—¿Te has enterado de algo?

—No. —Lisa se acercó a mí—. No quiero hacerte daño. Es solo que... tú te mereces algo mejor que ese capullo.

Lisa me abrazó. Apartándome, le sonreí y respondí:

—Te lo agradezco, pero no, la verdad es que no.

En ese instante llamaron a la puerta. Lisa cruzó la habitación y abrió. Por encima del hombro, gritó:

—¡Amanda, el capullo ha venido a buscarte!

—Yo también me alegro de verte, Lisa —replicó Matt con ironía—. Hola, Palo.

Me llamaba así porque pensaba que estaba delgada como un palo. Me había puesto ese mote una noche después de acostarse conmigo. Se apartó de encima de mí y dijo: «Follarte es como follar con un palo. Eh, acabo de clavar mi palo en un palo. Ya tienes mote, te llamaré Palo».

A él le hizo mucha gracia, pero a mí ninguna. No podía evitar encogerme cada vez que lo oía.

—¿Vas a salir así? —me preguntó.

—Sí, ¿por qué? —Llevaba unos vaqueros, un jersey azul y mi abrigo negro y gris, de estilo marinero.

—Estaría bien que te arreglaras un poco de vez en cuando. Danielle siempre va muy sexi, aunque solo sea para un ensayo.

Danielle era la actriz principal de la obra que Matt estaba montando.

—Yo me veo bien.

—Tampoco te pases. Vas aceptable, nada más.

Con el rabillo del ojo vi que Lisa se estaba preparando para soltarle cuatro frescas. Lo agarré por el codo y me lo llevé de allí antes de que hubiera un baño de sangre.

CAPÍTULO 22

Como la mayoría de las chicas, me creí la fantasía del príncipe azul, el caballero de brillante armadura, el héroe.

Durante toda la vida le he dado muchas vueltas al concepto de «fantasía». He besado a un montón de ranas esperando que alguna se convirtiera en príncipe, pero una rana solo sabe ser rana.

Era el fin de semana anterior a Acción de Gracias. Una de las fraternidades —nunca me aprendía los nombres de las fraternidades donde daban las fiestas a las que iba— tiró la casa por la ventana antes de que nos fuéramos de vacaciones. Como era habitual, no había ni un alfiler; la música estaba a todo volumen y la cerveza corría sin control.

Matt y yo llevábamos allí una hora más o menos y estábamos bastante borrachos. Dimos una vuelta, charlando con los conocidos que nos encontrábamos. Bueno, de hecho, Matt charlaba con sus amigos y yo escuchaba. Por eso me alegré tanto cuando vi a Lisa, que estaba tan borracha como yo.

—¡¡¡A-MAAAAAN-DAAAA!!! —gritó tambaleándose hacia mí.

Nos abrazamos como si fuéramos grandes amigas que llevaban años sin verse.

—¡Amo a esta chica! ¡Es mi chica! —dijo arrastrando las palabras—, pero no es un amor lesbiano, ¿eh, chicos? Me podéis meter mano y yo os la meteré a vosotros.

—Estás como una cuba.

—Y que lo digas, nena. Ahora mismo te veo triple. Por cierto, ¿dónde está el capullo?

—Justo detrás de mí. —Alargué la mano para agarrarlo, pero Matt no estaba—. Debe de haber ido a buscar bebidas, o estará charlando con alguien.

En ese momento, un fuerte brazo tatuado rodeó la cintura de Lisa y la atrajo hacia un pecho desnudo, tan musculado como el brazo. El tipo hundió la cara en el cuello de Lisa y empezó a besarla. Ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el hombro tatuado.

—¿Y este quién es?! —grité.

—No tengo ni idea, pero estoy a punto de averiguarlo.

Se volvió a mirarlo. Él la levantó y Lisa le rodeó la cintura con las piernas. Así, unidos, desaparecieron entre la multitud.

Dos cervezas y cuarenta y cinco minutos más tarde, seguía buscando a Matt sin éxito. Pasé dos veces por delante de Lisa y del misterioso tipo tatuado. No sabía si ya habría averiguado su nombre, pero aparentemente lo estaba conociendo a fondo.

Estaba cansada y quería irme ya de allí, con Matt o sin él. Me abrí camino entre la

multitud, tambaleándome, dispuesta a volver a mi habitación andando. En ese momento, alguien me agarró del brazo y me hizo dar la vuelta bruscamente. Caí en brazos de Matt.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

—Aquí.

Tenía los ojos vidriosos y una sonrisa bobalicona. Me empotró contra la pared más cercana y empezó a sobarme y a besarme el cuello.

—Matt, ¿estás colocado?

—Un poco —admitió sin apartarse. Ahora que estábamos más lejos del bullicio, noté el olor en su pelo. Traté de quitármelo de encima—. ¿Por eso has desaparecido?, ¿para colocarte?

—No. Es que vi a Danielle y fui a buscarla. Estaba buenísima esta noche. Tenía que preguntarle una cosa.

—¿Has tardado una hora en preguntarle una cosa? —Cada vez estaba más harta.

Matt cogió un mechón de mi pelo y lo estudió detenidamente.

—¿Has pensado en hacerte mechas como las que lleva Danielle? Igual con ellas estarías guapa. —Le di varios golpes en el pecho para que se apartara, pero no lo hizo—. Eh..., *más guapa*, quería decir, *más guapa*.

Se echó a reír y luego se inclinó sobre mí y me succionó el labio inferior. En ese momento, lo oí.

Estaba sonando *Everything*, la canción de Lifehouse. Aparté la cabeza de Matt; tenía que salir de allí. Llevaba más de cinco meses sin oír esa canción.

—Matt, para, quiero irme.

—Pero yo no. Quiero ir al dormitorio y follarte hasta dejarte bizca. Vamos.

Me cogió de la muñeca y tiró de mí en dirección a la puerta trasera. Yo me resistía, tratando de soltarme.

—¡Matt, no quiero! —grité.

—Vamos, Palo. No te enfades porque haya estado un rato ligando con Danielle. Me ha dejado a punto para ti. Lo único que tienes que hacer es tumbarte y abrirte de piernas. —Me estaba agarrando con tanta fuerza que el brazo empezó a dolerme—. ¿Quieres que me ponga violento como aquella vez? Te gustó, ¿eh? Sé que te gustó.

Cuando volvió a tirar de mi brazo, tropecé con él. Me sujetó las dos manos a la espalda y volvió a besarme el cuello. Yo seguí resistiéndome, pero él me agarraba con fuerza. Nadie se fijaba en nosotros. Todos estaban borrachos, colocados y enrollándose.

De repente, noté que alguien me liberaba las manos y Matt se echó hacia atrás, tambaleándose.

—Joder, tío, ¿qué coño haces? —gritó.

Al levantar la cara, vi a Noah, que agarraba a Matt por la camisa.

—Ella no quiere ir contigo, gilipollas.

Aunque el cuerpo de Noah estaba en tensión, sus ojos me miraron con cariño y

preocupación.

Matt se libró de él.

—Soy su novio.

—Me importa una mierda quién seas. Ella no va a ir contigo a ninguna parte — replicó Noah con los dientes apretados.

—Que te jodan; vamos, Palo.

Matt trató de agarrarme del brazo una vez más. Yo me aparté al mismo tiempo que Noah volvía a agarrarlo por la camisa, lo obligaba a volverse y le daba un puñetazo en el estómago y otro en la mandíbula. Matt tropezó y cayó sobre un montón de gente que estaba a su espalda. Noah me cogió del brazo y se abrió camino entre la multitud hasta la puerta.

Cuando llegamos a la calle, me solté bruscamente.

—Noah, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Al verlo, lo primero que pensé fue que estaba alucinando. Entre el alcohol que había tomado y la canción que sonaba, pensé que era fruto de mi imaginación.

Se volvió hacia mí.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —Yo negué con la cabeza—. Hace frío, ponte esto.

Se quitó la chaqueta y la sostuvo abierta ante mí. Metí los brazos por las mangas y él me envolvió en ella. Estaba caliente y olía a Noah, a naranjas. Era muy agradable.

—Más tarde volveré a buscar tu abrigo —me dijo.

—¿Cómo es que sabías dónde estaba?

Estaba asombrada. ¿Cómo era posible que Noah hubiera aparecido de la nada justo cuando más lo necesitaba, mientras sonaba nuestra canción?

—No lo sabía. He entrado y te he visto. Brooke ha venido con unas amigas a celebrar una despedida de soltera.

«¡Oh, Dios mío! Le ha pedido a Brooke que se case con él...».

No me salía la voz. Llevaba seis meses sin tener contacto con él. Se suponía que esa noticia ya no debería afectarme tanto, pero no era así. La distancia no había hecho que mis sentimientos perdieran intensidad. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Lo aparté de un empujón y eché a correr en dirección a los dormitorios.

—¡Piolín!

Oírlo llamarme por ese nombre me hizo llorar aún más. Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así. Corrí cada vez más deprisa, pero Noah me persiguió. Crucé el campus a la carrera, pero al girar a la derecha, apoyé mal el pie izquierdo, me torcí el tobillo y me caí al suelo.

Me volví rápidamente y me senté. Mientras me frotaba el tobillo empecé a llorar con más sentimiento, en parte por el dolor en el tobillo, pero sobre todo por el dolor en el corazón. Noah se acercó corriendo y se dejó caer de rodillas frente a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó sin aliento.

—Déjame en paz, Noah.

—No pienso dejarte aquí sola. ¿Por qué huyes de mí?

Me levanté con dificultad y di algunos pasos, pero a la que apoyaba el más mínimo peso en el tobillo hacía una mueca de dolor. Noah trató de ayudarme sujetándome del brazo, pero no se lo permití. Intenté dar otro paso, pero me caí al suelo, hecha un ovillo.

—¿Quieres dejar que te ayude?

—Noah, vuelve con tu prometida —le dije, y la palabra se me quedó trabada en la garganta como si fuera una bola de algodón.

—¿Por eso has huido de mí? —Yo guardé silencio mientras seguía llorando y frotándome el tobillo—. Piolín, ha venido a la fiesta de una amiga. No es la despedida de Brooke. No le he pedido a nadie que se case conmigo.

Aunque no lo estaba mirando, sabía que estaba sonriendo. ¡Qué cabrón!

—Entonces ¿qué haces aquí?

—Travis estudia aquí y llevaba tiempo diciéndome que viniera a verlo. Y Brooke no quería conducir. Pensé que sería más seguro llevarla yo y...

—Qué amable. Eres el novio ideal. —No pude evitar sonar como una auténtica arpía.

—... y tenía la esperanza de verte.

Levanté la cara y lo miré a los ojos, esos maravillosos ojos azules que había echado tanto de menos que me dolía. Él me miró fijamente un buen rato.

—Dios, cómo te he echado de menos. Ni te imaginas cuánto —susurró. Se inclinó hacia mí, me cogió la cara entre las manos y me secó las lágrimas con los pulgares—. No soporto verte llorar, Piolín. —Le dirigí una sonrisa tímida—. Por favor, deja que te cuide.

Se levantó y me ofreció la mano. Cuando puse mi palma en ella, sentí que una corriente eléctrica me recorría de arriba abajo. Nada había cambiado en esos seis meses. Su presencia me afectaba exactamente igual que antes. Me levanté y apoyé el pie con cuidado. Seguía doliéndome.

—¿Puedes andar?

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza. Noah me cogió entonces en brazos. Se me aceleró la respiración y noté una agradable sensación de calor que se extendió por todo mi cuerpo. ¡Cómo había añorado la sensación de sus brazos protectores a mi alrededor!

—¿No se enfadará Brooke si se entera de que me has llevado en brazos hasta la habitación?

Él dio media vuelta a un lado y a otro, moviéndome con él, y los dos nos echamos a reír.

—No la veo por aquí... ¿Tú la ves? Además, no querría que te dejara aquí sola. Ella no es así, Piolín.

No respondí. Sabía que Brooke era su novia y que tenía que defenderla, pero no

me gustaba oírlo.

Cuando estábamos llegando al edificio de los dormitorios, le dije:

—Por cierto, mi habitación está en la cuarta planta.

—Vale. —Se notaba que empezaba a cansarse.

—Y no hay ascensor. —Añadí con una sonrisa. La expresión que cruzó su cara no tenía precio.

CAPÍTULO 23

Un día nos despertamos y nos encontramos sumidos en una situación indeseable para la que no recordamos haber dado nuestro consentimiento, pero por alguna razón permanecemos anclados en ella porque nos sentimos obligados. Cuando el tiempo pasa, nos convencemos, idiotas de nosotros, de que eso es lo normal. Y hasta que nos damos cuenta de que hemos perdido nuestro sueño, no reconocemos que estábamos sumidos en una pesadilla.

Cuando llegamos a mi habitación, Noah se sintió muy aliviado al comprobar que, en realidad, esta se encontraba en la segunda planta. Me encantó la sensación de estar entre sus brazos durante todo el camino de vuelta. Deseé que mi edificio hubiera estado más lejos todavía, para haberme quedado allí más rato. Tras dejarme en la cama, bajó a la tienda que había al otro lado de la calle a por una bolsa de hielo para el tobillo, que se me había hinchado.

Volvió poco después, cargado con dos bolsas, una enorme de hielo y otra de comida.

—¡Tío, eso es mucho hielo! —bromeé.

—Lo sé, pero es que tienes unos tobillos de elefante. —Me eché a reír a carcajadas—. Me encanta volver a oír eso.

—¿El qué?

—Tu risa.

Dejó la bolsa de comida sobre la cama de Lisa y entró en el lavabo con la bolsa de hielo. Regresó con algunos cubitos envueltos en una toalla. Me desplazé un poco para dejarle sitio en la cama.

Él me apoyó el hielo en el tobillo.

—¿Qué tal?

—Bien. Gracias, Noah. Siento que hayas tenido que cargarme hasta aquí.

—No pasa nada. No eres tan pesada como antes.

Busqué la almohada a mi espalda y lo golpeé con ella. Él se echó a reír. Yo también había echado mucho de menos su risa.

—¿Me estás diciendo que antes estaba gorda?

—¡No! —Hizo una pausa—. Tienes curvas donde tienes que tenerlas. —Sentí un cosquilleo a medida que sus ojos azules me recorrían de arriba abajo y me dirigía una sonrisa.

Luego permanecimos en silencio mientras Noah examinaba la habitación. Acto seguido, respiró hondo y volvió a clavar sus preciosos ojos azules en mí, esos ojos que siempre me derretían.

Se aclaró la garganta antes de decir:

—Eh, Piolín...

—Sí.

Volvió a respirar hondo. Se ponía tan mono cuando estaba nervioso.

—Te he echado de menos. —Bajó la cabeza y la sacudió ligeramente—. No, decir eso es quedarme corto. Es algo más. Es como cuando murió mi padre. —Sentí una punzada de dolor muy intenso al recordar lo que le hice durante esos días—. No me podía imaginar la vida sin él, pero no pude traerlo de vuelta, así que tuve que acostumbrarme. Sin embargo, aunque ya me voy acostumbrando, nada puede llenar el vacío que dejó. Mis padres y tú siempre habéis sido las tres personas más importantes de mi vida.

Los ojos se le humedecieron, mostrando un gran dolor. Saber que yo era responsable de parte de ese dolor me hizo sentir avergonzada.

—No tener a dos de esas tres personas en mi vida... ha sido muy duro. Me levantaba por las mañanas porque había que hacerlo, sobre todo por mi madre. Pero ahora, estando aquí contigo, sonriendo y riendo, me doy cuenta de que es la primera vez que lo hago en muchos meses sintiéndolo de verdad. Necesito que vuelvas a formar parte de mi vida.

Sabía que mi respuesta debería haber sido un «No» rotundo, pero llevaba seis meses sin verlo y lo único que había conseguido era echarlo aún más de menos. Me encantaba notar sus brazos a mi alrededor, estar con él. Era la primera vez en seis meses que no me sentía triste ni sola.

—Y ¿qué pasa con Brooke? ¿Cómo se tomará que vuelva a estar por ahí?

—Supongo que le parecerá bien..., tarde o temprano. Pero bueno, Brooke no decide quiénes son mis amigos.

Brooke había tenido seis meses para ella sola. Si no había logrado establecer una relación sólida con Noah a esas alturas, ya no lo haría, estuviera yo de por medio o no. Además, vivía a una hora y media de distancia. No iba a pasarme el día metida en su casa, pero era maravilloso poder volver a hablar con él.

—¿No me odias por lo que te hice? —le pregunté, bajando la mirada.

Noah me levantó la barbilla con un dedo y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Nunca podría odiarte, Piolín, aunque durante un tiempo te tuve bastante manía. —Me guiñó el ojo.

—Siento mucho haberte hecho daño. Solo quería... —Se me rompió la voz por la emoción al recordar el horrible momento en que lo dejé en el parque.

—Creo que ya entiendo por qué lo hiciste. Te prometo que seremos solo amigos. No te tentaré más con mi cuerpo.

Sacudiendo la cabeza, me eché a reír:

—Vale.

—¿De verdad? —preguntó. Yo asentí con la cabeza—. No te lo tomes a mal, pero me alegro mucho de que te hayas torcido el tobillo.

—Ya, yo también.

Nos dirigimos una sonrisa tan brillante que parecíamos un anuncio de dentífrico.

Noah se volvió hacia la bolsa que había dejado en la cama de Lisa.

—Sostén el hielo un momento. Te he traído una cosa.

Fue a buscar la bolsa. No tenía ni idea de qué podría haberme traído. Regresó y se sentó en la cama con el objeto escondido detrás de la espalda.

—Bueno, ¿qué es? —Nunca me había distinguido por mi paciencia.

—Cierra los ojos —me ordenó, y yo lo obedecí—. No los abras hasta que yo lo diga.

—No lo haré.

—¿Me lo prometes?

—Ajá.

—Dilo.

No podía parar de reír.

—Te prometo que no abriré los ojos.

—Bien. —El silencio se alargó unos segundos—. Vale, ya puedes abrirlos.

Lo primero que vi fue al chico guapo que estaba sentado en mi cama con una tímida sonrisa en la cara. Cuando él bajó la vista, seguí la dirección de su mirada. Tenía una caja de pastelitos de chocolate, un bote de cobertura y una cuchara de plástico.

—Hola, mejor amiga —me dijo—. Me alegro de que hayas vuelto.

—Hola, me alegro de haber vuelto.

Nos comimos los pastelitos y la cobertura. Bueno, la cobertura me la comí y mientras nos poníamos al día con nuestras vidas. A Noah le encantaban sus clases. Adoraba el béisbol pero había decidido no jugar esa temporada, aunque el entrenador le había rogado que lo hiciera y le había ofrecido una beca. Sin embargo, los padres de Noah habían estado ahorrando para la universidad de su hijo desde que nació, así que no la necesitaba.

Decidió no jugar para concentrarse en los estudios. Aunque no lo dijo, creo que la razón principal era que su padre ya no estaba allí para disfrutar viéndolo. Imaginé que todavía no se había recuperado lo suficiente como para volver a un estadio sabiendo que su padre no estaría animándolo desde las gradas.

Yo le conté que Emily se había mudado a Charleston, que trabajaba como abogada en un bufete del centro especializado en derecho corporativo y que se había comprado un piso en el histórico barrio de Radcliffeborough. Le dije que me había costado vivir lejos de casa, pero que me encantaban las clases. También le hablé de Lisa, y él se mostró ansioso por conocerla. Era como si esos seis meses no hubieran pasado. Hablábamos igual que siempre. Nos lo estábamos pasando tan bien que tratábamos de no tocar ningún tema que tuviera que ver con Brooke o con Matt.

Noah estaba apoyado en la pared, masajéandome el tobillo dolorido, que tenía sobre su regazo, cuando le sonó el teléfono. Era un mensaje de texto. Lo leyó y

sonrió.

—¿Brooke? —le pregunté.

—Sí, me ha enviado una foto. Parece que se lo están pasando muy bien.

Escribió una rápida respuesta y tiró el teléfono sobre la cama.

—Vete si quieres, yo estoy bien. Gracias por cuidar de mí.

—¿Quieres parar ya? No me voy a ningún sitio.

—No quiero causarte problemas, Noah.

—No lo haces.

—¿Estás enamorado de ella? —le pregunté sorprendiéndome a mí misma.

Se me formó un nudo en el estómago que se fue apretando más y más a cada segundo que él pasaba en silencio. Rechiné los dientes, en tensión.

Noah suspiró profundamente.

—¿Sinceramente? Entre la muerte de mi padre, cuidar de mi madre y echarle de menos, casi no he tenido tiempo de pensar en lo que siento por Brooke. Te pareceré un capullo.

—¡Estás siendo sincero! Has tenido un montón de cosas en la cabeza este año.

—Ella me dice que me quiere constantemente y yo nunca le devuelvo las palabras. Solo sonrío y cambio de tema. Digamos que me gusta.

—No debería habértelo preguntado.

Me dirigió una mirada franca y replicó:

—Piolín, puedes preguntarme lo que quieras. Lo que pasa es que no sé qué responderte.

—Ningún problema.

—Por cierto, ¿quién era el follapitufos que estaba contigo en la fiesta? —preguntó en voz baja, aparentemente controlada, aunque apretó la mandíbula y se le marcaron las venas del cuello. Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por no demostrar lo celoso que estaba. Trataba de actuar como lo haría un amigo.

—Se llama Matt. Llámalo por su nombre o tendré que llamar a Brooke *Princesa Zorruptia* —repliqué sonriendo.

—Qué ganas tenías de soltarlo, ¿eh?

—¿Yo? Qué va. Se me acaba de ocurrir.

—Y ese Matt... —dijo su nombre como si le dejara un mal sabor de boca—, ¿es tu novio?

—Sí.

Era la primera vez que lo admitía. Quería que Noah supiera que había seguido adelante con mi vida.

—Oí lo que te dijo, Piolín.

—¿Cuánto tiempo llevabas en la fiesta, Noah? Di una vuelta por todas partes y no te vi.

—Acababa de entrar y te vi con Matt. —Trató de disimular una mueca—. ¿Te ha forzado alguna vez a hacer algo que no querías hacer?

Negué con la cabeza.

—No. —Respondí a la defensiva, y bajé la cabeza.

Eso no era del todo cierto. En dos ocasiones, Matt me había empujado a acostarme con él después de decirle que no me apetecía. No es que me hiciera daño, pero me dejó un moratón en el brazo que tardó una semana en desaparecer.

—Normalmente no es así; es que había bebido. Es estudiante de teatro y está sometido a mucha presión... Entre la producción, las clases... —Estaba balbuceando y jugueteando con el dobladillo de la blusa.

Noah apoyó una mano sobre la mía para que me quedara quieta.

—¿Te trata bien, Piolín? —No lo miré, solo asentí—. Porque, si no te trata bien, le romperé todos los huesos del cuerpo.

Sabía que lo decía completamente en serio y no pude evitar sonreír. Mi héroe había regresado a mi vida; volvía a sentirme segura.

A las dos de la mañana, la puerta se abrió discretamente y Lisa asomó la cabeza.

—Puedes pasar —le dije.

Se acercó a mí, tambaleándose aún bajo los efectos del alcohol, pero más calmada que antes. Caminó directamente hacia mi cama con los ojos medio cerrados y se dejó caer.

—Lisa.

—¿Mmm?

—Este es Noah.

Abrió los ojos de golpe, se sentó más derecha y se volvió hacia nosotros.

—¿Ese Noah? —Sonrió.

Él me miró con curiosidad, como si quisiera saber qué le había contado.

—Sí.

Se acercó un poco a Lisa y le ofreció la mano.

—Hola, me alegro mucho de conocerte, Lisa.

Ella se la estrechó.

—Vaya, hoooola, ese Noah. Me alegro mucho de verte... con Amanda. —Nos miraba alternativamente, sonriendo como si fuera un gato que acabara de cazar un canario.

—Supongo que debería irme. —Noah se incorporó y empezó a recoger los restos de nuestro improvisado pícnic.

Lisa se levantó y lo interrumpió.

—Yo me ocupo, para que podáis deciros «Hasta lue... hasta lue... hasta luego, amigos».

Se dirigió a la otra punta de la habitación fingiendo darnos intimidad.

—No sé a qué hora me iré mañana. Me gustaría volver a verte antes de marcharme, pero no sé si podré. ¿Lo entiendes? —me preguntó Noah con tristeza.

—Lo entiendo.

—Pero, si no nos vemos, te llamaré.

—Y yo iré a casa por Acción de Gracias, dentro de nada.

Supongo que nos quedamos mirándonos demasiado tiempo, porque Lisa se sintió obligada a aclararse la garganta con fuerza.

Noah se inclinó hacia mí y me dio un beso en la frente. Cerré los ojos y disfruté de la sensación de sus labios sobre mi piel.

—Buenas noches, Piolín.

—Buenas noches, Noah.

Se volvió hacia Lisa.

—Buenas noches, Lisa.

—Buenas noches, *ese* Noah.

Él sonrió y se volvió de nuevo hacia mí. Cogió su chaqueta y se marchó.

Lisa lo observó hasta que la puerta se cerró del todo y luego se dejó caer en su cama.

—Vaya, vaya, vaya. Tu Noah está para lamerlo de arriba abajo —dijo levantando una ceja.

—Vamos a retomar nuestra relación... Como amigos, claro.

—Eso está bien. Hay que empezar poco a poco.

—¿Qué quiere decir «empezar poco a poco»? Somos amigos y entre nosotros no va a pasar nada más. Noah sale con Brooke y yo salgo con Matt.

Lisa se aseguró de que viera que ponía los ojos en blanco.

—Cariño, os estabais follando con la mirada. Ha sido como entrar en el sueño húmedo de un oftalmólogo. Y he visto tu reacción cuando te ha besado.

—¿Cómo he reaccionado?

—No es que hayas inspirado para notar su aroma, lo has inhalado profundamente. No es que quisieras empaparte de él, querías absorberlo entero.

Se tumbó en la cama.

—Estás borracha.

—Ajá. ¡LO HAS INHALADO PROFUNDAMENTE!

A la mañana siguiente me despertó el sonido de un mensaje entrante.

Buenos días, Piolín. ¿Qué tal el tobillo?

Un poco mejor. Gracias.

No puedo quedarme, lo siento.

No pasa nada. Conduce con cuidado.

Anoche fue increíble. Nos vemos dentro de nada. Echa un vistazo a la puerta.

Vale. Un segundo.

Me levanté lo más silenciosamente posible para no despertar a Lisa. Tardé un poco en llegar a la puerta. Tenía el tobillo muy rígido y dolorido. Abrí una rendija. El pasillo estaba vacío. Acabé de abrir la puerta y miré a un lado y a otro. Nada, no vi nada. El teléfono volvió a sonar:

Mira hacia abajo.

Hice lo que me decía. En el suelo, a mis pies, había una bolsa con mi abrigo dentro. Se había acordado de ir a recogerlo a la fraternidad. Sentí que las mariposas echaban a volar en mi estómago. Hacía meses que no las notaba. Luego lo vi y las mejillas empezaron a dolerme porque no podía quitarme esa ridícula sonrisa de la cara. Delante de la bolsa, mirándome, había un pájaro de juguete, un muñeco amarillo de cuerda, de esos que tienen el cuerpo lleno de púas blandas. Lo cogí y le escribí a Noah inmediatamente.

Gracias por recuperar mi abrigo y por mi Piolín. Me encanta. ;)

:)

Metí la bolsa en la habitación, cerré la puerta y me apoyé en ella. Al mirar hacia la cama de Lisa, vi que estaba despierta, sentada.

—Noah, que me ha traído el abrigo.

—Muy amable por su parte. ¿Qué más tienes ahí?

—Es un pajarito de cuerda. —Lisa frunció el ceño—. Es que siempre me ha llamado Piolín.

—Joder, joder, joder. Esto es lo más dulce que he visto hacer a un tío. Creo que acabo de tener un pequeño orgasmo.

—Estás loca.

Dejé la bolsa sobre la cama, a Piolín sobre la cómoda y fui a ducharme.

Mientras cerraba la puerta del baño, oí que Lisa gritaba:

—¡LO INHALASTE PROFUNDAMENTE!

La sonrisa no me abandonó durante el resto del día. Sabía que debía de parecer

alelada, pero no me importaba. Quería disfrutar de esa sensación al máximo. Ni siquiera quise ver a Matt porque sabía que se encargaría de quitarme el buen humor. Llevaba seis meses sintiéndome muy desdichada; me merecía un poco de felicidad. Acción de Gracias iba a ser una fiesta fantástica porque Noah volvía a estar en mi vida.

CAPÍTULO 24

Nuestra capacidad de perdonar es infinita, pero ¿cuántos de nosotros abusamos de ello? Nuestra alma gemela nos lo perdonará todo; nos seguirá amando y nos apoyará incondicionalmente. Si lo dejas escapar una vez, muy mal hecho; pero si lo dejas escapar dos veces, te mereces perderlo.

Disculpándome, me levanté de la mesa y fui a enviarle un mensaje a Noah. Desde el lavabo de señoras, pedí refuerzos:

¡Emergencia! Ya me he tomado dos Cosmopolitan y me sigue pareciendo aburrido a muerte. Vuelvo a la mesa. Por favor, llámame y dime que ha ocurrido algo terrible y que debo ir enseguida. ;)

No sé cómo dejé que Lisa me liara para ir a una cita a ciegas con su primo. Y, para empeorar las cosas, me lo comunicó mientras estaba haciendo la maleta para volver a casa por Acción de Gracias.

Estaba sentada en su cama, bebiéndose una Coca-Cola *light* y comiéndose su segunda galleta rellena Pop-Tart mientras yo metía la ropa en la maleta sin molestarme en plancharla.

—Lisa, ¿cómo has podido hacer eso? Sé que no te gusta Matt, pero todavía estoy saliendo con él.

Estaba muy nerviosa. Odiaba sentir que algo se me escapaba de las manos, que no lo controlaba. Aceptar una cita en mi nombre me parecía inexcusable.

—Sé que estás cabreada conmigo, pero solo es una cita. Y también sé que sigues con ese capullo y que te conformas con follarte a Noah con la mirada. Solo quería demostrarte que hay otros peces en el mar. Tomátelo como un favor personal. ¿A que soy adorable?

Dejé de guardar cosas y la miré con los ojos entornados, pero era muy difícil enfadarse con Lisa porque sabía que no actuaba de mala fe.

—Solo una cita —dije—, y Matt no tiene por qué enterarse.

—De acuerdo.

—¿Cómo es tu primo?

—No tengo ni idea. No lo he visto nunca.

—¿Perdón?

Lisa se metió el último trozo de galleta decorada con productos químicos en la boca y alzó un dedo, indicándome que necesitaba un segundo.

—Es que nunca lo he visto en persona. Lo único que sé es que acaba de mudarse a Charleston, que tiene veinticinco años y que está forrado. Si resulta que no es tu

hombre ideal, al menos cenarás bien.

Yo di saltitos mientras aplaudía y le dije con sarcasmo:

—¡Ole! Una comida *gourmet* hará que ya no sea tan humillante.

—Listilla. Ese chico tiene que ser la bomba. Es pariente mío, y ya me conoces. Soy increíble; todo el mundo me adora.

Ladeó la cabeza y me mostró todos los dientes en una sonrisa radiante.

Por eso estaba ahora allí, pasando una parte de mis valiosos días libres en uno de los mejores restaurantes de Charleston, el Cypress, con un tipo al que no conocía ni me interesaba conocer.

Esperé un poco más por si Noah me respondía. Esos últimos días habían sido increíbles. Tras vernos la semana anterior, habíamos charlado al menos dos veces al día. Menos mal que alguien inventó la tarifa plana. Esperé un poco más, pero nada.

Volví lentamente hacia la mesa, donde me esperaba mi cita a ciegas, Joshua McPherson. Me temo que lo de ser increíble a Lisa no le venía de familia. El tipo en cuestión era engreído, arrogante y muy aburrido. Aunque traté de ir lo más despacio posible, acabé llegando a la mesa. Mientras me acercaba, oí que Joshua reñía al camarero por algo absurdo e insignificante. A esas alturas ya había decidido que Joshua debía de tenerla muy pequeña para tener que compensarlo haciendo la vida imposible al personal del restaurante.

Me senté, busqué al camarero con la mirada tratando de disculparme por su actuación y le pedí con gestos que me trajera el tercer Cosmopolitan. Lo bueno de esa noche fue que pude beber tranquilamente, aunque me faltaban dos años para la edad legal. Supongo que cuando tienes dinero las leyes no se aplican del mismo modo.

Veinte minutos más tarde estaba aburrida y cabreada. Noah no había respondido a mi mensaje de socorro. Brooke se había marchado de la ciudad a pasar las fiestas fuera, así que sabía que ella no era la causa de su falta de respuesta. Miré a Joshua, que seguía hablando sin parar sobre blablablá, cuando oí que alguien se aclaraba la garganta a mi lado. Levanté la cara y allí estaba, mi caballero de armadura de plástico.

Llevaba un traje gris, camisa azul claro que resaltaba el color de sus ojos y una corbata de raya diplomática gris y plateada. Estaba guapísimo.

—Perdona, nos conocemos, ¿verdad? —Me quedé quieta, asombrada, sin saber qué pretendía—. Soy Noah Stewart —añadió, señalándose.

—Ah, sí, Noah Stewart, de...

—Del cole.

—Claro, del cole. —Me volví hacia Joshua—. Joshua McPherson, él es Noah Stewart, del cole.

Joshua se levantó y le tendió la mano. Noah la agarró y se la sacudió con fuerza.

—Encantado de conocerte, Josh.

—Igualmente, pero mi nombre es Joshua.

—¿Cómo?

—Me llamo Joshua, no Josh. Joshua.

Noah se lo quedó mirando en silencio mientras él volvía a sentarse.

A esas alturas, el puntito de Cosmopolitan ya era casi un puntazo, y me limité a observarlos moviendo la cabeza de un lado a otro. Lo único que sabía era que, ahora que al fin había llegado mi caballero andante, la diversión estaba a punto de empezar.

—Bueno... —Noah me miró confundido, como si hubiera olvidado mi nombre.

Desde Halloween de 1996 me llamaba Piolín, así que desde los seis años no había vuelto a oír mi nombre en sus labios.

—A-man-da —dije.

—Ah, sí, es verdad. Me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro de verte. ¿Qué haces aquí?

—Bueno, había quedado para cenar con unos amigos, pero me acaban de avisar de que les ha surgido un imprevisto y no van a poder venir.

—Vaya, lo siento.

—Sí, yo también. Odio comer solo y, como ya no vivo en la ciudad, ya no me quedan muchos amigos por aquí. Les he perdido la pista, ya sabes lo que pasa. Bueno, me alegro de haberte visto. —Noah se volvió hacia Joshua y le tendió la mano—. Encantado de conocerte, Joshua.

Yo le dirigí a Joshua una mirada lastimera antes de decir:

—Noah, ¿por qué no cenas con nosotros? Estoy segura de que a Joshua no le importará. —Me volví hacia él—. ¿A que no?

Asombrado, el primo de Lisa balbuceó:

—Ah, no, claro que no. Por favor, siéntate con nosotros. —Chasqueó los dedos ante un camarero que pasaba por allí—. Traiga otra silla. El caballero cenará con nosotros.

—Gracias, os lo agradezco mucho, de verdad —replicó Noah con entusiasmo.

El camarero volvió con una silla extra. Noah se sentó entre Joshua y yo y se hizo un silencio algo tenso. No tenía ni idea de qué pretendía Noah con esa pantomima, pero algo pretendía porque sus ojos tenían un brillo travieso. Yo estaba achispada y encantada de seguirle el juego, fuera el que fuese.

Noah nos miraba a uno y a otro con una sonrisa radiante. Finalmente, me preguntó:

—Y ¿de qué os conocéis?

Mirando a Joshua, respondí:

—De hecho, estamos en plena cita a ciegas.

—Mierda, ¿en una cita? Vosotros en plena cita romántica y yo metiéndome en medio. ¡Qué idiota! Lo siento, ya me voy...

Lo agarré del brazo para impedir que acabara de levantarse.

—¡NO! Quiero decir, por favor, quédate. Queremos que te quedes, ¿verdad,

Joshua?

—Claro, quédate, por favor.

—Bueno, si insistís...

Volvió a acomodarse en la silla, cogió un palito de pan del cesto y le dio un buen bocado. De nuevo el silencio incómodo se instaló entre nosotros.

Yo di un trago al Cosmo y puse la fiesta en marcha.

—Dinos, Noah, ¿dónde vives ahora?

—En Saskatchewan.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no echarme a reír, pero lo que no pude evitar fue atragantarme.

—¿Saskatchewan? —repetí cuando recuperé la voz con una gran sonrisa, que él me devolvió.

—Sí. Sas... kat... che... waaan.

Miré a Joshua, que aún parecía no entender cómo nuestra cita había acabado siendo secuestrada por aquel desconocido.

—Saskatchewan. —Repetí.

Creo que las sonrisas que nos cruzábamos hicieron sospechar a Joshua, que preguntó:

—Y ¿a qué te dedicas en Saskatchewan, Noah?

—A carteras. —Nuestro camarero se acercó a llenarnos los vasos de agua, momento que aproveché para pedirle otro Cosmopolitan.

La mención de «carteras» hizo que Joshua se animara inmediatamente.

—¡Oh, fantástico! —exclamó, aparentemente muy interesado—. Yo trabajo en un banco de inversiones, el Smith, Barney & Kline. ¿A qué tipo de carteras de valores te dedicas?, ¿valores agresivos, defensivos, comercio electrónico...?

El camarero regresó con mi cóctel y esperó a que yo vaciara hasta la última gota del anterior antes de retirarlo y marcharse.

—De polipiel —respondió Noah.

—¿Perdón?

—Polipiel.

—Lo siento, no te comprendo. —La cara de Joshua era todo un poema.

A esas alturas, el esfuerzo que tenía que hacer para aguantarme la risa era tan grande que se me empezaron a saltar las lágrimas y temí que el cóctel siguiera sus pasos.

—Hago carteras de polipiel, ya sabes: plástico de imitación piel. Antes me dedicaba al vinilo, pero ahora la tendencia es hacer productos más sofisticados.

—¡No me jodas, tío! —exclamé—. Noah hace carteras de polipiel en Saskatchewan. ¡Joder! ¿No es fantástico, Joshua?

Noah se echó hacia atrás en la silla con una sonrisa de oreja a oreja.

En ese momento llegó la cena y él nos deleitó hablándonos de Saskatchewan y de polipiel. No tenía ni idea de si lo que contaba era real o nos estaba colando una

mentira, pero sonaba convincente.

Más tarde, los tres salimos juntos del restaurante. A esas alturas, me sentía muy feliz. Me agarré del brazo de Noah mientras Joshua le daba el *ticket* del coche al mozo. Noah se volvió hacia Joshua y le tendió la mano.

—Gracias por la cena. Deberías haberme dejado pagar la mitad.

—No te preocupes, ha sido un placer.

—Para que conste en acta, no soy de esos tipos que se abren de piernas solo porque lo invitan a cenar, ¿de acuerdo? —Joshua lo miró, confundido, y yo estuve a punto de ahogarme de la risa una vez más—. Ni caso, te estaba tomando el pelo, tío.

Joshua se echó a reír sin ganas.

Noah se volvió hacia mí:

—¿Aún vives en Sycamore Drive?

—Sí, eso parece. —Respondí orgullosa.

—Joshua, ¿dónde vives?

—En la calle Beechwood, en Isle of Palms.

—Eso está en el extremo opuesto a Sycamore. Tardarías más de una hora en volver a casa. Yo voy en su dirección. No te preocupes, ya la acompañaré yo.

Balbuceando, Joshua protestó:

—Oh, ningún problema. Pensaba llevarla a dar un paseo en coche de caballos por The Battery antes de retirarnos.

—Oh, no hace falta, Joshie —repliqué—. Ya he tenido bastantes rebuznos por una noche.

Me eché a reír, apoyándome en Noah, y noté cómo su torso se convulsionaba mientras trataba de contener la risa.

—No, no, déjame que me encargue yo. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me hayas invitado. Insisto; no aceptaré un «No» por respuesta —dijo Noah.

Joshua me miró.

—¿Te parece bien?

—De puuuta madre, pastelito. —Respondí alargando las palabras.

—Bueno, pues si te parece bien, de acuerdo. —Joshua se me quedó mirando mientras el mozo llegaba con su BMW.

—Ya está aquí tu coche, Josh. —Le hizo notar Noah.

—Ha sido un placer conocerte, Amanda. Te llamaré.

—Okis.

Joshua se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido en la mejilla. Tras un último momento de silencio incómodo, se metió en el coche y se marchó.

Cuando el BMW desapareció de la vista, Noah me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo bruscamente hacia su pecho. Yo apoyé las manos en sus bíceps musculosos. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Nuestros labios estaban muy cerca y no podía apartar la mirada de los suyos. Si hubiera sacado un poco la lengua, podría haberle rozado el labio inferior.

Una voz baja y sensual interrumpió mi fantasía al decir:

—¿Piolín?

—¿Mmmm?

Él se quedó observando mis labios unos instantes. Entre los Cosmopolitan y el roce de su cuerpo, sentía cosquilleos por todas partes.

—¿Crees que Joshua nos llamará para tener una segunda cita con él? —Sus labios se extendieron formando una sonrisa muy sensual.

Me eché a reír.

—Lo dudo. Creo que le ha molestado que no quisieras abrirte de piernas para él. —Le sonreí.

—¡Cabrón! ¡Todos los hombres son iguales: unos cerdos! —exclamó, y me dio una palmada en el culo, lo que me hizo dar un brinco y un gritito.

El mozo se acercó entonces con el coche. Noah me dio la mano, me acompañó a mi asiento y me ayudó a sentarme. Rodeó el vehículo por delante y se sentó en el asiento del conductor. ¡Madre del amor hermoso! Su culo tenía un aspecto impresionante desde esa perspectiva. Antes de que arrancara, le apoyé la mano en el muslo y se lo apreté ligeramente.

—Gracias por todo. Ha sido la mejor cita a ciegas de la historia de las citas a ciegas. —Le sonreí con timidez.

Él me cogió la mano, se la llevó a los labios y me plantó un delicado beso en la palma, sin romper en ningún momento el contacto visual. Me estremecí. Tuve que apretar los muslos porque los cosquilleos se estaban convirtiendo en vibraciones.

Devolvió mi mano a su posición inicial, sobre su muslo, y sonrió.

—Noah, el fabricante de carteras de polipiel de Saskatchewan, sabe cómo hacer que su chica favorita se lo pase bien. —Me guiñó el ojo.

Sentí ganas de saltar sobre el asiento, sentarme sobre él y succionarle el labio inferior entre otras partes del cuerpo, pero, por supuesto, no lo hice. Éramos amigos y no quería poner en riesgo nuestra amistad. Además, él seguía con Brooke, y yo con... como se llamara. Las cosas eran como se suponía que tenían que ser. Noah y yo salíamos con otras personas y seguíamos siendo los mejores amigos. Pero eso no evitaba que quisiera succionarle el labio inferior.

CAPÍTULO 25

En palabras de la inmortal Sally Brown (la hermana de Charlie Brown): «Yo solo quiero lo que me corresponde. Yo solo quiero lo que me toca». Unas palabras dignas de tener en cuenta.

Sabía que hacía frío por la nube que escapaba de mi boca cada vez que soltaba el aire. No sentía nada. Estaba sentada en nuestro lugar de siempre, contemplando el lago, pensando en todo y en nada. Mi vida había dado un vuelco radical, en cuestión de minutos me la habían puesto del revés, y me había pillado totalmente desprevenida.

Oí el ruido de pasos sobre la grava. El teléfono no dejaba de sonar con avisos de llamadas y mensajes de mi familia. Ninguno de ellos sabía dónde me había metido. Si hubieran sabido que estaba a tres manzanas de distancia, se habrían enfadado mucho. Pero Noah había sabido dónde encontrarme. La grava siguió sonando mientras rodeaba la mesa de pícnic. La antigua había quedado destrozada, pero la habían cambiado por otra meses antes. Noah se acercó un poco más, pero los dos permanecimos en silencio. Yo seguí mirando el lago.

—Piolín —dijo al fin en voz baja y temblorosa.

Se acercó aún más, preparándose para abrazarme, pero yo me aparté y levanté la mano, indicándole que se detuviera.

—No me toques.

—¿Por qué?

—Porque, si me tocas, me voy a romper en pedazos. Ya he tenido que recomponerme dos veces en un día. No creo que pudiera hacerlo por tercera vez.

Con el rabillo del ojo vi que estaba escribiendo en el móvil. Me imaginé que estaba avisando a mi familia de que me había encontrado. No obstante, sabía que no les diría dónde estaba, así que no protesté.

Se sentó a mi lado, pero a una distancia prudencial, sin tocarme, y permanecimos así un rato, en silencio. Noah sabía que yo hablaría cuando estuviera preparada.

Dejé vagar la mente, recordando los últimos meses. Recordé los primeros en la facultad. El semestre había sido muy bueno. Había logrado aparecer en la lista de honor de la universidad gracias a mis buenas calificaciones; me había acostumbrado a vivir lejos de casa, me encantaba mi compañera de habitación y Noah volvía a estar en mi vida.

Dos días antes, cuando llegué a casa para pasar con mi familia las vacaciones de Navidad, no pude seguir ignorando los síntomas. Mi madre insistió en que tenía que hacérmelo mirar de inmediato. Si no me hubiera obligado, ahora seguiría disfrutando de mi bendita ignorancia y mi vida continuaría intacta. Es curioso cómo una información, tres palabras de nada, pueden demoler tu mundo.

—Cáncer de hueso. —Todo cuanto el médico dijo después de eso me llegó

amortiguado, como desde muy lejos.

Tenía la sensación de estar debajo del agua, ahogándome. Estaba muy confusa. Había ido al médico por una torcedura en el tobillo y un dolor en la pantorrilla que no acababa de desaparecer. Pensé que el médico se había equivocado, que había confundido mis radiografías con las de otro paciente. Miré a mi madre, que estaba sentada en una esquina con los ojos llenos de lágrimas. ¿Por qué lloraba? Solo me había torcido el tobillo.

—Amanda, ¿me has oído? —me preguntó el doctor Thompson.

—¿Qué?

—Lo siento. La radiografía muestra un tumor con bordes irregulares. Eso, unido a la pérdida de peso, la fatiga y el dolor en la pierna, me lleva a hacer este diagnóstico. Te remito al doctor Lang, un excelente oncólogo.

El médico abría la boca y seguía hablando, pero debía de hacerlo en un idioma extranjero, porque no entendí absolutamente nada de lo que me dijo.

Mi madre se acercó a mí y me rodeó los hombros con un brazo. Apoyó la otra mano sobre la mía mientras el doctor seguía con su perorata.

—Es raro que el cáncer de hueso aparezca como cáncer primario. Normalmente aparece como metástasis, así que habrá que hacer pruebas para descartarlo.

—¿Pruebas de qué? —pregunté abrumada.

No entendía qué estaba pasando. ¿Por qué estaba tan serio el médico y por qué mi madre estaba cada vez más disgustada? ¿Es que no se daban cuenta de que estábamos hablando de un tobillo torcido?

—Hemos de ver si el cáncer ha invadido otros órganos.

—Pero si solo es el tobillo, ¡me lo torcí! —insistí. Me volví hacia mi madre, suplicándole con la mirada que se lo hiciera entender—. Mamá, díselo.

Mi madre me abrazó mientras me acariciaba el pelo.

—Cariño, todo irá bien. Saldremos de esta.

Me aparté de ella con brusquedad y bajé de la camilla.

—¡¿Por qué no se lo dices?! —grité muy enfadada.

Cuando mi madre dio un paso hacia mí, retrocedí.

—¡QUE LE DIGAS QUE SOLO ES UN TOBILLO TORCIDO, MAMÁ!

Cuando mi cuerpo comenzó a convulsionarse por los sollozos, me dejé caer en una de las sillas. Me sentía como si estuviera en uno de esos sueños en los que notas que estás cayendo al vacío. Cuando tratas de agarrarte a algo para detener la caída, te despiertas y tardas unos instantes en darte cuenta de que solo era un sueño. Así me sentía, pero el despertar no llegaba.

Mamá me abrazó mientras lloraba.

—Es demasiado para asimilarlo todo de golpe —le dijo al médico.

—Lo entiendo. ¿Por qué no se van a casa? Le pediré a la enfermera que las llame para darles hora para la resonancia magnética y la visita con el doctor Lang. Si tienen preguntas, les sugiero que hagan una lista. Ojalá hubieras venido antes, cuando

empezaste a notar los síntomas.

Lo miré entre las lágrimas que me bañaban la cara.

—No sabía que tenía síntomas. Estaba tan ocupada que no siempre tenía tiempo de comer. Pensaba que la pierna me dolía por la torcedura. Y alguna vez me dormí, y como llegaba tarde a clase y mi plaza de aparcamiento quedaba lejos de la habitación, iba corriendo hasta clase porque no podía llegar tarde. Tenía que salir en la lista de honor y lo logré. ¿A que sí, mamá?

Sabía que estaba desvariando, pero no podía parar. Estaba tratando de encontrarle algún sentido a ese sinsentido. Necesitaba encontrar una razón para lo que estaba pasando.

Miré a mi madre y al médico, esperando que me dieran una explicación, pero no pudieron dárme-la. Lo único que se oía por encima de mis sollozos era la voz del doctor, bombardeando a mi madre con información sobre pruebas que sería necesario realizar.

—¿Cuál es el tratamiento para esto?

—Bueno, yo no soy oncólogo, pero normalmente se trata con cirugía, quimio y a veces radioterapia.

—¿Qué tipo de cirugía?

—Si el cáncer está localizado, extirpan el tumor entero. Si está extendido por el tejido óseo, lo más aconsejable es amputar por debajo de la rodilla.

Salté del asiento y eché a correr tan rápido como pude. Desde Acción de Gracias, mi cojera se había agudizado cada vez más porque me dolía la pierna. Ya había oído bastante; no podía aguantar más. No paré de correr hasta que llegué al coche de mi madre. Me quedé allí, de cara al vehículo, con la mano en la manecilla. Cuando oí el clic, abrí la puerta, me senté y cerré de un portazo. Oí la puerta del conductor y un ligero movimiento cuando mi madre se instaló tras el volante.

—Cariño...

—No. Ahora no puedo hablar. Quiero irme a casa.

Hicimos todo el camino de vuelta en silencio. De vez en cuando veía con el rabillo del ojo que mi madre se secaba discretamente una lágrima. Cuando aparcamos delante de casa, bajé del coche rápidamente y me dirigí al patio trasero para coger la bici. Monté y me alejé sin despedirme. No dije adónde iba porque no lo sabía. Lo único que sabía era que tenía que marcharme de allí. Necesitaba estar sola. Oí que mi madre me llamaba entre sollozos. No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas en bici. Cuando me cansé, me detuve, y en ese momento me percaté de que estaba en nuestro refugio secreto.

La presencia de Noah siempre me aportaba paz, pero esa vez, cuando oí sus pasos a mi espalda, no noté el alivio habitual. Por primera vez en la vida, mi caballero de armadura de plástico no podía salvarme.

—¿Has hablado con mi madre?

Él se aclaró la garganta.

—Sí. Me llamó, estaba histérica. No sabía dónde estabas, y no respondías al teléfono. —Se acercó un poco más a mí—. Piolín, hace frío. Vayamos a un sitio donde se esté más caliente.

—He estado tratando de averiguar qué he hecho mal —le dije.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me está castigando la vida?

Noté que los ojos se me volvían a llenar de lágrimas. Traté de contenerlas desesperadamente. Cuando las dejaba caer, me sentía demasiado vulnerable. Los sentimientos eran abrumadores, muy difíciles de soportar. Quería permanecer insensible un rato más.

—Nadie te está castigando.

Miré a Noah y vi que se estaba poniendo muy nervioso, como si no pudiera soportar estar junto a mí sin tocarme. Finalmente, lo miré a los ojos. Estaba destrozado. Nos observamos en silencio unos instantes antes de que finalmente se rindiera y me abrazara. Su contacto hizo que no pudiera seguir conteniendo las lágrimas.

Noah me sentó sobre su regazo. Enterré la cara en el hueco entre su hombro y su cuello y dejé salir todas las emociones del día. Me abrazaba con tanta fuerza que me costaba respirar.

—Estás helada, cariño. Deja que te lleve a casa.

Lo abracé más fuerte aún. No quería volver. Me había convencido de que, mientras no entrara en casa de mis padres, la realidad no existiría, pero si ponía un pie dentro, esta volvería a reclamar su poder y no podría hacer nada por evitarlo. Sabía que iba a tener que regresar tarde o temprano, pero necesitaba fingir que todo iba bien y saborear la sensación de estar entre los brazos de Noah un poco más.

CAPÍTULO 26

El cáncer es un punto de inflexión, un dictador y el poderoso mago de Oz, que se presenta en forma de un monstruo que todo lo devora.

Llevaba dos días conviviendo con el diagnóstico. Aún no me lo acababa de creer, pero cada vez que veía la cara de Emily o la de mis padres era imposible no darse cuenta de que era muy real. Tenía hora para hacerme la resonancia magnética al día siguiente, por la mañana, y con el médico por la tarde.

Mi madre se puso en contacto con la universidad y les explicó la situación. Obviamente no iba a poder volver al siguiente semestre, y me daba una rabia horrible. Odiaba que algo que no podía controlar dictara todos mis actos. Tendría que ir a recoger mis cosas antes de empezar el tratamiento.

Y, además, tendría que hablar con Matt y contárselo cara a cara. Estaba en casa de unos amigos hasta la víspera de Navidad, que era cuando salía su vuelo a casa. Noah nos acompañaba para ayudarnos. Mis padres irían con el *jeep* y Noah y yo iríamos en su camioneta.

Habíamos pasado juntos todo el tiempo posible. No sabía cómo afectaría eso a su relación con Brooke. Nunca tocábamos el tema. De hecho, ni siquiera hablábamos de mi enfermedad. Cada vez que salía en la conversación, él guardaba silencio, pero siempre estaba a mi lado, ayudándome en todo lo que necesitaba.

Sin decir nada, recogimos los objetos que me habían acompañado en mi cortísima carrera universitaria. Lisa no estaba; estaba en Misuri, de vacaciones con su familia. El día anterior habíamos mantenido una conversación telefónica llena de lágrimas por ambas partes. Había prometido venir a visitarme cuando pudiera. Aunque ya no fuera mi compañera de habitación, sabía que seguiría estando en mi vida. A veces conoces a alguien y sabes inmediatamente que esa persona tiene que estar en tu vida. Con Lisa me pasó eso.

Cuando el coche de mis padres estuvo lleno, regresaron a casa. Les dije que Noah y yo volveríamos después de que hablara con Matt. Noah me llevó hasta donde estaba Matt y esperó en el coche a que hablara con él. Le había enviado un mensaje para decirle que estaba allí y que me acercaba un momento a hablar con él.

No sé por qué estaba nerviosa mientras subía la escalera. Cuando llamé a la puerta, esta se abrió inmediatamente. Matt me abrazó como si llevara años sin verme.

—Dios, me alegro mucho de verte —dijo.

—¿Estás bien? —repuse—. Nos vimos hace cuatro días.

—Lo sé, pero te he echado de menos. ¿Es que un hombre no puede echar de menos a su mujer? —preguntó mientras empezaba a besarme el cuello.

—Matt, tenemos que hablar. Debo decirte algo. —Se apartó y me miró con preocupación.

—¿Estás rompiendo conmigo, Palo? Porque en mi defensa diré que estaba colocado y no sabía lo que estaba haciendo.

—¿De qué estás hablando? —Di un paso atrás.

—Cuando alguien dice «Tenemos que hablar», normalmente quiere romper contigo.

—Te acostaste con Danielle, ¿no?

—Pero pensé en ti todo el rato. No fue tan ideal como me imaginaba que sería. Como está tan buena, pensé que sería mejor que...

—¿Mejor que yo?

Me abrazó por la cintura y me susurró al oído:

—No te enfades, Palo. Ya te he dicho que no me gustó. —Volvió a besarme el cuello.

—Tengo cáncer de hueso. Probablemente van a tener que amputarme la pierna y luego me darán quimioterapia. —Le solté a bocajarro.

Él dio un paso atrás y me miró sin expresión. Como no decía nada, pensé que estaba esperando a que terminara de hablar, así que dije:

—Acabo de recoger las cosas de mi habitación. No volveré el semestre que viene.

Durante un rato permaneció en silencio, pasándose la mano por el pelo. Finalmente suspiró hondo y dijo:

—Me han nombrado director de producción en la obra del semestre que viene.

Por un momento pensé que había oído mal. Cuando me había imaginado esa conversación, nunca se me había pasado por la cabeza una reacción parecida.

Me dirigí hacia la puerta. Antes de llegar, oí los pasos de Matt acercándose.

—¡Palo, espera! ¡Me has pillado desprevenido! —Me agarró por el brazo y me dio la vuelta para que lo mirara—. No sabía qué decir. Pensaba que venías a romper conmigo porque te habías enterado de lo de Danielle.

—No me importas lo suficiente como para enfadarme. Y me importa un bledo Danielle. Tengo que irme; Noah me espera en el coche para llevarme a casa.

—¿Te lo estás tirando?

Todavía no me había soltado el brazo. De hecho, me estaba apretando con más fuerza.

—¿Qué? —Traté de liberarme, pero no pude—. Matt, suéltame. Me estás haciendo daño.

—No soy idiota, Amanda. Veo cómo reaccionas cada vez que llama. Y llama muy a menudo. ¿Cuánto tiempo hace que te lo estás tirando?

—Es mi amigo.

Traté de soltarme de nuevo, pero nada, tampoco lo logré.

En los siguientes segundos todo pasó muy deprisa. Una mano agarró a Matt por el cuello y lo clavó contra la pared. En ese instante me soltó el brazo, lo que hizo que me tambaleara. Al alzar la cara, vi que era Noah quien estaba apretando con fuerza el cuello de Matt, que abría mucho la boca tratando de respirar.

—No mola tanto apretar fuerte cuando eres tú al que aprietan, ¿eh, follapitufos?
—Noah se apoyó en la mano, cortándole totalmente el paso del aire. A Matt se le empezaban a salir los ojos de las órbitas y la piel se le estaba volviendo azulada—. Piolín, métete en el coche —me ordenó.

—Noah, no puede respirar; no lo mates.

—Métete en el puto coche, ¡ya!

Me volví y salí del apartamento. Desde el pasillo, oí golpes, gruñidos y el ruido de muebles rompiéndose. Poco después, el ruido cesó y Noah salió. Me dio la mano y volvimos juntos a su camioneta.

Abrió la puerta del acompañante y entré. Lo observé mientras caminaba de un lado a otro delante del vehículo, tratando de calmarse. Luego se dirigió a la puerta del conductor. Antes de que entrara, oí dos fuertes golpes. Primero pensé que algo había impactado contra el lateral de la camioneta, pero entonces vi que Noah abría y cerraba el puño, que tenía enrojecido.

—Noah, ¿estás bien?

—¿Te había hecho daño alguna otra vez? —preguntó con los dientes apretados.

No supe qué responderle. Técnicamente, no me había pegado. Bueno, una vez, pero dijo que estaba jugando.

—No, no me ha pegado.

—¿Te ha hecho daño?

—Algunas veces me agarraba del brazo con demasiada fuerza, pero estaba borracho y...

Su pecho subía y bajaba rápidamente cada vez que soltaba el aire por la boca con brusquedad.

—¿Te ha forzado alguna vez? No me mientas.

Dudé unos instantes antes de susurrar:

—Sí.

Noah empezó a golpear el volante sin parar. Luego salió del coche y comenzó a golpear el metal mientras exclamaba «¡Joder, joder, joder!» una y otra vez.

Volvió a montar en la camioneta, la puso en marcha y salió del aparcamiento a toda velocidad. Tenía la frente cubierta de sudor.

—Noah...

Él levantó el índice y gruñó:

—Ahora no puedo hablar.

La hora y media de trayecto hasta casa la pasamos en silencio.

Cuando llegamos, me acompañó a la puerta. Mientras buscaba las llaves, trataba de encontrar algo que decirle, pero no se me ocurría nada.

—Gracias por todo, y siento lo de...

—¿A qué hora es el médico mañana?

—La resonancia a las diez de la mañana, y el médico a las tres de la tarde.

—Vendré a las ocho para ayudarte a descargar las cosas. Tendremos tiempo de

sobra para llegar puntuales.

—No hace falta que vengas. Mis padres me acompañarán.

—Ya sé que no hace falta, pero quiero ir. Duerme un poco, nos vemos por la mañana.

Me dio un beso en la frente y se marchó.

Al día siguiente, mi vida empezaría a cambiar. Estaría llena de citas médicas, pruebas y hospitales en vez de clases y fiestas en la universidad. Ya no volvería a ser Amanda Kelly, estudiante de Periodismo; sería Amanda Kelly, paciente con cáncer.

CAPÍTULO 27

Cuando te diagnostican una enfermedad grave pasas unos días en shock, incapaz de asimilarlo.

Después pasas a vivir en una especie de limbo. Sigues siendo la persona de antes, sigues viendo la misma imagen en el espejo y, de vez en cuando, te olvidas de que estás enferma.

Cuando las visitas al médico y las pruebas diagnósticas se hacen más frecuentes, te conviertes en un paciente con una enfermedad grave. Empiezas a olvidarte de cómo era tu vida antes del diagnóstico. La persona que eras antes desaparece y es sustituida por una desconocida triste, asustada y cansada que a veces quiere tirar la toalla.

El aparato que hacía las resonancias magnéticas era un auténtico festival del horror. Parecía un enorme pene con dos pelotas. Bueno, de hecho, solo con una pelota. No me extrañó. Sin duda, un engendro como ese solo podía haberlo inventado un tipo mal dotado.

Me tumbé sobre el enorme pene blanco y el técnico me metió en la bola, donde tuve que permanecer absolutamente quieta durante una hora. Cuando noté que me sacaban, respiré aliviada. En la vida me había alegrado tanto de alejarme de un pene.

Al salir, decidimos ir a comer fuera. Mis padres, Noah y yo permanecemos en silencio o hablamos de cosas intrascendentes que no tenían nada que ver con lo que estaba pasando. Todos estábamos confundidos, no teníamos claro cuáles eran nuestros roles ni cómo debíamos actuar en ese nuevo mundo.

Después de comer nos dirigimos a la consulta del oncólogo y esperamos cuarenta y cinco minutos en la salita antes de que nos atendiera.

El doctor Lang era un hombre de mediana edad. Eso me gustó; no me apetecía nada que me atendiera un jovencuelo acabado de salir de la facultad, que tuviera que ir buscando dónde estaban las distintas partes del cuerpo en su libro de texto. Era un hombre muy directo, de los que no se andaban con tonterías. Yo tenía poca paciencia, así que me gustó que fuera así. Noah se quedó al fondo de la consulta y yo me senté al otro lado de la mesa del doctor, flanqueada por mis padres.

—Tengo buenas noticias —dijo el médico mientras examinaba los resultados—. No parece haber evidencia de cáncer en ninguna otra parte del cuerpo. La pierna izquierda es la única área afectada. —Cuatro profundos suspiros de alivio resonaron en la habitación—. Pero me temo que se ha infiltrado en el tejido muscular que rodea el hueso, y por eso debo recomendar la amputación por debajo de la rodilla.

Me miró a los ojos, supongo que para comprobar mi reacción. Yo permanecí

observándolo. No es que sus palabras me tomaran por sorpresa, pero hasta ese momento habían sido una posibilidad. De pronto, eran una realidad. Tardé unos momentos en hacerme a la idea. El doctor rompió el contacto visual conmigo y volvió a estudiar los papeles.

Durante el breve espacio de tiempo en que nuestras miradas se cruzaron, supe que estaba pensando en su hija. Cuando entramos en su consulta, vi una fotografía de su familia sobre el escritorio. Parecía tener más o menos mi edad.

—Se ha avanzado mucho en el campo de las prótesis. He visto algunas tan reales que apenas se notaba que eran artificiales.

Supuse que me estaba dando el típico discurso optimista de «Si la vida te da limones, haz limonada».

Oí que mi padre se aclaraba la garganta antes de preguntar:

—Entonces, si solo está en la pierna, cuando... —Se le rompió la voz. Se tomó unos instantes para calmarse antes de seguir hablando—. Cuando la hayan operado, ¿quedará libre de cáncer para siempre?

El doctor Lang permaneció con la vista clavada en mi expediente mientras le respondía:

—Técnicamente, sí, pero antes tendrá que someterse a quimioterapia.

—Pero si solo está en la pierna, ¿por qué tienen que darle quimio? —preguntó mamá.

El médico alzó la cabeza y dijo:

—Señor y señora Kelly, Amanda y... joven.

—Es mi mejor amigo, Noah —expliqué, y el doctor lo saludó con una inclinación de la cabeza.

—Amanda tiene osteosarcoma. Es un tipo de cáncer de hueso muy agresivo. Por lo que sé de su caso, diría que me quedo corto. Los síntomas se han presentado a gran velocidad. Tenemos que asegurarnos de matar cualquier célula que tenga el potencial de hacer metástasis en los pulmones. Y la mejor manera de impedirlo es mediante la quimioterapia. Sé que todo esto es abrumador. Les aconsejo que se lo tomen con calma, día a día. La enfermera les programará la cirugía y les dará información sobre la amputación y sobre los principales protésicos de la zona.

—¿Qué es un protésico?

—Es el encargado de hacerte una pierna nueva —respondió—. Pasarán unas semanas antes de que podamos empezar las sesiones de quimioterapia. Debes estar curada de la operación antes de empezar. ¿Tienen alguna pregunta más?

Lo que teníamos todos era un exceso de información que no nos permitía pensar con claridad. Yo todavía estaba tratando de asimilar la idea de que me iban a serrar la pierna.

—Seguro que en cuanto salga por la puerta se me ocurrirán mil preguntas. —Respondí, tratando de sonreír.

El doctor me dirigió una mirada cálida con sus ojos castaños.

—Tengo una hija que es un par de años más joven que tú. Si enfermara, me moriría de preocupación. Te aseguro que te ayudaremos en todo lo que podamos, Amanda.

—Lo sé.

Titubeó un poco antes de seguir hablando.

—Normalmente no toco este tema con los pacientes. Si lo hago es por el tipo de cáncer que tienes, el tipo de quimio que habrá que darte y porque eres muy joven. La mayoría de los jóvenes no piensan en estas cosas, pero creo que no estaría de más que hablaras con tus padres de los arreglos necesarios... por si acaso.

Oí que mi madre contenía el aliento.

—Voy a vivir con mi hermana Emily —le expliqué—. Tiene un apartamento en Radcliffeborough, cerca del hospital. Es una planta baja, así que me será cómodo. La casa de mis padres tiene escalones en el porche. He pensado que en casa de Emily estaré bien.

Mientras hablaba, vi que la expresión del médico se apagaba. Me volví hacia mi madre y luego hacia mi padre. Sus expresiones eran iguales que las del doctor.

—No está hablando de arreglos para vivir, cariño... —me aclaró mi padre.

De repente, me di cuenta. El médico me estaba aconsejando que empezara a preparar mi funeral. Curiosamente, hasta ese momento ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que pudiera morir.

Salimos de la consulta con un montón de folletos sobre el tipo de cáncer que padecía, qué esperar de la cirugía y tarjetas de gente que hacía piernas. No me gustaba llamarlos protésicos. La palabra me hacía pensar en prostitutas.

No estaba de humor para encerrarme en casa. Mis padres me abrazaron y me besaron y se fueron en su coche. Nunca los había visto tan alterados y disgustados. Creo que todos necesitábamos pasar un tiempo a solas.

Noah y yo nos sentamos en su camioneta y permanecimos en silencio, procesando todo lo que acababa de pasar. Con el rabillo del ojo vi que él estaba inquieto, tamborileando con los dedos sobre el volante. Parecía estar a punto de decir algo.

—Noah, no, por favor. Necesito un poco de tiempo para asimilarlo todo.

—Lo sé. ¿Qué quieres hacer?

Seguí mirando al frente.

—Huir muy lejos.

Sin decir nada, él puso en marcha la camioneta y salió del aparcamiento.

Nos dirigimos al centro, pasamos por Colonial Lake y, dejando atrás la Universidad de Charleston, entramos en el barrio de Emily con sus calles arboladas. Nos detuvimos frente a una bonita casa de tres plantas de color verde pálido. Era una de esas casas tan típicas de Charleston, con las molduras, las puertas y las ventanas blancas. Tenía un porche que rodeaba la construcción en la planta baja y porches cubiertos con persianas en los dos pisos superiores.

Noah apagó el motor y se volvió hacia mí.

—Estaré aquí unas semanas —dijo—. La casa está dividida en tres apartamentos.

—Qué casa tan bonita. ¿Por qué estás aquí?

—Es el apartamento de Carter Perry. Suelo venir a menudo porque está muy cerca de la facultad. Me pidió que me instalara aquí mientras él visitaba a su familia. No volverá hasta después de Año Nuevo. Mola tener un poco de intimidad.

—La casa de Emily está aquí al lado, a un par de calles. Estaremos muy cerca.

—Sí, ya ves, es curioso. —Me sonrió antes de salir del vehículo, y tuve la sensación de que no era coincidencia que estuviera allí.

Lo observé mientras rodeaba la camioneta y me abría la puerta. Le di la mano y nos dirigimos juntos hacia la puerta de la casa.

El apartamento era muy bonito. Tenía dos habitaciones, y se notaba que allí vivía un chico. Casi no había muebles; solo un enorme sofá y una tele de pantalla plana.

Nos quitamos los abrigos y los dejamos en el sofá.

—¿Te apetece comer o beber algo? —me preguntó Noah.

—No, gracias.

—Ponte cómoda; enseguida vuelvo.

—Vale.

Me acerqué a la gran cristalera y, mirando hacia la calle, empecé a planificar mi funeral. ¿Qué clase de música me gustaría que sonara? ¿En qué tipo de ataúd querría que me enterraran? Me pregunté si harían ataúdes amarillos. ¿Había ataúdes de colores? Estaba tan absorta en mis pensamientos que no oí que Noah volvía a entrar.

—Piolín, ¿estás segura de que no quieres nada?

Seguí mirando por la ventana.

—No quiero morir —repliqué en voz muy baja, como si estuviera hablando conmigo misma.

Tras unos instantes, Noah dijo:

—No vas a morir.

Cuando me volví, vi que estaba bebiendo agua junto a la encimera de la cocina.

—¿Cómo lo sabes?

—No quiero hablar de eso ahora —respondió antes de dar otro sorbo.

—Pero yo sí; necesito hablar de ello con mi mejor amigo. Sé que no es fácil, pero no hemos hablado de esto en ningún momento. Las cosas se van a poner feas; necesito saber que lo entiendes.

Noah agachó la cabeza e inspiró profundamente. Vi que empezaban a temblarle los hombros. Un instante después, la botella de agua de plástico salió volando y se estampó contra la pared. Me miró con impotencia y mucho dolor, mientras sus preciosos ojos azules se llenaban de lágrimas.

—¿Crees que no entiendo lo jodidas que están las cosas? Estoy estudiando cirugía ortopédica. ¿Crees que no sé que, si el cáncer no acaba contigo, las medicinas que van a meterte en el cuerpo podrían rematar la faena? ¿Crees que no he buscado que las probabilidades de que sobrevivas cinco años son del sesenta y cinco por ciento?

Para la mayoría de la gente, esa estadística me parecería bastante buena, pero para ti, no. Tú te mereces una garantía de supervivencia del cien por cien —añadió llorando abiertamente.

Se plantó ante mí en tres zancadas. Me empotró contra la cristalera, apoyó las manos a ambos lados de mi cara y me miró a los ojos. Nuestros labios casi se rozaban cuando me dijo:

—No puedo perderte, lo eres todo para mí. No tenerte en mi vida me destrozó, pero si no estuvieras en el mundo, no podría seguir adelante. Mi objetivo en la vida es cuidar de ti, protegerte, pero no puedo luchar contra esto. No sé cómo ayudarte.

—Noah... —susurré sin aliento.

—Por favor, no me apartes de tu lado, Piolín —me rogó.

—No pensaba hacerlo —murmuré.

Le acaricié el pelo, enredándolo entre mis dedos. Noah me recorrió el cuerpo con las manos, que se detuvieron debajo de mis nalgas. Me levantó y yo le rodeé la cintura con las piernas. Cada vez que empujaba con sus caderas, me clavaba más firmemente contra el cristal. Quería que me hiciera olvidar el dolor. Quería sentirme segura y protegida como siempre que estaba con él. Quería sentirme normal, aunque fuera por última vez. Nunca le había confesado a Noah lo mucho que lo amaba; tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Mi pecho chocaba contra el suyo con cada rápida inspiración. Nos mirábamos fijamente.

—Noah, yo... —Antes de que pudiera acabar la frase, oímos que se abría la puerta principal y que alguien lo llamaba.

Rápidamente, le solté el pelo y me deslicé por su cuerpo hasta que los pies tocaron el suelo.

Él se peinó con las manos y se apartó de mí un instante antes de que Brooke hiciera su aparición. Al verme, se detuvo en seco.

—No sabía que íbamos a tener visita.

Su elección de palabras me chocó. Tenía la impresión de que aquella no era la casa de Noah: ¿qué estaba haciendo ella ahí?

Sin dejar de mirarme, Noah dijo:

—Brooke, ¿puedes dejarnos un momento a solas, por favor?

—No, no puedo —respondió ella enfadada.

—Por favor.

—Noah, se suponía que íbamos a tener la casa para nosotros solos hasta Año Nuevo.

Él se volvió bruscamente hacia Brooke, la agarró del brazo y se metió con ella en lo que imaginé que debía de ser un dormitorio.

Me había quedado paralizada. No sabía qué hacer. Los oía discutir al otro lado de la puerta.

—Noah, siento que se esté muriendo, pero no pienso permitir que utilice eso para

meterse entre nosotros y estropearnos las vacaciones. El mundo no gira alrededor de Amanda Kelly.

—No te atrevas a hablar así de ella.

—No quiero actuar como una zorra, pero es que estos días iban a ser para los dos solos, sin tener que preocuparnos por tu compañero de cuarto o por si vuelve mi madre. Esto no es lo que habíamos hablado...

Oh, Dios mío, habían planeado jugar a las casitas durante las vacaciones de Navidad. Cuando Noah me había comentado que estaría bien tener un poco de intimidad, estaba pensando en Brooke y en pasar esos días follando con ella sin parar.

Salí del apartamento tan rápido como pude, mientras le enviaba un mensaje a Emily para que viniera a recogerme. Caminé tan deprisa como pude para llegar lo más lejos posible. Cojeaba cada vez más. No iba a poder aguantar mucho tiempo andando..., pero tampoco podía aguantar a Noah en ese momento.

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se le había ocurrido llevarme ahí? Debía de saber que Brooke volvería. Había estado a punto de decirle lo mucho que lo amaba. ¡Habríamos acabado en la cama! ¡Oh, Dios! Las palabras de Brooke diciendo que estaba a punto de morir se repetían en bucle en mi cabeza.

De repente me di cuenta de algo: Noah sentía lástima de mí. Quería hacerme sentir mejor y había estado a punto de acostarse conmigo por pena. Me rodeé la cintura con los brazos tratando de evitar que salieran los sollozos que se me estaban acumulando en la garganta. Temblando de arriba abajo, seguí cojeando hasta que Emily vino a buscarme y me llevó a su casa.

Había llegado el momento de meterme en la cama, cubrirme la cabeza con el edredón y quitarme de la mente a Noah, a Brooke y al cáncer. Sabía que debería enfrentarme a todos ellos muy pronto, pero en ese momento necesitaba desconectar.

CAPÍTULO 28

Si a alguien se le ocurriera comprobar mis últimas búsquedas por internet..., digamos que tendría que dar unas cuantas explicaciones.

Estaban a punto de cortarme la pierna. Como tenía cáncer, tendrían que hacerme una biopsia del músculo y luego incinerarían la pierna. La quemarían. Cuando le pregunté al médico qué harían con ella, no quiso responderme. No sé por qué. No es que quisiera que me la envolvieran para regalo ni nada por el estilo.

No sé por qué necesitaba saber todos los detalles escabrosos sobre el futuro de mi pierna. Supongo que era una parte de mi cuerpo que me había acompañado desde siempre, y me parecía feo desprenderme de ella sin informarme al menos de dónde iría a parar.

Me dieron hora para operarme una semana antes de Navidad. Mis padres preguntaron si no se podía aplazar la operación hasta después de fiestas, pero el doctor Lang les dijo que era demasiado arriesgado.

Estaba sentada en mi habitación. Era la última noche que mi pierna y yo pasaríamos juntas. No sabía qué aspecto tenía el cáncer de hueso, así que me lo imaginé negro y viscoso. Me costaba pensar que ese ser negro y viscoso se me estaba comiendo lo que había entre la rodilla y el tobillo.

Me senté encima de la pierna izquierda. Quería prepararme para el aspecto que tendría mi cuerpo después de la operación. Busqué en internet fotos de amputados. En las imágenes se veía a gente haciendo surf, esquiando y subiendo montañas. Yo no hacía ninguna de esas cosas, y esperaba que, después de la operación, no me forzaran a convertirme en un modelo a seguir. No quería ser un ejemplo de cómo llevar una vida plena con una pierna menos.

Respiré hondo y miré hacia abajo. Al ver solo la pierna derecha delante de mí, la realidad se impuso. Todo había sido tan frenético durante las últimas semanas que no había tenido ni tiempo de hacerme a la idea. Me había centrado en la fecha de la operación, en la pauta de quimioterapia y en descubrir todo lo que pudiera sobre el cáncer. ¿Cómo sería la vida tras la amputación? Cuando todos volvieran a sus vidas normales, ¿cómo sería la mía? Al día siguiente, a esa misma hora, una parte de mí habría desaparecido.

Volví a estirar la pierna, me puse loción corporal con aroma de fresa y luego me puse el zapato de tacón rojo antes de sacarle varias fotografías con el móvil. Esa noche, mi pierna se merecía que la tratara como a una reina. Al fin y al cabo, había estado conmigo casi veinte años y me había servido bien. Darle una buena despedida era lo mínimo que podía hacer. Cuando ya le había hecho quince fotos, me entró un

mensaje en el móvil.

Estoy en tu ventana. ¿Vamos al parque?

Noah y yo habíamos acordado no sacar el tema de lo que había pasado aquel día en su casa. Tenía otras cosas más importantes de las que ocuparme. Hablaríamos de ello, pero en otro momento.

No creo que pueda llegar. Me duele la pierna.

Ponte el abrigo. Tengo una sorpresa para ti.

¿Qué es?

Una sorpresa. Voy hacia la puerta principal. :)

Noah me llevó en brazos hasta el parque. Esa noche solo quería estar en un sitio: entre sus brazos. En vez de llevarme directamente a nuestra mesa, me llevó a la zona de las barbacoas. Me sentó en una silla y me tapó con una manta que había llevado antes allí. Lo observé mientras encendía el fuego. Llevaba la chaqueta del equipo de béisbol del instituto y una gorra del equipo de béisbol de la Universidad de Charleston vuelta del revés. Estaba guapísimo. Y sus esfuerzos por apartar de mi mente lo que me esperaba al día siguiente me parecían monísimos.

Se sentó a mi lado y llenó dos vasos de chocolate caliente de un termo. Levanté la manta mientras él acercaba otra silla y se sentaba a mi lado. Le tapé las piernas y luego me arrebujé a su lado, bajo su brazo. A través del abrigo, noté que me acariciaba el hombro. Estuvimos en silencio un rato, bebiendo el chocolate caliente. Mi mirada vagaba entre el fuego y el precioso cielo despejado, cuajado de estrellas. Era como si Noah hubiera encargado las estrellas especialmente para esa noche.

—Es perfecto. —Las palabras escaparon de mi boca en un susurro.

—Sí que lo es.

—Gracias. Gracias por lo que has hecho, Noah.

Él me apretó el brazo ligeramente.

—¿Piolín?

—¿Mmmm?

—Lo siento.

Levanté la cara para mirarlo.

—¿El qué?

Él mantuvo la vista fija al frente. La luz de las llamas hacía brillar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

—La noche que te torciste el tobillo... debería haberte llevado a urgencias. Si lo hubiera hecho..., probablemente habrían detectado antes el cáncer y podrían haberte salvado la pierna.

Dejé la taza de chocolate en el suelo. Me volví hacia él, le rodeé el cuello con los brazos y apreté con fuerza.

—No te hagas eso; no es culpa de nadie —susurré con esfuerzo, conteniendo las lágrimas, abrumada por la profundidad de sus sentimientos hacia mí.

—Saldremos de esta. Estaré a tu lado. Avanzaremos juntos, paso a paso.

—Si es un chiste, no tiene gracia —bromeé.

Él rompió el abrazo y me miró a los ojos.

—Lo siento —dijo. Luego, observándome con absoluta decisión, insistió—: Saldremos de esta.

Quería creerlo, y en ese instante lo hice. En esos momentos, estar con Noah debajo de una manta compartida era la perfección. Y en esa perfección no había lugar ni para el cáncer ni para cirugías.

Bebimos chocolate caliente y contemplamos el fuego hasta que se convirtió en brasas ardientes. No nos dijimos mucho más. No hacía falta. Yo aparté de mi mente pensamientos oscuros sobre el cáncer, la cirugía, la quimio y mi futuro. No iba a permitir que nada estropeará ese momento. El presente era perfecto, y permanecería en él tanto tiempo como fuera posible.

Cuando me enteré de que tenía que estar en el hospital a las cinco de la mañana para que me operaran a las siete pensé que me estaban tomando el pelo. ¿No era bastante malo que tuvieran que cortarme la pierna que encima me hacían madrugar? Eso de ser un paciente de cáncer era una auténtica mierda.

Como era de esperar, no había casi nadie en el hospital a esa hora tan poco decente. Cuando entré en la sala de espera, me llegó la energía nerviosa de los pacientes que aguardaban a que los llamaran para ser operados. Me habían acompañado papá, mamá y Emily. Hacía tiempo que no hacíamos algo los cuatro juntos. Aunque estaba a punto de perder una pierna, al menos habíamos sacado algo bueno: una excursión familiar. «¡Limonada! Que no se diga que no intento hacer limonada con todo lo que me está pasando».

Mamá permaneció mirando al vacío. Papá paseaba entre donde estábamos sentadas y la máquina de café gratuito que había en una esquina. Emily trataba de darnos conversación. Habla mucho cuando está nerviosa, pero mucho. Yo parecía tranquila por fuera, pero por dentro los nervios me iban a toda marcha, en quinta, y porque no había más. Mi estómago alternaba dos estados: o a punto de vomitar o en caída libre hacia mis pies.

Quería que el tiempo se detuviera; quería huir. No me veía capaz de superar todo eso: la amputación, la quimio, el cáncer. Cuando cruzara esa puerta, no habría vuelta atrás. Si quería escapar, tenía que hacerlo ya. Me eché hacia delante en la silla para levantarme, pero en ese momento se abrió la puerta.

Las caras de todos los pacientes se crisparon al ver aparecer a una enfermera que recorrió la sala con la mirada y preguntó:

—¿Amanda Kelly?

Mierda, me tocaba a mí. No reaccioné; no estaba preparada, necesitaba tiempo para hacerme a la idea. La enfermera volvió a decir mi nombre. Noté que mis padres y mi hermana me estaban mirando.

Mamá se inclinó hacia mí y susurró:

—Cariño, ha llegado la hora.

Mi padre se acercó a nosotras mientras mamá, Emily y yo nos levantábamos.

La enfermera se dirigió entonces a mí:

—¿Amanda Kelly?

—Sí. —Una palabra muy pequeña, pero que estuvo a punto de hacer que me echara a llorar.

—Acompáñame. —Al ver que los cuatro la seguíamos, se volvió bruscamente y les indicó a mis padres—: Podrán verla cuando Amanda esté preparada para la operación. Yo misma vendré a buscarlos.

Le dirigí una mirada suplicante a mi madre. No quería entrar sola. Sus ojos desbordaban de dolor, sabía que la impotencia debía de estar matándola; que haría cualquier cosa por librarme de eso.

—Amanda —me dijo—, estaremos a tu lado en cuanto nos digan que podemos entrar.

Asentí en silencio, luchando por controlar las lágrimas.

La enfermera me guio por un pasillo largo y estéril. Fijé la mirada en ella, tratando de no pensar en nada más, solo en seguirla. Tenía miedo de ver o de oír cosas horribles, como un médico riendo endemoniadamente mientras sostenía en alto una motosierra.

La enfermera iba vestida con una bata corta adornada con dibujos de cachorros. Sus zuecos crujían al caminar. Abrió la puerta de una pequeña sala de espera equipada con una camilla, dos sillas y un soporte para goteros. Permanecí de pie, esperando instrucciones.

—Me llamo Sarah y soy tu enfermera. Puedes sentarte en la camilla. —Revisó unos papeles y me preguntó—: ¿Puedes decirme tu nombre y tu fecha de nacimiento?

—Amanda Kelly, 23 de marzo de 1990.

La enfermera me colocó una pulsera identificativa en la muñeca.

—Y ¿qué tipo de operación nos van a hacer?

—A usted, no lo sé; a mí me van a amputar la pierna.

La enfermera alzó la vista de los papeles y me dirigió una sonrisa ladeada. Dejó

los papeles al pie de la camilla y sacó una bata de papel casi transparente y una bolsa de plástico de un armario empotrado que había a mi espalda.

—Quítate la ropa y ponte la bata. Deja tus cosas en la bolsa. Sobre todo, no te dejes ninguna joya puesta. El anestesista llegará enseguida y yo volveré dentro de nada para ponerte la vía. —Se marchó y cerró la puerta.

Me puse la elegante bata y lo guardé todo en la bolsa. Me tumbé en la camilla y me tapé con la sábana, pero justo entonces apareció un hombre sonriente vestido con ropa quirúrgica. Lo seguía una enfermera y, tras ella, entró también la enfermera Sarah.

Las enfermeras se colocaron una a cada lado de la camilla mientras el doctor Sonrisas me ofrecía la mano.

—¿Amanda Kelly? —Asentí—. Hola, soy el doctor McFadden, anestesista.

—Hola.

Se sentó en una de las sillas y revisó el contenido de una carpeta.

—¿Puedes decirme tu fecha de nacimiento y el tipo de operación que van a hacerte?

—23 de marzo de 1990 y amputación de la pierna izquierda. —Me sentía como si estuviera participando en una versión demencial de un concurso televisivo. Pero en vez de a *La ruleta de la fortuna* había ido a parar a *La ruleta de la desgracia*.

Mientras el doctor Sonrisas seguía recitando su discurso de cómo iba a dejarme fuera de juego, la enfermera de la izquierda me tomaba la tensión al tiempo que la enfermera Sarah me daba golpecitos en el brazo a distintas alturas.

—¿Qué hace? —le pregunté.

—Busco una vena para ponerte la vía. —Tras darme golpecitos en el dorso de la mano derecha, anunció—: Esta de aquí se ve hermosa.

Mientras el médico seguía hablando sin parar, la otra enfermera me puso un termómetro en la boca y vi que una enorme aguja se acercaba. Demasiadas cosas al mismo tiempo. No podía centrar la atención en todas a la vez. Nunca me había sentido tan impotente y tan insegura. Hice una mueca de dolor cuando la aguja me atravesó la piel y no pude seguir conteniendo las lágrimas.

La enfermera Sarah me dirigió una mirada de disculpa.

—Lo siento; no pretendía hacerte daño.

¿Qué pensaba?, ¿que era agradable que te clavaran un objeto puntiagudo?

No me gustaba que me hicieran cosas sin pedirme permiso antes. El doctor se fue, pero se dirigió a mí desde la puerta:

—Volveré pronto y te daré un zumo de la felicidad.

No sabía de qué me estaba hablando; estaba demasiado concentrada en el montón de esparadrapo que la enfermera Sarah estaba poniendo alrededor de la vía.

Cuando acabó de torturarme, me dijo:

—Voy a buscar a tu familia. El doctor Lang pasará un momento a verte antes de que te subamos.

—Gracias.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Sacarme de aquí. —Respondí con una sonrisa irónica.

Las enfermeras recogieron sus cosas y se marcharon, pero antes de cerrar la puerta del todo, la enfermera Sarah asomó la cabeza y me dijo:

—Sé que da mucho miedo, pero el doctor Lang es uno de los mejores especialistas del país. —Me dirigió una sonrisa—. Voy a avisar a tu familia para que pasen.

Minutos después, mamá, papá y Emily entraron en el cuartito. Mamá y Emily se sentaron; papá se quedó de pie. Me recordó a un animal enjaulado. Se le daba fatal tener que esperar sentado; era un hombre de acción. La situación debía de ser durísima para los dos, pero creo que mi padre lo llevaba peor que mi madre. Estaba acostumbrado a ser el protector, y no podía hacer nada para protegerme.

A las seis y media, el doctor Lang vino a saludarme y a decirme que estaba seguro de que todo saldría bien. Luego la enfermera Sarah volvió a entrar para avisar a mis padres de que estaban a punto de llevarme al quirófano y de que debían despedirse.

Emily se levantó y me dio un largo abrazo. No pude seguir conteniendo las lágrimas. La agarré con fuerza, sabiendo que cuando la soltara estaría más cerca del quirófano.

—No llores, Manda. Saldremos de esta. Te quiero.

Yo asentí con la cabeza, que tenía pegada a su cuello. Emily salió del cuartito llorando.

Mamá y papá se acercaron y ella me abrazó.

—Te quiero, Amanda. Estoy muy orgullosa de ti —me dijo varias veces.

Miré a mi padre, que estaba a su lado, llorando en silencio. Nunca había visto llorar a mi padre. Me rompió el corazón saber que yo era la causante de sus lágrimas.

—Lo siento, papi —dije.

Él se inclinó hacia mí y me besó la cabeza.

—No tienes que sentir nada, princesa. No sabes cómo me gustaría poder ocupar tu lugar en estos momentos.

La puerta se abrió y el doctor Sonrisas asomó la cabeza avisando a mis padres de que tenían que marcharse.

—Cuidaremos de ella —les dijo cuando pasaron por su lado. Luego se volvió hacia mí y me preguntó—: ¿Lista para sentirte feliz?

Yo asentí, secándome la cara.

Llevaba una jeringa con algo que me inyectó a través de la vía. Segundos después empecé a notar los efectos de la medicación. Fue maravilloso. Mientras viajaba en el expreso a Colocón de Arriba, oí alboroto en el pasillo. El doctor Sonrisas abrió la puerta para ver qué pasaba.

Oí una voz femenina que se parecía a la de mi enfermera, que decía:

—Joven, no puede entrar. Están a punto de subirla a quirófano.

—He pillado un atasco; no he podido llegar antes. Solo será un segundo. Por favor, soy su hermano.

Pensé que era un bonito detalle por parte de mi hermano venir a visitarme, pero entonces recordé que no tenía ningún hermano. ¿O sí?

—Que pase un momento —dijo el doctor Sonrisas.

Al volverme hacia la puerta, se me iluminó el rostro, en parte por el zumo de la felicidad, pero sobre todo porque mi caballero de armadura de plástico había venido a salvarme.

—Acabo de medicarla, así que está un poco colocada ahora mismo.

—Gracias —replicó Noah acercándose. Se sentó a mi lado en la camilla y me acarició la cara—. Hola, Piolín, ¿cómo estás?

—Bieeeeeen.

Él se echó a reír al oírme.

—Siento no haber llegado antes. Hubo un accidente y me quedé atrapado.

—No pasa nada, hermanito. Todo va bien. Has llegado a tiempo. Coge mis cosas y vámonos. —Me senté y quedé cara a cara con él.

—Piolín, no puedes irte ahora.

Lo miré entornando los ojos y sonreí.

—¿Quieres que nos lo montemos? Esta bata es de fácil acceso y no llevo nada debajo.

Nos quedamos mirando unos instantes en silencio hasta que se abrió la puerta y apareció la enfermera Sarah. Seguí mirando a Noah un poco más. Aunque tenía un globo considerable, vi que el amor que Noah sentía por mí era tan grande que se le escapaba por los ojos. Esperaba que él también viera en los míos el amor que yo sentía por él.

Noah se levantó y la enfermera Sarah se situó en la cabecera de la camilla y empujó, sacándome de allí.

—Enfermera Sarah, ¿le han dicho alguna vez que es una aguafiestas?

La oí reír a mi espalda.

—Me han dicho cosas peores.

—Él es Noah. ¿A que está buenísimo?

—Es muy guapo.

—Y besa de miedo. Su lengua sabe a caramelos de menta. También me ha tocado las tetas y...

—Piolín, no creo que la enfermera Sarah esté interesada en esas cosas —me interrumpió Noah.

Ella nos miró alternativamente, con expresión divertida.

—Pensaba que erais hermanos.

—Somos una familia muy unida. —Oí replicar a Noah mientras me alejaba pasillo abajo.

En el quirófano hacía mucho frío y la luz era exageradamente brillante. Me pasaron de la camilla a la mesa de operaciones y, una vez allí, las enfermeras empezaron a trabajar con tanta eficiencia que me recordaron a un equipo de mecánicos de la Copa NASCAR. Cada persona tenía una tarea asignada. Una enfermera se aseguró de que tenía la medicina adecuada en el gotero. Otra me cubrió con mantas. Otra me conectó electrodos a varias partes del cuerpo. Luego vi que el doctor Sonrisas se inclinaba sobre mí.

—Amanda, voy a ponerte esta mascarilla con oxígeno. Solo tienes que respirar hondo.

Hice lo que me ordenaba. Me ponía nerviosa no poder ver lo que me iban haciendo. Una tela azul cubría una bandeja donde me imaginé que debían de estar los instrumentos quirúrgicos. Como soy masoquista, había buscado en internet qué tipo de sierra se usa para amputar piernas. La sierra para hueso de treinta centímetros en acero inoxidable se vendía en Amazon por dieciséis euros y tenía una valoración de cinco estrellas. Los clientes que compraban eso también solían comprar un cuchillo de cocina que costaba treinta y cinco euros.

Volví a mirar hacia arriba y vi que el doctor Sonrisas seguía inclinado sobre mí.

—Amanda, estamos casi listos. Voy a administrarte una medicina que te dormirá.

Lo miré fijamente. Noté que mis mejillas estaban llenas de lágrimas. Había llegado el momento de la verdad. Ya no había vuelta atrás. Se había acabado el tiempo y las cosas se habían escapado por completo de mi control. La medicina me hizo efecto y cerré los ojos, dejando atrás mi antigua vida.

CAPÍTULO 29

Mientras uno espera a que vuelva a aparecer la esperanza, crecen las fuerzas y la personalidad.

Estaba instalada en casa de Emily, en una habitación que era casi una réplica exacta de mi dormitorio. Básicamente, mis padres habían trasladado allí mis cosas. Querían que me sintiera cómoda y pensaron que estar rodeada de todo lo mío sería una buena manera de conseguirlo.

Estuve cuatro días ingresada en el hospital. Los dos primeros los pasé tan drogada por la morfina que no me enteré de nada. Al tercer día, ya con la cabeza más clara, empezó mi terapia. Me hicieron levantar y usar un andador para ir hasta la butaca que había en un extremo de la habitación. Fui hasta allí despacio y acabé con los brazos doloridos por el esfuerzo, aunque, con toda probabilidad, no había ni seis pasos de distancia de la cama a la silla. Cuando llegué a la butaca, estaba exhausta.

Solo me había atrevido a mirar hacia abajo una vez, muy rápidamente, hacia mi miembro residual. Me habían informado de que ya no era políticamente correcto llamarlo *muñón*. Yo pensé que, si me apetecía llamarlo *muñón*, lo haría. Al fin y al cabo, era mi muñón. Aún no me había atrevido a mirar el muñón poniéndolo al lado de la otra pierna.

Mamá estaba conmigo durante el día y Emily y mi padre me visitaban por la tarde, al salir de trabajar. Aún no sé cómo lo hizo, pero Noah logró colarse y pasar las noches conmigo. Seguro que sedujo a la pobre enfermera del turno de noche con una sonrisa y un par de guiños.

Al cuarto día me dieron el alta y me prescribieron fisioterapia tres veces por semana. Al cabo de dos semanas, si la herida cicatrizaba bien, me tomarían las medidas para la pierna ortopédica y empezarían a darme la quimio. Una fiesta.

Las dos cosas que me daban más miedo eran la quimio y tener dolor fantasma. De vez en cuando notaba que todavía tenía la pierna en su sitio. Cuando miraba hacia abajo y veía que no estaba, me sobresaltaba. Pero el doctor Lang me dijo que no todos los amputados sufrían dolor fantasma. Esperaba que ese fuera mi caso.

Antes de empezar la fisioterapia oficial, el médico me recomendó una serie de actividades para hacer en casa. Tenía que caminar por el piso usando el andador, hacer estiramientos y nada más. Estaba tumbada en la cama, apoyada en el cabecero, con las piernas estiradas ante mí cuando la vista se me fue hacia abajo y me quedé paralizada. Era la primera vez que me veía las piernas una al lado de la otra. Las observé un largo rato con desapego, como si pertenecieran a otra persona.

Poco a poco fui asumiendo que esa media pierna era la mía. Empecé a llorar en

silencio, haciendo el duelo por una parte de mí que siempre me había acompañado pero que ya no estaba y nunca volvería. Lo único que podía hacer era acostumbrarme a la situación.

Traté de consolarme diciéndome que tampoco es que le hubiera prestado mucha atención a esa parte de mi cuerpo en el pasado. Me dije también que, si no me la hubieran quitado, habría acabado matándome. Me dije que cuando me pusieran la prótesis podría volver a caminar. Traté de convencerme de que no debería estar disgustada, sino agradecida.

El problema es que resulta imposible razonar con el sentimiento de pérdida, lo único que puede hacerse es sentirlo. Y, en ese momento, lo que sentía era mucha añoranza por mi pierna. Y luego me embargó la sensación de que tal vez había cometido un terrible error.

No sabía qué hacer. Hablar con alguien no me ayudaría a recuperar la pierna. Nada me ayudaría. Nunca tendría una segunda oportunidad para hacer las cosas de otra manera.

Habían pasado seis días desde la operación. Emily, Noah y yo habíamos pedido *pizza* para cenar y estábamos viendo una peli. No me encontraba bien. No es que me doliera la cabeza o la barriga; simplemente no estaba a gusto en mi piel. La mente y las terminaciones nerviosas me decían que mi pierna seguía en el mismo sitio de siempre, pero la sensación había empezado a cambiar. Era como si llevara un zapato demasiado apretado. No era doloroso, pero molestaba mucho.

—Me voy a la cama —anuncié.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada.

Comencé a alejarme en la silla de ruedas.

—¿Necesitas ayuda, Piolín?

—No, estoy bien. Buenas noches.

Entré en la habitación, me puse el pijama y me metí en la cama. La sensación de tener un zapato que me apretaba fue haciéndose cada vez más intensa. Era como si me estrujaran la pierna con unas tenazas. Luego sentí un latigazo de dolor en la parte de la pierna que no estaba ahí y solté un grito desgarrador.

Noah fue el primero en entrar en el cuarto, seguido de cerca por Emily. Yo gritaba y lloraba sin poder controlarme y no podía explicarles lo que me pasaba. Noah se sentó en la cama y me abrazó. El dolor no aflojaba. Necesitaba que alguien me quitara las tenazas que me apretaban la pierna, pero no había ningunas tenazas a la vista.

El dolor siguió aumentando y yo seguí gritando con la cara enterrada en el pecho de Noah. Cada vez que un calambre me recorría la pierna, todo mi cuerpo se convulsionaba. Emily permanecía a los pies de la cama, llorando sin saber qué hacer.

Sin embargo, nadie podía hacer nada por mi pierna porque no estaba ahí. Noah empezó a acariciarme la espalda para consolarme.

Pasó una hora, luego dos y tres. Cuando estábamos a punto de entrar en la cuarta hora, pensé que iba a volverme loca. El dolor iba y venía. Cada vez que aflojaba pensaba que ya no iba a regresar. Me dejaba en paz quince o veinte minutos y luego la tenaza volvía a apretarme y a retorcerme la pierna. Los espasmos de dolor me cogían por sorpresa una y otra vez.

Cuando el sol empezaba a aparecer por el horizonte, el dolor se calmó. Noah, que no había dejado de abrazarme en ningún momento, seguía acariciándome la espalda. Yo tenía la cabeza apoyada en su pecho y los ojos cerrados, pero no dormía. Estaba agotada; nunca había experimentado nada igual.

Oí que la puerta se abría.

—Noah, creo que está durmiendo —susurró Emily—, ¿por qué no te vas a casa y tratas de hacer lo mismo? Pareces agotado.

—Estoy bien, y no pienso dejarla.

Emily no insistió.

Lo siguiente que oí fue el suave clic de la puerta al cerrarse.

El día de Nochebuena, mis padres, la señora Stewart y Noah vinieron a casa de Emily a cenar y a intercambiarnos regalos. Me pregunté cómo estarían las cosas entre Noah y Brooke. Desde la operación, Noah casi no se había separado de mi lado. Él nunca sacaba el tema, y yo no le preguntaba. Tenía miedo de que, si le recordaba la existencia de Brooke, se sintiera culpable y desapareciera.

Antes de cenar bebimos vino y nos dimos los regalos. Me sentía fatal. Las últimas semanas habían sido un torbellino de emociones y no había podido comprar regalos para nadie. Luego las mujeres se fueron a la cocina a poner la cena en marcha, y mi padre fue a abrir otra botella de vino, dejándonos a Noah y a mí solos.

—Queda un regalo por abrir. —Noah me dio un estuche de joyería de terciopelo negro—. Feliz Navidad, Piolín.

—Noah, tu madre y tú ya me habéis dado un regalo. Los jerséis de cachemir eran de parte de los dos.

—Los eligió mi madre. Yo no los había visto hasta hoy.

—Me sabe muy mal no tener nada para vosotros.

—¿Quieres callarte y abrirlo de una vez? —Sonrió.

Abrí la cajita con bisagras y vi unos preciosos pendientes de diamantes amarillos. Me quedé literalmente boquiabierta. Lo miré sorprendida.

—Deduzco que te gustan —comentó con una sonrisa irónica.

—No sé qué decir. Esto es demasiado.

—¿Te gustan?

—Me encantan. —Le devolví la sonrisa.

—Por ver esa sonrisa, ha valido la pena.

Me mordí el labio inferior tratando de contener las lágrimas. Pensaba que era imposible amarlo más de lo que ya lo amaba, pero me equivocaba.

Deseaba decirle lo mucho que lo quería. Deseaba que supiera que era mi primer y único amor. Deseaba decirle todo eso, pero no lo hice. Querría no haber malgastado tanto tiempo tratando de no amarlo, pero lo había hecho, y ahora era demasiado tarde. No pensaba permitir que cargara conmigo en el estado en que había quedado. Noah tenía una vida por delante. Debía seguir con su vida, no permanecer a mi lado siendo mi enfermero. Cerré la boca y me quedé contemplando su precioso regalo.

—La cena está lista. —Nos llegó la voz de mi madre desde la cocina.

—Tengo que irme —dijo él.

—¿No te quedas a cenar?

—No, ceno con Brooke y su familia —respondió rehuéndome la mirada, como si se avergonzara.

Acababa de obtener la información que me faltaba sobre el estado de su relación con Brooke: seguían juntos.

Un gran disgusto y una enorme decepción se apoderaron de mí. Llevaba semanas estando casi constantemente al lado de Noah y ni siquiera eso me parecía suficiente. Me había acostumbrado a tenerlo siempre a mi lado y no quería que se marchara. Esa noche tendría que enfrentarme sola al dolor fantasma si volvía a aparecer. Ya me sentía sola, y eso que Noah todavía estaba sentado frente a mí.

Cuando alcé la cara, la tenía cubierta de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza y mentí:

—Por nada; estoy cansada. Y siempre me pongo sentimental por estas fechas.

Él me tomó la cara entre las manos y me secó las lágrimas usando los pulgares.

—¿Quieres que te lleve hasta la mesa?

—No, iré dentro de un momento.

Mientras se levantaba, me dijo:

—Llámame si me necesitas. —Yo asentí—. Feliz Navidad, Piolín.

—Feliz Navidad, Noah.

Se despidió de todos y se marchó.

—¿Necesitas ayuda, princesa? —me preguntó mi padre, asomando la cabeza.

—No, iré enseguida, papá.

Me encerré en la habitación, cogí la almohada, enterré la cara en ella y lloré. Tenía un dolor muy intenso en la boca del estómago. Me sentía muy sola. Me alegraba de que Noah pasara la Navidad con su novia; así era como debían ser las cosas. Su vida tenía que volver a la normalidad. Pronto las vidas de todos los que me rodeaban volverían a la normalidad excepto la mía. Yo iba a tener que acostumbrarme a una nueva rutina.

CAPÍTULO 30

¿Qué prefieres: cantidad o calidad? La mayoría de la gente elegiría calidad. Es mejor tener un buen coche que cinco coches de mierda. Y, aunque los M&M están ricos, un bombón de Godiva es mucho más delicioso y sibarita.

Pero, cuando estás luchando contra una enfermedad potencialmente fatal, ¿qué es preferible? ¿Es mejor hacer lo que te apetezca mientras te encuentres bien o someterte a todos los tratamientos a tu alcance?

Un miembro canceroso se puede amputar; la piel se puede quitar, los órganos se pueden extirpar y te pueden llenar las venas de sustancias tóxicas. Pero ¿merece la pena? ¿Es el miedo a la muerte más fuerte que el miedo a convivir con un cáncer?

Hoy mi respuesta es «Sí».

Me programaron la primera sesión de quimio justo después de Año Nuevo. Debía hacer diez sesiones en semanas alternas. Esa iba a ser mi vida cotidiana durante, al menos, cuatro meses; más, si era necesario. De todas las cosas que tenía que hacer para vencer al cáncer, la quimio era la que me daba más miedo. No sabía si se me caería el pelo, si me pasaría los días vomitando o si me saldrían llagas en la boca. La quimio no solo ataca las células cancerosas; también dificulta la regeneración de las células sanas, por lo que la posibilidad de sufrir infecciones es elevada. Debía tener cuidado con la gente que me rodeaba porque hasta un resfriado común podía acabar conmigo o, al menos, hacer que tuvieran que ingresarme.

Mamá estacionó en el aparcamiento del hospital, lo que me extrañó, porque se suponía que iban a darme la quimio en la clínica. Antes de salir del coche para sacar la silla de ruedas, mi madre se volvió hacia mí con una expresión de culpabilidad.

—Amanda, hoy no van a darte la quimio; van a ponerte un catéter.

—No te entiendo. ¿Qué es eso?

—Es un tubo que te van a poner a la altura del pecho. —Se señaló un punto debajo del hombro—. Te dormirán para ponértelo. Lo hacen para no tener que estar pinchándote cada vez que tengan que hacerte análisis o darte la quimio. Así solo tendrán que inyectar la medicina en el catéter —me explicó.

—Entonces ¿voy a tener que llevar esa cosa colgando del pecho todo el tiempo? —pregunté, sintiendo que se me volvían a llenar los ojos de lágrimas. Dios, qué harta estaba de tantas lágrimas.

—Durante un tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Cariño, no quería que te preocuparas durante las Navidades.

—Claro, como que entre el cáncer y la amputación han sido tan divertidas.

Mamá miró al frente. Vi que le temblaba la barbilla y que le caía una lágrima por la mejilla.

—Lo siento, Amanda. Solo quise evitarte una preocupación.

—Perdona, lamento haberte respondido así.

—Haría cualquier cosa por evitar que tuvieras que pasar por todo esto.

Mamá me cogió la mano y se la llevó a la mejilla. Noté la calidez de sus lágrimas cayendo sobre ella. Nos quedamos allí llorando en silencio hasta que no pudimos esperar más y entramos a que me colocaran el catéter.

Al día siguiente tenía cita con el tipo de la pierna. Mientras mamá empujaba mi silla en dirección a la consulta, pasamos por delante de una pared donde se alineaban piernas de distintos tamaños, medidas y tonos de piel. Al llegar a la salita nos recibió David. Era un tipo grandote con un gran vozarrón, pero con un carácter muy cariñoso. Me hizo sentir muy cómoda desde el principio.

David me explicó cómo sería el proceso de fabricarme una pierna nueva y de enseñarme a andar de nuevo. Ese día sacaría un molde del muñón para hacer la rótula. Cuando estuviera lista, volvería para probar que me fuera bien. Si todo encajaba, me harían una rótula provisional. Era provisional porque el muñón aún estaba inflamado. Cuando la inflamación desapareciera por completo, me harían la rótula definitiva. Luego me explicó cómo se sostenía la prótesis. Tendría que llevar una especie de forro de silicona que me cubriría el muñón y se sujetaría por encima de la rodilla. Un cierre metálico se ajustaba a un pequeño hueco que había en la rótula, uniendo las dos partes. Finalmente me enseñó el pie ortopédico y la vara de titanio que sería mi nueva pierna.

David sacó los materiales y se puso a trabajar. Al quitarme las vendas del muñón, lo rozó. Me puse muy tensa y la respiración se me alteró. Nadie me lo había tocado hasta ese momento, ni siquiera yo. Todas las mañanas, mi madre me ayudaba a quitarme las vendas para ducharme y yo me limitaba a mojarlo con el chorro de agua, sin tocarlo y sin mirarlo. Los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas. Sabía que me faltaba una pierna. Cualquier cosa que hacía me lo recordaba: entrar o salir de la bañera, sentarme y levantarme del váter, planificar el tiempo que necesitaba para llegar a los sitios porque necesitaba mucho más rato para vestirme... Cada vez que quería levantarme de la silla de ruedas, tenía que plantearme si los brazos me sostendrían o si estaba demasiado cansada. Todo lo que hacía me recordaba la jodida amputación y lo mucho que echaba de menos la pierna y mi antigua vida. No quería esa vida que me habían obligado a asumir. Y la prótesis era una prueba más de que esa nueva realidad era demasiado real.

Me dieron la primera sesión de quimio varios días después de haberme puesto el

catéter. Odiaba tener un objeto que colgaba de mi cuerpo. No soportaba ni mirarlo.

Mamá y yo entramos en una sala donde había una hilera de sillones abatibles. Al lado de cada uno de ellos había un soporte para goteros. Solo quedaban un par de sillones libres. El dichoso cáncer parecía querer eliminarnos a todos. Elegí uno de los dos sillones y me senté. Una enfermera se acercó, limpió con alcohol el extremo del catéter y me extrajo sangre. Volvió a limpiar el catéter con alcohol; colgó del palo un par de bolsas con solución salina y esteroides y me comentó que estaban esperando a que mi bolsa de quimio llegara de la farmacia.

Mientras mamá leía una revista, yo observaba las caras de la gente que me rodeaba. Había dos ancianas, un anciano, un chico monísimo que debía de tener mi edad y una niña que no tendría más de diez años.

Mi enfermera volvió con bolsas de color verde brillante que contenían mi quimio. Me puse los auriculares en las orejas, cerré los ojos y subí el volumen para escuchar Lifehouse tan alto como fuera posible sin molestar a mis vecinos mientras el preparado tóxico entraba en mi torrente sanguíneo.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, aún me encontraba bien. Tal vez las cosas no serían tan malas como me había imaginado. Abrí los ojos y me quité los auriculares al notar que mi madre me daba golpecitos en el hombro.

—Cariño, ¿estarás bien si voy a tomar un café?

—Claro.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

Al seguirla con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta, me di cuenta de que la mayoría de las butacas se habían vaciado. Todos los pacientes se habían ido ya, excepto el chico mono. Volví a ponerme los auriculares y cerré los ojos.

Poco después, noté un golpecito en el brazo. Volví la cabeza y abrí los párpados pensando que mi madre se había dejado algo, pero lo que vi fueron unos ojos azules, del color del océano profundo. Era el chico guapo del otro extremo de la sala, pero a esa distancia todavía era mucho más guapo. Tenía el pelo corto, de color castaño claro, y lo llevaba tan alborotado que parecía que acabara de levantarse de la cama. Tenía la mandíbula cubierta por una barba recortada y poco poblada, y las líneas de su nariz y sus pómulos eran espectaculares. Estaba ligeramente inclinado sobre el brazo de mi sillón. Me miraba y sonreía. Estaba buenísimo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunté quitándome los auriculares.

—No, estoy bien.

Permaneció inmóvil unos segundos. Curiosamente, no me molestaba que un extraño sexi como un demonio estuviera tan cerca de mí.

Me quitó el iPod, se sentó en la silla de al lado y se puso a revisar su contenido.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí. Lifehouse —dijo asintiendo con aprobación—, Snow Patrol, bien. Green Day, genial. Tracy Chapman, mola. Coldplay y Linkin Park, un gusto excelente. Oh, oh, oh..., un segundo..., ¿qué es esto? —Negó con la

cabeza y comentó—: Por un momento pensé que había encontrado al amor de mi vida, pero no.

—Vaya. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—N’Sync... Me has roto el corazón.

—Eh, ¿qué pasa con ellos? Nos dieron a Justin Timberlake.

Él arqueó una ceja.

—Ya, pero también nos dieron a Joey Fatone. —Me sonrió y yo le devolví la sonrisa—. Dalton Connor. —Nos estrechamos la mano.

—Amanda Kelly.

—Un placer conocerte, Amanda Kelly. Ojalá hubiéramos podido llegar a algo.

—Fue bonito mientras duró —repliqué mientras me devolvía el iPod.

Me di cuenta de que cogía el suyo, y se lo arrebaté de la mano.

—A ver qué tienes tú ahí. The Police..., eh..., Rolling Stones, Eric Clapton... Eres de la vieja escuela. —Seguí revisando canciones—. Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? La banda sonora de *El guardaespaldas*, de Whitney Houston, «Whitney Houston. The Ultimate Collection» y, claro, no podía faltar *I’m Your Baby Tonight*. —Con una sonrisa de satisfacción, lo miré—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Soy un romántico.

Le devolví el iPod.

—¿Y pues?, ¿qué hace una chica guapa con una pierna como tú en un sitio como este?

—Eh..., pues tengo cáncer.

—Ya me lo imagino, listilla. ¿De qué tipo?

—Osteosarcoma.

—¿En qué estadio? —Lo miré sin comprender—. ¿En qué estadio está tu cáncer? Van del uno al cuatro y el cuatro es el peor, o el mejor, depende de cómo lo mires.

—No tengo ni idea.

—Eres una novata. Yo tengo cáncer de cerebro en estadio cuatro. Voy a tope, nena. —No supe qué decir, así que me quedé mirándolo en silencio—. No te preocupes, yo te guiaré por las aguas traicioneras del océano del cáncer y te enseñaré todo lo que sé, pequeño saltamontes.

—Te lo agradezco, señor Miyagi.

Él negó con la cabeza.

—Estás mezclando una serie con una película, y encima *Kung Fu* y *Karate Kid* se llevan por lo menos una década de diferencia.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

Él me dirigió una sonrisa lenta y traviesa y se acercó como si quisiera contarme un secreto.

—Amanda, ¿eres legal?

—¿Cómo?

—¿Tienes edad de consentimiento sexual?

—¿Por qué?

—Porque, cuando finalmente te rindas a tus deseos, me arranques la ropa y me hagas todo lo que desees hacerme, no quiero acabar siendo el recluso 25043.

—Pensaba que no querías que fuera tu novia por mi pobre gusto musical.

—Es verdad, pero estás buena y te follaría igualmente.

Si eso me lo hubiera dicho cualquier otra persona en un primer encuentro, me habría sentido muy ofendida, pero en boca de ese chico me hizo sonreír.

—Eres un cerdo.

—Sí, pero un cerdo adorable. Todas las chicas lo piensan. —Me guiñó el ojo.

—Al parecer, no son las únicas que lo piensan.

—Me gustas, Amanda Kelly, quiero ser tu amigo.

—A mí también me gustas, Dalton Connor, y me encantará ser tu amiga.

Volvimos a darnos un apretón de manos para sellar nuestra recién iniciada amistad.

—¿La señora que te acompaña es tu madre?

—Sí. ¿A ti quién te acompaña?

—Yo vuelo en solitario.

—¿Dónde está tu madre?

—Pues, a ver, si hoy es lunes..., probablemente esté tomándose su tercer margarita junto a mi padre en el crucero.

—¿Están de viaje mientras tú estás enfermo?

—Llevo enfermo tanto tiempo que no recuerdo haber estado nunca sano. Los demás no pueden dejar de vivir solo porque mi vida esté llegando a su fin.

Sentí que el corazón se me partía en mil pedazos por ese chico.

Él interrumpió mis pensamientos.

—No me mires así.

—¿Cómo?

—Con lástima.

—Lo siento. Es que... no creo que debas pasar por esto solo.

—Ya no estoy solo, ahora te tengo a ti.

Dalton permaneció sentado a mi lado durante el resto de la sesión, a pesar de que su quimio había acabado una hora antes que la mía. Conoció a mamá, que quedó tan prendada de él como yo. Le habían diagnosticado el cáncer a los quince años y acababa de cumplir veinte. Me contó que los doctores no se creían que hubiera vivido tanto tiempo. Tenía un hermano que estaba en Nueva York, pero, aparte de sus padres, no tenía más parientes. Ese chico tenía algo —aparte del cáncer— que hizo que conectara con él inmediatamente. Era una sensación que solo había experimentado con Noah hasta ese momento. Dalton era cariñoso, divertido, inteligente, valiente, y estaba solo. Quería que se viniera a vivir con nosotros a casa

para poder cuidar de él. Hacía solo unas horas que lo conocía y ya lo consideraba mi nuevo mejor amigo.

CAPÍTULO 31

Hoy es el primer día que no he tenido ganas de escribir desde que aprendí a hacerlo. Hasta ahora había habido días en que no sabía sobre qué escribir, pero las ganas seguían ahí.

Escribir forma parte de mi ser, de mi identidad. El cáncer no solo se está comiendo mi cuerpo; también se está comiendo las cosas que me gustan. No me considero una persona especialmente fuerte. No sé cuánto más podré aguantar sin romperme. Solo sé que la grieta se va haciendo cada vez más larga y más ancha a medida que el cáncer se lleva otro trozo de mí.

Los efectos secundarios de la quimio son peores que los síntomas del cáncer. Una persona puede pasarse años conviviendo con un cáncer que habita su cuerpo y no notar nada hasta que un médico se lo dice. El cáncer es un hijo de puta silencioso que se cuela en tu organismo y te consume sin que te des cuenta de lo que está pasando.

La quimio, sin embargo, es orgullosa y escandalosa. Nunca te deja olvidarte de ella. Ya en la clínica te anuncia a bombo y platillo que está invadiendo tu cuerpo, pero es que luego te sigue hasta casa y se instala. Comencé a sentir los efectos poco después de volver a casa tras la primera sesión.

Al principio lo achaqué a la tensión y a la ansiedad del día, pero a medida que pasaban las horas, me iba encontrando peor y peor. El primer signo visible de las sustancias químicas que me habían metido en el cuerpo para matar el cáncer lo vi al ir al baño. Me asusté muchísimo al ver que meaba de color rojo. Tendría que haberme leído todos los folletos informativos que me había dado el doctor Lang.

El segundo efecto fue la sensación de calor que se apoderó de mí. Empezó en el pecho y se extendió por todo el cuerpo. Eso, unido al dolor fantasma que aún seguía sufriendo, hizo que tuviera ganas de pegarme un tiro en la cabeza.

Cuando me desperté al día siguiente, tras haber dormido una hora como mucho, estaba roja como un tomate y tenía la cara caliente e hinchada. Un poco más tarde empezó a dolerme mucho el estómago y me entró hipo. Pero no era un hipo normal; era tan fuerte que me sacudía de arriba abajo. Y cada vez que empezaba me duraba una hora o más.

Las náuseas se iniciaron un par de horas después de que comenzara a dolerme el estómago. Y, claro, tampoco podían ser unas náuseas normales. Las náuseas de la quimio eran como puñaladas constantes. Me recordaban al dolor fantasma de la pierna. Y me sorprendían siempre porque venían sin avisar. Cada vez que vomitaba, la garganta me quemaba un poco más hasta quedar en carne viva. Las náuseas eran implacables. Tras tres ataques de vómitos, ya no me quedaba nada por echar. A partir

de ese momento, las arcadas no lograron sacar nada y me dejaron el estómago y la espalda muy doloridos.

Siempre pensé que la quimio te quitaba el hambre. Tal vez a otras personas se les quitaba, pero a mí no. Estaba famélica. Quería comer y lo intentaba, pero me habían salido un par de llagas en la boca, y cada vez que trataba de comer o de beber algo, me dolía tanto que se me iban las ganas.

Tres días después de que me pusieran la quimio, estaba totalmente exhausta. No quiero decir cansada; quiero decir que apenas podía levantar la cabeza de la almohada. Llevaba tres días alimentándome solo a base de batidos y de zumo de manzana. Entonces empezó la diarrea, que quemaba como si alguien me hubiera metido un palo ardiendo por el culo y lo hubiera dejado ahí.

La depresión no me abandonaba. Aún estaba llorando la pérdida de la pierna, y los efectos de la quimio no hacían más que empeorar las cosas cada día. No podía soportarlo; no era lo bastante fuerte. Me planteé telefonar al doctor Lang y decirle que no quería seguir con la quimio; que prefería arriesgarme.

Noah me llamaba varias veces al día. Quería venir a visitarme, pero no podía permitir que me viera en ese estado. Además, ya había empezado las clases del segundo semestre. Y tenía a Brooke. No necesitaba venir a ver cómo vomitaba. Decidí que tenía que apartarme un poco de él. Lo que sentí al ver que se iba en Nochebuena me hizo darme cuenta de que me estaba volviendo dependiente de él. Y si dejaba que las cosas siguieran por ese camino, al final no soportaría estar alejada de él. Me prometí que no cargaría a Noah con mi enfermedad. Quería que llevara una vida normal y feliz, no que se convirtiera en mi enfermero.

Estaba sentada en la silla de ruedas con mi nueva pierna, esperando para empezar la primera sesión oficial de fisioterapia. Esta duraría al menos una hora, así que mamá se fue a hacer la compra mientras yo aprendía a mover esa pieza de titanio que parecía pesar diez toneladas. Al mirar a mi alrededor vi a un anciano que, obviamente, había sufrido un derrame cerebral. Le habían puesto un juguete infantil delante y trataba desesperadamente de encajar las piezas en las aberturas adecuadas. Una mujer de mediana edad gemía cada vez que su terapeuta la ayudaba a hacer estiramientos en una colchoneta elevada. Entonces lo vi. Estaba apoyado en la puerta, con los brazos cruzados ante el pecho. Unas gafas de sol muy oscuras ocultaban por completo sus ojos azules, pero su sonrisa sexi le iluminaba el rostro. Sentí un cosquilleo de excitación. Por fin una cara amiga.

—Hola, nena.

Se puso las gafas de sol en la cabeza y se dirigió hacia mí.

—Hola, Dalton. ¿Qué haces aquí?

Apoyó las manos en los reposabrazos de la silla, se inclinó hacia mí hasta que quedamos cara a cara y me preguntó:

—Hoy vas a caminar, ¿no?

—Eso me han dicho.

—Pues para eso he venido. No pienso perderme la oportunidad de ver tu precioso culito moviéndose de un lado a otro entre esas barras paralelas. —Me guiñó el ojo.

—¿Para ti todo es sexo?

—Soy un hombre de veinte años, heterosexual, con cáncer en estadio cuatro, así que..., sí, claro.

Noté que se me cerraba la garganta y tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar. Me daba miedo pensar en el futuro de ese chico inteligente, divertido y sexi que estaba ante mí.

—No hagas eso —le pedí en voz baja.

—¿El qué?

—No bromees con la enfermedad. No es divertido.

—Ya lo sé. —Se incorporó y se sentó delante de mí.

Permanecimos mirándonos en silencio hasta que mi terapeuta vino a buscarme.

—Hola, soy Jane —me saludó, ofreciéndome la mano.

—Hola. Amanda.

Volviéndose hacia Dalton, lo saludó también:

—Hola, señor Connor. ¿En qué líos anda metido hoy?

—Me sobraba un poco de tiempo y me he dicho: «Pásate por ahí para hacer de mirón y meterle mano a Amanda si se deja».

Los miré a los dos antes de preguntar:

—¿Os conocéis?

—Jane es la responsable de que el chico que ves ante ti sea tan irresistible.

La fisioterapeuta sonrió.

—Tras la primera operación de cerebro, Dalton tuvo que trabajar un poco sus habilidades motoras.

—¿Cuántas operaciones de cerebro te han hecho?

Su expresión se ensombreció.

—He tenido bastante para el resto de mi vida.

Pasé la siguiente hora tratando de levantarme y caminar. Era curioso que algo que llevaba toda la vida haciendo sin pensar y sin darle importancia de repente requiriera toda mi concentración y esfuerzo. La prótesis no me dolía; solo sentía un poco de presión a ambos lados de la pierna, pero no podía librarme del miedo de que la barra metálica se rompiera cuando apoyara en ella todo mi peso. Logré dar varios pasos, pero nada más. Mucho antes de que acabara la hora ya estaba agotada. No es que hubiera ido allí pensando que saldría andando como antes de la amputación, pero tampoco me imaginaba que fuera a costarme tanto esfuerzo hacer algo tan sencillo y natural como caminar.

La segunda ronda de quimio fue aún peor, si es que eso es posible. Estaba en el lavabo, echando los higadillos por la boca, cuando oí voces en el pasillo. Era Noah, que discutía con Emily.

—Noah, tiene un mal día.

—Necesito verla, Emily.

—No es buen momento, de verdad, hoy está muy mareada. Esta semana la quimio la ha dejado muy tocada.

—Solo quiero cuidarla.

—Noah, por favor, vete...

—No. Lleva desde Navidad apartándome de su lado; no lo entiendo. Le prometí que lo superaríamos juntos y llevo dos semanas sin verla. Necesito verla, por favor, Emily.

Llamaron suavemente a la puerta y mi hermana asomó la cabeza.

—Manda, ¿estás bien? ¿Puedo pasar?

Me senté en el suelo embaldosado, apoyando la espalda en la bañera.

—Sí. —Respondí con un hilo de voz. Esa semana, el agotamiento había llegado antes. Apenas podía mantenerme sentada.

La puerta se abrió lentamente y Emily entró y cerró. Cogió un paño, lo mojó con agua tibia y me lo puso en la frente.

—Ha venido Noah, quiere verte.

—Emily...

—Ya le he dicho que estás mareada, pero..., Manda, si vieras su cara. Se me rompe el corazón al verlo tan solo y perdido. Solo quiere estar contigo.

—No quiero que malgaste su vida cuidando de mí —susurré.

—Pero es que creo que quiere hacerlo.

—Quiero volver a la cama.

Emily me ayudó a levantarme. Todavía me estaba acostumbrando a mi nueva *pierna*. El tipo de la ortopedia me había asegurado que acabaría sintiéndola como una parte más de mí, pero en esos momentos pesaba una tonelada y era muy incómodo maniobrar con ella.

Cuando al fin estuve de pie, las rodillas me fallaron y me caí de nuevo al suelo. Mis rodillas chocaron contra las baldosas y el dolor que me subió por las piernas me hizo gritar. Empecé a llorar desconsoladamente. Noté los brazos protectores de Noah que me levantaban y me llevaban a la habitación, sin dejar de susurrarme al oído en ningún momento:

—Te tengo, Piolín. Yo te cuidaré.

No podía parar de llorar. Me sentía física y emocionalmente derrotada. No lograba calmarme. Emily estaba en la puerta con la cara empapada por las lágrimas. Noah se sentó ante mí en la cama, me acarició las mejillas y me las secó con los

pulgares.

Levanté la vista; las lágrimas hacían que lo viera todo borroso.

—Me da tanta vergüenza...

—¿El qué?

—Ya no me valgo para hacer nada. No me queda ni un trozo del cuerpo sano. Me quiero morir. Noah, díles que me dejen en paz. —Lo miré con ojos suplicantes antes de volver a echarme a llorar con tanta desesperación que casi no podía ni respirar. Oí llorar también a Emily.

Noah se cambió de sitio. Se sentó a mi espalda y me rodeó con los brazos. Apoyé la espalda en su pecho y él enterró la cara en mi cuello. Noté que se humedecía con sus lágrimas mientras me decía:

—No puedo hacerlo. Te necesito demasiado; por favor, no me dejes.

Me quedé dormida así y, por primera vez en una semana, dormí toda la noche de un tirón. Cuando me desperté, a la mañana siguiente, seguía abrazándome.

Dalton me ayudó a superar los peores días en la medida de lo posible. Llamaba a diario para ver cómo me encontraba y venía a casa a hacerme compañía cuando tenía un buen día. Incluso me acompañó al hospital cuando me quitaron el catéter porque se me infectó. Las sustancias químicas que me inyectaban me dejaron por los suelos el sistema inmunológico, así que tuvieron que quitármelo de inmediato. Le dije al doctor Lang que no quería que me pusieran otro. Odiaba ver colgando esa cosa que salía de mi cuerpo. Me aguantaría cuando tuvieran que pincharme para ponerme la quimio.

No sé cómo habría resistido todas esas cosas sin Dalton. Mi familia y Noah me ayudaban muchísimo, pero solo podían tratar de ponerse en mi lugar. Dalton, en cambio, sabía por lo que estaba pasando y cómo mi mente trataba de procesar la situación. No necesitaba explicarle nada; me entendía tan bien como Noah.

Le había cogido mucho cariño a Dalton en poco tiempo. Mis padres y Emily no podían disimular su preocupación cuando nos veían juntos. Creo que temían que me encariñara demasiado con él. No habría sabido definir mis sentimientos hacia él, pero sabía que lo necesitaba en mi vida. Siempre había pensado que cada persona tenía un alma gemela, pero conocer a Dalton hizo que me lo replanteara. Tal vez algunas personas teníamos la suerte de encontrar a dos.

Las semanas en que me tocaba quimio me hacían sentir como si estuviera viviendo en la película *Atrapado en el tiempo*. Me habían dado ya cuatro sesiones, y los síntomas posteriores eran casi idénticos: náuseas, vómitos, agotamiento... Lo único bueno de esas semanas era que Dalton pasaba casi todo el tiempo a mi lado. También quedábamos las semanas en que descansaba del tratamiento, pero era durante las

semanas de quimio cuando me sentía más unida a él. Ambos pasábamos en aquella sala unas cuatro horas, durante las que no había mucha cosa más que hacer aparte de charlar.

Tenía la sensación de que lo conocía de toda la vida, aunque en realidad solo hacía dos meses. Estando con él sentía un consuelo que no encontraba en las demás personas, ni siquiera en mi familia o en Noah. Desde que había empezado la pesadilla del cáncer, lo único que quería era sentirme normal, y con Dalton podía hacerlo, aunque estuviéramos los dos repletos de sustancias químicas. Todos los demás me hablaban del cáncer o de la amputación. Con Dalton, las conversaciones eran distintas.

—¿Película favorita?

—En realidad son cuatro.

—No puedes tener cuatro —protestó.

—¿Por qué no?

—*Favorito*: «Persona o cosa que ocupa la primera posición en las preferencias de alguien». Puedes tener una comedia favorita y un drama favorito, pero no puedes tener más de un favorito en la misma categoría.

Lo miré enfurruñada. Dalton y sus reglas locas.

—Tengo cuatro —le mostré cuatro dedos y los meneé ante su cara— y las cuatro son comedias. —Él resopló y negó con la cabeza—. *El club de los cinco, Todo en un día, Un loco anda suelto y Forrest Gump*.

—Oh —se burló—, ya veo que eres aficionada a los clásicos.

—Ah, y cualquiera en la que salga George Clooney. —Volvió a negar con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu película favorita?

—*Jungla de cristal*.

—¿Cuál de ellas?

—Todas.

—Acabas de reñirme por tener cuatro pelis favoritas, pero que yo sepa hay cinco pelis de *Jungla de cristal*.

—Son entregas de la misma película.

—Tu lógica es muy enrevesada.

—¿Demasiado intelectual para ti?

—Bésame el culo.

—¡Joder! Llevaba dos meses esperando a que me dieras permiso para hacerlo.

Me eché a reír, lo que sobresaltó a Estelle, una de las señoras mayores que recibían la quimio el mismo día que Dalton y yo.

—¿Frase favorita de cine? —le pregunté.

—¿Lo dudas? «*Yippee ki-yay*, hijo de puta».

No me molesté en disimular cuando puse los ojos en blanco.

Dalton cerró los párpados y se apoyó en el reposacabezas. Permanecimos así un rato, en silencio. Miré a mi alrededor y vi que Estelle, Dalton y yo éramos los últimos

que quedábamos.

—¿Dalton?

—¿Mmm?

—Ashley no ha venido hoy y tampoco vino el último día. —Ashley era la niña pequeña que había visto durante las primeras sesiones. Era una niña muy callada, pero muy maja—. Qué raro, ¿no?

—No, está muerta.

Sus palabras me dejaron helada.

—¿Qué?

Dalton se volvió hacia mí y abrió los ojos.

—He dicho que está muerta.

—Dalton, eso es espantoso. ¿Por qué lo dices?

—Porque es la verdad. Fui a su funeral la semana pasada.

—¿Por qué no me avisaste? Te habría acompañado.

—No me pareció buena idea que tu primer entierro de cáncer fuera el de una niña de diez años. Son muy duros.

Me quedé mirando al frente sin saber qué decir. Noté una mano cálida que cubría la mía y me apretaba los dedos.

—Eh, ¿estás bien? —me preguntó.

—Sí, es que pensé que se habría curado y que ya no necesitaría tratamiento. Qué boba, ¿no?

—No, boba, no; solo ingenua.

—¿Tienes miedo de morir? —le pregunté.

Él volvió la vista hacia el techo mientras reflexionaba sobre la respuesta.

—Sí, tengo miedo de morir, pero no tengo miedo de estar muerto.

—¿Qué diferencia hay?

—Morir es un proceso. Estar muerto significa que ya has llegado a tu destino. — Se volvió hacia mí y sus ojos azules me miraron con tanta intensidad que habría jurado que podían leer en mi alma—. ¿Y tú? ¿Tienes miedo de morir?

—Últimamente me da miedo todo: morir, vivir, los martes...

Me di cuenta de que no me había soltado la mano. Era una sensación muy agradable. Cada vez estaba más confundida sobre los sentimientos que me despertaba ese chico. No era tan fuerte como lo que sentía por Noah, pero tenía la sensación de que, con el paso del tiempo, podría llegar a serlo. Tenía que cambiar de tema.

Solté la mano y la usé para retirarme un mechón de pelo de la cara.

—Mi amiga Lisa vendrá a visitarme el fin de semana que viene. Tiene vacaciones y pasará aquí un par de días antes de seguir camino hacia Florida.

—¿Es la pelirroja tan mona de la que me enseñaste una foto?

—*Sip*.

—¿Crees que me dejaría que me la follara?

—Eres un cerdo.

—¿Por qué? Solo pregunto. Una pelirroja monísima con ganas de desconectar en vacaciones... podría empezar conectando conmigo.

Entorné los ojos.

Le había pasado una foto de Dalton a Lisa y ella me dijo que lo encontraba muy guapo.

—Probablemente. Cree que estás bueno.

Él se acercó a mí.

—Y ¿cómo sabe qué cara tengo?

—Tal vez le enviara una foto tuya hace unas semanas.

—Qué mona. ¿Tienes lápiz y papel?

—Creo que sí. —Busqué en mi bolso y saqué un boli y un trozo de papel—.

Toma.

Él sacudió la mano.

—Anota tú.

—¿Desde cuándo soy tu secretaria?

—Gatorade, vitaminas, batido proteico, pilas doble A, sirope para tortitas, vaselina, una brocha de cerdas suaves, cuerda, cinta americana y un paquete de bolígrafos. Oh, y también... —Volvió a acercarse a mí, sonriente, y añadió en voz baja—: Magnum Trojan, la caja de treinta y seis, el *pack* de condones variados.

Se apartó de nuevo, sonriendo. Yo me lo quedé mirando boquiabierto y le lancé el papel y el boli al regazo.

CAPÍTULO 32

Cuando era niña parecía que las cosas que me gustaban, como Navidad o mi cumpleaños, tardaban una eternidad en llegar. Me decían que llegarían «pronto», pero nunca era «pronto». Y, de repente, en diez segundos, el tiempo que tarda un médico en darte un diagnóstico, pasas de pensar que el mundo es un lugar donde dispones de una cantidad de tiempo ilimitada a percatarte de que nada en este mundo es infinito.

Todo tiene un principio, un nudo y un final. Antes del cáncer, nunca pensaba en el final. Es una broma macabra de la vida que, cuando te das cuenta de que hay un final, el tiempo empieza a avanzar más deprisa, como si quisiera abalanzarse sobre él. La vida va demasiado rápido. «Pronto» podría tardar un poco más en llegar.

Esta entrada me la ha inspirado el gran filósofo Ferris Bueller... Bueller... Bueller...

Salí del baño y me dirigí a nuestra mesa. Al sentarme junto a Dalton, no daba crédito a la conversación que mis dos amigos estaban manteniendo.

—Entonces ¿quieres follar conmigo?

—Sí, si a ti te parece bien.

—Solo estaré aquí un par de días; luego me voy a Florida. No estaré aquí mucho tiempo.

—Yo tampoco.

Mi cabeza iba de un lado a otro tan deprisa que temí que me diera un latigazo cervical.

Lisa, Dalton y yo habíamos quedado para comer en The Hungry Lion, un local muy sencillo cerca de la universidad donde servían las mejores hamburguesas de por allí. Lisa había llegado esa misma mañana, muy temprano. Acababa de conocer a Dalton y se habían caído muy bien, pero no pensaba que ese fuera a ser el tema de su primera conversación.

—No me puedo creer que estéis hablando de eso así, como si nada, delante de mí.

—El tiempo es oro, pequeño saltamontes —replicó Dalton, sosteniendo en alto una patata frita antes de metérsela en la boca.

—Dalton tiene razón. —Lisa se echó hacia delante, como si quisiera contarle un secreto—. Pero, para que queden las cosas claras desde el principio, solo te dejaré entrar por la puerta principal; la puerta trasera no está para fiestas.

La Pepsi *light* salió disparada de mi boca como si esta fuera un surtidor y a punto estuvo de salirme también por la nariz. Lisa y Dalton empezaron a partirse de risa.

Cuando paró de reír y recuperó la capacidad de respirar, Dalton dijo:

—Pequeño saltamontes, no te preocupes, que a la única que le van a dar por culo hoy es a tu mente.

—Te estábamos tomando el pelo —aclaró Lisa. Dalton y ella chocaron las manos—. Bravo, caballero, tu retrato de un cerdo salido es muy convincente.

—Vaya, muchas gracias, tú también eres muy convincente como zorrón.

—Sois muy graciosos los dos —repliqué yo con ironía.

Me gustó que Dalton y Lisa se conocieran, aunque se me hacía raro que dos de mis universos colisionaran. Cada uno de ellos conocía una parte de mí, pero no a la Amanda completa.

—Bueno, ¿y qué planes tenemos para esta noche?

—He pensado que podríamos ir al centro a dar un paseo. Siempre hacen algo por las calles, sobre todo ahora que vuelve a haber turistas. ¿Te parece bien, Dalton?

—Haced conmigo lo que queráis. Soy todo vuestro.

Lo vi en cuanto asomó por la puerta. No le había hablado a Dalton de Noah ni viceversa. No había salido el tema en la conversación. Aunque no estaba saliendo con ninguno de los dos, no pude evitar sentir que Noah me había pillado haciendo algo que no debía, sobre todo porque estaba sentada al lado de Dalton.

—¿Piolín?

—Hola, Noah. —Él no apartaba los ojos de Dalton—. Noah, ¿te acuerdas de Lisa?

—Sí, hola, ¿cómo estás?

—Hola, ese Noah. Bien, gracias. —Noah sonrió al oír su mote.

—Y él es Dalton. —Añadí.

—Hola, ¿estás con Lisa? —le preguntó Noah.

—No, de hecho...

«¡Oh, no, mierda! Con lo que le gusta a Dalton tomar el pelo a la gente sin importarle las consecuencias...».

Me pasó el brazo por los hombros y me atrajo contra su pecho.

—Mi pequeño saltamontes y yo nos enrollamos todos los lunes —anunció dirigiéndole una sonrisa burlona a Noah, que parecía estar a punto de agarrarlo y levantarlo del asiento—. Llevamos con esto..., ¿qué hará? Dos meses, ¿verdad? —Volviéndose hacia mí, añadió—: Nuestros encuentros me dejan totalmente agotado.

Noah apretó los puños y los dientes.

—Está hablando de la quimio, Noah. Nos dan la quimio juntos los lunes. Dalton, por favor, dile que hablas de la quimio.

—¿Es así como se le llama ahora?

Lisa trataba de aguantarse la risa, pero a mí no me hacía ninguna gracia. Noah parecía estar a punto de darle una paliza a Dalton.

—Me estoy quedando contigo, tío. Vamos a la quimio juntos, eso es todo. A menos que consideres que una mamada en el cuarto de la limpieza sea tener una relación.

—Piolín, ¿puedo hablar contigo un momento? Fuera.

En ese instante, alguien llamó a Noah. Era la voz de Brooke. Se acercó a la mesa, pero no nos miró.

—Nuestra mesa está lista.

—Voy enseguida.

Brooke nos miró uno por uno y se centró en mí.

—Amanda, ¿cómo está la pierna?

—Sigue perdida.

A Brooke le encantaba sacar el tema de mi pierna amputada. Era una manera de aparentar que se preocupaba por mí mientras le recordaba a Noah que yo era un producto defectuoso.

Rodeó el musculoso brazo de Noah con sus manos esqueléticas y dijo:

—Vamos ya, antes de que alguien nos robe la mesa.

—Siéntate tú, yo iré enseguida. —Ella se marchó al fin, refunfuñando en voz alta —. Piolín, vamos fuera —repitió. Se volvió y se alejó sin esperarme.

Al salir, vi que se estaba pasando las manos por el pelo.

—¿Quién es ese capullo?

—No es ningún capullo. Estaba bromeando; siempre lo hace.

—¿Le gusta hacer bromas sobre follar contigo? —preguntó furioso. No entendía su reacción—. ¿Lo hace?

—¿El qué?

—Follar contigo.

—¿A qué coño viene esto? Dalton y yo somos amigos. Estaba bromeando. ¿Qué te pasa?

—No me gusta que los hombres hablen de ti de esa manera. No me gusta ese tipo.

—Pues mala suerte, porque a mí me gusta mucho. Me está ayudando a superar toda esta mierda y lo necesito en mi vida. —No había sido mi intención, pero me di cuenta de que a Noah mis palabras le habían dolido como un puñetazo en el estómago.

—Antes me necesitabas a mí.

El dolor que vi en sus ojos me destrozó.

—Noah, siempre te voy a necesitar, pero... es que Dalton sabe exactamente por lo que estoy pasando. ¡Esto es ridículo! Estoy harta de ver a Brooke meterte mano siempre que puede y de que me recuerde que me han cortado una pierna. Y ahora que he encontrado a alguien que ocupe...

—¿Mi lugar?

—No, nadie ocupará nunca tu lugar. Pero ¿por qué tú puedes tener a otra persona en tu vida y yo no?

Noah se acercó a mí hasta que nuestras narices se rozaron.

—Te recuerdo, cariño, que nunca quise tener a nadie más en mi vida. Eso fue decisión tuya.

Se apartó de mí bruscamente y entró en el local.

El resto del fin de semana fue mucho más tranquilo y agradable. Lisa y yo nos fuimos de compras el sábado y por la tarde quedamos con Dalton para tomar algo y ver una peli en el cine. Me encantó volver a ver a Lisa; la echaba mucho de menos. Aunque nos enviábamos mensajes y hablábamos por teléfono a menudo, no era lo mismo.

Era domingo por la noche; ese lunes tocaba quimio. Dalton y yo estábamos en el apartamento de Emily comiendo *pizza* y escuchando música. Habíamos establecido la costumbre de pasar juntos los domingos antes del tratamiento. La quimio era horrible, pero la noche anterior era casi igual de mala porque sabías que al día siguiente empezaría la tortura una vez más. Dalton y yo procurábamos distraernos mutuamente pensando en otras cosas.

—Tienes razón, pequeño saltamontes, Lifesteak son la caña.

—Ah, la discípula se ha convertido en la maestra y el maestro en el discípulo.

Dalton cogió un cojín del sofá y me golpeó suavemente con él.

Empecé a recoger la *pizza* que había sobrado para dejarla en la cocina.

—Y ¿cómo es que don Perfecto y tú no estáis juntos? —me preguntó de repente.

—Vaya, cambiar sutilmente de tema no es lo tuyo, ¿no?

—No tengo tiempo para esas mierdas. Responde a la pregunta.

—Eh... —Volví a sentarme en el sofá.

—¿La tiene pequeña? ¿Es por eso? —Ladeó la cabeza y me miró fingiendo compasión.

—No.

—¿La tiene demasiado grande? Hay mucha gente que cree que el tamaño lo es todo, pero no es verdad. Puedes tenerla tan grande como un bate de béisbol, pero si no sabes batear es como si tuvieras un trozo de madera seca entre las piernas, no sé si me explico —comentó alzando las cejas y ladeando la cabeza otra vez.

Yo me lo quedé mirando en silencio. Las cosas que salían de esa boca eran asombrosas, y no siempre para bien.

—Es complicado.

—¿Qué es tan complicado? Él se despelota, tú te despelotas y... —Se detuvo tan bruscamente que me preocupó.

Tenía la vista clavada al frente y permanecía inmóvil, petrificado. Sabía que le daban ataques de vez en cuando, y temí que estuviera sufriendo uno.

—Dalton, ¿te encuentras bien?

Sin mover la cabeza, levantó un dedo y me dijo:

—Un momento. Te estoy imaginando desnuda.

Le di un golpe en el brazo y grité:

—¡Mierda, Dalton! No me des estos sustos; no tiene gracia.

—A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí. Los dos os despelotáis y os ponéis a ello. —Me dirigió una mirada solemne—. Ahora en serio. ¿Dónde está la complicación?

Suspiré hondo y me planteé si contárselo todo o no.

—Noah y yo somos amigos de toda la vida. Siempre ha sido mi mejor amigo y lo necesito en mi vida. Si cruzáramos la línea de la amistad y luego rompiéramos, no lo soportaría. Prefiero que siga en mi vida como amigo y no arriesgarme a perderlo. Y sé que lo perdería porque siempre la cago. Siempre lo hago.

Dalton permaneció observándome en silencio unos segundos. Juntó las cejas, entornó los ojos y unió los labios hasta formar una fina línea.

—Amanda, esa es la tontería más grande que he oído en mucho tiempo.

—Es la verdad. Mi hermana salió con su mejor amigo y acabaron mal. Ahora se odian. Y eso que Emily es perfecta en todo. Si ni siquiera ella fue capaz de conseguirlo, yo nunca podría hacerlo. Noah se merece a alguien mejor que yo.

Dalton volvió el torso para que quedáramos sentados cara a cara.

—Ah, pequeño saltamontes, la perfección es una ilusión alimentada por nuestras inseguridades. —Lo miré como si se hubiera vuelto loco—. Emily no es perfecta.

—No hace falta que digas eso para hacerme sentir mejor.

—No lo hago. Los ojos de tu hermana miran cada uno por un lado.

—Pero ¿qué dices?

—La verdad. Me fijé cuando me la presentaste. La miré a los ojos y ella me devolvió la mirada con el ojo derecho, pero el izquierdo iba a su bola. Me asusté. —Puso cara de idiota e hizo girar los ojos en todas direcciones, haciéndome reír.

—No me he dado cuenta.

—Tal vez el chico que salía con ella la dejó porque también se asustó.

—No lo sé; nunca le pregunté qué había pasado.

—Bueno, pues ahora que ya hemos establecido que Emily es un monstruo de circo y que de perfecta no tiene nada, ya no puedes usarla como excusa, así que responde a mi pregunta.

Permanecí en silencio varios minutos, incapaz de contestar. Me sentía incómoda hablando de Noah con Dalton, pero cuando empezaba una conversación, no la soltaba hasta que se daba por satisfecho.

—Siempre he pensado que no estaba a su altura, y encima ahora..., con el cáncer y la amputación..., no quiero ser una carga para él.

—Deja de buscar excusas para no enfrentarte a tus miedos. ¿Por qué no le das la oportunidad de decidir qué vida quiere llevar y al lado de quién quiere vivirla?

—¿De qué estás hablando?

—Amanda, no podemos hacer nada para cambiar el pasado, y la gente como nosotros no sabe si tendrá futuro. El pasado ya no existe; solo existe el presente. Y el presente es perfecto, pequeño saltamontes, porque respiramos, nos movemos, reímos, lloramos y nos sorprendemos cuando conocemos a alguien con quien conectamos de

verdad. Deja de vivir en el pasado y de malgastar el presente. Tienes que hablar con Noah y decirle lo que sientes.

—¿Y si es demasiado tarde y Brooke es la persona que lo hace feliz?

—No importa. Se merece saber que es importante en tu vida. Él te hizo un regalo. Gracias a él sabes lo que es amar a alguien. Y eso no es algo que se encuentre todos los días, no, si es amor verdadero. Tienes que decírselo antes de que sea hora de despedirse. Todo el mundo se merece que le den las gracias y que le digan adiós.

Esas palabras resonaron en mi interior con la fuerza de un terremoto. Eso era exactamente lo que había escrito en mi diario cuando murió el padre de Noah.

Come Away with Me, de Norah Jones, empezó a sonar por los altavoces. Dalton se levantó y me ofreció la mano.

—Venga, vamos a probar esa pierna nueva. Baila conmigo.

Le di la mano y él me guio hacia el centro del salón. Cuando se detuvo, nos abrazamos. Apoyé la cabeza en su hombro. Él agachó la suya y la apoyó entre mi hombro y mi cuello.

Mientras la seductora voz de Norah Jones nos envolvía, nos mecimos de lado a lado con movimientos muy leves, casi imperceptibles. Cerré los ojos y me perdí en las sensaciones: la música, su cuerpo contra el mío... El presente era perfecto.

Cuando la canción acabó, Dalton me susurró al oído:

—Me alegro mucho de haber aguantado lo suficiente para conocerte. Gracias por haberme regalado a alguien a quien poder echar de menos.

Nos separamos un poco, pero sin soltarnos.

—No podría haber soportado esto sin ti. Lo único bueno de todo esto ha sido conocerte.

Dalton apoyó la frente en la mía y permanecimos así hasta que la canción acabó. Luego levantó la cabeza, me besó en la frente y se despidió.

—Tengo que irme —susurró. Ya en la puerta, se volvió y dijo—: No lo olvides nunca, pequeño saltamontes: el presente es perfecto.

Y, con una sonrisa preciosa, se marchó.

Había pasado una semana desde que Dalton y yo bailamos en el salón del apartamento de Emily. Algo cambió durante esa noche, o tal vez simplemente se me cayó la venda de los ojos. Dalton era mi alma gemela. Estaba escrito que lo conocería cuando lo conocí. Dalton y el cáncer me obligaron a plantearme las cosas, a ver el mundo con otros ojos y, sobre todo, a verme a mí misma de otra manera.

No, no era perfecta, ni puñetera falta que hacía, pero me daba igual. Había cosas mucho más importantes en la vida que buscar ese mito llamado perfección. La perfección está en el ojo del que mira. Había perdido ya demasiado tiempo tratando de controlarlo todo en mi vida. Era agotador. Lo único que podía controlar era a mí misma. Si tomaba una decisión y el resultado era doloroso, pues me dolería y punto,

pero al menos no tendría que cargar con el arrepentimiento.

Por eso estaba ahora allí, ante su puerta, lista para lo que viniera. Acababa de enviarle un mensaje, avisándolo de que estaba frente a su casa. Llamé a la puerta y me abrió. Lo que vi me hizo soltar el aire ruidosamente. Iba sin camisa, con unos vaqueros gastados y el pelo revuelto. Nos quedamos mirándonos en silencio. Aunque lo había avisado, me miró sorprendido. No tenía ni idea de qué hacía yo allí. Inspiré hondo. Había llegado el momento; no podía echarme atrás.

—Te quiero —le dije—. Te he querido desde siempre, y cada vez que te veo te quiero más. Sé que es un mal momento, pero es que no existe el momento perfecto. Así que no me importa lo que pase, tenía que decirte lo que siento. —Al acabar, solté el aire.

Se había quedado pasmado. Mi instinto me decía que saliera de allí corriendo, pero me quedé esperando su respuesta.

Me pareció que pasaban horas.

—Piolín —murmuró al fin.

Acababa de susurrar mi nombre cuando oí que alguien gritaba el suyo. Miré tras él y vi que Brooke salía de la habitación envuelta en una sábana.

—¡Oh, Dios mío! Pensaba que estabas solo. Solo he visto tu coche aparcado en la entrada. —Me volví para marcharme, pero él me agarró del brazo.

—Piolín, no te vayas. Dame un momento. Brooke, entra en la habitación.

—¡¡¡LEÍSTE SU MENSAJE MIENTRAS ME ESTABAS FOLLANDO!!! — chilló ella.

—Tenía el móvil en la mesilla de noche; solo le eché un vistazo.

—¡Y luego casi te rompes el cuello de lo rápido que has saltado de la cama para abrir la puerta!

No podía seguir allí. Volví al coche lo más rápido que pude y salí huyendo. La cabeza me daba vueltas y la adrenalina me recorría el cuerpo. Las cosas habían salido peor que en mi peor pesadilla. Era lo más humillante y embarazoso que me había pasado en la vida, incluso si tenía en cuenta la apuesta y el desvirgamiento a manos de Brad. Guau, la primera vez que le abría mi corazón a un chico tenía que ser segundos después de que hubiera estado encima de su novia. ¡Qué puntería!

CAPÍTULO 33

Algunos días se merecen una segunda oportunidad.

«¡Idiota!». Debería haberme imaginado que estaba ocupado al ver que no me respondía. Volví a casa, me puse cómoda, me metí en la cama y me tapé con las mantas por encima de la cabeza.

Cuando abrí los ojos vi que entraba la luz de la luna por la ventana. Debí de dormirme porque me despertó el teléfono. Lo cogí y vi que la pantalla estaba llena de avisos de llamadas y mensajes de Noah. Iba a necesitar un rato para ponerme al día escuchándolos y leyéndolos todos. Me dejé caer de nuevo en la cama y traté de despejarme.

Finalmente me levanté, saqué una bebida *light* de la nevera y una bolsa de donuts de chocolate Sweet Sixteen. Necesitaba cafeína y azúcar. Mientras repasaba mentalmente las últimas horas, me di cuenta de que no me arrepentía de haberle dicho a Noah que lo quería. Lo que odiaba era la visión de Brooke tapada con una sábana saliendo de su habitación, una habitación en la que yo había pasado tantas horas y donde me había enamorado de Noah. No soy idiota. Sabía que se acostaban desde poco después de empezar a salir, pero mientras no tuviera que verlo con mis propios ojos, podía convencerme de que no estaba pasando.

Alguien llamó a la puerta con brusquedad, sobresaltándome.

Abrí y allí estaba Noah, apoyado en el marco, vestido con unos vaqueros y una camiseta de color gris claro. Era un conjunto sencillo, pero siempre que lo veía vestido así me quedaba sin aliento.

—Hola —me saludó. Su expresión neutra no dejaba adivinar su estado de ánimo.

—Hola —susurré. La sangre me circulaba tan deprisa por las venas que me mareé un poco.

—Brooke ha roto conmigo. —Me soltó a bocajarro.

—Oh, Dios mío, Noah. Lo siento. Debería haber esperado a que me respondieras en vez de presentarme en tu casa de esa manera. ¿Qué le has dicho?

—Adiós. —Los ojos de Noah brillaban, y sus labios empezaron a curvarse en una sonrisa. Se apartó del marco y me mostró un plato con un trozo de pastel de chocolate que llevaba escondido.

Entró y cerró la puerta de una patada sin romper el contacto visual en ningún momento. Yo caminé de espaldas mientras él se dirigía hacia mí con seguridad.

—¿Dónde está Emily? —me preguntó.

—Pasando un fin de semana de chicas en Hilton Head.

Me empotró contra la barra que separaba el salón de la cocina. Dejó el pastel y apoyó las manos a un lado y a otro, encerrándome entre sus brazos mientras se inclinaba hacia mí y me susurraba:

—¿Lo decías en serio?

—Totalmente en serio. —Respondí sin aliento.

El corazón me latía tan deprisa y con tanta intensidad que me vibraba todo el cuerpo.

—No me lo puedo creer. Por fin eres mía —dijo asombrado.

—Siempre lo he sido.

—Lo sé, pero ahora puedo tocarte y podemos hacernos cosas el uno al otro sin que me pidas que pare. Porque... no me vas a hacer parar, ¿verdad?

—No, nunca más. A partir de hoy voy a vivir a todo gas. ¿En qué tipo de cosas estabas pensando?

—La primera de ellas te incluye a ti desnuda y un trozo de pastel de chocolate —respondió con una sonrisa traviesa—. ¿Qué ha cambiado?

—¿Realmente quieres que hablemos ahora?

—He pensado que no estaría mal quitárnoslo de encima cuanto antes, porque cuando mis labios entren en contacto con tu cuerpo, no creo que tengan ganas de ponerse a hablar durante un buen rato.

—Dios... —suspiré.

Nos observamos en silencio, devorándonos con la mirada. Creo que ninguno de los dos acababa de creerse lo que iba a pasar.

—A la mierda. Me da igual lo que haya cambiado —dijo Noah antes de meterme la lengua en la boca.

Me agarró por las caderas y me sujetó con fuerza mientras se frotaba contra mí. Ya estaba húmeda, y eso que aún nos separaban varias capas de ropa. Enredé los dedos en su pelo moreno y suave mientras nuestros gemidos y suspiros llenaban la sala.

Inclinándose hacia delante, Noah deslizó las manos sobre mis caderas buscando mis nalgas.

—Rodéame con las piernas —me ordenó susurrándome en la boca.

Separé los muslos y, cuando él me elevó, le abracé la cintura con ellos. Lo necesitaba más cerca y lo necesitaba ya.

Me llevó a mi habitación y se detuvo al llegar a la cama.

Me deslicé por su cuerpo hasta tocar el suelo con los pies, sin que nuestros labios se separaran en ningún momento. Me sorprendió darme cuenta de que podía perderme en él en cuestión de segundos. Le solté el pelo para acariciarle la espalda. Le agarré la camiseta y tiré de ella hacia arriba. Noah se apartó de mis labios el tiempo suficiente para levantar los brazos y ayudarme a que se la quitara. Lo sentí estremecerse cuando mis manos entraron en contacto con su piel desnuda. Su estremecimiento me provocó uno a mí. Noah me miró y sonrió, satisfecho al ver cómo nuestros cuerpos se afectaban mutuamente.

Su lengua volvió a deslizarse entre mis labios, penetrando lenta y profundamente en mi boca. Luego inició un recorrido por mi mandíbula y mi cuello. Me acarició el

cuello arriba y abajo varias veces con la nariz mientras susurraba:

—Eres preciosa. Te quiero muchísimo, más que a nada en este mundo.

Estaba tan abrumada por la felicidad y el deseo que al oír sus palabras estuve a punto de echarme a llorar. No me podía creer que un hombre tan increíble fuera mío y me quisiera. Noah siguió descendiendo entre mis pechos y llegó a la altura del estómago. Me levantó un poco la camiseta y me acarició con la nariz. Luego me rodeó el ombligo con la lengua y me llenó el torso de besos.

Lo sujeté del pelo y gemí:

—Oh, Dios, Noah...

Estuve a punto de correrme en ese momento y noté que él sonreía con la boca pegada a mi piel. Sus manos me recorrían las nalgas arriba y abajo, apretándolas ligeramente mientras su lengua seguía jugueteando. Bajé la cabeza y vi lo mucho que disfrutaba devorándome. Sentí que el calor y la humedad se apoderaban de mi entrepierna con tanta intensidad que pensé que no iba a poder aguantar mucho.

Sus dedos se colaron por la cinturilla elástica de mis pantalones y sus labios siguieron el camino de piel que los pantalones iban dejando al descubierto a medida que se iban deslizando hacia abajo. Me recorrió la parte superior de los muslos con la lengua antes de besarme con delicadeza entre ellos. Me fallaron las rodillas y acabé sentada en la cama. Era como si mi cuerpo se hubiera convertido en gelatina. Noah acabó de quitarme los pantalones, dejándome en bragas y camiseta.

Me acarició las piernas lentamente, arriba y abajo, y me di cuenta de que me estaba mirando la prótesis. Inspiré hondo y él alzó la cara hacia mí.

—¿Te importa que te la quite? Si no quieres que lo haga, no lo haré —añadió dirigiéndome una mirada cargada de preocupación, pero, sobre todo, de amor.

—Es bastante engorrosa, así que supongo que será mejor que me la quites. — Respondí con voz temblorosa.

Apretó el botón situado en un lateral de la pierna que sujetaba la prótesis a la funda y luego empezó a quitármela.

Me aparté un poco y le dije con timidez:

—Noah, tendría que ir un momento al baño para ocuparme de la funda.

—Puedo hacerlo yo; quiero hacerlo.

Se me escaparon un par de lágrimas.

—¿Qué pasa, cariño? Pareces asustada. Respira. Soy yo, Piolín.

Con la voz quebrada, respondí:

—La funda es de silicona y se calienta. Me hace sudar mucho. —Traté de controlar los sollozos, pero me daba mucha vergüenza la situación. A nadie le apetece hablar de partes del cuerpo sudorosas antes de hacer el amor. Sudar mientras lo haces, desde luego; pero antes, no—. Por favor, déjame ir al baño y ocuparme del tema.

—¿Cómo lo haces?

—Me lavo la pierna con agua templada y jabón.

Él se levantó, se inclinó para darme un beso y susurró:

—Quiero cuidar de ti en todo.

Entró en el baño y volvió con un paño enjabonado y una toalla húmeda. Me quitó la funda y la dejó a un lado. Me enjabonó la pierna y luego la aclaró y la secó, masajeándola. No me atreví a mirarlo a los ojos. Me sentía desnuda y vulnerable.

Noah me sujetó la barbilla con dos dedos y me obligó a mirarlo.

—No tenemos que seguir si no estás preparada.

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque eres tú y quiero estar preciosa y sexi para ti. —Me miró, confundido—. Una pierna ortopédica y un muñón no tienen nada de sexi.

Él me recorrió de arriba abajo con la vista y volvió a mirarme a los ojos en silencio varios segundos antes de decir:

—Llevo años esperando este momento. ¿Realmente crees que algo así me va a detener? Siempre has sido y serás la mujer más sexi que he conocido. Te quiero. Te quiero por lo que eres. No estoy enamorado de tus brazos o de tus piernas, de tus ojos, de tu corazón, de tu sentido del humor o de tu cerebro. Quiero el conjunto. Te quiero a ti, y eso no va a cambiar. —Se me volvieron a escapar las lágrimas. Con una sonrisa seductora, añadió—: Además, nunca he sido un hombre de piernas. Soy más de tetas, y las tuyas son espléndidas.

No pude contener la risa mientras me secaba las lágrimas.

—Te quiero, Noah.

—Dilo otra vez. —Se acercó a mí.

—Te quiero, Noah. —Repetí sonriendo.

—Una vez más. —Se acercó hasta que no quedó espacio entre los dos.

—Te quiero, Noah.

Sus labios se abalanzaron sobre los míos y nuestras lenguas chocaron con tanta fuerza que me echó hacia atrás. Lo abracé con brazos y piernas, acercándolo a mí. Le mordí la mandíbula y la recorrí con los dientes hasta llegar a la oreja. Le mordisqueé el lóbulo y susurré:

—Te necesito dentro de mí.

Se levantó y se quitó los zapatos mientras yo le desabrochaba el botón de los vaqueros. Le acaricié las nalgas y luego volví a la parte de delante para bajarle la cremallera. Los vaqueros le quedaban justo por encima de la uve. Le mordisqueé y le lamí los abdominales mientras me peleaba con la cremallera.

Tan concentrada estaba que, cuando me agarró de las muñecas y me detuvo, me quedé desconcertada unos momentos. Se inclinó hacia mí y me besó.

—Llevo toda la vida deseando probarte. Vamos a tomárnoslo con calma. Quiero ir muy lento; quiero probar cada centímetro de ti.

Noah se arrodilló frente a mí en el suelo y luego se sentó sobre los talones sin dejar de mirarme a los ojos. Me sujetó la pierna izquierda con delicadeza y la llenó de besos, suaves y delicados como plumas. Se desplazó lentamente hacia arriba, desde la

parte interna del muslo hacia la externa y de vuelta al interior. Cuando llegó a la ingle, la abandonó y volvió a empezar con la derecha.

Comenzó por los dedos de los pies, siguió por el tobillo, la pantorrilla y la rodilla hasta llegar al muslo, cubriéndolo todo con sus delicados besos. Sin aliento, me recliné y contemplé su ascenso apoyada en los codos. Sus labios se desplazaron metódicamente de una cadera a la otra. Con ellos me estaba demostrando amor y veneración. Nunca había experimentado nada parecido. Me sentí hermosa, sexi, amada y protegida; me sentí adorada.

Noah siguió avanzando por mi torso, levantándome la camiseta a medida que iba ascendiendo y dejando al descubierto el sujetador de encaje amarillo que me cubría el pecho. Sentí vibrar su caja torácica un instante antes de que soltara un jadeo que me hizo estremecer. Los codos no me sostuvieron y caí de espaldas sobre la cama. Era la segunda vez que estaba a punto de correrme y todavía nos quedaban varias piezas de ropa puestas. No exageraba al decir que quería tomárselo con calma, y me estaba encantando. Todo lo que tenía que ver con Noah me encantaba porque lo amaba. Levanté los brazos y él acabó de quitarme la camiseta.

Me sujetó por la cintura y me levantó un poco para colocarme más cerca del cabecero. Permaneció sobre mí unos segundos, admirando mi cuerpo antes de inclinarse y besarme justo encima de los pechos. Se desplazó hasta el hombro sin dejar de besarme y me bajó el tirante del sujetador. Luego hizo lo mismo con el otro. Me incorporé lo necesario para que me lo desabrochara por la espalda. Sentir la tela rozándome los pezones al retirarla me hizo estremecer. Estaba tumbada en la cama, totalmente desnuda a excepción de las bragas, y no estaba incómoda ni sentía vergüenza.

Noah agachó la cabeza y me rodeó un pezón con los labios. Mientras me acariciaba el otro con el pulgar, succionó con fuerza. Lo soltó para mirarme a la cara. Sus preciosos ojos de color azul cielo estaban empañados por la emoción, igual que los míos. Nunca había sentido un amor tan intenso.

Tras permanecer observándonos unos segundos, Noah susurró:

—Gracias por dejar que te ame al fin.

Nos devoramos la boca unos instantes y luego él volvió a descender por mi cuerpo. Noté sus dientes sobre la cadera, cerrándose sobre una tira de las braguitas mientras sus dedos hacían lo mismo con la otra. Me las quitó y luego dijo:

—No las vas a necesitar durante un rato.

Volvió a sentarse sobre los talones, me cogió la pierna derecha y se la llevó a los labios. Mientras con las manos me recorría los muslos por fuera, con los labios lo hacía por la cara interna. Mi cuerpo se tensaba, cada vez más excitado. La tensión en mi entrepierna era casi insoportable. Noah dejó caer la pierna y se situó entre las dos. Yo agarré las sábanas con fuerza y arqueé la espalda. Noah me lamió y me succionó con labios y lengua mientras yo me retorecía descontroladamente. La única comunicación verbal entre nosotros fueron los gemidos de placer. Cuanto más me

retorcía, más rápido se movía su lengua, hasta que, finalmente, me la clavó lo más hondo que pudo.

—¡NOAH! —grité mientras convulsionaba, perdida en una oleada tras otra de sensaciones.

Él se retiró un poco y noté la corriente de aire contra la zona acalorada cuando se echó a reír.

Ascendió por mi cuerpo muy lentamente, besándolo mientras subía hasta llegar a mis labios. Mirándome, me dijo:

—Eres mi sabor favorito.

—Tienes nuevos trucos. Y estos no los has sacado de Wal-Mart —bromeé, respirando con tanta dificultad como si acabara de correr una carrera de quince kilómetros.

—Me he estado entrenando para satisfacer a mi primera chica. —La mirada que me estaba dirigiendo Noah era de las que causan ataques al corazón. Era la combinación perfecta de hambre y amor.

Se levantó de la cama y se quitó los vaqueros y el bóxer al mismo tiempo. Contuve el aliento al verlo por primera vez. Nunca antes lo había visto desnudo. Su cuerpo era tan perfecto como su corazón. Succionándome el labio inferior, lo contemplé hipnotizada.

Noah me pilló comiéndome con los ojos.

—¿Qué miras, Piolín?

—¿Qué?

Al alzar la mirada vi la sonrisa más amplia y sexi que había visto nunca. Me ruboricé y aparté la vista.

Él trepó sobre mí a cuatro patas.

—A mí también me gusta mirarte... y desnudarte... y besarte... y recorrerte con la lengua de arriba abajo..., me gusta saborearte...

Volví la cabeza a un lado y cerré los ojos, disfrutando de sus palabras y de lo agradable que era sentirlo entre mis piernas. Noté su cálido aliento en el cuello.

—Piolín, mírame. —Abrí los ojos y busqué los suyos—. Necesito verte, oírte y sentirte para asegurarme de que esto es real; de que ya no tengo que seguir imaginándote.

Inspiré hondo. Nunca había mantenido el contacto visual mientras lo hacía con los demás chicos. Siempre los cerraba porque siempre me imaginaba que estaba con Noah. Mirar a alguien a los ojos en ese momento me parecía algo demasiado íntimo, algo que solo podría compartir con él.

Se deslizó en mi interior y empezó a mover las caderas. Al principio, suavemente, despacio; luego cada vez más deprisa.

—Es increíble, cariño. Encajamos a la perfección —jadeó con la boca pegada a mis labios.

—Te quiero tanto, Noah.

Nos corrimos al mismo tiempo. Fue el orgasmo más largo e intenso que había experimentado jamás. Y, por la expresión de Noah, parecía que a él le había pasado lo mismo. Permanecimos quietos, con las frentes pegadas, tratando de recobrar el aliento. De repente, me invadió una gran tristeza y me eché a llorar.

—Lo siento mucho —murmuré.

—No tienes que disculparte por nada. —Me besó las lágrimas—. No llores, Piolín.

—He perdido tanto tiempo y te he hecho daño.

—Contigo nunca se pierde el tiempo. Siempre has estado en mi vida, en mis pensamientos y en mi corazón. No me arrepiento de nada, ni siquiera del tiempo que estuvimos separados, porque esos meses me demostraron que te pertenezco. Siempre he sabido que algún día estaríamos juntos. Tuve que aprender a ser paciente y a esperar. Y ha valido mucho la pena.

Noah y yo encajábamos perfectamente a todos los niveles. Tan bien encajábamos que lo pusimos en práctica tres veces más antes de levantarnos de la cama.

Seguía teniendo cáncer y me quedaban varias sesiones de quimio, pero la vida era maravillosa. Tenía al lado al amor de mi vida, mi alma gemela, mi héroe: ¿qué podía ser más perfecto que eso?

—Me gusta cómo te queda el pelo así.

—Me he hecho un moño en la coronilla. Es un desastre.

—Pues me gustas desastrada —replicó Noah, besándome el cuello.

Me costó un poco convencerlo, pero al final logré que se diera un baño de espuma conmigo. Lo de meterse en el agua desnudo conmigo le apetecía, pero lo de la espuma no lo tenía tan claro. La bañera era bastante grande, así que pudo estirarse. Yo me senté sobre su regazo, de cara a él. Las burbujas estallaban a nuestro alrededor.

Nos estábamos comiendo el pastel de chocolate. Acababa de darle una cucharada de cobertura y noté que se le había quedado un poco en los labios. Me incliné sobre él y le succioné el inferior.

—Esta es la mejor manera de comer pastel —afirmé, y seguí devorándole la boca.

Él gimió y noté que se endurecía bajo mi cuerpo. Me sujetó la cara con las dos manos y rompió el beso.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Estoy con la mujer a la que amo y adoro, que además resulta que está buenísima. Veo piel desnuda y pastel de chocolate. ¿Qué podría ir mal? —Hizo una pausa antes de añadir—: Antes no me respondiste cuando te pregunté qué había cambiado.

—Mi modo de percibir las cosas. He gastado un montón de tiempo presente viendo las cosas desde el punto de vista del pasado y tratando de anticiparme al futuro para que no me pillara desprevenida. Crecí, pero mi percepción de la gente que

me rodeaba no cambió. Siempre pensé que los demás eran mejores que yo; que los demás conocían los secretos de la vida, pero no querían compartirlos. Pero entonces enfermé y conocí a un amigo que compartió sus respuestas conmigo. Ahora sé que lo único perfecto es el presente porque en él respiramos, nos movemos, amamos y sentimos, y podemos decirles a las personas que están en nuestra vida lo que significan para nosotros.

—Siempre que estoy contigo, consigues llegarme al alma. Siempre pensé que no podía amarte más, pero cuando descubrí que estabas enferma... —Noah no pudo seguir hablando. Tragó saliva mientras una lágrima le caía por la mejilla.

Se la sequé con la mano.

—Noah... —tenía la voz temblorosa por las lágrimas que se agolpaban tras mis ojos—, no quiero dejar pasar ni un solo día más de mi vida sin decirte lo mucho que te amo. Hasta este momento he malgastado mi vida por no decirte que te quiero desde el 23 de marzo de 1990. No sé qué nos deparará el futuro, pero sé que nunca dejaré de amarte. No sabría cómo hacerlo.

—Piolín, déjalo —me ordenó con la voz ronca por el deseo.

—¿Eh?

—El pastel, déjalo. Ahora.

Dejé el plato en la repisa de la bañera. Noah me sujetó por la nuca y me atrajo hacia sí. Nuestros labios se unieron y nuestras lenguas supieron lo que tenían que hacer sin que nadie les diera instrucciones. Sosteniéndome en sus hombros, me elevé un poco y me dejé caer sobre él lentamente mientras su boca y sus dedos encontraban mis pezones, ya endurecidos.

—El mejor baño de espuma en la historia de los baños de espuma —afirmé gimiendo.

CAPÍTULO 34

Noah es el dueño del 99,9 por ciento de mi corazón. El resto siempre será de un chico muy especial que cambió mi vida para siempre.

Seguí quedando con Dalton los domingos por la noche antes de la sesión de quimio. Me daba fuerzas para afrontar lo que se me venía encima al día siguiente.

—¡Dalton! Lo hice. Le dije a Noah que lo amaba, y él también me quiere a mí. No era demasiado tarde.

Me arrodillé, dejé las flores y acaricié las letras que formaban su nombre: «Dalton Michael Connor».

La noche que bailé con Dalton fue la última vez que lo vi. Cuando fui a darme la quimio a la mañana siguiente me enteré de que había muerto mientras dormía, solo horas después de estar conmigo.

Dalton fue mi primer funeral de cáncer. Él se había ocupado de prepararlo todo personalmente. En un rincón, una banda tocaba canciones de los Rolling Stones, de AC/DC y, por supuesto, de Whitney Houston.

Lo echaba mucho de menos. Con el tiempo me di cuenta de que lo que compartimos esa última noche fue su manera de darme las gracias y de despedirse de mí. Pero fue mucho más: esa noche, Dalton me regaló mi vida con Noah.

CAPÍTULO 35

Hasta la vista, goodbye, adiós, sayonara, piérdete, ciao y buenas noches.

Acabé la quimioterapia justo antes del verano. Decir que estaba eufórica sería quedarme corta. Sin contar los recuerdos que tenía de Dalton, quería borrar esa parte de mi vida. Sigo creyendo que todo pasa por algo, incluso las cosas malas, y siempre estaré agradecida por las lecciones que el cáncer me enseñó, por la gente nueva que trajo a mi vida y por el nuevo foco de luz que me aportó para que pudiera ver al fin lo mucho que me querían las personas que siempre habían estado en ella. Por fin podría volver a la universidad e iniciar una nueva vida junto a Noah. El cáncer me había dado una nueva oportunidad, y no pensaba desperdiciarla.

Noah y yo éramos inseparables. Excepto cuando tenía clase, el resto del tiempo lo pasábamos juntos. Supongo que tratábamos de recuperar el que habíamos perdido. Decidimos vivir juntos. Su padre le había dejado dinero suficiente para dar una entrada, así que compró un apartamento en el mismo edificio de su amigo Carter, lo que era genial porque estábamos muy cerca de Emily. Mi hermana y yo estábamos más unidas que nunca. El apoyo y la fuerza que me dio durante los peores momentos del tratamiento fueron increíbles. No habría sobrevivido sin ella.

Noah y yo nos mudamos a nuestra casa el 1 de julio de 2009. Fue uno de los días más felices de mi vida. Él tenía muchas ganas de graduarse para empezar la especialización, así que se apuntó a cursos de verano y trabajó a jornada completa como transportista en la MUSC, la facultad de Medicina donde se especializaría.

Yo decidí apuntarme a un par de asignaturas troncales el semestre siguiente en la Universidad de Charleston. Mi idea era encontrar una universidad online donde pudiera licenciarme en Periodismo. No pensaba irme de Charleston. No quería alejarme de mi familia, y mucho menos de Noah.

Durante el verano empecé a escribir como *freelance* para una revista local. Fue fantástico porque hice contactos y gané experiencia. Estaba muy ocupada y contenta. Estar ocupado es muy bueno porque significa que estás vivo. Eso suena a algo que podría haber dicho Dalton, también conocido como *señor Miyagi*. Ese chico me dejó huella.

Llegó el día de mi primer aniversario libre de cáncer. Al principio me hacían análisis todos los meses. Luego pasaron a ser trimestrales y, a partir de ese momento, me los harían cada seis meses, a menos que surgiera alguna complicación. No me podía creer que hubiera pasado ya un año y medio desde que me diagnosticaron y me amputaron la pierna. Por fin sentía la prótesis como una parte más de mi cuerpo.

Echaba de menos a Dalton todos los días. Aunque ya hacía tiempo que no recibía

quimioterapia, aún iba a visitarlo los domingos, cada quince días. Había empezado a acudir como voluntaria al Hollings Cancer Center. Nunca sería para otras personas lo que Dalton fue para mí, porque lo que él y yo compartimos fue único e irrepetible, pero podía darle la mano a un niño asustado o escuchar a un adolescente que tenía miedo de lo que le depararía el futuro.

Noah se licenció en la Universidad de Charleston con honores en solo tres años. No sé quién estaba más orgullosa de él el día de la graduación, si su madre o yo. Probablemente fue un empate. Él se moría de ganas de empezar las prácticas.

El segundo aniversario libre de cáncer llegó y se marchó sin hacer ruido, lo que fue fantástico, porque significaba que mi vida ya no giraba en torno a la enfermedad. Noah y yo lo celebramos cenando en uno de los barcos restaurante del puerto de Charleston. Fue una noche muy agradable. Él había estado tan ocupado estudiando que era muy raro que pudiéramos sacar tiempo para pasar una noche a solas. La carrera de Medicina era mucho más dura de lo que pensábamos, pero lo superaríamos. Habíamos superado cosas mucho peores.

Cuando pasaron tres años sin que el cáncer hubiera vuelto a dar señales de vida, empecé a relajarme un poco. Había cruzado ya el ecuador de los cinco años que suelen darse como plazo para indicar que un cáncer está curado. Es importante, porque al fin puedes comenzar a ver la vida sin el filtro de la enfermedad, que lo altera todo.

Estaba sentada en la consulta del doctor Lang esperando a que entrara. Cuando Noah y yo empezamos a salir oficialmente, me acompañó al resto de las sesiones de quimioterapia y a las visitas de seguimiento. Ese era el primer día que no me acompañaba.

Se había quedado estudiando hasta muy tarde. No tenía clases por la mañana y no quise despertarlo para que durmiera. Sabía que se enfadaría conmigo cuando se despertara y viera que me había ido sin él, pero me parecía innecesario que me acompañara a todas las revisiones. Hasta ese momento, todo había ido bien y me encontraba perfectamente. El doctor Lang entró y se sentó.

—¿Noah no te acompaña hoy?

—Se quedó estudiando hasta muy tarde y no he querido despertarlo. Se enfadará conmigo, pero ya se le pasará.

—Te ha acompañado en todas las visitas. Pensaba que hoy también estaría aquí —añadió el doctor mirándome a los ojos. A lo largo de los últimos años había llegado a conocerlo bastante bien, y sus ojos me decían que no tenía buenas noticias que darme—. Amanda, creo que Noah debería estar aquí hoy. Le diré a Gayle que lo llame.

—No, que no lo llame, está durmiendo.

—Pero él querría estar aquí. —La puerta se abrió entonces y entró la

repcionista—. Gayle, ¿podría llamar a Noah Stewart, por favor?

Me levanté bruscamente.

—¡No, no lo llame! Está durmiendo —dije con lágrimas en los ojos.

La sensación de estar bajo el agua, ahogándome, una sensación que casi había olvidado, volvió con fuerza. El doctor le hizo un gesto a Gayle, que se retiró.

—Amanda, no estás en condiciones de volver a casa conduciendo. Y tenemos que hablar sobre el plan de acción. Noah debería estar aquí. Podemos llamar a tus padres también, si quieres.

Yo negué con la cabeza.

Media hora más tarde, Noah estaba sentado a mi lado, dándome la mano.

—En la radiografía de tórax han aparecido un par de puntos sospechosos y los análisis han confirmado que el cáncer ha vuelto. Lo siento. Creo que deberías darte una nueva tanda de quimioterapia —dijo el doctor.

Una nueva tanda de quimioterapia. Otra ronda de náuseas y de agotamiento. Otra ronda de quimio, pero sin Dalton a mi lado.

Aunque conocía las estadísticas y el doctor Lang nunca me había ocultado la posibilidad de que el cáncer regresara, y probablemente a los pulmones, yo había querido creer que lo había superado y que estaba totalmente limpia. Durante los primeros meses, la ansiedad cada vez que me hacían pruebas era enorme, pero al fin había empezado a relajarme.

—Recomiendo el mismo tratamiento que la otra vez: diez sesiones...

—Estoy embarazada.

El doctor Lang me miró y miró a Noah. Él ya lo sabía.

—Me doy cuenta de que la recidiva llega en un momento horrible, pero todavía estás en los primeros meses. —Noah y yo nos miramos en *shock*. Creo que ninguno de los dos entendía aún lo que el doctor estaba sugiriendo—. Sois muy jóvenes y tenéis toda la vida por delante para formar una familia.

—Voy a tener el bebé.

—Amanda, no hace falta que te cuente lo fuertes que son las medicinas de la quimioterapia. El bebé correría un riesgo enorme.

—Pues no me la daré hasta que nazca.

—Piolín...

—No voy a matar a nuestro hijo ni con quimio ni de ninguna otra manera.

El doctor Lang se levantó y rodeó el escritorio.

—Sé que es una decisión muy difícil de tomar. Saldré un momento para daros intimidad.

En cuanto oí que la puerta se cerraba, me eché a llorar desesperadamente. Noah se arrodilló ante mí y nos abrazamos, fundiéndonos el uno en el otro.

—Te amo y te adoro —no dejaba de repetir, con la voz rota, mientras me acariciaba el pelo.

Yo solo fui capaz de decir:

—Siento haberme puesto enferma otra vez.

Él me abrazó con más fuerza. No sé cuánto rato permanecimos así. Estaba agotada de tanto llorar, pero no podía parar.

—Piolín, sabes que quiero tener a nuestro bebé, pero te necesito. Quiero vivir a tu lado.

—Si no tengo al bebé y no sobrevivo, te quedarás solo. No quiero que estés solo. Sé que no será fácil, pero mi madre te ayudará y tu madre también. Y Emily...

—Aunque me ayudara la ciudad entera, si no estás conmigo estaré solo, Piolín, ¡joder!

Lo miré a los ojos y vi que estaban inundados de lágrimas, que no paraban de caer por sus mejillas. Sus preciosos ojos azules estaban llenos de amor y de miedo.

Debimos de pasar horas sopesando las opciones. Cuando Noah y yo salimos de la consulta, habíamos tomado una decisión. Sabía que no sería fácil, pero para mí era la única opción posible.

CAPÍTULO 36

Me encanta que tengamos tantas posibilidades de comunicarnos. Teléfonos móviles, mensajes de texto, correos electrónicos, Facetime, Skype..., pero no hay nada que pueda compararse con una nota manuscrita o una carta. Son mucho más íntimas y personales. Es evidente que tardan más en llegar, pero por algunas cosas vale la pena esperar.

Estaba en la habitación del bebé, sentada en la mecedora que mis padres nos habían regalado. Faltaban dos meses para que la pequeña llegara al mundo. Le pedía a la vida que, si tenía que marcharme, me dejara al menos poder verle la carita una vez.

Noah se acercó y se quedó mirándome desde la puerta.

—Ahí estás. ¿Qué estás tramando? —me preguntó.

—Estoy escribiendo más notas.

—¿Por qué? —dijo sin poder evitarlo.

Le sonreí. Noah entendía que necesitaba escribir las notas, pero no le gustaba.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te hagas el tonto. No se te da bien.

—Me acabas de dar en las narices con mis propias palabras. —Se echó a reír y se acercó a mí. Se inclinó y me besó en la coronilla—. Bien, podrás leérselas tú misma cuando crezca un poco.

Alcé la cara hacia él. No dejaba de maravillarme lo mucho que lo amaba. Lo conocía desde el día en que nací, y cada día que pasaba lo amaba más. Sabía que, aunque me fuera de este mundo, seguiría enamorada de mi caballero de armadura de plástico.

Sabía que Noah estaba aterrorizado por el porvenir. Nunca hablaba de ello, pero lo veía en sus ojos cada vez que alguien sacaba el tema. Yo quería tomar parte en la educación de Halle, incluso aunque no estuviera a su lado físicamente. Aquel día, en la consulta del doctor Lang, habíamos decidido que no recibiría quimioterapia hasta después de que naciera Halle. Era arriesgado, sobre todo con los antecedentes de mi otro cáncer, que había sido muy agresivo, pero era un riesgo que tenía que correr por mi hija.

Había empezado a escribirle notas a Halle esa misma noche. Tenía que asegurarme de que recibía su agradecimiento y su despedida, por si acaso no llegaba a conocerla, y sabía que el presente era el momento perfecto para hacerlo.

NOTAS PARA HALLE

Halle:

Te quiero y siento mucho no estar aquí para poder ver cómo te conviertes en una mujer hermosa e inteligente. Te escribo estas notas por dos motivos.

El primero es que, aunque tu padre es un hombre maravilloso y aunque las abuelas y la tía Emily estarán ahí para responder a tus preguntas, hay cosas que solo una madre puede enseñarle a su hija. Intentaré tratar todos los temas importantes.

El segundo es que, aunque tu padre ha grabado horas y horas de vídeo para que puedas verme, quiero que puedas llevarlas contigo dondequiera que vayas, y sacarlas y tenerlas a mano cuando lo necesites. Mis palabras siempre estarán contigo.

No te imaginas lo feliz que me sentí cuando me enteré de que ibas a venir al mundo. Te quise desde ese mismo instante. Eras perfecta porque eras mía y de tu padre. Lo amo muchísimo, Halle. Tenerlo en mi vida ha sido una bendición. Cuando el doctor me dijo que la enfermedad había vuelto, solo pensé en protegerte. Ni se me pasó por la cabeza la idea de hacer algo que pudiera ponerte en peligro. Quería que conocieras a tu padre. Espero que algún día entiendas mi decisión. Te quiero con toda mi alma y todo mi corazón,

Mami

Halle:

Disfruta de ser niña. Mucha gente te empujará para que crezcas, tus compañeros de clase o cosas que verás en la tele o en el cine. No dejes que nadie te influya con sus palabras. Diviértete, ríe, haz amigos, juega. Las cosas de adultos seguirán ahí cuando estés lista para asumirlas. Te quiero,

Mami

Halle:

He obligado a mi madre, tu abuela, a firmar un papel en el que asegura que no te forzará a llevar nunca un disfraz de Halloween que no hayas elegido tú. Para estar más segura, he hecho que la tía Emily actúe como notario. Cuando seas lo bastante mayor podrás ir puerta por puerta, llamar y pedir caramelos sola. No hay nada que temer. No hay monstruos detrás de esas puertas. Te lo prometo. Te quiero,

Mami

Halle:

El pastel de chocolate hace que muchas cosas en la vida mejoren, pero no comas demasiado. Te quiero,

Mami

Halle:

Ser inteligente mola y nunca pasa de moda. Nunca te hagas la tonta por nadie en el mundo. Te quiero,

Mamá

Halle:

Tema amigos: no es la cantidad lo que importa, sino la calidad. Conocerás a mucha gente a lo largo de la vida y no todos serán tus amigos. No pasa nada. Cuando conozcas a un amigo de verdad, lo sabrás. Los amigos de verdad son confiados y leales. Siempre están ahí en los buenos y en los malos momentos. Son de todos los tipos, tamaños y colores. No importa cómo sean por fuera, la calidad está en el interior. Te quiero,

Mamá

Halle:

Tu padre es un hombre maravilloso. No ha habido ni un solo día en toda mi vida en que no lo haya amado. Cuando llegaste al mundo, éramos muy jóvenes. Lo que trato de decirte es que, probablemente, un día tu padre encontrará a alguien que lo haga feliz. Tal vez quiera casarse con ella. Se merece enamorarse y ser feliz. Quiero que te alegres por él. No te pongas celosa. Eso no significa que vaya a quererte menos a ti. Solo significa que su corazón ya se ha curado. Te quiero,

Mamá

Halle:

No dejes que nada te detenga. No importa cuál sea tu pasión. Bien sean los deportes, el arte o la ciencia, no creas a nadie que te diga que no puedes hacerlo. Si quieres jugar a béisbol, a hockey, a fútbol, no dejes que nadie te diga que no puedes hacerlo. Si quieres jugar con coches Hot Wheels o con Lego, hazlo. Tú eres la única jefe en tu vida. (Bueno, técnicamente, tu padre es tu jefe hasta que cumplas los

dieciocho años, pero ya me entiendes). Te quiero,

Mamá

Halle:

Sobre el tema de la moda y el maquillaje. Con el maquillaje una buena norma a seguir es la de que menos es más. O en la moda, huye de todo lo que incluya las palabras mini, micromini, apretado y más bajo. La ropa interior sirve para llevarla por debajo de la ropa. Por eso se la llama interior; si no, se la llamaría exterior.

Respétate a ti misma y respeta tu cuerpo. Las camisetas cortadas y los shorts muy cortos están bien para ir a la playa, siempre y cuando tu padre te deje salir de casa vestida así. Te quiero,

Mamá

Halle:

Viaja a otras ciudades, estados y países para descubrir que tu manera de hacer las cosas no es la única válida. Que algo sea distinto no significa que sea malo. Abre tu mente e infórmate bien antes de tomar una decisión. Te quiero,

Mamá

Halle:

Expande tu mente. Lee cada día, ya sea un libro o un artículo. Te quiero,

Mamá

Halle:

Ve contracorriente y ten confianza en ti misma. No necesitas usar una talla 36, ni mechas rubias ni tener grandes tetas. Ser diferente y único suele tener mala fama, pero ser diferente y único es lo mismo que ser original y valioso. No hay en el mundo ninguna otra Halle Marie Stewart. Nadie más verá el mundo a través de tus ojos. Alimenta tu originalidad; no la escondas. Te quiero,

Mamá

Halle:

No te compares con nadie ni dejes que los demás te comparen con otras personas. Cree en tus habilidades. Fíjate objetivos y trabaja duro para conseguirlos.

No siempre los lograrás, y no pasa nada. Si hiciste todo lo que estaba en tu mano, deberías sentirte orgullosa de tu esfuerzo. Tal vez no logres el premio, pero la cinta por haber participado también mola. Te quiero,

Mamá

Halle:

Tal vez oigas en alguna ocasión que tu padre emplea un término que incluye la palabra pitufo. No lo repitas. En especial, delante de tus abuelas... o de tu abuelo, o..., bueno, no lo repitas y punto. Te quiero,

Mamá

Halle:

No tengas miedo de amar con todo tu corazón. Te arriesgas a que te hagan daño, pero los beneficios son tan grandes que merece la pena correr el riesgo. Tu padre y tu abuelo son los mejores hombres que he conocido. Encuentra a un chico de quien puedas decir lo mismo y, cuando lo encuentres, deja que te quiera. Todos tenemos defectos, partes de nosotros que no nos gustan, pero el amor verdadero no se fija en esas cosas; va directo al corazón. Si quieres a alguien, díselo. No importa si te devuelven el sentimiento o no. Cualquier persona que te haga sentir tan intensa y profundamente merece saber el impacto que causó en tu vida. Te quiero,

Mamá

Halle:

En la vida te encontrarás con malos momentos; le pasa a todo el mundo. Espero que te encuentres con muy pocos. Tómate las cosas con humor. El humor te ayudará a sobrellevar los malos momentos. No huyas de las dificultades. Vencerlas será lo que te hará más fuerte. Te quiero,

Mamá

Halle:

Estoy orgullosa de ti. Hayas decidido ser esposa, madre, mujer de carrera o las tres cosas a la vez (evidentemente, puedes ser las tres cosas si lo deseas). Estoy orgullosa de la mujer en la que te has convertido. Puede que te estés preguntando cómo puedo estar orgullosa sin estar ahí para verlo, pero sé que te has convertido en una mujer maravillosa porque conozco al hombre maravilloso que te ha criado. Te

quiero,

Mamá

Halle:

Encuentra a alguien/algo que vayas a echar de menos, porque eso significará que tu vida mejoró con ese alguien/algo y que era importante para ti. Te echo de menos,

Mamá

Halle:

La gente te dirá que solo existe un alma gemela en el mundo para cada persona y que, cuando la encuentres, lo sabrás y te enamorarás. Eso es caca de la vaca. Es muy raro encontrar a más de un alma gemela, pero es posible. Y tu alma gemela no tiene por qué ser tu pareja. A veces en la vida encuentras a alguien justo en el momento en que más lo necesitas y entre vosotros surge una conexión instantánea. Yo tuve la gran suerte de encontrar a dos almas gemelas. Tu padre fue la primera, el amor de mi vida. Pero a los diecinueve años conocí a mi segunda alma gemela, un chico llamado Dalton. Nunca dejé de amar a tu padre, pero Dalton llegó a mi vida en el momento preciso. Estuvo en ella muy poco tiempo, pero me dejó una huella imborrable. Te quiero,

Mamá

Halle:

Todo el mundo se merece que le den las gracias y que le digan adiós. Te quiero,

Mamá

Halle:

Me habría gustado estar ahí para abrazarte cuando estabas triste y cuando eras feliz. Me habría gustado estar ahí para secar tus lágrimas y decirte que todo mejoraría después de comernos un trozo de pastel de chocolate. Me habría gustado estar ahí para compartir contigo tus primeras veces. Pero allá donde te lleve la vida, estaré a tu lado a través de mis palabras. Formaré parte de tu alma y de tu corazón. En la vida no hace falta ser perfecto, pero vive siempre en el presente. El presente es el mayor tesoro del que se puede disfrutar. Te quiero,

Mamá

EPÍLOGO

Cinco años más tarde

Noah

Puedo decir en qué momento exacto me enamoré de ella. Fue el 23 de marzo de 1990, a las 22.59 horas. La he amado desde siempre. Cuando era niño no sabía que eso que sentía era amor. Solo sabía que me hacía mucha ilusión verla y que quería estar con ella todo el rato.

También recuerdo el momento exacto en que me di cuenta de que Piolín se había convertido en una chica y que yo me había convertido en un cabrón salido. Fue el 27 de mayo de 2004, a las 19.03.

Piolín y yo íbamos camino de nuestro refugio secreto cuando se detuvo bruscamente.

—Un penique, no lo dejes pasar, y todo el día la suerte te va a acompañar — canturreó.

Me eché a reír mientras ella se agachaba a recoger la moneda, pero al bajar la vista no me pude creer lo que estaba viendo: el culo más redondo, monísimo y perfecto del mundo, un culo que encajaría perfectamente en mis manos.

Me mostró el penique, orgullosa, como si se hubiera encontrado un millón de dólares. Me quedé mirando sus labios sonrientes como un idiota. Eran rosados, tenían forma de corazón, y sentí ganas de besarlos. Permanecí hipnotizado en el sitio, pensando en otras partes de su cuerpo que también quería besar. ¡Piolín estaba buenísima!

No estaba escuálida como otras chicas del instituto. Tenía las curvas necesarias en los lugares adecuados. Tenía unas piernas preciosas, pero lo mejor de esas piernas era que te llevaban directamente hacia su precioso culo. Su pelo, del color del chocolate, le llegaba por debajo de los hombros. Su melena, siempre brillante, contrastaba con la palidez de su piel. Tenía unos ojos increíbles. Eran de color verdeazulado. Nunca había visto unos ojos de ese color. Cuando me miraban, era como si pudieran leer en mi alma. ¿Qué demonios me pasaba? Pensé que parecía una chica, pero justo en ese momento, una sacudida en los pantalones de camuflaje me demostró que era un macho, un auténtico cabrón salido, de sangre caliente, cien por cien norteamericano.

Salí de mis fantasías calenturientas cuando la oí gritar:

—¡NOAH! ¿VIENES O QUÉ?

—¡Sí, ya voy!

La seguí varios pasos por detrás. Dentro de mis pantalones había un montón de actividad y no hacía falta que ella se enterara.

Ese verano pasé un montón de tiempo imaginándome que la tocaba y la rozaba siempre que tenía ocasión, procurando ser siempre muy sutil.

Querido Noah:

Estoy aquí sentada buscando la mejor manera de empezar esta carta. Es lo peor de la escritura. Una página en blanco es algo muy feo.

He tenido muchas dudas en la vida, pero si de algo he estado siempre segura era de que te amaba. Te he amado cada minuto de cada día; mi corazón siempre ha sido tuyo. Nunca lo he dudado. Mi amor ha ido cambiando de forma, pero siempre ha estado ahí. Sobre el amor se han escrito tropecientos libros, artículos y poemas. Nos hacen creer que es complicado, pero no es el amor lo que es complicado; es la mierda que le echamos encima. Siento haber tardado tanto en darme cuenta.

Gracias por amarme. Me has dado tanta felicidad que podría durarme mil vidas. Me enseñaste lo que era amar y ser amado. Eres mi fuerza, mi esperanza, mi paz y mi luz. Lo eres todo para mí.

Gracias por ser mi alma gemela, el amor de mi vida y mi amigo.

Gracias por las charlas, las risas, la música y los ratos que pasábamos en silencio en nuestro escondite.

Gracias por compartir las primeras veces conmigo.

Gracias por los pasteles de chocolate.

Gracias por todas las cosquillas, vibraciones, escalofríos y estremecimientos que me has provocado.

Gracias por darme la mano y por todos los abrazos. Gracias por el primer beso y por el último.

Gracias por estar en mi vida; siento haber tenido que despedirme tan pronto, pero tienes a Halle. Ella te dará fuerzas y esperanza. Serás el mejor padre del mundo.

Gracias por darme a alguien a quien echar de menos.

Te amo profundamente, por completo, aunque no esté ahí contigo.

Adiós, Noah.

Te amaré siempre,

Piolín

Estaba doblando la carta cuando Emily entró en casa.

—Hola, Noah.

—Hola.

—¿Qué haces?

—Leo una carta que me dejó tu hermana.

Emily me dirigió una mirada triste. Se había portado de manera increíble con nosotros durante la enfermedad de Piolín.

—¿Dónde está mi pequeña Halle?

—En la habitación, asegurándose de que lleva suficientes muñecas para vuestra tarde de chicas.

—Ah, muy bien. Eso es importante. —Me miró fijamente—. Y tú, ¿estás bien?

—Sí, un poco nervioso, pero bien. —Sonreí.

—Todo irá bien, ya lo verás. Déjame a Halle esta noche; que se quede a dormir. Así no tienes que preocuparte por la hora. Lo que has pasado es muy duro, Noah. Te mereces salir una noche sin tener que estar pendiente de la hora de vuelta. Sal y diviértete.

—Genial, muchas gracias, Emily. Voy a preparar la bolsa de Halle.

—No te preocupes; ya lo hago yo.

En ese momento oímos que se acercaban pasitos por el pasillo. Me gustaba mirar a Halle hacer cualquier cosa, pero sobre todo me encantaba verla correr. Lo hacía con tanta seguridad y determinación.

—¡Emmie, Emmie, Emmie! —gritó.

A Halle le hacía mucha ilusión ver a su tía. Le encantaba pasar tiempo con ella, haciendo cosas de chicas. Cruzó el salón y se estrelló contra el pecho de Emily, que la esperaba con los brazos abiertos.

—¡Hola, pichoncita! ¿Te gustaría quedarte a dormir en mi casa esta noche?

—Sí, me encantaría, pero necesitaré más muñecas.

—Claro, evidentemente.

Halle volvió su deliciosa carita redonda hacia mí y me miró con preocupación.

—Papi, ¿qué harás esta noche?

—Tengo planes. He quedado con alguien.

Emily y yo cruzamos una mirada cómplice.

—Echo de menos a mamá.

—Lo sé, pajarillo. Yo también, pero ahora tengo que irme. Voy a buscar a mi amiga, y quiero llegar con tiempo.

—Halle, vamos a buscar más muñecas y, de paso, el pijama y el cepillo de dientes —dijo Emily.

Halle le dio la mano a su tía y se alejaron pasillo abajo. Poco después, mi hija volvió corriendo hacia mí. La levanté del suelo y nos abrazamos.

—Te quiero a rabiar, pajarillo —le susurré con la cara hundida en su pelo.

Sus preciosos ojos azules buscaron los míos y su boca diminuta se curvó en una sonrisa.

—Yo también te quiero a rabiar, papi.

Durante el trayecto, estaba tan nervioso que tuve que secarme las palmas de las manos en los pantalones un par de veces. Bajé del coche y me dirigí al lugar donde habíamos quedado. Permanecí de pie, tratando de tranquilizarme. Doblé el cuello a un lado y al otro, hice rodar los hombros y respiré hondo varias veces, pero no sirvió de nada. Luego oí mi nombre:

—¿Noah?

Me volví y me la quedé mirando fijamente tras tragar la bola del tamaño de una pelota de baloncesto que se me había quedado atascada en la garganta. ¡Dios mío, era preciosa!

—Hola. —Respondí sonriendo.

—Siento llegar tarde. Había mucho tráfico. —Miró a su alrededor—. ¿Qué es todo esto?

Sin dejar de mirarla, me acerqué a ella dando tres zancadas.

—¿Es que un hombre no puede preparar algo especial para su chica?

Ella me miró entornando sus increíbles ojos de color verdeazulado.

—Sí, claro que puede.

—Bienvenida a casa, Piolín.

La sujeté por la nuca mientras la abrazaba por la cintura con el otro brazo y la atraje hacia mí. Nuestras bocas se reencontraron. Me encantaba besarla; seguía siendo mi sabor favorito.

Me aparté un poco y sonreí cuando la oí protestar con un gruñido. A ambos nos faltaba el aliento. Con los labios rozando los suyos, dije:

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que odio que tengas que desplazarte fuera de la ciudad para escribir un artículo?

—Lo has hecho, pero tus recibimientos a la vuelta son espectaculares y lo compensan. —Me guiñó el ojo.

Negué con la cabeza para quitarme de la mente la imagen de Piolín desnuda bajo mi cuerpo. Debía mantener la cabeza clara. Estábamos en nuestro refugio secreto, así que el sexo tendría que esperar.

Había venido antes para esparcir pétalos de rosas amarillas sobre nuestra mesa y había colgado un par de hileras de lucecitas amarillas de los árboles cercanos. El sol se estaba ocultando y las luces empezaban a ser visibles. Había puesto la mesa con platos blancos, cubertería fina, una botella de vino, dos copas y un trozo de pastel de chocolate.

Le di la mano y tiré de ella en dirección a la mesa.

—¿Dónde está Halle? —me preguntó.

—En casa de Emily.

Me detuve frente a la mesa y puse la música que tenía preparada en el iPhone. Había guardado los pequeños altavoces que usé en nuestra primera cita. Sabía que algún día los volvería a usar. Cuando empezó a sonar *Everything*, me volví y la estreché contra mi pecho.

—¿No ha querido venir a verme?

—Sabes que, si le hubiera dicho que volvías hoy, habría querido acompañarme, pero quería tenerte solo para mí. —Ella sonrió y no dijo nada. La besé en los labios y susurré—: Echaba de menos tus labios.

—Ellos también te han echado de menos —repuso—. A todas las partes de tu cuerpo —añadió con una sonrisa sexi.

Permanecimos así unos minutos, meciéndonos ligeramente al ritmo de la música. Aún no me acababa de creer lo que estaba a punto de hacer, pero había llegado el momento.

—El doctor Lang ha llamado porque ya ha recibido los resultados de tus análisis. —Dejamos de bailar y nos quedamos mirando en silencio—. Todo limpio este año también. Ya son cuatro años libre de cáncer —dije con un nudo en la garganta.

Aunque la quimio había funcionado bien tras el nacimiento de Halle y Piolín no había vuelto a recaer, los días antes de que llegaran los resultados siempre eran una tortura. Había estado a punto de perderla dos veces, y los recuerdos de esa época volvían con fuerza cada año.

Ella suspiró hondo y admitió:

—Odio esta época del año. Aunque los resultados sean buenos, me temo que nunca me libraré del cáncer por completo.

La abracé más fuerte.

—Me gustaría poder decirte que las cosas mejorarán con el tiempo.

—¿Encontraste la carta? —me preguntó.

—Sí. ¿Por qué decidiste dármela ahora? —Me la había dejado sobre el tocador del dormitorio antes de irse de viaje.

—Me pareció que era un buen momento. Iba a esperar a que pasaran cinco años, pero ¿para qué esperar? —Me miró con sus preciosos ojos verdeazulados, que empezaban a llenarse de lágrimas.

Tenía que salvar la situación. Era una noche para la celebración, no para recordar el pasado.

—¿Cómo querrás celebrar el quinto aniversario?

—Deberíamos hacer algo especial. Irnos de viaje..., algo así.

—¿Qué te parecería una boda?

Me miró confundida.

—¿Una boda? ¿Una boda de quién?

—¿Nuestra?

Di un paso atrás y planté la rodilla en el suelo. Ella puso una cara de sorpresa tan graciosa que estuve a punto de coger el móvil para hacerle una foto, pero por suerte reaccioné a tiempo y me di cuenta de que no sería buena idea.

—Cuando te miro a los ojos, veo todo lo que quiero. No necesito nada más. Me despierto contento cada mañana porque sé que voy a verte durante el día y voy a dormir contigo esa noche; sé que voy a compartir el día contigo y con nuestra

preciosa hija.

»Cada segundo de cada minuto de cada día, mes y año que he pasado contigo han sido perfectos. Te quiero. Te adoro. Quiero pasar el resto de mi vida haciéndote feliz. —Guardé silencio mientras sacaba el anillo con el diamante amarillo del bolsillo de la chaqueta. La miré a los ojos y empecé a decir—: Amand...

—Nunca me llamas así. No lo cambies ahora —me interrumpió con los ojos llenos de lágrimas.

—Piolín, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Estaba tan emocionada que no le salían las palabras. Alargó la mano temblorosa y yo le puse el anillo en el dedo. Me levanté, la abracé y le di un beso lento y profundo que la dejó sin aliento.

—Te quiero, Noah.

—Dilo otra vez.

—Te quiero, Noah.

—Una vez más.

—Te quiero, Noah. —Hizo una pausa—. Voy a ser la señora Piolín Stewart. —Se echó a reír—. Perdón, no me estoy riendo de ti, es que suena tan...

—¿Perfecto? —le pregunté.

—Pues sí. No podría ser más perfecto.

ESCENA ELIMINADA DE *PERFECT* COBERTURA DE CHOCOLATE

Alargué el brazo, pero lo único que encontré fue el aire y las sábanas frías. Abrí los ojos inmediatamente y me senté, como si acabara de despertarme de una pesadilla. La habitación estaba a oscuras y no tenía ni idea de qué hora era. Mientras trataba de orientarme, sentí una opresión en el pecho y un vacío en el estómago. Le rogué al cielo que las últimas horas no hubieran sido un sueño. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi una luz que provenía de otra habitación. Me puse los vaqueros rápidamente. La opresión en el pecho no hacía más que crecer. Tenía miedo de que todo hubiera sido un sueño o, peor aún, de que siguiera soñando y el sueño estuviera a punto de convertirse en una pesadilla. Salí de la habitación y me dirigí hacia la luz.

Al llegar a la puerta de la cocina solté el aire que había estado conteniendo. Todo era real; ella era real y estaba allí, frente a mí. Llevaba puesto un bóxer y una camiseta mía. El pelo alborotado le daba un aire muy sexi. Me estaba dando la espalda. Sin decir una palabra, observé cómo la camiseta se le levantaba cada vez que elevaba el brazo hacia la boca. La tela le acariciaba la curva superior de su culo perfecto. Traté de calmarme mientras ella repetía el mismo gesto varias veces, pero cada vez estaba más excitado.

La miré pensando en cómo la amaba con cada centímetro de mi cuerpo y de mi alma. Sabía que, si ella no sobrevivía, yo tampoco lo haría. Se me hizo un nudo en la garganta y me obligué a contener las emociones. «Por favor, Dios, no la apartes de mí; no te la llesves ahora que al fin es mía después de tantos años». Aparté de mi mente cualquier idea que implicara perder a Piolín, y ella se quedó tiesa al oírme carraspear. No se volvió hacia mí, lo que me hizo sospechar.

—¿Qué escondes ahí, Piolín? —le pregunté sonriendo.

Ella se volvió lentamente. Cuando estuvimos cara a cara, mi sonrisa se hizo aún mayor. Sostenía un plato con el resto del pastel que aún no se había comido, y tenía el tenedor en la boca. Su expresión era la de alguien que acababa de ser pillado con las manos en la masa. Era la visión más adorable, más sexi y más bonita que había visto nunca.

Se sacó el tenedor de la boca.

—Me estaba acabando el pastel. Habría sido una lástima que se estropeará —dijo con la boca llena.

Me acerqué a ella. Su expresión pasó de decir «Oh, mierda, me han pillado» a un sexi «Ajá, me han pillado». Aunque iba vestida con mi bóxer y mi camiseta y llevaba la pierna ortopédica, se notaba que se sentía guapa y sexi por la mirada que me dirigía

entre las pestañas entornadas. Me sentí muy feliz y orgulloso por haber conseguido que creyera de una vez lo mucho que la deseaba.

Sin dejar de mirarla a los ojos, cogí el plato y lo dejé en la encimera, a poca distancia de donde la empotré. Se le puso la carne de gallina a toda velocidad, y también a toda velocidad se le aceleró la respiración. Le costaba mantener la vista clavada en mis ojos y no bajarla hacia mi pecho. La agarré por las caderas y la senté en la encimera. Apoyándome en el mármol, me incliné hacia ella todo lo posible sin tocarla. Luego le recorrí la mandíbula y el cuello con la nariz. Inspiré hondo, embebiéndome de su aroma, una mezcla de frambuesa, vainilla y chocolate. Ninguno de los dos dijo nada más. Piolín y yo no necesitábamos muchas palabras para expresar lo que deseábamos en ese momento.

Bajé la vista hacia su pecho, que ascendía y descendía, y me fijé en sus pezones, que se clavaban en la tela. Deslicé las manos bajo la camiseta y ella levantó los brazos, ayudándome a quitársela. Me separé un poco para contemplarla de arriba abajo. Nunca me cansaría de mirarla. Ella empezó a moverse, inquieta. Cuando volví a mirarla a los ojos, vi que tenían un brillo travieso, que hacía juego con la sonrisa ladeada que acababa de besar.

Tomó un poco de cobertura de chocolate con el dedo y se lo acercó a los labios. Yo tragué saliva con dificultad mientras esperaba a ver qué pretendía hacer con la cobertura. La punta de la lengua le asomó entre los labios y se deslizó dedo arriba hasta apoderarse de parte del chocolate. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, soltando un largo gemido de satisfacción mientras el dulce desaparecía entre sus labios.

«Joder».

Yo seguía con las palmas de las manos en la encimera, más para apoyarme que para enjaular a Piolín. La erección me apretaba tanto contra los vaqueros que empezaba a estar incómodo, pero no pensaba moverme.

Ella abrió los ojos.

—¿Quieres un poco? —me preguntó ofreciéndome el dedo, que había vuelto a llenar de cobertura y mordiéndose el labio inferior.

—Sí. —Respondí con la voz ronca.

Me incliné hacia su dedo pero me detuve en seco cuando ella empezó a untarse de chocolate la barbilla y el cuello.

«¡Joder, joder!».

Los ojos, el corazón y la polla estaban a punto de explotarme. No sabía cuánto tiempo iba a aguantar antes de agarrarla, arrancarle el bóxer y clavarme en ella hasta el fondo.

Piolín detuvo su provocador recorrido al llegar a uno de sus pechos. Yo respiraba entrecortadamente, jadeando. Tomando un poco más de chocolate con el dedo, se untó con él la endurecida punta del pezón. Mis manos se habían movido sin que me hubiera dado cuenta y estaba agarrando el borde de la encimera con tanta fuerza que

tenía los nudillos blancos. Me temblaban los brazos mientras esperaba a que ella me diera permiso para atacar. Seguí observando mientras hacía lo mismo con el otro pezón. Cerré los ojos y agaché la cabeza para no perder el control, pero no tener sus pezones cubiertos de chocolate delante de los ojos no impidió que me los imaginara vívidamente.

Reaccioné al oírla decir:

—¿Noah? Me parece que me he manchado con el chocolate. ¿Podrías ayudarme a limpiar...?

No le dejé acabar la frase. Me abalancé sobre su cuello, cogiéndola por sorpresa. Sus gemidos y sus risas me animaron a seguir. La agarré por las caderas y la desplacé hasta el borde de la encimera. Me rodeó la cintura con las piernas, acercándose más a ella. Tras lamerle el cuello, subí hasta la barbilla y, de allí, a su boca. Nuestros pechos estaban pegados, por lo que parte del chocolate fue a parar al mío. Imaginarme a Piolín lamiéndolo me puso a cien.

Dejé su boca para descender hasta su pecho, llevándome cualquier resto de chocolate que encontraba a mi paso. Le pasé la lengua por el pezón antes de metérmelo en la boca y succionarlo. Los gemidos que salían de la garganta de Piolín eran música para mis oídos. Me había agarrado por el pelo para que no me alejara.

Me separé unos centímetros para respirar y susurré:

—Joder, Piolín...

—Sí, eso es lo que quiero que hagamos.

La dejé en el suelo, le bajé el bóxer y se lo quitó. Al incorporarme, ella me agarró por la cinturilla de los vaqueros y tiró de mí. Perdí el equilibrio y tuve que apoyarme en la encimera. Mientras nuestras lenguas se reencontraban, noté que me bajaba la cremallera y metía la mano en los pantalones, acariciándose. Gruñí, y el sonido retumbó en su pecho. Le solté los labios. Agarrándola por las nalgas, la elevé hasta dejar sus pechos a la altura de mi boca. Ella me rodeó la cabeza con los brazos y la cintura con las piernas. Mientras repasaba con la lengua que no quedara ni una pizca de chocolate sobre su piel, me dirigí a la nevera y la empotré contra ella.

Cuando ella ahogó un grito, la miré.

—Está fría —protestó, haciéndome reír.

Dejé que se deslizara lentamente, y me clavé en ella. Cada vez que volvía a entrar en su interior era mejor que la anterior, y cada una de las anteriores había sido perfecta.

Arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y me ordenó:

—¡Más deprisa, cariño!

La penetré tan rápida y profundamente que pensé que no iba a poder aguantarlo. Estábamos empapados en sudor. Noté que su cuerpo se tensaba al mismo tiempo que el mío, y ambos nos corrimos gritando el nombre del otro.

Apoyé la frente sudorosa contra la suya mientras recuperábamos el aliento. Mirándola a los ojos, dije:

—Volveremos a comprar ese pastel.
—Ya te digo —asintió ella, jadeando.
—Ya te digo. —Repetí.

AGRADECIMIENTOS

Fui yo la que me senté frente al ordenador y escribí *Perfect*, pero este libro no es el proyecto de una sola persona. Hay mucha gente maravillosa que ha colaborado para que viera la luz.

A Jef Bailey: Gracias por tu apoyo absoluto. Nunca perdiste la calma mientras yo me desesperaba con ficheros, notas y dudas. Me prestaste tus ojos cuando los míos estaban demasiado cansados y lo veían todo borroso. Me ayudaste a poner las cosas en perspectiva cuando estas me sobrepasaban. Te lo agradezco más de lo que te imaginas.

A *Buster y Jack*: Sería muy desconsiderado por mi parte no dar las gracias a mis dos silenciosos compañeros de escritura: mis perros. Sí, has leído bien, estoy dándoles las gracias a mis perros. Estuvieron a mi lado día y noche, oyéndome hablar, reír, llorar y soltar palabrotas. Solo dos cosas los asustaban lo suficiente como para que fueran a esconderse a la otra habitación: los truenos y yo soltando la palabrota que empieza por «j» una y otra vez.

A Kelley Forsberg, mi hermana: Gracias por tu amor, tu apoyo y tus ánimos. Y no solo con este libro, sino a lo largo de toda mi vida. Siempre compartiremos un vínculo especial. No estaría donde estoy ahora sin ti.

A mis perfectas primeras lectoras: Todas me habéis emocionado con vuestra pasión y entrega. Gracias a vosotras, soy mejor escritora.

A Beth Hyams (para mí siempre serás Beth Anne. Me he acordado de la «e»): Has estado a mi lado a lo largo de todos los momentos de mi vida: los buenos, los malos y los ridículos. Nuestra amistad es muy valiosa para mí. No te imaginas lo importante que es para mí tenerte a mi lado durante este viaje. Te quiero.

Stacy Bailey Darnell (también conocida como *Princesa*): Tendría que escribir mil libros más para darte las gracias como te mereces, y aun así no sería suficiente. Tu apoyo, tu guía, tu amistad y tu sentido del humor lo son todo para mí. Esta novela ya fue un éxito antes de publicarse porque durante el proceso de creación pude conocerte mejor. ¡Te quiero, P.!

A Lisa Harley (también conocida como *HS*): Todo esto es culpa tuya. Me inspiraste, me guiaste, me pateaste el culo cuando lo necesitaba y creaste a Cade. Tienes mi respeto y mi amor eternos.

A Kristina Amit: ¿Cuántos mensajes nos hemos enviado? ¿Trocientos millones? Tus opiniones me hicieron replantearme varias cosas, y el resultado fue mejor que el original. Espero que te guste cómo Noah lleva la gorra de béisbol ahora.

A Ana Zaun: Tendrías que dar clases para autores *indies* novatos. No puedo agradecerte lo suficiente la ayuda y el apoyo que me has prestado a lo largo del proceso de autopublicación. Eres mi señor (uy, *señora*) Miyagi. (Y he logrado

escribir este párrafo sin usar ni una sola vez la palabra *allí*).

A Kim Shackelford (también conocida como *Duquesa*): Mi hermana de Carolina. Me encantaron tus notas. Siento haberte hecho llorar, pero reconozco que también me gustó. Avery va a tener una madre fantástica.

A Jamie Zishka: Fuiste la primera lectora de la que me llegó respuesta. Cuando abrí tu *email* estaba muy nerviosa, pero tu respuesta me emocionó.

A Nicki DeStasi: Tu respuesta me hizo reír porque tus palabras entusiastas atravesaban la pantalla. No te imaginas la cantidad de veces que he leído tu respuesta cuando tenía un mal día y necesitaba que me animaran.

A Susan Miskelly: Gracias por hacerme ver las cosas desde otro punto de vista. Me resultó más útil de lo que puedas imaginarte.

A Maria DeSouza y a las Editing Divas: Maria, eres una de las personas más amables y generosas que conozco. Desde la primera vez que hablamos, sentí como si te conociera de toda la vida. Tus valiosos comentarios y correcciones hicieron de *Perfect* un libro mejor.

A Robin Harper y *Wicked by Design*: Adoro la cubierta. No sabía lo que quería, pero sabía lo que no quería. De algún modo, lograste leerme la mente y tu diseño me volvió loca. Muchas gracias por tu paciencia y por haber hecho todo lo que hiciste por mí.

A Angela McLaurin y a Fictional Formats: Gracias por no pedir una orden de alejamiento contra mí. No suelo tener tendencias acosadoras, pero quería tener a la mejor maquetista y tú eres la mejor. Tu trabajo es increíble.

A mis Pitufinas: Beth Hyams, Stacy Bailey Darnell, Lisa Harley, Kristina Amit, Jamie Zishka, Nicki DeStasi, Kim Shackelford, Daisy Esquenazi, Sandra Cortez, America Matthews, Alexis Durbin, Stephanie Loftin, Dawn Costiera, Jennifer Diaz, Jennifer Mirabelli, Christine Mateo, Leslie Cox, Marilyn Medina, Melanie Smith, Tabitha Willbanks, Tina Bell y Tamron Davis. ¡Sois la caña! Os agradezco muchísimo todo lo que habéis hecho para difundir información sobre *Perfect*.

Al grupo The Writer's Block por vuestro apoyo, información y ánimos, que me han ayudado a seguir hasta conseguir mis objetivos.

A los Kindle Buddies, que fueron el primer grupo de Facebook al que me uní. He conocido y he hecho amistad con un montón de gente fantástica a través de Kindle Buddies. Quiero darles las gracias por haberme permitido conocer tantos libros y tantos autores fantásticos que han enriquecido mi vida. Gracias, Crysti Perry, por crear este grupo y por cuidarnos tan bien.

A los blogueros: Quiero daros unas GRACIAS enormes a todos. Cuando inicié este camino no podía entender cómo era posible que la gente pasara horas y horas escribiendo en sus blogs sin cobrar. Pero ahora que he conocido a la comunidad bloguera, lo he entendido. El amor, la dedicación, el compromiso y la pasión que mostráis por los libros y los autores son admirables. Gracias por todo lo que hacéis para apoyar a los autores, sobre todo a los *indies*. Os agradezco mucho vuestro

tiempo y apoyo.

A los lectores: ¡Gracias! Es un honor que hayas elegido *Perfect* como lectura. Lo que convierte a un libro en un gran libro es, a mi modo de ver, que te haga sentir, pensar y tal vez ver la vida de otra manera, aunque sea modestamente.

Espero que este libro tenga ese efecto en ti. ¡Disfrútalo!



ALISON G. BAILEY nació y se crio en Charleston, Carolina del Sur. Asistió a la Universidad de Winthrop y se graduó con una licenciatura en Teatro.

A temprana edad, se enamoró de la escritura, reescribiendo escenas de sus programas de televisión y películas favoritas con nuevos diálogos. Alison escribió y produjo varias obras teatrales antes de volver su mirada al mundo del libro.

En 2013 publicó su primera novela *Present Perfect* entrando en la lista de *best sellers* de Amazon, que se tradujo al español bajo el título *Perfect* en 2017.